MANUEL J. GALLE

BIOGRAFIAS y SEMBLANZAS

QUITO-ECUADOR
Talleres Tipográficos Nacionales
1920

MANUEL J. CALLE

PAGINAS PRELIMINARES

¿QUIEN que sepa leer y escribir, en el Ecuador, no conoce a Manuel J. Calle, autor de este libro? Combatiente en el circo de los gladiadores del pensamiento, fué exaltado y aplaudido por las turbas, unas veces, y menospreciado y perseguido, otras; vencedor en más de un combate, nunca abandonó la trinchera ni cayó jamás, aunque siempre estuvo herido y ensangrentado en la lucha; víctima destinada al martirio, transitó por el mundo cubierto con el polvo de la gloria, pero azotado por horrorosas tormentas del alma, y llegó a ser—gigante de espíritu, encerrado en un cuerpo extenuado y enfermo— un cruzado de la civilización ecuatoriana y uno de los grandes prosadores de América.

Ardua empresa y difícil tarea es, por consiguiente, escribir con acierto acerca de este hombre superior, que hizo de su pluma de literato, arma de combate y escalpelo de disección en las penosas fae-

nas de la prensa periodística, agitando en su torno las pasiones populares hasta el punto de sentir él todas las caricias del amor y de la admiración y todas las enconosas desgarraduras del furor y de la venganza.

Y más arduo y más difícil es el empeño de estudiar la psicofisiología de este batallador turbulento con instintos de apóstol, de este derrotado rebelde con tendencias de contemplativo, en la hora actual y ante sus contemporáneos, los que le vimos crecer y crecer, como árbol que, arraigado en el fondo del valle, alza su copa, para beber la luz, más arriba de los que nacieron en la cumbre.

Manuel J. Calle, hijo de sus propios esfuerzos, conquistador glorioso de su fama, es un enigma para la crítica de la historia y es un interrogante para la sociología; pues muerto, excita todavía pasiones de todo género, porque perduran sus rebeldías como pensador, sus imprecaciones como político, sus maldiciones como fustigador de tiranos, sus acometidas como luchador en el palenque siniestro de la prensa, donde hirió, como acontece en toda guerra despiadada, a buenos y a indefensos. Si; muerto Calle, excita todavía ruidosos aplausos y rabiosas protestas, porque no terminan las conmociones filodoxas que produjo su vida de periodista, de crítico, de sociólogo tan llena de angustias y de reveces, en este siglo en que, destronar soberanos, llámense reyes, filósofos o artistas, ha sido el utópico anhelo, el atormentador ideal, el sacrílego error de la Humanidad; siglo que, más que ningún otro, busca víctimas para saciar la eterna sed de lágrimas y sangre, especie de regicidio que tan necesario es (aunque pa-

rezca paradógico) ya que de esta ceguedad de las multitudes depende la misión augusta del martir, así para la redención intelectual del mundo, en el cerebro del sabio o del genio, como para la redención suprasensible, en el corazón del héroe o del apóstol.

Mas, a pesar de lo arduo, difícil y trascendental del problema que encierran la vida y las obras de Calle, yo debo escribir algo como una prefación para este libro, que se publica por cuenta del Gobierno ecuatoriano, según Decreto Legislativo del Congreso de 1919, como ofrenda delicadísima y valiosa para el pueblo azuayo, y como homenaje de cariño y de aplauso, en tributo de gloria, para el autor del libro, al conmemorar el Primer Centenario de la emancipación política del Azuay; y debo hacerlo, no sólo porque así lo quiere la gentil y cariñosa heredera del ilustre escritor, única dueño de la edición y del libro, no sólo porque necesito pagar deudas del corazón, defendiendo la memoria del maestro, del amigo, del hermano muerto, contra el tenaz resentimiento de unos y la violenta protesta de otros; sino principalmente, porque, si este libro es una ofrenda para Cuenca, en sus días de triunfo, quiero rendirle yo también mi homenaje de filial ternura, santificando sus fiestas con la sagrada y patriótica tarea de estudiar una parte siquiera de la psiquis admirable de un cuencano egregio, sacudiendo el polvo de su sepulcro para convertirlo en ara, a fin de que Calle sea más conocido de las generaciones jóvenes y sea más querido de las contemporáneas, pues si bien él no sintetiza el alma MORLACA *es un ejemplar hermoso e interesante para estudio crítico de nuestra vida intelectual como pueblo.*

nas de la prensa periodística, agitando en su torno las pasiones populares hasta el punto de sentir él todas las caricias del amor y de la admiración y todas las enconosas desgarraduras del furor y de la venganza.

Y más arduo y más difícil es el empeño de estudiar la psicofisiología de este batallador turbulento con instintos de apóstol, de este derrotado rebelde con tendencias de contemplativo, en la hora actual y ante sus contemporáneos, los que le vimos crecer y crecer, como árbol que, arraigado en el fondo del valle, alza su copa, para beber la luz, más arriba de los que nacieron en la cumbre.

Manuel J. Calle, hijo de sus propios esfuerzos, conquistador glorioso de su fama, es un enigma para la crítica de la historia y es un interrogante para la sociología; pues muerto, excita todavía pasiones de todo género, porque perduran sus rebeldías como pensador, sus imprecaciones como político, sus maldiciones como fustigador de tiranos, sus acometidas como luchador en el palenque siniestro de la prensa, donde hirió, como acontece en toda guerra despiadada, a buenos y a indefensos. Si; muerto Calle, excita todavía ruidosos aplausos y rabiosas protestas, porque no terminan las conmociones filodoxas que produjo su vida de periodista, de crítico, de sociólogo tan llena de angustias y de reveces, en este siglo en que, destronar soberanos, llámense reyes, filósofos o artistas, ha sido el utópico anhelo, el atormentador ideal, el sacrílego error de la Humanidad; siglo que, más que ningún otro, busca víctimas para saciar la eterna sed de lágrimas y sangre, especie de regicidio que tan necesario es (aunque pa-

rezca paradógico) ya que de esta ceguedad de las multitudes depende la misión augusta del martir, así para la redención intelectual del mundo, en el cerebro del sabio o del genio, como para la redención suprasensible, en el corazón del héroe o del apóstol.

Mas, a pesar de lo arduo, difícil y trascendental del problema que encierran la vida y las obras de Calle, yo debo escribir algo como una prefación para este libro, que se publica por cuenta del Gobierno ecuatoriano, según Decreto Legislativo del Congreso de 1919, como ofrenda delicadísima y valiosa para el pueblo azuayo, y como homenaje de cariño y de aplauso, en tributo de gloria, para el autor del libro, al conmemorar el Primer Centenario de la emancipación política del Azuay; y debo hacerlo, no sólo porque así lo quiere la gentil y cariñosa heredera del ilustre escritor, única dueño de la edición y del libro, no sólo porque necesito pagar deudas del corazón, defendiendo la memoria del maestro, del amigo, del hermano muerto, contra el tenaz resentimiento de unos y la violenta protesta de otros; sino principalmente, porque, si este libro es una ofrenda para Cuenca, en sus días de triunfo, quiero rendirle yo también mi homenaje de filial ternura, santificando sus fiestas con la sagrada y patriótica tarea de estudiar una parte siquiera de la psiquis admirable de un cuencano egregio, sacudiendo el polvo de su sepulcro para convertirlo en ara, a fin de que Calle sea más conocido de las generaciones jóvenes y sea más querido de las contemporáneas, pues si bien él no sintetiza el alma MORLACA *es un ejemplar hermoso e interesante para estudio crítico de nuestra vida intelectual como pueblo.*

Además, si Calle me honró, más de una vez, distinguiéndome como a discípulo, aplaudiéndome como a escritor, mimándome como a amigo y acariciándome como a hermano ¿quién sino yo, estoy llamado a aplaudir como lo hago ahora al Congreso de 1919 y al Gobierno actual por el solícito interés que han tenido para glorificar a Cuenca y a sus hijos; quién, sino yo, ha de agradecer la generosidad y la delicadeza del altivo y noble pueblo de Guayaquil, que guarda la tumba de Calle cubierta siempre de flores, y que le hizo grande en vida, sin negarle jamás pan y albergue, honores y cariño?

Y no se crea que, como amigo y discípulo de Calle, pretenda yo lamentar aquí mi tristeza y publicar mi duelo; nó, he humedecido ya con lágrimas las flores que crecen en su tumba de proscrito, y pagaré sus afectos, abrazándome con ternura a las prendas caras del hermano muerto. Apuntes escritos a la ligera, rasgos trazados sin plan preconcebido, no serán éstos ni una biografía de Calle ni un prólogo para su libro: diré tan sólo, con sincera imparcialidad, lo que he sentido al leer los originales de las seis biografías que forman este volumen, procurando, antes, esbozar la personalidad literaria de Calle, que me fué muy familiar y muy conocida, con los perfiles más característicos, aunque no sean los más sobresalientes ni los más detallados.

La autoeducación de Calle, su preparación técnica en los mejores planteles de instrucción, sus severas disciplinas del espíritu ordenadamente ejercitadas, le armaron desde niño para caballero del ideal, ataviándole con las insignias de una educación esmerada y de una instrucción dogmática bien comprobada. Hombre de cerebro y de corazón, luchó denodado por la gloria, pero sintió, desde los primeros momentos, las angustias de la derrota, no obstante el diestro manejo de las armas tan gallardamente preparadas por él, y saltó entonces la barrera, exponiendo de frente y sin escudo, su pecho desgarrado ya. ¿Era esto un resurgimiento o una protesta, era una anormalidad o una conquista? Era tan sólo la primera manifestación dolorosa del hombre superior, condenado psíquicamente a una eterna lucha consigo mismo.

En efecto, Calle clásico por temperamento y por educación, como lo demuestran su ideal de artista y su culto por lo griego, lo latino y todo lo castizo de España y de América; clásico por necesidad de crecimiento, fué, sin embargo, rudo batallador contra dómines y preceptistas, contra académicos y gramáticos.

Se rebeló contra sus maestros, sin reparar que él, lo fué de sí mismo. Fingió escribir sin reglas, y combatió cruelmente, esa misma libertad proclamada por algunas escuelas literarias. Quizo romper los moldes, y se amoldó al pensar y al sentir de las multitudes. Pretendió ser acrático, y rindió culto al arte en la forma. En toda su profesión dogmática fué un revolucionario: revolucionario en gramá-

tica, revolucionario en crítica, revolucionario en política e indiferente en religión; pero, dentro de esta fingida libertad, creada por él mismo, acude en humanidades a la autoridad del Diccionario y del libro, que guardan las disciplinas técnicas y las normas clásicas; fustiga al pueblo que es su ídolo, desconociéndole hasta como árbitro del lenguaje, o protesta contra la Naturaleza y los instintos humanos, y en crítica literaria los reconoce como soberanos del Arte y de la concepción artística; ataca a las modernas escuelas poéticas, ejerciendo la tiranía del pensamiento y la crueldad del sarcasmo, y profesa como dogma la absurda libertad de credos; sirve a tiranos, como él mismo lo confiesa, atribuyéndolo a errores de concepto, y se aferra a la tradición en los más elementales problemas sociales.

Esta dualidad —no inconsecuencia, como diría el vulgo— se marca siempre en los hombres de combates interiores, en el momento en que se forma su conciencia y su personalidad. Calle no cambió de opiniones, no cambió de credo, no cambió de moral: estos cambios se operan, o por la acción refleja del medio en que se desarrolla la vida, o por la variación de los métodos educativos, o por el procedimiento que se emplea en la investigación científica, pero en todo caso, estos cambios alteran la vida psíquica con fenómenos muy conocidos y detallados, tales como el misticismo o la exageración sectaria y sentimental, cuando se refieren esos fenómenos a lo dogmático en ciencia o religión; y ninguno de estos caracteres se ha observado en Calle que fué esclavo del libro, a pesar de sus rebeldías intelectuales, y que

nunca llegó ni a la contemplación pura ni a la exaltación doctrinaria. Todo en él fué un efecto natural de la simulación psíquica, marcadísima en toda su vida.

¿De la simulación? Si; yo acepto la teoría de la simulación, reconocida por los moralistas, estudiada por psiquiatras y alienistas, por filósofos y toda clase de profesionales, y sobre todo, presentida por cada uno de los seres que piensan; y la acepto como base de la disección moral en biología, porque hallo deficiente y falsa la teoría de la degeneración superior del genio, rebatida en los prolegómenos de la Psiquiatría, y porque no me satisface, tampoco, la doctrina de la anormalidad específica del hombre superior, que equivale a un problema etimológico o de significado de voces, y no a una tesis sociológica.

¿Hasta qué grado de simulación llegó Manuel J. Calle, en la jornada fatigosa de su vida? Lo voy a determinar, brevemente, a fin de conocer su personalidad intelectual y su personalidad sentimental, deteniéndome sólo en una nota, para no traspasar los estrechos límites de un proemio.

Calle empleó el pseudónimo en sus producciones, desde muy temprana edad, cuando amaba la gloria con los castos amores de la primera adolescencia y soñaba con un ideal de esperanzas y de promesas risueñas; es decir, la simulación psicológica, en la manifestación más característica, principió para él, en una hora risueña, de sinceridad para los más, en el momento mismo en que se modelaban sus formas psíquicas.

¿Es el pseudónimo el antifaz con que se cubre el criminal de encrucijada, o es la máscara que oculta los pudores de la vergüenza y las libideces de la cobardía? Es el pseudónimo, suprema expresión de soberbia, renegamiento de la progenie, protesta contra la existencia, vanidad inocente, modestia triunfadora o humildad sublime? Todo esto puede ser; pero es algo más, y es algo menos, y es nada, desde que, hay pensadores, que usan inconscientemente de este como velo, que yo conceptúo hasta como prenda de gala y de uso inocente.

Me basta, pues, recordar que el pseudónimo es una simulación que depende de las facultades individuales y se desarrolla según el medio ambiente, es decir, adaptándose a las circunstancias de tiempo, de lugar, etcétera, etcétera, y que en Calle fué la dolorosa simulación de Cyrano de Bergerac, simulación que envuelve el problema más desesperante de la trágica comedia humana.

Una alma grande encerrada en un cuerpo no apropiado para medio de la realización de ideales casi innatos; un sér nacido para el triunfo y la conquista, que se siente derrotado desde la primera tentativa y que lucha y forcejea en vano, entre las angustias de la asfixia, esto fué Cyrano en la vida afectiva, mantenido cruelmente por su poderosa inteligencia, y esto fué también Calle, en la vida intelectual, atormentado por la sed de afectos, tan necesarios en la vida psíquica.....

Si Calle rodó por la pendiente en la primera hora trágica, no fué porque, como a Sísifo, le arrastraba el peso de su propio destino: joven, casi niño,

pobre y sin nombre todavía; sin más patrimonio que su pluma tajada según arte y manejada por su corazón lleno de esperanzas, rodó porque son las turbas con su befa y los imbéciles con su crueldad, los que, agrupándose al pie de la cumbre inaccesible, apedrean o crucifican al que no se aplebeya o se esclaviza como ellos; rodó porque había nacido para grande, y estaba solo. Fué entonces que Calle se irguió altanero, para pedir, nó perdón y piedades, que jamás concede el mundo al que levanta en alto la cabeza, sino para pedir sanción ¡pobre muchacho! para retar ¿a quiénes? El dolor, la lucha le habían engrandecido ya; estaba arriba, clareaba la aurora gloriosa de su fama indisputable; estaba sobre los que se arrodillan ante el becerro de oro, se armó del sarcasmo, y no encontrando con quien combatir, se desgarró el corazón, sin volver, para su mal, la vista a la Patria de sus ensueños, ni comprender que el cielo está más arriba de las nubes.

Yo he oído que, fácilmente, se perdonan y se olvidan los extravíos de la juventud; yo sé que la simulación que rige con mayor o menor imperio la vida humana, produce en la primera adolescencia de los hombres superiores, fenómenos psíquicos que justifica el jurisconsulto y absuelve el más severo moralista; pero, por desgracia, no hay perdón en el mundo para el crimen de haber nacido con la facultad de pensar y de sentir cosas superiores; y la historia de Calle, fué la historia de siempre, la historia de muchos: indiferencia o desprecio cuando el mártir está caído, y temor, reverencia, cuando se le vé levantado por sus propias fuerzas, pero siempre el odio,

siempre la envidia, siempre la rivalidad hiriéndole en la encrucijada.

Es tesis sociológica que el individuo es producto del medio social, y que el crimen o la gloria del individuo es la lenta elaboración de la vida colectiva. Aisladamente, el hombre es salvaje, y como tal, incapaz de los refinamientos del vicio y de las abnegaciones de la virtud: las sociedades, los pueblos son, pues, los únicos responsables de los crímenes, o son los verdaderos glorificados por las virtudes de cada uno de los asociados, de la misma manera que el hombre es el sólo responsable de las acciones, buenas o malas, que ejecuta el brazo, el cerebro o el corazón.

Restablecer el amor entre los hermanos, aunque haya diversidad de opiniones, diré aquí, es el deber principal de las clases directivas del país, si no se quiere extraviar a los hombres superiores en su vocación o en su apostolado.

Simuló como Edgar Poe, el desequilibrio mental y el envenenamiento de la vida para matar el dolor (absurda paradoja) sintiendo más fuertemente con un excitante atormentador; pero, por felicidad, no fué como el poeta sombrío, hasta el abuso, que enerva las potencias intelectuales y aminora la propia existencia.

Simuló también un desborde de pasión, en lo puramente afectivo y galante: acaso se sintió temerario e incapaz de soportar rivales, como don Juan Tenorio, y creyendo que esto sólo le bastaba, quizo desempeñar ese papel en la escena humana, llegando únicamente al final del acto primero, para concluir

repitiendo la conocida estrofa: Clamé al cielo, y no me oyó—y pues sus puertas me cierra—de mis pasos, en la tierra,—responda el cielo y no yo.

Ni el escepticismo, ni el pesimismo, ni el egoísmo eran para su alma soñadora y buena, hidalga y cariñosa; pero él que tuvo valor para desafiar a los dioses del Olimpo, sintió como Prometeo, hondo desaliento cuando el pico voraz de esos cuervos inmundos le desgarraban las entrañas.

¡Pobre mártir! La simulación, obedeciendo al medio social en que se desarrollaba, consiguió formar en Calle una personalidad compleja, ciclópea y grande, pero la tiñó de extraños colores: el alma de Calle, blanca y transparente, se presenta como los mares, como las montañas, como los horizontes, vistos a la distancia, con tintes distintos de los que en realidad tienen.

Esto, por lo que respecta a la personalidad sentimental de Calle; cuanto a su potencia intelectual, el ensayo universitario y el panfleto de combate en la prensa política, fueron los extremos de su labor literaria; es decir, Calle principió como muchos, mendigando el aplauso con la composición de obras de efecto teatral que sirven para halagar vanidades, amoldándose al sentir de las multitudes.

Muy luego, con la clarovidencia de su talento, vió lo estrecho del círculo en que actuaba y comprendió cuán poco valen los moldes para vaciar en ellos el pensamiento; y aunque no tuvo fuerzas para sacudirse de prejuicios de educación y defectos de enseñanza, menos aún para independizarse del dictamen europeo que en todo nos humilla, nos enerva y nos empequeñece; pudo no obstante, dominar

con gallardía, durante treinta y cuatro años de labor diaria, en la crítica y la sociología, en la política y la literatura, hasta formarse una fisonomía propia y característica, como literato verdaderamente admirable.

Treinta y cuatro años de leer y escribir sin cesar, de meditar y de combatir sin tregua; treinta y cuatro años no interrumpidos de una intensa labor intelectual, escalando día a día la cumbre, con esfuerzo propio, hacen de Calle una de las más altas personalidades literarias.

Si lo anecdótico, si lo íntimo y personal de la inimitable correspondencia epistolar de Calle, o los episodios de su vida modesta de muchacho desvalido, de bohemio o de literato altísimo, pudieran ser publicados aquí, yo comprobaría que la psicofisiología de mi noble amigo muerto nada tiene de anormal, sino que todo en él es grande, es elevado, es superior. Y ¿para qué pruebas al respecto? ¿Quién no sabe que Calle fué el primer periodista de su época, en el dificilísimo concepto que encierra este término o vocablo tan poco comprendido?

El periodista, como el cómico, está siempre en situaciones difíciles, y un gesto, un detalle, acaso insignificante, le hacen ridículo y despreciable; de modo que, para ser periodista de renombre se necesitan, no sólo el valor para retar a las multitudes y la serenidad para recibir las befas del vulgo, junto con las habilidades de la declamación y las asimilaciones del momento, sino que es indispensable poseer además, como poseyó Calle, en grado superlativo, la vocación del apóstol, la preparación del profesional y la destreza del gladiador. Por ésto, en la inmensa

acción de sus actividades, Calle fué un gigante por su cerebro, por su ilustración, por su genio, al manejar así la pluma de acero del diarismo, como la áurea de literato de verdad que halla en el tintero todos los matices para el pensamiento y para los afectos del corazón.

Calle necesita, pues, el perdón de sus extravíos, si los tuvo, porque fué grande, pues el sol tiene también manchas, que la brillantez de sus rayos nos impiden verlas. Hay que olvidar los reproches de Calle, si ellos excedieron de lo justo, porque fué docto y laborioso, pues el sol no deja de ser vivificador, porque alguna vez tostó nuestro rostro o aumentó nuestra fatiga con sus rayos abrasadores. Seamos justos, enorgullezcámonos de nuestras glorias, amemos la memoria de Calle y aplaudamos su misión, porque fué bueno, leal y honrado.

Estudiado Calle, a grandes rasgos, en el concepto moral, intelectual y volitivo, dentro de las situaciones dolorosas de su vida y de las conquistas en su formación profesional; examinados, a la ligera, los recursos de que dispuso para el triunfo, los medios en que se desenvolvieron sus facultades y los elementos con que contó para su educación y desarrollo literario, muy fácil me sería hacer el análisis de la inmensa y variada labor de tan ilustre literato; pero, basta para los fines de un prólogo, consignar que

Calle, al poner lágrimas y sangre, dolores y angustias, promesas y esperanzas vividas, en todas sus composiciones, llegó a adquirir un estilo propio, escribiendo en la prosa más poética que se ha escrito, en los últimos tiempos, en el Ecuador.

Como Montalvo, como Mera, como Espinosa, como González Suárez, compuso obras verdaderamente poéticas, porque conocía, casi intuitivamente, el secreto del ritmo en la frase sin métrica, la música de la palabra y los colores de la expresión. Manejó la pluma, siempre inspirado, y al tratar de los asuntos más sencillos, vertió sentimientos hondos e imágenes grandiosas, superando a todos los escritores, en el inimitable artificio de aristocratizar el modismo del pueblo y la frase burguesa. Menos retórico, menos académico si se quiere, que cualquier escritor nacional, hizo de la palabra plebeya y del giro ordinario, locución correcta, ya que con esas palabras y esos giros consiguió dar música y colorido, alma y verbo, a pensamientos elevados y sensaciones nobles; y por ello, llegó a ser universalmente aplaudido y muy popular, en el verdadero y estricto sentido del concepto.

Además, aunque las obras de Calle se pueden ordenar en categorías y clasificarlas en la variedad de géneros que cultivó, no se sabría determinar cuál de ellas es mejor, puesto que todas le caracterizan, todas son bellas y todas son correctas e impecablemente producidas. No obstante, por razones fáciles de comprender, es decir, por ser yo el prologuista de las seis biografías de este volumen, y porque los seis biografiados son para mí —por rara coincidencia— personajes a quienes soy deudor de bondades espe-

ciales, amén de la admiración que me han inspirado por sus indisputables merecimientos, a nadie causará extrañeza que yo afirme, ser este libro, uno de los mejores de Calle, y que me complazco de aplaudir y de hacer coro a los justos elogios que tiene el biografiador para cada uno de esos esclarecidos varones, aunque no acepte algunos de sus conceptos, ni estoy de acuerdo con ciertas conclusiones políticas o históricas que hay en el libro; y esta diversidad de pareceres, lo diré de una vez, se funda, no en diversidad de doctrinas, de investigaciones o de escuelas, sino en accidentes externos, como son las situaciones que colocan al observador en condiciones de ver las cosas por tal o cual aspecto solamente. Para Calle, periodista y batallador, son tesis en historia y en política, en ciencia y en literatura, lo que para mí, mero aficionado o turista en el campo de las letras, son datos para la investigación o documentos para la crítica.

Así, al hablar Calle del laureado Crespo Toral, a quien llama poeta nacional, sostiene que lo que determina el criollismo en poesía son los temas, los motivos y hasta las formas primeras (colorido, actitud, paisaje, idioma, etcétera) porque estos caracteres marcan lo peculiar, lo castizo de la literatura de un pueblo; y yo, que ni quiero ni debo discutir sobre este asunto, tengo necesidad de expresar, que no acepto tales proposiciones, y esto sólo por no pasar en silencio la breve cita que él hace respecto de mi producción literaria.

Y no acepto esas enseñanzas, porque sé que bosques y cordilleras, ríos y llanuras, chozas y aldeas existen en todo el mundo, y que, por ello, no es poeta criollo el que tales cosas poetiza o el que busca en el

terruño temas y motivos para sus concepciones. Yo creo que es poeta criollo el que canta con sinceridad, porque ha sentido ingenuamente, el que libre de prejuicios se deja orientar por la vocación, y pone en los versos sangre y fuego del cerebro y del corazón. Ya he dicho que se pueden escribir obras de arte netamente criollas, aunque sea con motivos y en lenguas extrañas, si se ponen en las obras el pensar propio, el sentir ingenuo, la pasión sentida, la escena real, el dolor o la alegría, la angustia o la fruición, el temor o la esperanza, la duda o la victoria, la bendición o las lágrimas, la ternura o la decepción, y hasta la rabia, la impotencia, la locura, el sarcasmo y la maldición que se han vivido.

Si busqué temas indígenas, si fueron los motivos para los versos en mi adolescencia, la leyenda, el folklore y el cronicón nativos, todo ello fué porque quería ensayarme en la ingenuidad del medio, si vale la frase, así para las funciones de la concepción, como en la producción de la obra; pero no porque haya creído jamás que en ésto consistía la nota característica del criollismo. La sinceridad en el arte, que determina la conciencia de ser, de existir, es lo que constituye lo idiosincrático, lo genuinamente castizo, lo criollo de la literatura de un pueblo; y confieso, ya que de mí tengo de hablar, que también en mis versos líricos de temas subjetivos y de motivos casi universales, soy criollo, como lo reconocen críticos benévolos que se han dignado de estudiar mi modestísima producción en verso.

Por lo demás, esta diversidad de opiniones, en nada amengua mi admiración consciente y sincera; pues, pasma verdaderamente que Calle, en su asom-

brosa fecundidad y escribiendo casi siempre a destajo, sobre temas impuestos, manoseados, vulgares y desabridos, no tenga cansancios ni decaimientos en la producción, y que su prosa sea siempre poética, siempre florida, siempre elegante y amena.

Puede haber errores de concepto en sus obras; hay de hecho injustas apreciaciones y ataques violentos, causados acaso por motivos partidaristas en la política; pero, en el fondo hay rectitud de intenciones, patriotismo, culto por todo lo grande y elevado, y hay sobre todo, gracia, movimiento y vida en todas sus producciones, que tienen la rara particularidad de agradar por igual al docto y al menos preparado. Su frase no tiene la correcta severidad académica, pero está exenta también de la estrafalaria combinación de voces exóticas o de menguada progenie: el habla de Calle es aristocráticamente castellana, de subidos quilates, y en la forma y con el giro de nuestra nobleza criolla, que no es el menor de los aplausos que puedo tributarle, desde que el idioma caracteriza la raza en literatura.

En efecto, el idioma en cuanto es un producto consciente de la naturaleza humana, y como tal, organismo vivo y perfecto en cada momento de la historia, lleva en sí todos los elementos apropiados para encarnar lo bello, conforme a la estética de la colectividad que habla tal idioma; pero sólo los grandes literatos saben conservar el casticismo, lo idiomático en la pureza de la locución y del artificio gramatical, arrancándolo del alma del pueblo y nó del libro, sepulcro donde duermen las generaciones idas, para mantener así el honor de la casta y el lustre de la literatura.

Desde este concepto (el de la corrección del lenguaje) nuestra literatura ecuatoriana lleva el sello de la grandeza primitiva, no sólo en el secreto del verso, sino en lo prístino de la construcción, y ésto con mayor lujo de detalles que en la misma España. ¿Sorprende, por ventura, esta afirmación? Pues, yo creo que, después de poco tiempo, cuando los tíos y las manolas españolas olviden los donairosos cantares y los picarescos decires de la tierra, cediendo a la invasión francesa y a la de otros pueblos cultos de Europa, que los límites políticos no son bastantes para contenerla; yo creo que aquí en el Ecuador, en Colombia, en Chile, en el Perú, en los países americanos de habla castellana se han de buscar los elementos castizos, los signos raciales de la lengua de Alfonso el Sabio; porque nosotros conservamos como avaros el tesoro del habla, mientras que España en comercio directo con sus hermanos de la babilónica Europa, por imitación, por moda, por necesidad acaso, barbariza la lengua con exotismos que no dan ningún esplendor, dentro de lo idiosincrático, ni a la concepción ni a la producción artísticas.

Legítima gloria, meritoria conquista y altísima misión son, por tanto, para Calle, haber contribuído a salvar el honor de la raza, conservando sin quiebras ni menoscabos el tesoro de la lengua, y antes bien, depurando de toda escoria el habla que, en sus torrentes de armonía, tiene primores para toda expresión, matices para todo arrebato y elementos para toda concepción; pues el idioma castellano que tan bien sintetiza la nobleza de nuestra raza, además de ser el único vínculo étnico que en la actualidad nos une con los pueblos que más amamos, es también la fra-

gua donde se forja el alma eterna de nuestra casta. Barbarizar le lengua es dejar de ser españoles.... y qué pérdida ésta tan inmensa no sólo para las conquistas de la civilización, sino para la conciencia y para el orgullo de todo un hemisferio!

Y basta: del libro que una mano cariñosa puso en las mías, para que garrapatee en las páginas preliminares, no hago otro elogio que llamarlo libro correcto, libro español, libro que contiene altas enseñanzas, libro digno de su autor.

Como nota final de este libro, verdadero homenaje de gloria con que Calle honró a seis ecuatorianos ilustres, no estará por demás, tributarles también mi culto de aplauso y gratitud a otros seres cariñosos y buenos que él amó en vida y a quienes sonríe todavía al través de las sombras del sepulcro.

En efecto, si rendí las gracias, loando el patriotismo y la cultura del Congreso de 1919, por los honores decretados para Cuenca y del ilustrado Gobierno del señor Tamayo, por el empeño en cumplir ese Decreto, con derroches de generosidad; es justo, es oportuno y conveniente que aplauda y agradezca aquí, con igual entusiasmo, a la inteligente María Luisa Calle, hija primogénita del autor del libro y al prestigioso y benemérito literato Nicolás Jiménez, que tan discretamente han compaginado los originales y que con tanto acierto han dirigido esta edición.

Y si hablé, asimismo, de Guayaquil pueblo de virtuosos, porque ama y siente; pueblo de grandes, porque glorifica y premia, reconociendo la exquisita cortesía con que supo hacer de Calle un predestinado, restañándole la sangre de las heridas y secándole el sudor de la fatiga, no puedo olvidar, tampoco, que en esa tierra de poetas de altísimo renombre, de literatos insignes, de maestros excelsos, de estadistas preclaros, de mujeres cultísimas y bellas, de ciudadanos laboriosos y honrados; en esa tierra de la gentileza y de la generosidad, de la altivez y del decoro, hay un hombre, José Eleodoro Avilés, y hay un grupo de escritores, los ilustrados redactores de "El Guante", que con ternuras y abnegaciones, con piedades y con lágrimas, conservan siempre frescas las flores de la tumba del proscrito, y siempre gloriosa la memoria del maestro.

Para unos y para otros, perdure en este libro inmortal, el elogio que hago de las virtudes de ellos, como compasivos compañeros del mártir que tanto amó y sufrió en la vida.

Remigio Romero León

UN GRAN PERIODISTA MUERTO

UN GRAN PERIODISTA MUERTO

EL ULTIMO correo del Ecuador ha traído la noticia de la muerte de Manuel J. Calle, uno de los mayores, si no el primer periodista latino-americano. Fué el tipo acabado del género. No a la yanqui, en el sentido de la habilidad y la prontitud para la caza a la actualidad volandera, de la perspicacia en acecho de novedades, de la malicia para descubrir, o inventar hechos sensacionales..... sino a la francesa, por el arte ingénito del comentario, que vivifica, realza, transfigura lo cotidiano y corriente.—La interpretación original y lúcida, la deducción imprevista y justa, la gracia, la malicia en desentrañar la intención recóndita, son su manera de suscitar el interés más vivo por el hecho común y opaco, la idea simple y vulgar, o el personaje uno de tantos. Su prodigiosa fecundidad y su don de vida, por sí solos, dieron abasto, durante años de años, a la infatigable curiosidad de un público a quien comunicó su gusto, a veces

despiadado, de ver claro bajo los disfraces. Brotaban de su pluma, con abundancia de fuente sempiterna, esas sus *Charlas* inagotables, siempre interesantes, ágiles y límpidas sobre temas que bajo otra pluma habrían revelado sólo su pequeñez árida e ingrata. Brotaban sin esfuerzo, sobre todo sin el esfuerzo de agradar. Cuando úno comenzaba a leerlas, había de seguirlas hasta el fin, sin darse cuenta de este arte innato, espontáneo e indefinible como la gracia y la simpatía, que no residen en cosa alguna fija y lo impregnan todo de su atractivo en este caso a menudo cruel, diabólico, y casi siempre burlón, pungente.

Bajo las travesuras y las impertinencias más inquietantes adivinábase sin embargo una malicia sin baja perversidad en la suspicacia, una reacción involuntaria y casi inopinada de su natural vibrante, incoercible y como azogado al contacto de las primeras impresiones. Singularísimo por sus defectos casi tanto como por sus cualidades, en cualquier parte habría podido imponerse sin más que su pluma ágil y certera, como sin más que ella y a pesar de tanta cosa en contra, se impuso en el Ecuador. Muere sin embargo casi totalmente desconocido del resto de América. Faltóle erguirse sobre el pedestal que presta un gran país a sus hombres, aún de menor talla; faltóle una tribuna de universal resonancia. Su país, pequeño, le contuvo dentro de sus límites, le cobijó con sus horizontes encapotados.

Y él se compenetró tan íntima, tan exclusiva, tan irrevocablemente con las cosas de su país, que de esta misma limitación sacó su fuerza sobre él.

Llegó allí a una verdadera dictadura de la opinión. La mayoría de indóciles y descontentos esperaba de él cada mañana el evangelio de un hombre de poca fé y de inteligencia terrible. Pesimista regocijado e infeliz, crítico alegre y feroz aunque sin maldad, a pesar de las apariencias y los rencores parciales, enseñaba a pensar y sentir a la inmensa multitud de curiosos y de malignos sutiles que gustaban de su risa iconoclasta. Se embriagaba cada mañana con la irrestricta voluptuosidad de decir toda su verdad, sin trabas ni reparos. Verdad fragmentaria, arbitraria, contradictoria o incoherente, pero sincera y desnuda hasta la insolencia y hasta el cinismo.

¡Prodigiosa cantidad de desdén, la que este hombrecillo feo y escuchimizado derramó sobre hombres y cosas! Y de un matiz especial. No es el sarcasmo a lo Larra; no es la amargura helante de un hipocondríaco, de un insociable a lo Swift. Tampoco es la paradoja, ni los retruécanos a la francesa, ni menos la gaya ironía que procede por alusiones y envuelve en velos sutiles el pensamiento real. Y si tuvo como Scarrón el genio de lo burlesco,—y si como él, afeado por miserias físicas, no perdió nunca su buen humor,—no usó el procedimiento de la parodia ni exageró tipos o caracteres. Su burla es directa y concreta, sin laboriosas transposiciones. Nadie como él para el argumento *ad-hominem*. Es la mofa, la befa castiza, a la manera española, o la usada en la familiaridad de los corrillos maleantes al comentar los chismes del vecindario. Pero sabía, como Courrier, hacer del comentario al hecho menudo y

perdido, un arma contra gobiernos, contra tendencias, contra sistemas, contra fantasías. Diógenes *je-m' -en- fichiste,* que sólo pedía en el mundo la libertad de soltar la lengua en sus incontenibles *Charlas,* salía de su tonel más bien con palo de ciego que con inútil linterna. Mantuvo en alarma perenne, no sólo a los hombres públicos, sino a cuantos, conocidos o desconocidos, asomaban a la faz de la hora por cualquier motivo. Para este Diablo Cojuelo, no hubo techo que no fuese de vidrio. Parece haber aprendido, no sólo su lenguaje, castizo, exacto, seguro, sino también y más principalmente, su filosofía de la vida, su conocimiento de hombres, en la novela picaresca. Su visión del mundo es la que se desprende del *Gil Blas,*— que no cree ni siquiera en la sinceridad del vicio, menos en la grandeza o fatalidad del mal. Su desdén no tiene ni sombra de la melancolía de Don Quijote. Este realista menosprecia casi por igual la mediocridad del bien como la del mal. Y sin quererlo su risa nos empequeñece adrede, nos entristece. Y es sin remedio. Porque su alegría ni siquiera es trágica como la risa del desesperado!

¿Volvió alguna vez la vista sobre sí mismo, hasta su fondo anárquico y despectivo? Cuando habló de sí, casi siempre fué en son de burla. Alguna vez, sin embargo, la burla que comenzaba por sí o que lo envolvía siempre, implícitamente, en sus giros, cedía el paso a alguna miseria íntima y recóndita, se convertía en confidencia patética. Pero en seguida volvía, haciendo una pirueta trágica, un cínico salto mortal, al escepticismo nihilista y universal, subconsciente.

Como quiera que se le juzgue, fué extraordinario. Y es casi desconcertante como producto del medio. Nació, creció, en Cuenca del Azuay, ciudad que medita sóla en un rincón de los Andes, concentrando en su aislamiento meditativo la fuerza de sus tradiciones, la devota reverencia de las prácticas de su credo, la poesía del culto y el respeto de la sociedad. Por natural y simple espíritu de contradicción, más bien que con el objeto de plantear su caso a un hipotético Taine del futuro, este demoledor implacable y regocijado, este feroz *comecura,* aprendió allí lo contrario de lo que se le enseñaba. Sólo aprendió a derechas, con gusto temprano y durable, sus humanidades: formó allí la base inamovible de su cultura clásica y remontada en lo posible a las fuentes. Saboreaba en el texto la dulzura nativa de Virgilio, la cordial sabiduría de Horacio. Y gustó siempre de esmaltar, aún su prosa más apresurada, más afanosa y urgida por la necesidad del combate diario, con la nobleza de viejos latines que le recordaban su abolengo clásico como un segundón aventuroso se acuerda de su alcurnia en los peores momentos.

Pero eso es todo lo que debió a su adolescencia y a su juventud estudiosa, ávida de lecturas, retenidas todas con una memoria infalible.—Del seno del catolicismo más concentrado y punzante salió armado de todas armas a pelear por las convicciones más opuestas y radicales. El triunfo de los liberales que ascendieron luego al poder le debió en parte lo poco que hubo en sus luchas de doctrinario, o de intelectual. Pero se quiso hacer de este indómito un instrumento. Y éste no tardó en vol-

verse contra los que le quitaron en el triunfo las pocas ilusiones desinteresadas de la lucha. De entonces comenzó, a derecha e izquierda, a propios y extraños, esos ataques imprevisibles y fulminantes. Y tras de una época de mal paso, fué ascendiendo en independencia y autoridad, hasta convertirse en censor de la moral pública, —sin haber nunca aspirado, en su bohemia despreocupada, a creerse con el respaldo de una orgullosa hombría de bien, de una majestad hidalguesca como las de Montalvo.— Fué el continuador, familiar y desparpajado, de sus tremendas "catilinarias".

Su estilo, sin conformidad y magnífico como el de Montalvo, viene de cepa castiza. No lo enturbia ni rebota la improvisación más precipitada. Conoce su lengua a punto de hacer, cuantas veces quiere como jugando, *pastiches* a la manera de Montalvo, principalmente cuando le imita la prosa rabelesiana, copiosa y grasa de su humorismo. Recuerdo así haber hallado, en medio de un artículo serio acerca de la carestía de víveres, entre datos estadísticos y argumentos económicos, un elogio, entre jocoso y épico, enfático y risueño a un tiempo, y muy a lo Montalvo, del maíz y de la papa, providencia del labriego y del menestral.

Jamás tuvo tiempo ni gana de practicar, antes de dar a la imprenta, la que Swift llamaba "la repugnante tarea de releerse". Pero dentro de cincuenta años, los curiosos de lo pasado hallarán, en estas crónicas atropelladas, palpitante y viva en su incoherencia de primer brote, toda la vida de esta época.

.....Si la prensa del Ecuador ha perdido en él su poderosa palanca, el alma nacional no ha quedado privada del todo de un gran vocero: entre otros, su Poeta laureado vive. Si bien preservado del contacto diario de la muchedumbre, en el seguro de su misma Cuenca tradicional, grave y docta, Remigio Crespo Toral escribe, canta, medita, para lección y orgullo de los suyos. No porque de lejos no se le oiga mucho ni le preste el mundo la atención que sólo se fija en los grandes por la riqueza o el éxito, está mudo y como sin soplo, ese país de volcanes y de hombres fuertes. Triste y duro en sus cumbres arduas, muelle y sereno en sus *cuencas* donde la vida se remanza como en espera del porvenir, reidor, brillante e inquieto en sus riberas verdes, ese país de contrastes no dejará de sorprendernos nunca con ignoradas revelaciones de su grandeza virtual.

París, Diciembre de 1919.

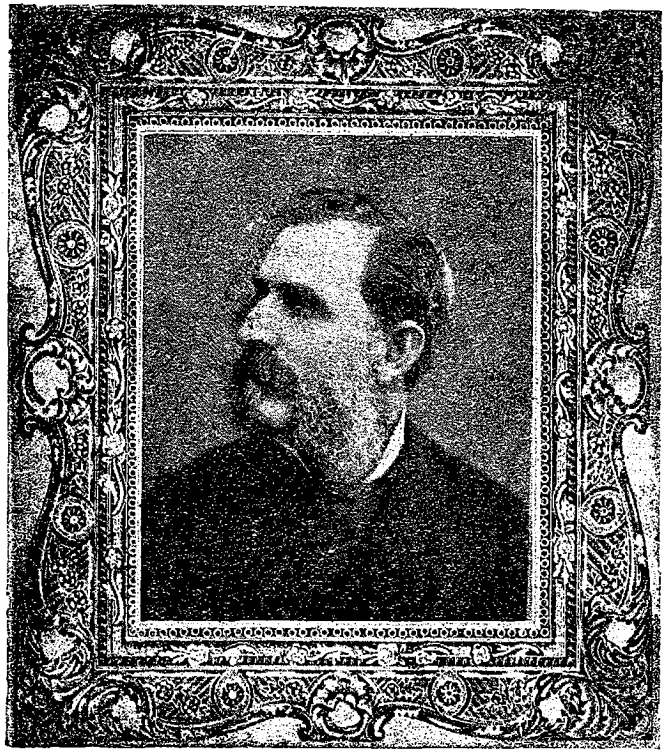
Gonzalo Zaldumbide.

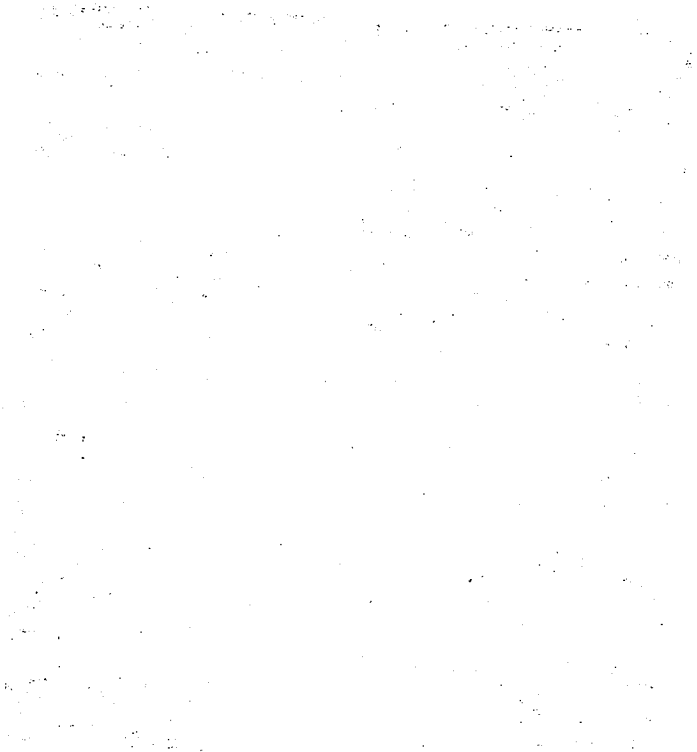
MANUEL J. CALLE

BIOGRAFIAS y SEMBLANZAS

QUITO-ECUADOR
Talleres Tipográficos Nacionales
1920

DON LUIS CORDERO





DON LUIS CORDERO

1833—1912

(Con motivo de su coronación)

I

HOY debe tributar la ciudad de Cuenca el acordado homenaje póstumo a D. Luis Cordero, poeta y polígrafo entre los mayores que honran la historia literaria del Ecuador, y hombre público notable que, en una vida sin mancha, supo unir el esfuerzo persistente por el logro de nobles ambiciones a la virtud de un patriotismo cuyo desinterés se probó repetidas veces en la candencia de nuestras luchas intestinas.

La representación del Jefe del Estado y sus primeros dignatarios; de los altos Tribunales; de una multitud de Ayuntamientos, de las Universidades, la Prensa, el Episcopado, y muchas sociedades científicas, literarias, eclesiásticas y

aun obreras, dan al homenaje en referencia, que consiste en la coronación de un busto del egregio Varón, la solemnidad y proporciones de un gran acto nacional de apoteosis, al que se han unido en manifestación de encantadora simpatía, algunas Legaciones extranjeras acreditadas ante nuestro Gobierno.

No es una justicia tardía la que se hace a los méritos del Sr. Cordero. Sobre la corona de plata con que los años le ornaran la frente, numerosos ecuatorianos amantes de las glorias patrias quisieron colocar la simbólica rama de oro debida a los predilectos del Numen; y en vísperas estaban de realizar su propósito cuando vino a interrumpirles la muerte del ilustre Anciano, que rindió la jornada con la serenidad de un justo, mientras se desquiciaba la República, víctima de una convulsión horrenda, el dolor y la angustia llenaban las almas, y cundía la sombra en los horizontes: revolución de 1911-1912.

Quedó latente el proyecto, y hubo de ser aplazado indefinidamente para días mejores, en que fuese posible honrar en paz a los vivos sin más concurrente dañino que la inseparable Envidia, y glorificar a los muertos con solemne aparato de fiesta ciudadana, sin que a la tranquila música de los himnos triunfales se uniese, de cerca ni de lejos, el rugir sangriento de turbas enfurecidas hasta el crimen por la electricidad de los odios políticos y los estímulos de la codicia.....

Y se ha creído que es llegado el momento, no porque las circunstancias sean más favorables

que antes a empeños de esta clase, pues bien sabemos que la inquietud ansiosa y apesarada preside la labor diaria, y peligros de muerte circulan en la atmósfera que nos rodea, sino porque la Nación (sea cansancio o impotencia de las facciones) yace en un paréntesis de quietud, y una honrada libertad se desentumece los miembros anquilosados al calor humeante que dejó una revolución de tres años.

Seguramente, no nos alumbra el sol de los días propicios, y las fieras hirsutas afilan las garras en el tumulto de tal vez no ignorados conciliábulos; pero si vamos a aguardar la plenitud de la calma y la victoria final de las más halagüeñas esperanzas para efectuar la obra civilizadora de admiración y gratitud, no acabaríamos nunca; y bien está que en la amarga y penosa ascención por desolada pendiente, señalemos con piedras blancas, monumentales, los sitios donde pudo respirar un instante nuestra fatiga.

Es fácil figurarse la función casi filial que celebra la familia cuencana. Escenario: arriba, un plácido sol de mayo, en la hora de su cenit, reverbera en lo profundo de un cielo azul, tan azul y tan claro que parece transparente: allá en los confines del horizonte, se amontonan escuadrones de nubes armiñadas, argénteo marco de un inmenso espejo; y fluye suave la luz en ondas que no queman, derramando polvo de oro sobre la cruz de los viejos campanarios, sobre tejados y árboles, sobre las flores del humilde parque, e irisándose en la lluvia de gotas cristalinas que

caen en el ancho tazón de la fuente de mármol. En medio del vasto espacio cuadrangular, donde hierve una multitud curiosa y entusiasta, se yergue sobre una modesta columna la blanca imagen del Poeta venerado, que vivió y murió en el culto de la tierra nativa, objeto de la mayor actividad de su larga existencia. Las tropas de la guarnición descansan sobre las armas en torno al monumento, y tras ellas y en ordenadas hileras, se agolpa muchedumbre de niños de las escuelas y de adolescentes de los colegios, que se inquietan esperando la hora.

Repican las campanas como en día de fiesta religiosa, porque los señores obispos se han dignado acudir como acólitos y participantes al acto de gracias que rinde un pueblo a nuestra Madre y Señora la Santa Poesía; un enorme cuchicheo llena la plaza; y llega susurrante y húmedo de la lejana montaña el viento sutil que estremece de frío a niños y flores.....

Van presentándose las corporaciones; ábrense las puertas de la Casa Municipal, y las autoridades ocupan sus puestos. Al pie de la estatua, en comité de recepción, se agrupan los hijos del Poeta; y junto a ellos, comisiones de mancebos y tiernas vírgenes, escogidos entre la flor y nata del concurso escolar.... De pronto se produce un silencio profundo; los representantes de la autoridad se aproximan, la banda entona el himno nacional; y poco a poco va cayendo la bandera tricolor que envuelve la escultura, hasta dejarla descubierta, y resuena un aplauso formidable salido de todos los pechos,

de todas las manos..... Pausa oficial: un coro de chiquillas bellísimas le entrega la corona de oro a D. Remigio Crespo Toral, diputándole como el representante más legítimo de las letras ecuatorianas, para que haga la ofrenda y pronuncie el elogio del difunto Maestro. Un poeta habla de otro poeta, estudiando en conjunto su vida y sus obras; y al cesar la última nota de su elocuente palabra, cientos de voces infantiles elevan el canto marcial de las circunstancias compuesto por vates y músicos regionales. Recítase un elogio en verso, se pronuncia otro panegírico, y la música de voces e instrumentos va alternando con la armonía vibrante de la palabra.

Y eso es todo, en no larga ni enojosa función repleta de palabrería y de huecos endecasílabos: qué mayor poesía? Revienta la ola humana por las esquinas; y, luego, cae el silencio que es la última majestad del triunfo.... Luego será honrado el sepulcro del Triunfador, y la memoria de sus hechos romperá un momento la cansada indiferencia del ordinario hastío. Y en seguida, nada: *bástale al día su propio afán; que* si hay *algo* más allá de la tumba que se interese por las cosas de este pobre hormiguero, cómo se reirán los muertos de la futilidad y miseria de las grandezas humanas!

II

Quedará la memoria del suceso; como una página documental de la literatura ecuatoriana, quizás el elogio del Difunto. Para obligado complemento de la solemnidad e inteligencia del mayor número, será preciso que la misma pluma que tal elogio trazó con la retórica apropiada a las circunstancias y el carácter y extensión de un discurso pronunciado en media plaza, u otra de igual autoridad y competencia, escriba en amplia y detallada forma la noticia cabal de la vida y obras de Cordero, con juicio ilustrado y sereno criterio, libre de prevenciones de escuela y de todo sedimento de pasados rencores, tanto como de ciegas aficiones y entusiasmos inconducentes.

Porque esa vida y esas obras son, ante todo, un ejemplo provechosísimo para la juventud de esta tierra donde no templan los desengaños de la caída, las audacias de una osadía sublevada e indocta. No cabe declararlo en las columnas de un diario de información solicitado por rudos menesteres de la faena colectiva; pero de expresar algo, diríamos que la existencia de D. Luis Cordero es una de las más grandes demostraciones de la valía del propio esfuerzo en sociedades en formación, hoscamente resistentes a todo im-

perio que no venga con resonancias de victoria desde campos ensangrentados, o no brote implacable en la oscuridad de la traidora emboscada.

Y, no obstante, apenas hay vida más llana y corriente; se expande sin precipitarse, como un lago tranquilo en que se refleja la lámina de los cielos; pasa por las cribas ordinarias del humano dolor; y se consume octogenaria, más bien como una flor que se agosta antes que como una llama que se apaga. En medio, un poquillo de agitación; tal vez, la parte representativa que se debe a las gentes entre quienes vivimos, y nada de excepcional y novelesco: su fuerza dinámica es más honda; arranca, surte irresistible, del centro, del nervio que se llama voluntad, e irradia sobre la superficie en miriadas de moléculas resplandecientes....

No es un hombre singular, ni se destaca como una cumbre. Viene solo, desconocido, paupérrimo, de allá, de la lejanía campestre y casi selvática donde vió la luz, a la conquista de la ciudad; si puede, a la conquista del mundo. Es un bello y bravo adolescente, pero aún trasciende a bosque primitivo..... ¿Quién le ayuda? Nadie: no tiene seguro el pan de cada día, y es para él un rudo problema la adquisición del libro, y del dinero para comprar el candil que alumbra la velada. Uu grano de mijo: casi nada....

Y estudiando y trabajando, y batiéndose como un héroe en los caminos de la vida, llega a donde pocos de los nuestros han llegado, y es todo cuanto se puede ser en esta sociedad,

desde teniente parroquial hasta Presidente de la República;

desde maestro de escuela hasta rector de la Universidad y académico de la lengua;

desde juez civil de barrio hasta presidente de la Corte de Justicia;

desde mísero pendolista hasta inspiración y alma de los Parlamentos, de los Municipios de su tierra;

y concejero; militar, diplomático, tribuno, director espiritual de la juventud azuaya;

comerciante, explorador de la selva, agricultor;

abogado, diputado, senador, pentaviro, consultor político, maestro de maestros;

y literato, académico, botánico, moralista, filólogo, lexicógrafo, jurisperito, erudito, crítico, periodista, poeta lírico y epigramático, polemista, foliculario, filósofo y contabilista, escribiendo de todo en alto estilo y profundo pensamiento.

Y ello sin ningún auxilio, por el propio empuje, en un desarrollo natural de fuerzas, sólo por virtud de una admirable energía y el don potente de una clarísima inteligencia, venciendo el obstáculo principal de la indiferencia circundante, y esquivando, mejor que rompiendo, los bloques acumulados en su camino por la envidia.

Quienes sepan de sus intimidades y conozcan a fondo su casi secular historia, dirán si en la obra vertió lágrimas desesperadas y sudores de angustia, si conoció el tedio y el desencanto de las jornadas muy largas y vió, más de una ocasión, la rudeza del empeño y la frágil poque-

dad de los recursos. Fue hombre, y debió de sufrir y desmayar: baste para su memoria que las generaciones que le conocieron testifiquen su honorabilidad y rindan tributo leal a su hombría de bien: pudo equivocarse, ¿quién es infalible de tejas abajo? Fue débil, indudablemente, como ser humano y como personaje representativo; pero nadie contempla ni aun a la misma Calumnia señalando con tinta roja indeleble los umbrales de su tumba....

Y en ochenta años, que fueron breves para él, conoció la cumbre del Poder y la playa del destierro; se miró ignorado, huérfano, lleno de hambres y de necesidades, y sintió la hartura de la celebridad y las bascas de la fortuna.

Y al fin de su existencia, pudo decir como el antiguo emperador: "Lo fuí todo, y todo es nada".

Tal vez porque sólo Dios es eterno, y únicamente el dolor es la sensación suprema y verdadera.

¡Qué hombre y qué vida! ¿Cuántos como él entre nosotros?

III

Apreciar, pues, tal historia, siquiera en sus lineamientos generales, no es propio de este lugar, porque rebasaría sus estrechos límites, ni cabe la empresa en la pequeñez de nuestras fuerzas: lo que sí hemos de señalar en él es aquella enorme fecundidad de aptitudes, aquella ductilidad admirable para las más contrarias y aun contradictorias asimilaciones, que obran conjuntamente en un solo individuo sin producir alteraciones psíquicas ni determinar neurosis genial, en su armonía y equilibrio de facultades que no se rompen en estallido sublime, ni llegan a la vulgaridad común donde se confunden las medianías y se abisma el tropel de las celebridades de campanario. Caso singular y poco menos que extraordinario; nosotros, a lo menos, no recordamos otro parecido en los anales ecuatorianos, donde hay, naturalmente ilustraciones más hondas y, si se quiere, más idóneas, pero de una sola cuerda, de dos o tres cuando mucho, de mayor fuerza plasmante y de menor adaptabilidad y adecuación al medio. Cualquiera diría que ser genio no tiene gracia, por cuanto es un don de la Naturaleza, una predestinación, un estigma, que se trae desde la cuna para asombro del mundo y admiración de las edades: la edu-

cación del espíritu y el mayor y más equilibrado perfeccionamiento del YO por la fuerza propia, no mediante una autosugestión poderosa sino por trabajo reflexivo y metódico, eso constituye la obra humana que es digna del aprecio de los semejantes y merece el lauro del triunfo ofrecido con sincera emoción por todo un pueblo.

Preside la unidad a la labor; unidad de acción, y, más que de acción, unidad de pensamiento. No es muy complicado ese hombre: todo lo contrario, apenas puede ser más sencillo, en ocasiones raya en puerilidad y aparece como un ingenuo; y como procede a la luz del día, con una simpática inclinación a lo teatral y resonante, batiéndose a gritos y recitando improperios en exámetros henchidos de epítetos, como los héroes de Homero bajo los muros de la sagrada Ilión, conocen amigos y adversarios los filos de su lanza y las junturas de su arnés. Lo que le comunica fuerza es la fe: fe en Dios, y, luego en sí mismo: el culto de la conciencia y el cultivo de la propia individualidad para los menesteres de la tarea incesante. Y esa fe constituye el nexo de unión de su labor en apacible desarrollo.

Fué católico y piadoso sin llegar a devoto, y esa creencia es en él como un eje de oro al rededor del cual giran la rueda catalina del sentimiento de amor y ambición, y el deseo de procurar su propio bien y el bien de sus compatriotas.

Corresponde a su tiempo, y bautiza con el nombre de liberal su resistencia a la intemperancia ultramontana que ensaya el terror en pleno siglo XIX; pero su liberalismo apenas alcanza

al ideal democrático tolerado por la Iglesia; y cuando se ve en el Poder, no se detiene en palabras y trata de convertir su consecuencia para consigo mismo en un arbitrio político que tiende al tradicionalismo y no contenta ni a los eclesiásticos.

Y su error nació de esto, precisamente, de no querer comprender la evolución de su patria, cuando su propio partido se desquiciaba interiormente conservando como apariencia la estructura doctrinaria; vanidad sin nombre de aquel partido que dificulta en sus manos el progreso y le vuelve inhábil para los empeños del porvenir.

Mas, es sincero: obra así, porque así cree. Al través de los gobiernos conservadores es poco menos que un sublevado, no por cuestiones de doctrina sino por amor a la libertad; contra los gobiernos liberales es un franco revolucionario no tanto por amor a la libertad sino por escrúpulos de conciencia: por eso, cuando corona la montaña empujado por una tribu de fariseos, se encuentra con la inquina de los terroristas atropellados en su nombre, y la oposición de los liberales que se habrán de alzar con la casa que él dejara en abandonadas ruinas.

Tiene un prototipo harto mediocre para la dificultad de la situación: la reorganización administrativa según el ensueño de los pensadores liberales, basada en una política confesional que comienza con declaraciones estupendas de sumisión a la Iglesia, que ni el mismo García Moreno habría osado expresar.

Y se ve malquisto con las mayorías, y retí-

rase con un gesto soberbio e inolvidable, que será un incidente consolador en la historia de nuestras turbulencias. Tiene asco de la situación, desprecia a los unos y a los otros: a los que le desconocieron y trataron de empañar su limpia reputación cometiendo el más indecoroso de los actos a la sombra de su crédito, y a los que arriban en tumulto en nombre de reivindicaciones nacionales; y en cuanto la intriga de los peores empapa, en sangre las calles de Quito, en asonada innoble, no quiere contaminarse: huye de la atmósfera que caldean el odio y la ambición, arroja la banda presidencial como una túnica de Neso sobre los hombros de los progresistas y ultramontanos que provocaron la tempestad, y desaparece tranquilamente del proscenio, sin frases resonantes ni aparato dramático, y húndese durante lustros y lustros en el silencio de su hogar y el amor de los suyos. Por su parte, había terminado la carrera política a la que consagrara una porción de su florida juventud y algunos períodos de su provechosa ancianidad, sin gloria tal vez, pero sin deshonor, en todo caso. Y se abroquela con su dignidad, en un desdén inquebrantable que le aleja quince años de toda participación en la vida pública, mientras la sociedad se transforma y se renueva entre los estallidos de una borrasca atroz, se reconstituye el estado sobre un plan de conclusiones radicales, y se tambalea la Nación al paso de las revoluciones que llevan en su seno el fermento del crimen....

Y es el mismo de siempre. Si la ilusión

acariciada en la mocedad y robustecida en la edad madura, le llevó a querer cultivar la libertad y el progreso al amparo de la creencia pura y neta, el desengaño hace que acepte su dolor como un holocausto debido a su fe, y muere en la misma visión espléndida de la escala de Jacob, que arranca de las profundidades de la sombra a perderse en lo infinito, que es Dios.

IV

El señor Cordero no fue político sino en la medida en que lo fueron los hombres de la generación a que perteneció, ni puede decirse que consumió sus energías en la inquieta atención y defensa de los intereses públicos. Lo más trascendental de su tarea pertenece a distinto propósito y se limita en diverso radio de fecunda actividad. Considérenle otros en la lucha por la existencia, y digan cómo de abogado de crédito se convierte en entusiasta comerciante, y deja luego la vara de medir y los libros de contabilidad, que le desgastan con escaso provecho, para penetrar como un aventurero en los bosques orientales, en busca de la preciada quina, machete en mano y capitán de tribus un tanto menos salvajes que las que habitan a orillas de los grandes ríos en el corazón de la montaña; con-

témplenle de señor de haciendas, ensayando curiosamente en sus posesiones las artes modernas del cultivo; y, elevando el tono, manifiesten cómo trabajó en los Congresos, en la Municipalidad, en la Cátedra, por el bien de los ecuatorianos en general, y en particular por el engrandecimiento y progreso de sus comprovincianos; hablen de su portentosa laboriosidad que se duplicaba ante la resistencia de un medio ingrato o poco preparado; recuerden que se debió a sus esfuerzos la fundación de la Universidad de Cuenca y el adelanto del Colegio Nacional; y si hay gratitud en los escritores cincuentones que ahora son maestros, declaren lealmente cuánto debe su literatura a la dirección y consejos del modesto sabio que labró sus almas con la lección y el ejemplo en una acción tan eficaz como desinteresada; pues, oprimidos nosotros por las urgencias del tiempo y del espacio, nos limitamos a consignar aquí la solidez de su labor literaria y sus excelencias de poeta; de poeta especialmente, ya que a título de tal se consagra su memoria en acto público y solemne.

Dijimos que el Sr. Cordero escribió mucho y sobre variedad de materias, sin dedicar atención preferente a ninguna como para formar de ella lo que en otros campos de investigación se llama una ESPECIALIDAD: su natural vivaz y sus conocimientos en humanidades le inclinaban, acaso, a la crítica social y literaria, pero encontró el ambiente inficionado de fatuidad e intolerancia, y se retiró a tiempo, en defensa de su propia tranquilidad; y en los opúsculos que pu-

blicó sobre diversos asuntos se advierte que obró bien, pues, excepción hecha del estudio de las poesías de D. Julio Zaldumbide, compromiso académico antes que brote espontáneo, salta en ellos demasiado la sátira a la manera de Quevedo, con su exquisita gracia y su macizo estilo, aunque sin el *poso* ruin que a veces deslustra las obras del gran polígrafo español.

La vida de campo; las andanzas por las montañas orientales en trato frecuente con sus propios peones, sus mismas necesidades de agricultor rico, y los recuerdos de los primeros años, le hicieron observar atentamente la índole del idioma quíchua, dulce habla de nuestros antepasados aborígenes que va corrompiéndose y desapareciendo con los años, y se puso a inquirir sus raíces y correspondencias gramaticales, su misma estructura; de la curiosidad pasó a la seria investigación científica, y vió que era necesario defender esa lengua todavía no muerta, explicándola en el libro, trasladando la significación de sus vocablos, giros y modismos a las páginas de un diccionario. Es su trabajo de mayor empeño y que permanece todavía inédito: la Gramática quíchua, el Diccionario quíchua. Y empleó ese idioma, que es suave y casi doloroso como un arrullo, en poesías que el público conoce, en las cuales llora la suerte del indio, proscrito dentro de la heredad de sus mayores, víctima de la explotación del blanco, o traduce en versos armoniosos el *Magnificat* para una edición políglota de aquel himno famoso de humildad y alabanza divinas.

Y sacó más del campo: *terra, mater uberrima,*—la afición a los estudios botánicos. Un poeta tan bien lastrado como él debía tomar por ese camino, que es el de la contemplación de la Naturaleza en las florecillas del prado y en las hierbas de la espesura, para sorprender sus secretos, saber su historia y presenciar su nacimiento y desarrollo. Es ciencia de poetas, que un Goethe transforma en poema; pero hay que idealizarla un poco si se quiere salir de las áridas nomenclaturas y clasificaciones que se convierten, al fin, en una inocente manía, si de ellas no se exprime algún jugo para los menesteres de la vida o del arte.

En el Ecuador no es desconocida dicha ciencia; y sin recordar nombres de ilustres viajeros que herborizaron en tierras andinas, ni citar al Padre Solano, cuya portentosa actividad intelectual apenas dejó punto importante por tocar y del cual nos quedan las *Cartas de la Papaya,* bastará nombrar a Jamesson y a Sodiro para hacer ver que nuestra Flora no ha sido abandonada por la lupa de los secuaces de Linneo.

El Dr. Cordero se limitó a estudiar y describir en galano estilo las virtudes y vicios de las plantas de las comarcas azuayas. Es un curioso libro el suyo, tanto porque está al alcance de los profanos y menos iniciados en tales estudios, como por las noticias que contiene. A la clasificación científica siguen el nombre vulgar y aun quíchua de la planta; luego, su sencilla descripción en términos clarísimos, como para que la entiendan aun las comadres del barrio, la

noticia de sus aplicaciones comunes o populares, y su aprovechamiento terapéutico o simplemente culinario, el modo de cultivarla, o los medios expeditivos para desterrarla, y si es posible, destruirla, cuando es dañina y perversa. Se lee con agrado, a veces con la sonrisa en los labios, y pronto se sale perito en plantas azuayas, de jardín, huerta, hacienda y barbecho, sin necesidad de atiborrar la cabeza de latinajos y nombres raros.... No será un aporte definitivo para los *hipócrates* y *cordones azules* de la vecindad, pero algo se aprende, y se pasa horas agradables en tan útil lectura.

De las flores a las abejas no va sino lo que de la despensa a las bocas que la consumen. Y el curioso escritor compuso un libro sobre apicultura.

Protenus aerii mellis coelestia dona exsequar, murmuró, sin duda, con el divino Marón; y si no cantó como él asombrosos espectáculos de cosas pequeñas, *levium spectacula rerum,* porque la materia estaba agotada, dió consejos e hizo advertencias muy oportunas sobre la cría y conservación del ilustre insecto que mereció se ocupara en él con igual metro y alta inspiración la misma Musa que cantó "las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas de Lavinio".

¡Siempre el atractivo de los campos! Ensayó tratados de agricultura y se derramó en escritos llenos de experiencia para prevenir o enseñar a los labradores, tenía el concepto *utili*

dulce, y si describía el huerto y su deliciosa calma, no era para el egoísta apartamiento de un Alfesibeo o de un Fray Luis de León; y de la égloga, no apreciaba los melindres de los zagales de Meléndez Valdez, que llevan ovejas peinadas y encintadas a los prados verdeantes de hierba aljofarada: más hombre, sacaba de la Naturaleza el concepto de su inmensa valía para los seres que ella circunda, alienta y mantiene; y, observándola, tendiendo a exprimir de sus pechos la leche generosa, ponía vagamente encima de ella la ilusión del ensueño y del arte, no como un objetivo sino como un brillo, un color, una nota, un perfume.

Diríamos que hasta el fin de sus días tuvo la vocación docente; en la misma colección de sus versos, la más extensa y alabada de sus composiciones es una poderosa síntesis histórica y una réplica; y en sus opúsculos originales o traducidos, la propaganda doctrinaria contra vicios sociales y el ataque político, se elevan a lecciones magistrales. Pero esto es una excelencia, no un defecto, por cuanto él no dogmatizó, no abusó del énfasis, ni fué propiamente pedagogo, ni cayó en pedantería.

Su estilo es ligero, alado, cuanto puede serlo dentro de la clásica corrección académica y la pureza léxica y gramatical de la elocución: tiene la transparencia burbujante de una copa de champaña vista al trasluz. El licor es aristocrático y embriagador, pero la chispa del ingenio flota sobre él, surgiendo del fondo, y esa chispa es gracia, delicadeza, a veces agudo chiste más

o menos epigramático, que recibe en su diminuta superficie una partícula de luz que se descompone en colores.... Y no es un esfuerzo; corresponde a un don natural del autor, a una atracción irresistible, a cierta inquietud burlona de espíritu que severas disciplinas no pudieron ahogar en la porcina seriedad académica de los que creen como un artículo de fe en aquello de que Dios nos dió la palabra con el objeto de que nos engañemos los unos a los otros. Es el menos poético de los prosistas de su tierra, y desprecia la futilidad del arte habilidoso de la nueva retórica, para lanzarle una saeta desde el adarve de las viejas humanidades, sin perder la compostura ni desplegar en los labios la sonrisa. Leyéndole, se recuerda al magnífico señor de la Torre de Juan Abad, ya mencionado, que ni aun burilando sudorosamente la *Vida de Marco* Bruto o poniendo en castellano la *Introducción a la Vida devota* del piadoso San Francisco de Sales, se olvida del todo de que con la misma mano escribió la historia del *Gran Tacaño* y borroneó las célebres cartas del *Caballero de la Tenaza*..... Y de ahí el agrado de la lectura, la fácil comunicación con el autor y la inteligencia de lo que éste dice.

V

"Diole Dios la virtud del canto", y cantó desde pequeño obedeciendo a un impulso interior que ponía la cadencia y las rimas en su boca.

Comenzó en época de decadencia para la poesía ecuatoriana, cuando, muerto Olmedo, no se sospechaba todavía la existencia de Llona; y si aun se escuchaba de vez en cuando la estrofa melancólica de Zaldumbide, y tanteaba Mera todos los senderos para dar forma adecuada a una nueva corriente literaria, sus esfuerzos y voces se perdían en la garrulería irrestrañable de un ultraromanticismo pervertidor del idioma, del gusto y del sentido común. Aves de paso eran algunos cantores que no acertaban a repetir la excelencia del primer ensayo, y sobre un pequeño prado de florecillas humildes vino a extenderse la malsana pompa de una vegetación ahogadora que solo muy tarde se pudo escardar y limpiar.

Pocos se libraron del contagio, y el mismo citado señor Mera, que empuñara el almocrafe crítico y tan buenas y bellas cosas dijera de la educación de la juventud ecuatoriana y de los vicios sociales y literarios en circulación, salió trabajosamente del estilo campanudo y del treno perenne, para echarse, por dolorosa antítesis, en

los brazos de hielo de la temperancia clásica. *La Virgen del Sol* fue una caída juvenil, pero si las *Melodías indígenas* no lograron formar género y más recuerdan al Zorrilla de las *Orientales* y aun al casi ignorado Padre Arolas, sus cantos al *Triunfo de la Iglesia,* a García Moreno, al mismo Dios, son de puro siglo XVIII y llevan la marca de la reacción de Luzán, y su égloga es una iniquidad académica antes que un cuadro de costumbres de la tierra.

Cordero no se libró tampoco del influjo romántico que malbarató en América el famoso Fernando Velarde, e hizo crisis especialmente en el Ecuador, donde la exageración y el mal gusto llegaron a la demencia. Y al abandonar las sencillas estrofas de la adolescencia, rompió en coplas restallantes y patrioteras que le ponían al nivel de un fabricante de versos cualquiera. Fue advertido a tiempo, y acaso con más acritud que benevolencia, y, para su bien y el de las letras patrias, reflexionó y miró la inútil vaguedad de su empeño. Pocos años después nos daba su magnífico canto *A la Juventud,* y luego una de sus obras preciadas, el elogio de Malo y Solano.

Le quedó el tono, lo que llamamos familiarmente *la embocadura,* y ya no pudo prescindir de la grandilocuencia, un tanto fastuosa, ni le fue dable abatir el canto a los temas halagüeños. En la pléyade cuencana, no hay poeta menos dúctil a los asuntos fáciles, y en su obra no oímos vibrar una nota del amor humano por excelencia, del amor de los amores, alma del mundo

y razón de la existencia: si no fuese por el *Adiós,* elegía bañada en lágrimas, mucho más sentida que las famosas de Gallegos y el Duque de Rivas a la Duquesa de Frías, la menos académica, pero en nuestro concepto, la mejor de sus poesías, por el sentimiento, la emoción estética, el grito de dolor y la misma forma soberana, si no fuera por ese *Adiós* tan humano, tan triste, poema de esposos y padres desolados, diríamos que D. Luis fue más poeta épico u objetivo que propiamente lírico, y que el más alto punto de su obra se cifra en los *Aplausos y quejas,* canto valentísimo y de perfecta estructura, pero cuya concepción genial no le corresponde, como respuesta que es a otro de un poeta que nos olvidó en una especie de discurso de filosofía de la historia de la raza latina, compuesto en grandiosas estrofas.

El *Adiós* en la muerte de su primera esposa y el citado canto épico *Aplausos y quejas* suelen ser considerados como lo mejor de sus obras poéticas, muy por encima de los versos de la juventud y superiores a la oda *A las sombras de Malo y Solano,* que más tarde remendó con reminiscencias de D. Mariano Cueva. Pero, si en estas últimas poesías se halla el germen, hay en otras un valor que convendría declarar y exponer cuando se acometa el examen de todas ellas, y entonces se verá los quilates del *Himno a Bolívar, A las hijas en la apoteosis del Padre* y varias de la misma época fulminante de la Restauración (1883). Entre ellas hay una intitulada *El Regreso del voluntario,* que nada tiene

de Ruiz Aguilera, y es una soberbia concepción patriótica que predica el desinterés cívico a los *héroes* de nuestras discordias civiles que suelen amar mucho a la libertad con tal de aprovechar de la situación creada con la propia fatiga, amontonando tiranías sobre tiranías y volviendo así perdurable la necesidad de las revoluciones....

Carece de la visión del paisaje, lo que es extraño en un hombre como él que pasó la mayor parte de su vida en el culto y el cultivo de la Naturaleza, pero ahonda en el pensamiento filosófico, y la rica variedad de su lectura le proporciona imágenes apropiadas como en una producción continua. Su canto a *Rocafuerte* es labor de taracea, y tiene un poco de sequedad inevitable, por razones que no se le ocultan al lector: pero abunda en trozos magníficos y el tono no desmaya, lo mismo que su romance heroico a *Chile,* una de sus últimas poesías de empeño.

Donde luce su gracia desenfadada es en los versos menores. Su composición a *España* cuando la guerra con los Estados Unidos, aunque escrita en redondillas, tiene el empuje y resonancia de una oda quintanesca, y sus romances destilan la miel ática por todos sus versos, así describa escenas patrióticas (*Asalto, victoria y perdón*), ya exhale su dolor en suaves quejas o en reconvenciones a sus enemigos, o bien implore misericordia por los crímenes y sacrilegios perpetrados en la ciudad nativa. Es su fuerte el romance. Libre la Musa de trabas retóricas, corre airosa y juguetona, bromea, se apena alguna vez y llora su poco, se acerca curiosa a la

gruta de los idilios pastoriles, o, como la ninfa de Gil Polo, se lava los pies en la orilla espumosa: nadie creería que es la misma que sopla en la trompa homérica para seguir los destinos de la raza latina al través de los siglos y por los continentes.

Entre esos que llamamos—y mal llamado por cierto,— versos menores para distinguirlos de las extensas odas endecasílabas, hay dos poesías en quíchua: el *Rimimillacta* y el *Cushi quillca*, de lo mejor acaso entre las demás por su hondísimo sentimiento que expresan y la insuperable dulzura de la forma: son los dolores del indio, de la raza vencida, que tiemblan en *quenas, bocinas* y *rondadores* allá en la soledad de los campos, revelando la angustia de todo un pueblo como en los negros días que siguieron a la Conquista.... ¡Cuánta belleza y qué sencillez de arte! El mismo autor quedó por debajo de su obra en las traducciones castellanas que de ella hizo, porque nuestra lengua viril y armoniosa, no obstante ser tan adecuada para la expresión de los más suaves sentimientos, no alcanza a trasladar con exactitud eufónica palabras que por sí mismas son cadencias melódicas, melodías que se resuelven en gemidos.

Queda la parte epigramática que trabajó con esmero el ilustre vate. Es algo paradojal que el poeta de las cláusulas resonantes y los fáciles romances sea al mismo tiempo un intencionado epigramático, como lo sería que el cóndor diese picotazos de la intensidad inofensiva de los de la abeja.... Pero así es, y corre un

volumen formado sólo con esas producciones de un género nada simpático para la generalidad y propio de muy pocos ingenios, en el cual tan fácil es que la caridad tropiece y caiga en el peldaño enjabonado del oportuno chiste. Los de Cordero tienen fama, y en la mencionada colección de *poesías jocosas* hay verdaderas joyas que han logrado popularizarse, que al fin para el pueblo son fabricadas, y poemitas de mayor empeño como la chispeante sátira política intitulada *Corregir al que no yerra:* vale menos su crítica de *los dos estilos,* porque nos recuerda la desdichada *Epístola a Andrés* de D. Leandro Moratín.

El epigrama ya no es un género como en las antiguas clasificaciones retóricas, pero será siempre una muestra genial y exclusiva de buen talento e inspiración que queda para los escogidos.

Habría mucho más que decir; pero advertimos ya la desproporcionada extensión de este escrito.

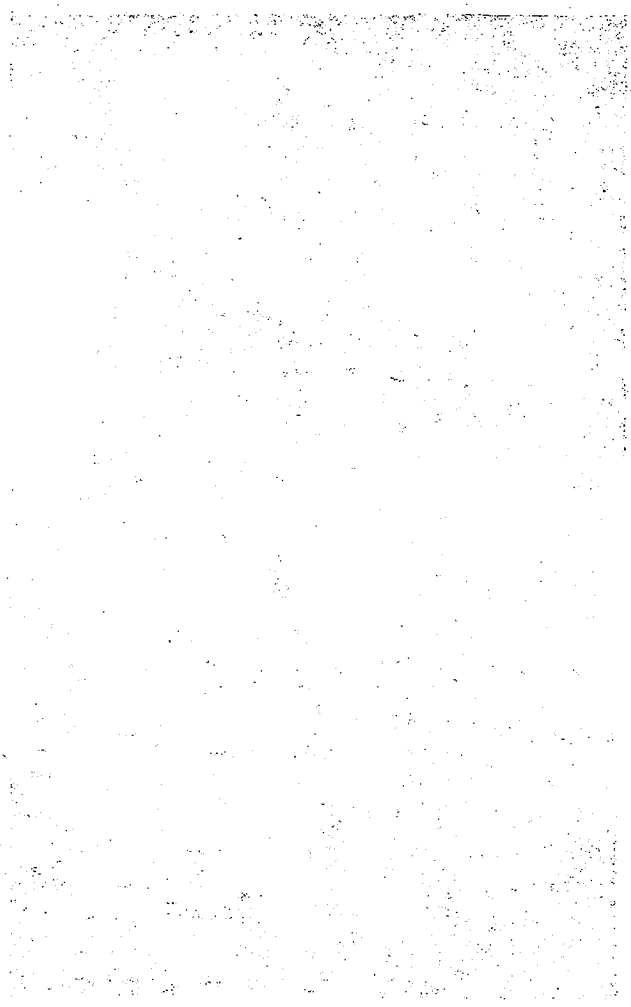
En resúmen, Cordero poeta cantó las cosas altas: la raza, la patria, los héroes; rindió tributo al dolor, y tuvo con la suave delicadeza de los númenes apacibles, la gracia de la sonrisa, la caricia del consejo y la crítica que suena a palmetazos.

Hoy le coronan sus conciudadanos, y hacen bien: merece, ciertamente, un homenaje así una vida consagrada al trabajo útil, a los compatriotas, y una vocación artística altamente obedecida.

Fué un varón ilustre y un hombre honrado. Ni los que fueron sus más ardientes adversarios políticos lo niegan; y no porque haya muerto, pues la obra de justicia comenzó mucho antes de que muriese, sino porque el mérito al fin triunfa, y sobre los rencores políticos, los resentimientos personales, la envidia y las tristezas de antiguos errores, siempre levanta la verdad su trono, la verdad que es un resplandor de Dios en la conciencia humana.

24 de Mayo de 1917.

DON
REMIGIO CRESPO TORAL



DON REMIGIO CRESPO TORAL

EL NIDO Y EL PAJARO

I

LA CALLE, dirigiendo la vista desde el arranque, parece una bodoquera: angosta, oscura, triste y nada limpia, avanza hasta perderse en la distante cuesta.... Se le conoce con el nombre antonomástico de *Larga*: la calle larga, solitaria por el día, y tétrica, peligrosa para los transeuntes durante la noche: tiene sus leyendas populares, su folklore particular henchido del recuerdo tradicional de cuentos de aparecidos, de sucesos espeluznantes que el diablo enreda y desenreda a placer, de peleas de espadachines y jolgorios de los terribles viejos estudiantes, interrumpidos por un batir de alas de loras inverosímiles, por frailes sin piernas que andan en el aire, cantando misteriosos rezos de una liturgia ultraterrena, o por la dama

vestida de blanco con cara de animal inmundo que arroja bocanadas de fuego y humo de azufre.... La hilera de casas que forman la acera norte, limita prácticamente ese lado de la ciudad, en aquella parte; las que se alinean al sur dan a un enorme derrumbadero—barranca de tierra rica en malezas,—que cae al río..... La hilera de allá consta de antiguos y míseros edificios coloniales, casi cabañas rústicas, entre los cuales se levanta alegre una casa pequeñuela de monjas carmelitas y lame sus cimientos un ancho y profundo arroyo, encauzado por robustas guijas, que las gentes llaman *molino*, en uso vulgar de un tropo inaceptable; las del frente, parecen construcciones de aldea interandina.

Corre un vientecillo de pulmonías y hace un frío agudo y húmedo: en el silencio nemoroso se oye, con claridad hiriente, el son de una campana, que llama a los cristianos al templo o indica cualquier rezo de canónigos, frailes, monjas o beatas. Es una particularidad: en Cuenca—porque estamos en Cuenca, ¿saben Uds?—desde las cuatro de la madrugada hasta las nueve y media de la noche, de momento en momento, suenan campanas, cuyo vario son se difunde vibrante, llenando los ámbitos, por la diáfana atmósfera serena, y llega lejos, para solemnizar el silencio augusto de la campiña siempre verde y florecida....

He ahí la casa que buscamos: es de las de lado de la barranca: pobre poeta, en qué tugurio ha ido a meterse.... Baja, fea, de míseros adoves, apenas sí una puerta conventual y unas pocas ventanas de reja andaluza, con hierros fundidos se abren mezquinas en la larga pared que forma lo que—es un de-

cir—calificaríamos en fachada. En fin, el nido es lo de menos si el pájaro es canoro.

Llamamos. No es un conserje de librea, ciertamente, la india mísera que acude a franquearnos la entrada; y nos hallamos en una especie de recibimiento de altas y blancas paredes, inundado de un chorro de luz que le viene del fondo: una gran escalera de madera desciende a profundidades vedadas al indiscreto y al extraño; y lleva un cómodo pasadizo a pie llano, a una amplísima galería de cristales, entapizada con lujo, y cuyo pavimento es de hule costoso tendido sobre las recias y enceradas tablas. Profusión de luz, abundancia de flores y hasta de plantas tropicales como en una gran estufa; cuadros alegres en marcos de caoba y nogal finamente tallados; columnas y soportes con jarrones y objetos de arte; mobiliario de mimbre, con ruedos de alfombra los sofás, mullidos almohadones y cojines, las butacas. En jaulas y pajareras metálicas gorjean y brincan docenas de aves escogidas; y cortinas de encaje y muselina sirven para suavizar a ciertas horas la irrupción del padre sol y sus flechas de oro.... Perfumes, colores, armonías, confort... A lo largo de esta galería se abren los salones; ricas alfombras, mármoles del Portete, talladuras de maestros azuayos, madera dorada y plateada, cuadros, estatuas, bronces y *terracotas*, mucha seda y mucho arte de decorados, en paredes y mobiliario. La luz de la tarde se quiebra, en los grandes espejos de bisel y marquetería dorada o de porcelana, irísase en los colgantes prismas de arañas y candelabros, y arranca reflejos y chispas a la seda, verde, mahón, de los pesados cortinajes.... Ciertamente, es la mora-

da de un gran señor, de un hombre rico que gasta con discreción sus rentas y se da buena vida. Mas, lujo provinciano, al fin, por mucho que sea el gusto que se haya desplegado, se halla al alcance de cualquiera, a costa de buena suma de dinero y con el empleo de la santa virtud de la paciencia.

En la descrita galería, alzamos un visillo y abrimos una ventana. Es la sorpresa. Ahí está el germen de muchos ensueños de poesía y el secreto del suave encanto de rimas que brotan al amor del terruño en la mágica visión de la naturaleza circundante.

Es un gran jardín en lo que el empeño de un hombre adinerado y de brillante imaginación ha transformado el agrio despeñadero en aquel sitio, convirtiendo un antiguo foco de inmundicias en un rincón encantador y perfumado. Baja en suaves planos inclinados a unir sus linderos con las márgenes del patrio Tomebamba, que corre, bramando espumoso al torcer entre pedruscos sus límpidas aguas, con singular monotonía, que cubre la soledad e invita al sueño o a piadosas reflexiones más allá del amor y de la vida. Y hay allí fuentes de piedra que lanzan de lo alto penachos de agua, que luego caen en anchos tazones, y se unen al fin en ingeniosa red de hilos sutiles que van a humedecer macisos de flores encuadrados por acirates y platabandas de arena brillante y casi micácea: grupos de árboles que fingen caprichosas estructuras; un retazo de huerto, donde entre frescas lechugas y colorados rábanos se arrastran perezosas fresas tempraneras: y aquí y allá, glorietas, cenadores y kioskos ofrecen sillas y mesas, divanes y butacas de rus-

ticidad elegante y refinada, para el honesto pasatiempo o en solitario estudio. A un lado, un baño de príncipe oriental de agua fría y olorosa, que mana del barranco y nos hace acordar de aquel otro menos refinado, debajo de un naranjo, en el cual la dulce María arojaba puñados de rosas para delicia de Efraín, en el apartamiento de la hacienda caucana.....

Y tendemos más allá la vista. Cierran la línea del horizonte suaves colinas de un verde oscuro; y bajo un cielo diáfano y profundo, raras veces sin el milagro de celajes prodigiosos y multicolores, un cielo azul..... celeste, metálico en su misma transparencia, en una atmósfera de densidad como para pájaros, que suaviza el ardor del sol y tamiza la fulgurante esplendidez de sus rayos. se extiende una inmensa llanura,—El Ejido,—verde aun en épocas de horrenda sequía, florida aun en tiempos de agostadoras escarchas. Es algo ideal; como una Arcadia rediviva. La dilatada planicie está sembrada de granjas y casuchas de menguada construcción; pero hay una como explosión de flores, de árboles, de huertos; allí está un pueblecillo mísero con su pobre iglesia colonial y su cementerio, que da carácter al paisaje campesino; la zarzamora y las rosas de Alejandría y de Jericó se enredan a los nopales y poderosas ágabes que coronan las cercas de piedras y tierra, y trepan, defendiéndolos de novilleros rapaces, los altos capulíes de majestuoso tronco. Al pie, y del lado sur, otro río, el Yanuncay, de agua tan pura y cristalina que se diría pasada por un filtro Pasteur, y casi tan dulce y sabrosa como un vino suave e inofensivo servido por

Hebe en la mesa de los dioses olímpicos, se une al Tomebamba por una cinta de carretera que de lejos semeja de plata; y todo canta: la grama del prado, las coles de los huertos; aguas, pájaros, árboles, brisas, y hasta el mismo silencio.... ¡Primaveral ejido cuencano!

Callados, y recordando tiempos lejanos de feliz adolescencia, sin pensar en nada, nos abismamos en deprimente contemplación. Ciertamente, ese es un nido de poeta; entendámonos, un nido de poeta.... rico. Verdad, también, que la gentil madre Naturaleza lo ha puesto casi todo, y de balde.

—Eh! mi amigo: ¿le agrada esto?

Es el poeta, el dueño de casa quien nos habla alegremente.

Nos sobresaltamos al sonido de su voz; y salimos de aquel éxtasis con una impresión confusa de dolor y susto.

Hay un vago sentimiento de envidia en nuestra alma. Ser rico significa algo cuando se vive así; en tanto que a nosotros, oprimidos por el diario afán, y la perpetua angustia, apenas nos quedan un poco de aire y unas gotas de agua, para vivir inquietos y remojar el amargo pan cuotidiano. Y ser poeta dentro de este ambiente de paz y poesía; ¡qué gracia!

—Le agrada esto?

Es él. Un hombre alto y esbelto. Ya no es joven, a juzgar por la blancura de su barba y de sus cabellos—¡como que se acerca a los sesenta!—mas, si se le disimulan algunas ligeras arrugas—la indefectible *pata de gallo,*—cuán fresca su tez, en la que rosas juveniles, rosas casi virginales, resaltan

sobre la blancura señoril y de buena raza; su fresca boca tiene aún sonrisas de encanto bondadoso, y su frente no es un mármol antiguo, un marfil amarillento, sino un alabastro que ya lo quisiera para sí más de una muchacha dieciochena. Sus ojos son alegres y vivaces, nada inquisitoriales, acaso molestados en ocasiones por tal cual lagrimeo o un parpadear inquieto; conserva nítida y blanca la dentadura, y mira alegremente, cariñosamente. Guapo muchacho fué en sus años tempraneros; y, aunque no robusto como un roble, tiene aún la ductilidad de un metal bien templado. Y genio y figura....

¡Cuánta sencillez de indumento! Sin llegar al descuido, no toca a la elegancia aseñoritada y un tanto cursilona de las clases elevadas de la Sierra, que no pueden vivir sin levita y sin sombrero de copa. Le bastan para entre día, la americana de colores obscuros y el hongo antiestético; y si la repetición de a quinientos pesos se halla hundida en el bolsillo de su chaleco, su leontina delgadísima de oro y platino se le pierde entre ojales y botones.

Tiene su voz una nota de alegría, como campestre, en la ordinaria charla, expansiva y francota hasta los límites convenientes al decoro; en discusiones parlamentarias y en recitaciones públicas, baja dos tonos, y conviértese en profunda, con un aire de sinceridad y convicción que engañan a los que no conocen al individuo, y ya le creen un infeliz, ya le suponen un dómine pedantesco, aun en los momentos en que se debaten agitados bajo el peso de su elocuencia o de sus razonamientos eruditos. Recita tal

cual; pero es indudable que lee deplorablemente sus propios versos por las inflexiones de candor en ocasiones y en otras por el énfasis sencillón que imprime a la lectura. Falta de escuela, después de todo.

Conversamos; esto es, conversa él; tiene el raro arte de la conversación. Saca interés de la vulgaridad de los asuntos de actualidad circundante; y si es cariñoso con un irresistible atractivo, no carece de mordacidad en la pronta réplica, en la observación oportuna, y hasta en genialidades de locución que ponen término a enojosas discusiones con estrepitosas carcajadas.

Lo que a ese hombre le distingue es una ecuanimidad abrumadora. En largos años de trato, en medio de situaciones árduas, dolorosísimas algunas, jamás le vimos llevar su alegría, su pena, su enojo o su desaliento, más allá de lo que se conoce en el mundo con el nombre de *correcto;* y si en su juventud fue acre e hiriente, despiadado y tenaz en las luchas del periodismo, en su edad madura lo resuelve todo con un baño final de piedad llena de desdén hacia sus contradictores. Y se ha sabido manejar de tal modo—debido, sin duda a la excelencia de su carácter,—que esta es la hora en que D. Remigio Crespo Toral puede decir que, como hombre público y caballero particular, como literato, poeta y jefe de partido, no tiene un solo enemigo en este país de tantas intransigencias y de tan poco aguante.

—Léame algo: ¿lo quiere?

—¡Hombre! Yo no sé. Andan tan revueltos mis papeles.... Voy a buscar unos artículos críticos que....

—No; nada de artículos: ni una línea de prosa. Versos; eso quiero; versos, pero versos de Ud.

—¡Bah! ¡Mis versos!

Porque este poeta singular, que ha escrito millares y millares de versos, de toda índole, de varia factura, plegándose a novedades y modas literarias; que ha publicado material como para dos gruesos volúmenes y conserva inédito original para seis u ocho más, concede escasísima valía a sus producciones métricas, y conforme las compone, las va apilando en cualquier rincón, más como desahogo de su ánimo que como ejercicio literario. Y lo raro, que esto no le quita el cuidado exquisito de lima constante y variación contínua cuando se trata de dar algo a luz, a veces en ediciones repetidas.

Sale con pausa; y a poco vuelve con un librejo sobado, un cuadernito de apuntes, cuyas páginas están cuajadas de líneas apretadísimas en letra de patas de mosca, con tachones y enmendaturas, de alto abajo, en chocante avaricia de márgenes y de papel. Es una de sus famosas colecciones: el buen señor se ha dado maña para meter en tan poco espacio dos o tres mil versos de veinte o treinta composiciones admirables.... y aun se ha reservado dos hojitas para el título de la portada y un índice inverosímil.

Lee a saltos. No gusta de fastidiar al oyente; y va marcando los períodos con voz profunda y ponderativa, apenas interrumpida por suspiros de descanso. Lo deja a poco, como con hastío de su misma lectura, y se mete el librejo sobado y chiquirritín en el bolsillo de pecho de su largo gabán

gris ratón o lo tira sobre la mesa cundida de manuscritos.

Alguien le llama desde la vecina estancia. Sonreído nos invita a pasar a uno de los salones, y allí nos presenta a una de sus niñas, chiquilla bellísima de diez y siete años, que saluda ceremoniosamente como una marquesita del siglo XVIII. Hierve el champagne en las copas, y bebemos por la felicidad del poeta y de su familia.

De abajo, del *home* sagrado, sale ruido de chiquillería, que rompe o hace rodar algo, entre chillidos ahogados por las gruesas paredes; suena melancólico un piano en lección de ejercicio, y por entre las cortinas del salón inmediato asoman caritas morenas y rubias que curiosean vivaces mirando al visitante como un animal raro llegado de las antípodas. De afuera—o adentro, como queráis,—se alza una armonía wagneriana de aguas, brisas, pájaros, niños, piano, que forma un extraño y confuso himno de tranquilidad y de bienestar doméstico.

Y al salir, nos íbamos diciendo:

—¡Qué nido! Pero qué nido! Así, cualquiera escribe versos bonitos. Basta copiar. Solamente que.... —Solamente que es indispensable ser poeta; tener la profunda intuición de la belleza interior, y ojos y oídos en el alma, para mirar y escuchar las visiones y las armonías del mundo exterior y sacar de lo concebido, visto y oído la esencia del Arte, resonancia y copia de la Belleza. Y, además, saber algo; porque ya pasó la época de los vates ingénuos que trinaban como las aves de un árbol sagrado, y es hoy la sabiduría el fundamento de la vida y la necesidad del Arte.

Estudiemos, pues, a este hombre y a su obra, en breves rasgos, echando apuntaciones a granel, ya que sólo el tiempo está autorizado a pronunciar sentencias definitivas, y eso, al borde de tumbas donde son polvo y ceniza los elegidos de la fama por sus méritos o por sus crímenes.

II

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

El movimiento político llamado la Restauración (1882 y 1883), más que una protesta nacional armada y sangrienta contra la dictadura del General Veintemilla, fué una reacción francamente conservadora. Los liberales concurrieron a hacerles el caldo gordo a los tradicionalistas sus adversarios históricos, y sucedió, naturalmente, que, como estaban en minoría y eran hombres poco experimentados en añagazas políticas, fueron puestos a un lado en la hora del reparto de beneficios: error del egoísmo de la época, que no supo transigir con todos dejando francas las puertas a las honradas aspiraciones de libertad y representación; pues de ahí se originó una larga revolución que fatigó a la República y agotó gran parte de sus energías, con el aditamento de tremendas e inolvidables iniquidades.

Pero es indudable que la caída de Veintemilla produjo uno como resurgimiento intelectual y literario en el Ecuador. La oposición de los partidos, la resistencia tenaz de la juventud de las aulas educada por jesuítas, la actitud agresiva del episcopado y el clero en general (cuya inquina fué hasta la declaración de absurdos entredichos), y las tentativas armadas, que trajeron, como inmediata consecuencia, la vergonzosa intervención de tropas colombianas, habían hecho que la defensa extremase su rigor; y como contra el rudo militarismo dominante se convirtieran publicistas, literatos, obispos, universitarios, la pesada mano del hombre de Setiembre doblegó a casi toda la parte pensante de la Nación; y persiguió canónigos, desterró obispos, encerró mónagos y misacantanos, casi en los mismos días en que celebraba con la Santa Sede una nueva versión del Concordato; afrentó con la ignominia del látigo a insignes periodistas y a estudiantes de la Universidad de Quito; y echó al destierro a jóvenes y viejos que tenían algo que decir, alguna cosa que escribir contra un Gobierno equívoco y, casi sin excepción entre sus miembros componentes, en parte iletrado, en parte irresponsable y en todo inmoral. El porvenir nos había de deparar peores males en el ensayo de la hegemonía liberal; pero viene el caso recordar que los terroristas correspondieron al recuerdo de esas afrentas con el patíbulo político autorizado por la reformada Constitución de 1884 y utilizado en beneficio propio por el señor José María Plácido Caamaño....

En situación tan angustiada, toda voz de honrada protesta se había apagado en el Ecuador. Si

alguna resonaba, venía de fuera, como eco del destierro, que la agria Policía de aquellos rudos tiempos ahogaba presto con procedimientos inquisitoriales; y es terrible un pueblo mudo; porque es un esclavo, o un insurgente que prepara en silencio las armas de la ejecutiva reivindicación de sus libertades y derechos conculcados.

Don Juan Montalvo que, en principio y en obra, aceptara la *transformación de* 1876, de la cual resultó una de las primeras víctimas en el grupo liberal coadyuvante, y pretendiera luego, encauzarla por las vías del decoro y las conveniencias nacionales con su memorable *Regenerador,* acometía, desde Panamá, la matadora labor de ponerle en ridículo al General Veintemilla. Conocidas son sus famosas *Catilinarias,* en las cuales el dicterio toma forma literaria y se eleva la invectiva a no sospechadas alturas de elocuencia. Y las *Catilinarias* eran leídas en el Ecuador a puerta cerrada, haciendo brotar en los ánimos la risa y el hondo sentimiento de desprecio, para consuelo de corazones inquietos y oprimidos. Aquellos folletos, ya justamente reputados como documentos literarios de gran valía, son, en verdad, enormes ponderaciones de burla llevada al sarcasmo, porque Veintemilla no fué eso que ellos pintan y esculpen; pero como explosiones de odio significaban, entonces, algo como una revelación. Montalvo se cansó pronto, y emprendió, luego, su último viaje a Europa, desatendiendo las cosas de la patria, y de aquel viaje, bien lo sabemos, no regresó sino su cadáver a playas ecuatorianas.

Era lo más alto, y era lo único. Si algún pe-

riodismo quedaba en el país, o constituía un sumando de la prensa oficial, o se veía obligado a entretener sus ocios con vaguedades literarias, de insoportable ñoñez. Puede decirse, pues, que los compatriotas se hallaban en aquel período infame como imbecilizados por el miedo, con la nota particular de que la misma literatura—manjar reservado para viejos dómines y muchachos incipientes,—era otro peligro, tomada en cuenta la intolerancia gubernativa que castigaba no sólo sugestivas gacetillas sino inocentes versos de tímida patriotería.

Cuando sonó la hora del tumulto ciudadano, provocado neciamente por el Jefe del Estado, se cerraron para las plumas independientes que aún querían moverse dentro de los confines del país, todas las válvulas de posible escape. Ya no era de entretenerse en declamaciones y críticas; y con los antiguos jefes de la época garciana, con los caudillos nuevos que asomaban en el horizonte en nombre de la Religión y de la Patria, al amparo y bajo el consejo de los viejos hierofantes del ciclo ultramontano, la juventud de las profesiones liberales, la chiquillería de las aulas universitarias, acudieron en tropel a tomar las armas, en una cruzada entusiasta. Y calló la prensa, enmudecieron las liras, cesó todo ensayo de composición artística, al tiempo que Escuelas, Colegios y Universidades cerraban sus puertas en la amplitud turbulenta de la República....

Alfaro estaba ahí, a las inmediaciones del último refugio del Dictador de papel mascado que veía disolverse las fantasías de su ambición al baño de agua fría del odio general y circundante; Al-

faro estaba ahí, amenazando y sitiando al Traidor, porque en las grandes emergencias de la historia republicana de esta atormentada Nación, los liberales hemos servido de eso: de zapadores y exploradores; carne de cañón hoy, mañana escalera que arrojan de un puntapié los que han logrado subir al bardal donde se satisface en lupercales de sangre y satisfacción de codicias de dinero la eterna Ambición "que se ríe de la muerte".

Fue un engaño terrible; mas, ¿cómo iba a preverse que a una vergonzosa dictadura militar, limpia en sus contornos, se sustituiría una tiranía ultramontana, que significaba un franco e inverosímil paso de regresión, cuando no ennoblecía ya la sombra el aliento poderoso de un García Moreno, y en pleno dominio de los menos dignos?

Sea de ello lo que fuere, lo evidente es que, tras el triunfo, hubo un respiro enorme en la sociedad; y trajo la victoria una pujante florescencia en los antes conturbados espíritus. Reasumió sus labores la prensa, y, al par que se afianzaba en Guayaquil "La Nación", surgió el diarismo en Quito. ¡Y qué pululamiento de juventud! La nota patriótica vibraba en prosas y versos, batalladora y ardiente; volvían al ejercicio retórico los viejos consagrados por la generación pasada, tales como Cordero, Mera, Sánchez, Echeverría y otros; e iniciaban su reapertura las cátedras con resonantes actos de literatura de circunstancias, en tanto que hormigueaban en los principales centros de población periódicos de toda clase y factura, de pocas ideas los más, pero cuajados todos ellos de rimas altisonantes y alados epigramas.

Si había angustia en las almas ante infinidad de problemas de reconstitución y reorganización; si las contrarias tendencias se preparaban al choque inevitable en el juego de la política y de las ambiciones, ello era afán de pocos y andaba en círculos ajenos a las letras y a las artes. Y el Gobierno de ínterim llamado *Pentavirato,* en razón del número de los individuos que lo componían, y los Secretarios de Estado, formaban una Academia, en la cual el doctor Luis Cordero llevaba la voz cantante con prosas y versos a granel, tendientes a levantar el espíritu público sobre la deplorable calamidad de las circunstancias.

Era el agua que rompía la represa, y se extendía bullente y sonora por la llanura, no limpia todavía, pero sana y fecundante.

Coincidió con este curioso estado del alma ecuatoriana la celebración del centenario de Bolívar, y para aquella fecha, el Gobierno, las Universidades, la Academia, todos los cuerpos colegiados, todos los centros intelectuales de la República echaron como quien dice el resto, y cundieron programas en los cuales las veladas literarias y los concursos poéticos eran número principal y signo de alta cultura. Uno de aquellos concursos fue abierto por la Universidad de Quito, dejando libre el tema a los concurrentes, sobreentendido que había de versar sobre el Libertador.

La fiesta del 24 de Julio de 1883 en la Capital tuvo la doble solemnidad de un acto jubilar y de celebración del reciente triunfo sobre la dictadura veintemillana, obtenido pocos días antes; y se la llevó a cabo como en un espasmo nervioso de delirante

patriotismo. En aquel día leyó Cordero su canto intitulado *Aplausos y quejas,* que, a la conclusión, tiene resonancias de la reciente lucha; dio a luz don Juan León Mera su poema elegíaco—no de lo peor que produjo su fecundísimo numen,—*Los últimos momentos de Bolívar,* y obtuvo un éxito popular de declamación don Quintiliano Sánchez con su oda heroica *Las batallas.* Y sucedió que el premio en el concurso universitario lo ganó el autor de cierta tirada de quintetos endecasílabos, dividida nada menos que en tres cantos, que su feliz autor había rotulado *Ultimos pensamientos de Bolívar.*

El público aplaudió aquellas armoniosas y valientes estrofas, no desprovistas de enjundia política y filosofía de la historia, que, ante enorme concurso, por encargo del poeta premiado, recitó discretamente el joven quiteño D. Luis Pólit, primo del ahora dignísimo e ilustrado obispo de Cuenca (1).

¿Quién era ese autor? Se sabía que un jovenzuelo, un muchacho de aulas, apenas mayor de edad y señor de su derecho, que respondía al honrado nombre REMIGIO CRESPO TORAL. Item más, que era sobrino del prelado de la diócesis cuencana, Ilmo. Sr. Dr. D. Remigio Esteves de Toral. Bien, ¿y qué más,? Porque un nombre.... ¡eh! qué importa un nombre!—como dijo un grande y olvidado poeta.

Más adelante veremos lo que, en verdad, valía aquel poema; pero los compatriotas del Azuay conocían un poco más, desde el punto de vista de la

(1). El Ilmo. Dr. Dn. Manuel María Pólit, hoy Arzobispo de Quito.

publicidad en la prensa regional, a aquel inquieto y batallador chiquillo. Había hecho sus primeras armas en un periódico semipolítico y semiliterario de propaganda conservadora, fundado y sostenido por los ultramontanos de Cuenca, que se llamaba *El Correo del Azuay,* en el cual publicaba revistas de sucesos extranjeros al través de lecturas de folletos y periódicos de la cofradía, y solía enfrascarse en ardientes polémicas sobre temas de escuelas, como el tiranicidio y otros semejantes, con una erudición a flor de piel, orientaciones netamente ultra-conservadoras y una lamentable altivez y falta de caridad y respeto para las personas, hechos y dichos de sus contradictores. Y era lo curioso que, en cuanto a poeta, apenas si se le iba conociendo por algunos romancitos de vaga índole y tal cual composición en versos largos, que no revelaban a un predilecto de las Musas.

Había nacido en Cuenca en 1860, hijo de honrados padres, que se distinguieron siempre por su discresión y virtudes. Algo de la visión de los primeros años, como un recuerdo confuso, pero encantador queda en el fondo de su poesía, hija del campo, de la soledad agreste, de la sencillez aldeana, en la parte más sincera y mejor sentida de élla: pues, habiendo permanecido cuando niño en una hacienda de su familia, a unas cuantas leguas de la ciudad, en ella se crió, y bajo el dictado de su buena madre aprendió a leer y escribir, sin abandonar el nido por ninguna escuela; libre y feliz, hundiéndose en los maizales de la heredad, trepando cuestas verdeantes de próspero sembradío, corriendo por llanuras, y bañándose de sol, de perfumes de los cer-

canos verjeles, de vientos de la montaña y en las aguas saludables del inmediato río....

De esa vida un poco agreste a la seria del *ratio studiorum* de los padres jesuítas, que, entonces, tenían el Seminario, había una distancia rellena de ausencia, dolor y sorpresa. Pero hubo de pasar bajo el yugo, y se portó bravamente, sin conceder demasiada holgura a la turbulencia alegre y confiada de su temperamento. Fuera de que tampoco se lo hubiesen permitido los maestros; porque tiempos eran aquellos en que los eclesiásticos que manipulaban el negocio capital de la Instrucción Pública, ponían la monta en las cuestiones relativas a la educación, y rompían los caracteres más indóciles, cuando no podían doblegarlos o rectificarlos con una severidad que no conoce, por suerte, la generación presente.

Hoy se habla mucho contra el régimen jesuítico en los programas de humanidades y de ciencias filosóficas exactas y físicas; y, acaso no les falta razón a los que declaman para desprestigiarlo, por cuanto la estrechez de criterio y el egoísmo trascendental en la enseñanza no acusaban deficiencia, sino un sistema ordenado de propaganda eclesiástica en materia de opiniones y doctrinas. Pero es indudable que de tal régimen y sistema salieron en el Ecuador los hombres mejor preparados y que algún lustre han dado a la patria. En punto a humanidades, especialmente, cuando el plan educativo en los colegios de segunda enseñanza, que, derivado del de la Compañía, persistió durante muchos años en los programas oficiales y desapareció al rayar el alba de la Revolución de Junio; hemos

venido muy abajo en el Ecuador, donde aún no acertamos con un plan de estudios satisfactorio, y hace más de veinte años que lo buscamos con ansia, ensayando infructuosamente varias novedades, por prurito de imitación y trasplante. Latín, ya no lo saben ni los curas, y los fundamentos aristotélicos de la dialéctica son mirados como vanidades de sacristía. No protestaríamos, si algo se hubiese puesto en lugar de todo ello.

Y nuestro futuro poeta—que llevaba en sí el germen de una vocación irresistible,—cursó el bachillerato con los padres jesuítas; tradujo a los clásicos latinos, aprendió raíces griegas, cansó la propia imaginación, con un poco de filosofía escolástica y otro poco de matemáticas y rudimentos de física, y llegó al final a tumbos y tropezones. No era mal estudiante, y no sabemos de él si hizo novillos para robar duraznos, manzanas y capulíes en las huertas que rodean la ciudad; mas, resultaba un lector ansioso, empedernido, incansable, de cuanto papel impreso caía en sus manos, y es conocido que historias, novelas y versos no ayudan a digerir las reglas del silogismo, ni alcanzan a ilustrar la alta filosofía de los signos algebraicos y las ecuaciones de segundo grado.

Para salvarle de un fracaso seguro—¡a tantos otros les ha acontecido el inevitable frustramiento, no obstante su probada competencia intelectual!—tenía en su favor el imperio de una disciplina más eficaz y severa que la del Colegio, en su propia casa. Ella encauzó sus estudios por un rumbo metódico y provechoso, abriendo a su alma regiones de luz con el conocimiento de cosas no

sospechadas en su febril actividad de adolescente. Y se formó la plenitud de su carácter en un centro propiamente eclesiástico: no podía ser de otra manera, si respiraba un ambiente de templo, de piedad, de sacerdocio. Su tío, jefe de la familia, a cuyo amparo vivía, era un Obispo, hombre sagaz y caracterizado, que imprimió el propio sello en una numerosa muchedumbre de hermanos, sobrinos, primos y otros parientes, que fueron el tronco venerable de parte de la buena sociedad cuencana, heredera de sus virtudes y preocupaciones, en larga sucesión. Uno de sus hermanos mayores dejó la muceta de abogado por el bonete clerical. Sus amigos, sus maestros, cuanto trataba, cuanto era digno de su gratitud, cariño, veneración y respeto, pertenecían a la Iglesia en vario concepto; y la misma ciudad era como una enorme y triste casa parroquial donde se hablaba bajo y sólo de asuntos de devoción, sin sufrir la más leve contradicción, sin perdonar la más pequeña debilidad con intransigencia hosca y pueril, rayana en fanatismo medioeval.

Si esto determina el derrotero de una existencia, dígalo el pío lector; lo que viene a nuestro caso es manifestar cuáles fueron las causas originarias del rumbo de las ideas que constituyen la parte formal de la labor, de la vida misma del escritor a quien dedicamos estas líneas. En una ciudad ultramontana, dentro de una sociedad devota, de una familia de obispos y presbíteros, educado por jesuítas, imbuído en lecturas ordenadas por la sabia previsión de un prelado inteligente, ¿qué había de ser el señor Crespo sino un individuo netamente tradicio-

nalista en la ciencia como en el arte, en la política como en la práctica de la vida?

Y ese era el joven que había estado revolviendo libros de historia y de documentos históricos para hacer hablar en verso al mismo Libertador, en la silenciosa perpetración de un poema en tres cantos, retumbante y enfático, que, pensado en el palacio de un viejo y aristócrata obispo, había de ser públicamente recitado por un obispo futuro, igualmente aristócrata, y ambos de la diócesis cuencana donde no les cupo en suerte salir a la vida.

La noticia del premio llenó de gozo las aulas de la ciudad nativa del nuevo poeta, y la culta sociedad tomó el hecho como distinción honorífica discernida a ella propia. El joven se engrandeció, y acaso fuera posible que la vanidad de los veinte años le haya inflado un poco en la hora justa del primer triunfo. Valía como compensación de las angustias de meses anteriores en que anduviera a salto de mata, porque la escasez de criterio, por decir lo menos, de las autoridades dictatoriales, tuvo la imbecilidad de perseguir aun a niños, en las horas ignominiosas en que aquel bárbaro de Veintimilla desterraba, metía en presidio....¡ y vapulaba! a estudiantes de la Universidad Central!....

¿De qué modo se le podía aupar al vate triunfador?... Muy sencillamente: haciéndole diputado a la Convención que iba a reunirse.... Bello gesto de clásica, casi helénica prosapia. Pero debemos confesar que en la elección canónica anduvieron..... ¿cómo decirlo? Pues, los cánones. ¿Los canónigos?.... Más claro, los curas. Pues ¿quién no es en Cuenca un poco clérigo, por dentro o por fuera?

III

HISTORIA Y POLITICA

La Convención de 1884, simple y alborotado acto de partidarismo político como todas sus semejantes, fué un mediocre triunfo de los conservadores que no alcanzaron a realizar el absurdo ideal ultramontano de regresión escandalosa; pero tuvo en su seno el fermento revolucionario de la minoría liberal traicionada y vendida desde el mismo histórico campamento de Mapasingue. De ahí debía salir necesariamente otra discordia intestina, por cuanto los procedimientos del mayor número, que habría sido patriótico detener en el límite de decorosas y útiles transacciones, se efectuaron como una franca provocación, cerraron los caminos de un posible avenimiento, y al elegir Presidente de la Asamblea a un hombre tan desacreditado como el General Salazar y de Jefe del Estado a un desconocido como el señor Caamaño, indicaban el sendero de las desesperadas resistencias, acaso más por resentimiento y rencor de la parte ofendida que por propósito patriótico; Revolución de 1884, cuyo último espasmo, tras una serie de desastres,—porque cansado el país no correspondió al empeño, y el General Alfaro, tras la primera tentativa desgra-

ciada abandonó su causa y sus amigos a su propia suerte, retirándose como un pretendiente de derecho divino,—fué el inicuo e inútil fusilamiento del pobre Luis Vargas Torres en la plaza mayor de Cuenca, la mañana del 20 de Marzo de 1887.....

Se hizo mucha literatura en aquel memorable Parlamento, punto de transición de dos agrias contiendas intestinas; y si privó el vengativo criterio de partido en algunos actos trascendentales, no faltaron erudición barata y risible pedantería en la solemne discusión sobre si el Gobierno del Ecuador había de ser unipersonal o múltiple, y si convenía el sistema unitario o el federalista como régimen constitucional. Verdad que no se llevó el atrevimiento a pretender reacciones poco menos que medioevales, con olor de legitimidad y chamusquinas de Santo Oficio, cuyo tipo reside en la famosa Constitución de 1869; pero al consagrar definitivamente la Iglesia oficial y reconocer la vigencia del Concordato, se declaraba la perpetuidad del predominio eclesiástico como factor político al servicio de Gobiernos tradicionalistas, cuchillo de carnicero para hacer lonjas y cecinas de la escasa libertad civil y política que se dejaba a los ecuatorianos. Por tímido y disfrazado que se presentase, aquello era, sustancialmente, una tentativa de regresión; y si la labor educativa permanecía en manos de clérigos seglares y un cardumen de comunidades religiosas, si quedaban la conciencia individual y la expresión del pensamiento a merced de los curas—de obispo a simple párroco rural,—la obra del progreso estaba por verse, y en cuanto al capítulo de economía y rentas, la situación era la misma. Diez años domi-

nó ese régimen vergonzoso; y es bueno advertir que, durante tal período de tiempo entre revueltas y tormentas, no se llevó a cabo la menor tentativa civilizadora y continuó prevaleciendo la antigua sombra.

¡Qué época! A la revolución de la Costa contestó el Gobierno con el cadalso por causa política, mediante una reforma constitucional arbitrada por los Congresos de 1886 y 1888, que comportaba el más inmoral e inícuo falseamiento del espíritu y la letra de la Carta de 1884. Era la venganza que afilaba el puñal en la piedra de amolar de una justicia de partido; pero los asesinatos en la oscura montaña, la barbarie de tormentos afrentosos, el incendio de poblaciones indefensas, se habían adelantado como medios de represión y recursos de orden público; puñal por puñal, era más decente, porque no tenía la vaina de la hipocresía, el de los revolucionarios, grupo exiguo de agitadores y combatientes que, por lo menos, proclamaban un ideal y alzaban una bandera.

Y en medio de esta crisis nacional, con el Panóptico lleno de prisioneros de guerra y desafectos, hirviendo en perseguidos y confinados las apartadas poblaciones serraniegas, y un núcleo inquieto de proscritos y emigrados en las vecinas repúblicas de Colombia y el Perú; dueño de la situación y rehacio al temor del peligro, el Presidente Caamaño rompió tranquilamente la unión conservadora, su único apoyo; y de la escisión suicida brotó un Gobierno de familia, una especie de oligarquía, con vistas al aprovechamiento de todos los lucros, desde la sinecura bien pagada, hasta los contratos de obras públicas, nunca cumplidos; germen del tercer par-

tido que D. Antonio Flores trató de amasar en un solo conglomerado, sin advertir que se manchaba con la manipulación de cieno infecto....

En todo este período tragicómico fué persona principal y actuante el señor Crespo, fiel, más que a la política de su bando, a los principios que éste proclamaba y decía representar. Joven e inexperto, no fué muy resaltante su labor parlamentaria en la recordada Convención; pero, en los dos Congresos siguientes, hubo de ponerse al frente de algunas deplorables situaciones, como Vicepresidente del primero y Presidente del segundo en la Cámara de Diputados; y vale decir que, si no de los más entusiastas, fué de los más empeñados en el restablecimiento de la pena de muerte por delitos políticos, elevando el debate a la ampulosa majestad de solemnes frases hechas, y empujando el carro de la filosofía de la historia para recoger los sangrientos desperdicios de una tiranía casi anacrónica. Fué error común de muchos hombres de su temple en esos tiempos de ignominia, que, por el cansancio de una lucha que venía prolongándose desde 1881, creyeron conveniente poner el hacha ordenadora y podadora en manos del verdugo, sin advertir que ese instrumento tenía doble filo, y que las sentencias de ejecución las dictaban la Ambición y el Egoísmo en consorcio con la Codicia y la Venganza.

Salió ileso de aquel drama. El siquiera, no tenía qué ver con la cuestión de las concupiscencias de poder y dinero que eran el *alma inspiratrix* de la situación; y si podía seguir las doctrinas del sombrío Conde de Maistre y los de su escuela, era incapaz de agregarse a la cuadrilla de Ambrosio La-

mela que acechaba en los recodos del camino..... Y al consagrar con su palabra y su voto una ley de sangre, ¿no aceptaba, como hombre de partido, las eventualidades y consecuencias del porvenir, en el tiempo y en la historia?

La República enmudeció; y no hubo más cátedra de democracia, ni otro refugio del patriotismo, que las celdas del Presidio, donde un hombre escapado del cuerpo de esbirros venecianos del siglo XV, por arte del demonio, cometía impunemente crueldades inauditas. La literatura se sostenía en certámenes oficiales y actos de presentación cada vez más próximos a la retumbancia de los lugares comunes del más puro devotismo; el estudio de las ciencias se había estratificado en el molde escolástico y en el concepto católico, y la libertad de pensamiento era denunciada como una trasgresión horrible de las leyes escritas.

Era el carácter de la época, a la sombra de las necesidades de la propia defensa; y eran también el fondo, la forma y los procedimientos de dogmas absolutos, así en la fe como en el gobierno de los pueblos. La religión católica no ha sido factor de progreso y civilización, ni mucho menos favorable a la libertad y al decoro social, en los países americanos de conquista española, en los cuales apenas ha habido tiranía que no se hubiese cubierto con la capa de coro de los intereses eclesiásticos.

Convicción en Crespo, leal y profunda, ¿sería una añagaza en los demás? A muchos de los viejos pios cofrades les hemos visto, años después, sentarse con holgada frescura, habiéndolo solicitado con ferviente humildad, al banquete del liberalismo

descreído que desahució el Concordato, expulsó al clero de toda participación en la vida civil, decretó la libertad religiosa y se incautó los bienes de las Comunidades....

Esto aspira a resumir en pocas líneas el estudio de un lapso de tiempo, que la historia juzgará con severidad, por cuanto la candencia de la lucha, en todos los campos de actividad social, el de la discordia intestina inclusive; la exacerbación de las ambiciones; el incontenible fulgurar de la Némesis implacable; el acatamiento a la hegemonía eclesiástica con su programa teológico, filosófico y canónico incompatible con las exigencias de la época y el espíritu de las nuevas generaciones, impidieron el movimiento civilizador; y de dos lustros de dominación casi absoluta por el hierro y por la censura, no salieron sino palabras, palabras y palabras en orden al progreso moral y material. Dados el ideal doctrinario y las orientaciones políticas, no podía ser de otra manera; y ahí está la responsabilidad del partido conservador ecuatoriano. Ser hacha, se comprende a veces: ser rémora, resulta siempre vergonzoso. ¿Que la tradición es lo único compatible con la incipiencia de nuestra nacionalidad; y los regímenes de fuerza y de salto atrás, son los solamente valederos en sociedades primitivas cundidas por la plaga de disturbios y tiranías?.... Así, estuviéramos siempre en la iniciación; y el caso es que sobre religiones, doctrinas, programas, despotismos y toda clase de atentados retardatarios, *el mundo marcha.* ¡Peor para los que intentan detenerlo! ¡Y queda tanto por decir al respecto! Porque en el juego de la política sue-

len confundirse muchos ideales, torcerse los rumbos, y romperse, mediante absurdas iniquidades perpetradas por el interés, el equilibrio social que es el abrigo de la libertad de conciencia.

Y no fué D. Remigio de los que dieron su brazo a torcer.... Años después de la caída del conservatismo, en el Congreso de 1899—pues ha pertenecido a muchas Legislaturas del Ecuador, desde 1884 a 1905,—en plena actividad liberal irresistible, aún le vimos bregar desesperado contra la Ley de Patronato, ofrecida por el General Alfaro como cebo a la imbecilidad radicalesca que se contenta con palabras y se come clérigos crudos..... en pasta de alcorza. Consecuencia genial y honradísima, tan gratamente reconocida por los adversarios, que es entre los radicales donde tiene el hombre de fino trato, de alegre y campechano carácter, de gran talento y mucha lectura, de fácil verbo y oportuna intervención, el poeta, el escritor de *omnia re scibili*, el caballero y el excelente padre de familia, los más decididos y cariñosos admiradores y amigos. Es la imposición del talento; pero también es el atractivo de la persona bien educada. Entendámonos; al decir radicales, nos referimos, naturalmente, a los que, de ese grupo, saben leer y escribir. Que no son todos.

Pues el resentimiento, la causa de queja, ¿dónde? Si por feliz idiosincracia, en los últimos veinte años, cuando no ha habido títere político en el Ecuador que no hubiese intervenido en la contienda armada, o ayudado, a lo menos, con el prestigio de su persona o la habilidad de su ingenio, a la marcha de las revoluciones, no ha resultado un comba-

tiente ni un cooperante, pudiendo tomar puesto principal entre los suyos, el señor Crespo tampoco ha sido jamás autoridad civil, ni militar, chica ni grande. En su juventud florida fué modesto secretario de la Gobernación del Azuay, cargo que ahora lo desempeña cualquier amanuense iletrado y por la senda de los honores parroquiales no ha avanzado sino raramente a simples concejalías.

Eso no le ha quitado el gusto de la pluma; y en algunas ocasiones ha sido periodista de combate. Principió en *El Correo del Azuay,* como dejamos noticiado, en días de preparación conservadora, con algún peligro por delante; y siguió con *El Progreso,* órgano de propaganda que sostenía el Fisco. Significaba su ensayo aquel papel ya olvidado, cuya colección es probable no exista en archivos populares, ni bibliotecas públicas. Agrio y con una intolerancia poco menos que dogmática en la expresión que llamaremos doctrinaria por llamarla de alguna manera, encerrada en las torres de marfil de un conservatismo intransigente y absoluto, de un aristocratismo divertido en este antiguo imperio de la *cholocracia*—único nervio popular,— resultaba implacable en la réplica, cuyas líneas habían menester un baño de benevolencia, siquiera al tratar de asuntos individuales. Sin embargo, algo aprovechable quedó en el fondo, como cierto programa económico, cuyas ideas sorprendieron en un joven que no sabía de cosas de la vida y de la ciencia, sino a través de los libros. Aún permanecen latentes algunas de aquellas ideas en el campo medio vulcanizado de las opiniones de su autor; pero ello es materia cuya averiguación no importa en este lugar.

Pronto se separó de aquel periódico; porque los viejos misacantanos de Cuenca, que habían sacado regulares tajadas en el reparto de beneficios, trataron de impulsarle al redactor responsable al terreno de las particulares conveniencias de ellos; y desde entonces hasta fines de 1888, en que apareció con una fugitiva *Voz del Azuay* contra la resurrección crepitante del liberalismo regional, que tenía por jefe al doctor José Peralta, se encerró en el silencio de oruga. Tuvo suerte con tal actitud de honrada reserva, pues en el intervalo se cometieron muchos crímenes que se hubiese visto obligado a defender con su pluma.

Continuaba, entre tanto, asistiendo a los Congresos; y si en ellos siguió la corriente de su partido, adquiriendo, a veces, correaciones y responsabilidades colectivas más por disciplina que por voluntad, tuvo, por dicha suya, la virtud ingenua de la visión de las conveniencias públicas desde un punto de vista netamente patriótico en los asuntos relacionados con el movimiento administrativo; y como nada esperaba, como de nada tenía necesidad, ya rico y célebre, supo poner a salvo la dignidad e independencia de su persona. Esto, por lo menos.

Aun vibran en él algunos nervios del antiguo luchador; y suele con frecuencia echar la hiel de los apasionados juicios políticos en el cáliz de la literatura docente, mezclándola con mieles de poesía, que de ese modo resultan ácidas. No son resabios juveniles, ni menos una cuestión de carácter; responden al plan ordenado de una vida que ha sujetado el Arte al servicio de lo que entiende por verdad, y

esa verdad, al provecho de los conciudadanos: que hay interés no exento de egoísmo en tal programa, el menos lince lo nota; pero surge la idea de la aplicación de una vida a una sola propaganda, y esto siquiera es honrado, aun en los casos en que es reprochable.

Y, sobre todo, el patriotismo. En lo vulgar y corriente puede ser un patriotismo a su manera, *pro domo sua,* por el hogar político y el triunfo de los amigos; pero, subiendo más alto, en los serenos campos de la defensa nacional, en las cuestiones propiamente internacionales, pocos ecuatorianos han trabajado más profunda y asiduamente que él, en una labor incesante de años y años. Esa labor le llevó a la diplomacia, en Legaciones y consultas, le hizo necesario en Congresos del período radical, y es hoy mismo uno de los claros timbres de su vida.

Indudablemente, en la cuestión del estudio de límites con el Perú, hay escritores que han tratado la materia con más profundidad y extensión, y con formidable acopio de documentos; y muchos que, entregados a fáciles resúmenes y concreciones, tienden a vulgarizar el conocimiento de tan útil materia. Vienen a los puntos de la pluma en primer lugar los nombres de los señores Vázquez, P. Vacas Galindo y Alvarez Arteta, entre los primeros expositores, sin recordar al viejo Moncayo y al mediocre D. Pablo Herrera, y, luego, los del señor Vicente Paz y otros patriotas—infinitos,—que, en épocas periódicas, han trabajado en la prensa.

Pero nadie en el Ecuador, ha dado un resumen tan claro del asunto, en forma más libre del peso de citas y documentos y con un estilo lleno de la po-

sible amenidad, para llegar al conocimiento del pueblo, aun de las clases menos preparadas, sin pujos de erudición ni declamaciones patrioteras, que el escritor a quien estamos refiriéndonos. Su *Pleito Secular* es un modelo de concreción patriótica que, en verdad, no sabemos por qué el Gobierno no se anima a publicar en volumen, recogiéndolo de revistas literarias, siquiera como un tónico al fatigado patriotismo de los ecuatorianos.

Y esta es la vida del señor Crespo—la vida pública, la actuación política, de la que hemos querido informar en este capítulo con la posible brevedad. Vida simple y úna en el servicio patriótico, dentro del culto de un solo ideal, sin un momento de debilidad en más de un tercio de siglo, al través de toda clase de conflictos, sin un solo esguince en asaltos de conciencia y asechanzas de opinión, a merced del triunfo y de la derrota, en días lúgubres y en momentos de poder alzar el gallo. Una finalidad, un camino, una probidad. Con un poco de ambición, acaso se habría anegado o hubiese, tal vez, llegado lejos; pero él, cumplido religiosamente el deber, no quiso nunca ser otra cosa que padre de familia, y escritor y poeta a ratos perdidos.

No le juzgamos bajo el aspecto político; ni podríamos juzgarle, colocados como estamos en las líneas avanzadas del frente; y por eso no hacemos sino informar. Después de todo, cabe decir que en el antro de ambiciones que se satisfacen, se defienden y devoran, liberales y conservadores por ahí vamos; pues la libertad, la tolerancia, etc., son buenas en casa propia y para uso particular, y al prójimo se le da siempre contra una esquina—en paz y en

guerra;—mas, cualesquiera que, respecto a lo sustancial, sean nuestras ideas y opiniones, y respetando lo que digno de respeto aparezca, venía a nuestro propósito esta breve apuntación casi política y casi biográfica, para que no falte fondo al cuadro que pretendemos trazar, en el estudio, más que de un poeta, de una alta personalidad.

IV

TAMBORES Y CLARINES

El punto inicial de la inspiración de nuestro poeta traslucida al público, es un patriotismo severamente religioso, con dejos de aristocratismo despectivo y resonancias oratorias, más abundante en retórica que repleto de sinceridad. Y comenzó con traducciones y adaptaciones..... ¡del difunto D. Víctor Balaguer, tan mediocre y huero! Era la época en que se puso de moda traducir del catalán, entre los jóvenes ecuatorianos de lira en ristre; y si hubo muchos que, diccionario en mano, se atrevieron con Apeles Mestres—el santo y sabio Mosen Jacinto Verdaguer, inicuamente profanado por D. Melchor de Palau, estaba muy alto para ellos,—los más arremetieron contra el autor de *Tragedias* y otros atentados rítmicos, por la sencilla razón de

que corría abundante y muy conocida una edición de poesías completas, con la versión castellana al frente, en clara y mala prosa, obra del mismo D. Víctor; y de ese modo, para traducir, no era preciso saber catalán.....

Decíamos, pues, que Crespo Toral comenzó con traducciones y adaptaciones de Balaguer, en el terreno absolutamente patriótico, y con algo de propia cosecha, una colección.... ¿cómo diremos?, de *semblanzas,* episodios heroicos, reminiscencias de los fragmentos de Tirteo traducidos por Canga Argüelles y el señor Baráibar, en honor de los héroes muertos en los combates de la Restauración. Aquello era muy malito, con perdón del insigne poeta, a pesar del movimiento lírico de algunas composiciones y la facilidad del metro; pero los tiempos no daban para más, y, por rara suerte, no se degeneraba, a lo menos, hasta la ñoñez de las odas fúnebres, y las elegías en verso libre.... A poco, fué declamada y hasta cantada con musiquilla regional de *solos* y coros, la *Campaña de los muertos,* soberbio romance en el cual vale más el pensamiento que la deficiente ejecución artística..... Naturalmente, iba contra Veintemilla, porque Veintemilla era, entonces, la cabeza de turco para el ensayo general de la renaciente política tradicionalista y la rediviva literatura de colegio.... de padres jesuítas. Se ha publicado de nuevo aquella poesía que, releída a los treinta y tres años de su primera presentación, planta en nuestro ánimo el curioso interrogante de por qué entusiasmó tanto a la inexperta juventud. Obra de circunstancias y de las circunstancias. Ahora nos parece excesiva, porque del pobre Vein-

temilla y su Dictadura no conservamos ya sino un confuso recuerdo. Y al año siguiente, era, asimismo, recitada la invectiva intitulada *Dios y Patria,* en solemnidad casi diocesana en la cual el poeta se permitía maldecir a la *turba vocinglera* en nombre y representación de *su* Dios, y quedarse, luego, fresco. Esa turba es simbólica, porque significa, principalmente, el pueblo, la democracia, la revolución, la libertad, en fin, civil y de conciencia, cual la entendemos los filisteos, en cuyo programa no caben la consagración de rutinas tradicionales para el atraso nacional, ni el respeto incondicional a religiones positivas para apoyo de plebeyos despotismos siempre manchados con sangre. Y al cabo de otro año, o sea en 1886, se publicaba su tirada de quintetos intitulada *García Moreno,* absurda deificación de una tiranía estratificante y medioeval, en nombre de la religión, de la moral y del orden. La composición es soberbia, indudablemente, y llena de rasgos espléndidos e imágenes si se quiere grandiosas; mas, bajo su aspecto general no se halla a mayor altura de un artículo de fondo de periódico ultramontano elegantemente, soberbiamente fanático; y, de seguro, no pasará como flor de antología cuando los coleccionistas amen más que el arte la dignidad humana rebelde contra los grandes criminales históricos.

Frases, menos que frases, palabras bonitas y no otra cosa, toda aquella literatura de relumbrón, en la que por adular a Dios se pisotea demasiado al pobre diablo. Mas, puesta la poesía al servicio de las pasiones de bandería y manejada como intérprete de sentimientos nacidos al calor de ideales y

conceptos más o menos hijos de convicciones arraigadas y profundas, tampoco puede ser de otra manera. Y ahí está la falsedad del género, puesto que, al faltar desinterés en la obra, no abunda tampoco la sinceridad, y se ha menester mucho ingenio para no caer en el abismo de vulgaridades redichas y declamaciones cercanas a la injusticia. La sátira a lo Juvenal, es diferente, y las sales quevedescas no entran en la confección de manjares ácidos e inflados.

No negamos la legitimidad de tal género, pues toda inspiración es buena, y ya dijo el padre Horacio que Arquiloco armó los yambos con su propia cólera—*proprio rabies armavit iambo;*—lo que advertimos es que suena a hueco cuando generaliza, y sabe a injuria personal cuando ciñe la materia. Los epítetos prodigados contra Veintemilla en la referida *Campaña de los muertos* no son, ciertamente, panales del monte Hibla; ni la faramallería grandilocuente de partido político que proclama al mismo Dios—como si este Señor no tuviera otra cosa en qué ocuparse,—su rabadán y particularísimo caudillo, tiene nada qué ver con los improperios épicos que mutuamente se prodigan los héroes de Homero ante los muros de la sagrada Ilión.

Cuando es fruto de alta sinceridad, de verdadera poesía, puede resultar muy bueno, porque es la expresión de sentimientos y pasiones fulgurantes que se concretan en la violencia del apóstrofe o el irritado dolor de la elegía; pero si se convierte—como ocurre en *Dios y Patria, García Moreno,* etc. —en un tema retórico, en una exposición de doctrinas y programas, en una vaguedad insustancial y

sonora de frases hechas, que, al fin, se resuelven en cuestiones discutidas y discutibles en más árido terreno, tal género no es sino una arma cualquiera de combate, que se puede y debe rechazar como una manifestación de odio, por excelente que sea su forma literaria, y cae muy por debajo de los intereses sociales y de eso que se llama patriotismo.

Otro es el punto de vista de la poesía propiamente patriótica, desligada de prejuicios doctrinarios, dogmatismos de círculo y conveniencias de cacicazgo. La Iliada es patriótica y simbólica a la vez; canta la lucha de las razas helena y pelasga; la Eneida es un monumento nacional, que celebra los orígenes de Roma y del poder latino; y en esfera mucho más humilde, patriótica es la *Victoria de Junín* de nuestro Olmedo, que es el himno guerrero triunfal y poco menos que esotérico con que termina el grande, el enorme drama de la lucha de América por su libertad e independencia. Y esto es honrado y bueno, y está arraigado como documento de indiscutible valor en la historia de los pueblos.

Sólo comprendemos tres grandes sentimientos engendradores de alta poesía: el Amor, la Religión y la Patria, con la única condición de su sinceridad y de su absoluta nobleza.. Todo motivo de canto gira al rededor de ellos, más profundo cuanto más cercano: lo demás son vaguedades amenas de un difuso panteísmo: el culto a la Naturaleza por ella misma, la traslación de ideales y pensamientos que se quiebran en las lindes de la Metafísica sin alcanzar a conmover una sola fibra del alma de los lectores, arreglos de paleta y cuestiones de tonos y perspectivas. Quedan sí como materia de lamen-

tación perpetua y altísima poesía las inquietudes del espíritu, las ansias desconocidas ante el eterno problema de la Vida y de la Conciencia, y el Dolor y la Duda como fondo trascendental de la miseria humana.

Es fácil que el canto degenere, que el patriotismo se convierta en vacía declamación, el amor en deshonesto impulso genésico o en quintesenciadas sutilezas de orfebres de la rima que perdieron la virilidad en innobles prostíbulos, y la piedad religiosa en ridículo devotismo; pero ello no significaría sino la quiebra de todos los géneros y la corrupción de todos los sentimientos, cosa vieja en la historia.

Los *Ultimos pensamientos de Bolívar,* poesía patriótica con notas elegíacas, cual conviene a un moribundo, si en algunos pasajes arrancan de documentos más o menos conocidos de la vida pública del Libertador, que andan en colecciones al alcance de cualquiera, adolecen de la falsedad general de la interpretación y de una ineludible inverosimilitud. Es vicio común de las llamadas *idolopeyas,* clase de ejercicio literario que consiste en poner en boca de otro cuanto se nos va ocurriendo mediante una composición de lugar imaginada con mediano conocimiento de causa; pues al hacer pensar en alta voz a personajes famosos suele olvidarse el mismo carácter de éstos y las circunstancias en que se les supone, para dar rienda suelta a la inspiración y la verba al poeta.

Conocemos algo de esta curiosa laya de prosopopeyas; y no somos nosotros quienes hemos descubierto el particular de que en ninguna de ellas dieron en el clavo sus ilustres autores. Byron escri-

bió la *Ultima lamentación del Tasso;* Lamartine, el *Ultimo canto de Childe Harold;* Núñez de Arce, la *Ultima lamentación de Byron;* Larmig, las *Querellas del Vate Ciego,* y nos dieron en magníficos versos la expresión de su propia personalidad, y un Tasso, y un Byron, y un Milton, extraños, truncos, falsificados.... Y así muchos otros, que han hecho hablar a hombres notables—guerreros, poetas, filósofos,—sin cuenta ni razón.

No estriba la dificultad en diluir en verso ciertos conceptos del figurado idolopeyicamente, ni en registrar un tono general que recuerde la vida y hechos del personaje, sino en mantener el carácter de éste con sus relieves y matices a lo largo de la composición, empresa tanto más comprometida cuanto mayor conocimiento se tenga de aquel carácter por la generalidad de los lectores, y más próximos en razón de tiempo estén de nosotros los susodichos personajes. Traducir bien es siempre obra muy delicada y que requiere especiales aptitudes filológicas y de compenetración psicológica; interpretar almas, adivinando lo que en determinadas circunstancias habrían podido pensar y decir, es muy aventurado; y por exceso o defecto, se yerra siempre.

Ahora bien, considerado Bolívar en su lecho de muerte, no pudo pensar eso; y es mucho cuento poner en su boca una ristra de más de mil versos endecasílabos repletos de vaguedades históricas, recuerdos, quejas y maldiciones en tono jeremíaco, cuando sabemos bien, por relación de testigos presenciales,—el doctor Próspero Révérend entre ellos, que escribió un curioso folleto acerca de los últimos días del Libertador,—lo que hizo, lo que pensó, lo

que dijo y cómo murió el Padre de la Patria; y de esa prosa, de la que nos queda el documento inapreciable de la proclama final a los colombianos, y las últimas palabras casi trágicas del moribundo ya inconsciente, dirigidas a su fiel Mayordomo José Palacios—hipo supremo de desencanto y desolación *(¡Vámonos, José, que de aquí nos echan!)*, a los quintetos del señor Crespo y las parrafadas del señor Mera, va enorme diferencia.

Descontada esta inconveniencia, esa poesía que ha sufrido ampliaciones y correcciones sustanciales de fondo y forma, de 1883 a esta parte, es solemne y majestuosa. En su último aspecto se advierte ya una mano más experta que borra faltas, vigoriza pasajes endebles, gradúa efectos apenas indicados por la inexperiencia juvenil del autor; y hay alguna añadidura casera a la difunta esposa y reminiscencias de la noche terrible del 28 de Setiembre de 1828, cuando una fracción descontenta empollada por el santanderismo egoísta y originada por la imposible dictadura de los últimos años, trató de asesinar a D. Simón. Y se nota, asimismo, más historia y más reposado criterio, que si no alcanzan a dar verosimilitud al poema, dignifican la inspiración, y elevan a veces el tono a la altura de una homilia pastoral en verso heroico.

Mejores son las poesías cortas de la misma índole patriótica, de género que llamaremos directo, entre las cuales hemos de señalar las intituladas *Sucre, Proscrito, Venezuela,* etc., y las que no tienen ya pretensiones históricas y nos tocan de cerca, como la magnífica *Canción de la bandera* y otras muchas, en las que palpita acelerado y ardiente el

amor a la tierra nativa, tanto más querida cuanto más desventurada.

En la misma línea hay un grupo especial que consideramos como generalizaciones de concepto sobre la libertad y la independencia, la revolución y la gloria, en tono absolutamente pesimista. Y esto ya no es vicio del género sino prevención de escuela, tradicionalista en política y ultra ortodoja en religión. ¿Qué es, pues, la libertad, qué la independencia, qué, en fin, la soberanía del pueblo y el sistema representativo y democrático en el gobierno de las naciones, para que sean mirados como crímenes de la locura humana? Es tolerable que no se cante al progreso, por espíritu de secta; pero es reprensible que se maldiga a cuanto tiende a la realización de tal progreso, porque la maldición y la protesta son traiciones de lesa civilización. Y siempre sucede que el carro pasa.

Esto es propenso a frialdad conceptista, a tremendas paradojas y no pocas falsificaciones de la filosofía de la historia cuando no se contiene dentro de los límites de la ampulosidad retórica y las repeticiones de uso común. Pero los verdaderos poetas suelen sortear el peligro si conocen el instrumento que manejan, y tienen, verdaderamente, algo nuevo y curioso que expresar: en último caso, la renovación de imágenes y la severa armonía de la forma, bordean cualquier escollo, y, por lo menos, queda vibrante en los oídos la nota postrera del canto litúrgico con que la Iglesia honra a los muertos de cuerpo presente....

Crespo Toral ha escrito piezas admirables en este difícil género, valiéndose ya de la forma sin-

tética que eleva a decisiones dogmáticas las conclusiones de un monólogo interior, ya de amplias alegorías, como la del romance intitulado *Libertad y muerte,* ora también de grandiosas quejas, como las proferidas en la oda *Sucre,* o de descripciones de hechos del tiempo heroico, llenas de vida y movimiento lírico. Y con todo puede formar un gran volumen, donde no resonarán talvez los *gritos del combate,* pero cuyo texto sería la revelación de una alma honrada, que se extremece y se desconsuela ante el espectáculo del malogramiento de la democracia y de la independencia en el fragor de las perpetuas y sangrientas luchas intestinas.

Si deplorar las miserias de la patria, enternecerse por el dolor circundante, hablar majestuosamente de la ineficaz grandeza de nuestro pasado heroico, y aspirar a nueva luz, a otro aire, a grandeza más cabal de la que puede surgir del contínuo choque de buenas y malas pasiones; si todo esto dicho en hermosos versos y con brío y cálida animación, es patriotismo, forzoso será convenir en que el señor Crespo es un gran poeta patriótico que no ha dejado de estudiar pliegue alguno de la conciencia nacional; y que así compone el poema intitulado *España y América,* de grandes proporciones y quintanesca inspiración, por las estrofas del cual pasan fulgurantes siglos y siglos de gloriosa historia española, y el númen se sostiene robustísimo, como traza figuras de nuestros propios anales, en *La estatua de Abdón Calderón, Corceles y Cóndores,* y cien más, y llora en las *Baladas indígenas* el vencimiento de una raza que aun padece las afrentas y dolores de la conquista, bajo el triple y pavoroso feu-

dalismo de la ignorancia, la miseria y el fanatismo ....—Sí; gran poeta patriótico que cantó todas las angustias y todos los recuerdos épicos, celebró la bandera y el ferrocarril, maldijo los despotismos militares y analfabetos, y tuvo la suprema virtud de callarse cuando el imperio de la ignominia volvió imposible la vida ciudadana, con el santo horror de rebajar su musa hasta la vana garrulería de los que habiendo subido con el profeta a la cumbre del monte para anatematizar a las tribus de Israel diseminadas en la llanura, deslumbrados por una visión interior de conveniencias de última hora, concluyeron cantando sus alabanzas....

V

MUSICA CELESTIAL

Nada hay más legítimo en la expresión poética que lo que llamamos religiosidad. El primer vagido del arte, la nota inicial del canto, fueron altamente religiosos; y el mismo soberano e irresistible estímulo del amor se mezcló a ese sentimiento, cuando la humanidad no estaba todavía pervertida: y fué un reflejo de la aspiración a lo infinito, a lo desconocido; la lealtad a la patria, que guarda las tumbas de los antepasados, el hogar, la cuna y los al-

tares de los dioses. Y, así, desde Hesiodo hasta David, desde Homero hasta Ferdusi, desde Esquilo hasta los ignorados autores del *Ramayana* y *Mahabarata* desde Píndaro hasta Prudencio y Fortunato, y desde estos hasta las inquietudes filosofantes de Goethe, las extrañas rebeldías del Hugo deísta exaltado, el plácido anacronismo de Zorrilla, la devoción de Manzoni y los cuchicheos místicos de Verlaine, el poema de los siglos se desarrolla en la obra de los grandes poetas como un curso de teogonías y simbolismos, de esperanzas y plegarias, de confusas visiones e idealidades, con que el espíritu humano trata de ascender a lo ignoto, de romper el misterio, y de buscar el necesario amparo en fuerzas desconocidas, con la súplica, el llanto, y la blasfemia. Job está en una punta y Leopardi en la otra; y, sin embargo, ambos son la manifestación verbal de la misma angustia, ya se resigne, ya se subleve. Sin el fondo absolutamente religioso, aunque por antífrasis en el capítulo de las negaciones o en el de la duda, en el de la ilusión tanto como en el del desencanto, ¡cuán vacua resultaría la poesía, que no puede llenarse tan sólo con los ardores y entusiasmos del amor sexual ni con la contemplación de la naturaleza y el grito del dolor permanente y siempre vivo!

Este sentimiento varía con las civilizaciones y las razas, con el espíritu mismo de las varias creencias e infinitos cultos; y en la modalidad católica —dejándonos ya de los antiguos,—alcanza su más alta expresión, no en las epopeyas propiamente cristianas, como la *Divina Comedia,* el *Paraíso Perdido,* la *Mesiada,* etc., sino en la simple obra efec-

tiva de los místicos y de los autores de himnos litúrgicos, que elevan el numen hasta pretender una compenetración con la divinidad, y, realmente, languidecen de una pasión llevada al delirio por lo supremo entrevisto en la aurora boreal de la fe del carbonero, al resplandor de leyendas más o menos auténticas.

Eran los santos; mas, se nos perdonará creer, no obstante las nuevas canonizaciones de personajes modernos en que tan pródiga viene manifestándose la Iglesia, de medio siglo a esta parte, que la era de los santos pasó definitivamente, desde que la crítica histórica informada hasta la minucia, la filosofía experimental y las ciencias aplicadas, metieron el dedo en el costado abierto del milagro y comprobaron la vanidad de las virtudes heroicas... Y sin verdaderos santos, en una edad positivista que ha elevado el racionalismo y el naturalismo a grandes ideales en la investigación del alma y sus profundidades, el ascetismo suena a hueco..... y la piedad de los unos es considerada como un *snobismo* literario, casi como una protesta contra la duda circundante y la blasfemia concretada en la labor poética; y la de los otros, más honda y sincera, es extraña y anacrónica. No es que se crea menos en Dios: es que se tiene más fe en el diablo. Adentro queda el temor, el sublevado instinto de la propia conservación, que ha inventado las religiones como grandes espantajos contra las aves negras de ultratumba, en el jardín de los ensueños. Y quedan también la tradición invencible, la raigambre histórica, todos los prejuicios seculares de educación.

Sin embargo, el empeño de los poetas piadosos de la edad actual en poesías de lengua castellana, es respetable, con tal que se manifieste honrado y sincero, y no se rebaje la inspiración a un difuso devotismo de cofradía.... Cuando la musa surge desde los angustiosos centros del dolor, de la pasión, de la humildad, de la tristeza, en forma de queja y plegaria, de invocación y amor, de un panfilismo como panteístico, y se querella blandamente, ruega con ímpetu, o pone su confianza en lo Alto y en los seres que lo pueblan, es como una resonancia de los afectos íntimos y la más elevada realización de la belleza ideal en campos inaccesibles a la vulgaridad triunfante: la misma duda es materia de legítima poesía; porque, al fin, no es sino la tristeza de las cosas que se escapan a la percepción intelectual, y la angustia del no creer del todo, del no poder creer....

Más bajo suena el caramillo de los poetas ingénuos que soplan odas religiosas, villancicos y coplas a la Virgen, a la sombra de las casas parroquiales de sus pueblos..... Si producen obra de arte, tanto mejor para ellos; pero de esto hay bien poco, y no por culpa, tal vez, *de la cosa en sí,* esto es, del valor intrínseco de la composición, sino de la escasa lealtad del numen, la insinceridad del propósito y la futilidad de la repetición de los temas. Y sobre eso, hay el desgano del lector, a quien no le entran ya las obsoletas formas clásicas, las maneras anticuadas y las enormes ponderaciones, que si son buenas en San Juan de la Cruz, en Santa Teresa y aun en Fray Luis de León, y otros escritores verdaderamente tomados del amor divino, resultan de una es-

tupenda cursilería en tiempos menos propicios a las regresiones retóricas y a los saltos atrás del idioma. Y Manzoni es una cosa, y el poeta colombiano señor Peña, tan elogiado por el Obispo González Suárez, otra muy diferente. Y se lee con agrado las *Florecillas* del gran Santo de Asís, y se esquiva, con susto, la proximidad de las odas y epinicios de la poesía *mariana* de la ciudad de Cuenca en la República del Ecuador....

Muchos consideran al señor Crespo como un poeta religioso, casi exclusivamente, cual si no hubiese aplicado su arte a variedad de inspiraciones, de la sátira a la elegía, del canto al madrigal. ¿Hasta qué punto lo es? A nosotros nos parece más bien poeta piadoso, perdido en vaguedades y añoranzas de la primera edad y en melancolías que tienden a levantarse al cielo en demanda de consuelo y misericordia, al calor de un ambiente eclesiástico y de una sociedad en quien no ha mordido todavía la duda y tiene la franqueza de ostentar su fe como un eco antes que como una declaración de conciencia.

Ya hemos expresado que la primera forma *pietista* (¿se dice así?) de nuestro poeta fué francamente agresiva. Se apelaba a Dios, Juez soberano, para maldecir en su nombre el tumulto revolucionario de los que venían en busca del vellocino de oro de la libertad civil del individuo y de la reconstitución política del Estado. Cuestión de moros y cristianos, que cae fuera de la crítica propiamente literaria; mas, la parte afectiva de *Mi Poema,* enlazada con visiones místicas de la infancia y la grata devoción de la adolescencia, el culto a la Madre de

Jesús, dulce, entusiasta y tierno, son ya más sinceros, por cuanto aparecen desligados de todo interés extraño al propio sentimiento; y, al fin, en las derrotas de la vida, se deshacen en llanto, en una quejumbrosa plegaria, que es una de las mejores inspiraciones y acaso la más bien escrita página del autor. Aquí si hay poesía; aquí no se ha olvidado el *si vis me flere* del viejo Horacio, ni se ha convertido en mueca de beata la suprema imploración de una alma desolada.

Huelgan las citas, que alargarían desmesuradamente esta breve noticia. Alguien preferirá la brutalidad de la negación absoluta, más conforme con el dolor humano que no se resigna, y se ve cada día en mayor abandono y miseria, no obstante la inmutabilidad de un Dios misericordioso y la permanencia eterna de la justicia providencial; habrá quien se incline a la angustia de la duda, reo de muerte que avanza en la sombra tropezando en los bordes del abismo; pero si hay quien de veras crea, ¿por qué negarle el derecho de su fe, que es la plena libertad de su conciencia?

Un día, el autor de esta crónica llegó a sospechar un tanto de *pose* artística en el apasionamiento devoto del poeta, y se lo expresó verbalmente, acaso con más curiosidad que irreverencia.

—¿Y por qué no?—nos contestó sorprendido. No es en mí cosa de convicción y de conciencia, únicamente; sino algo que me sale del fondo del alma, como un calor lleno de dulzura y de tristeza. Cuando entro en un templo y en él paso gratas horas de recogimiento y oración, frente a frente con mi propia miseria humana, créame usted que siento una ex-

traña delicia, un consuelo refrigerante, que es al espíritu lo mismo que el baño y el alimento al cuerpo fatigado y débil.

Cuando se piensa así, cuando de tal manera se siente, cualquiera objeción está de sobra, y querer prescindir de ese elemento afectivo en el estudio de la expresión artística de un escritor, sería ingrato y desleal. En otro terreno son discutibles las opiniones; los sentimientos, no, y menos en el de la poesía que de ellos principalmente se alimenta.

Pro aris et focis: es la cuestión. El triunfo consiste en no ser simple ganso del Capitolio que anuncia la aproximación de los bárbaros, ni bonzo letrado que quema perfumes a las narices del ídolo, sino guerrero de primera fila que sabe luchar y morir, y sacerdote ideal de un culto que aspira a llenar los horizontes con la magia del rito, la fuerza de la predicación y el ejemplo del martirio. Y a nuevo tiempo, nuevo estilo....

Cierto que el señor Crespo ha escrito muchas composiciones a diferentes santos, ha celebrado no pocas celebredidades y acontecimientos de la Iglesia Católica, y que el fondo general de su obra poética es noblemente religioso, en leyendas, síntesis históricas, ingeniosos simbolismos, elegías y odas heroicas; mas, en lo principal, es profundamente devoto de la Virgen, con una devoción casi mística y un afecto que, en ocasiones, se acerca a la pasión humana ennoblecida por el ideal inasequible y purificada por el dolor. Para probarlo están ahí no sólo el citado *Mi poema,* tan lleno de reminiscencias y encantos, sino otras piezas soberbias, de la misma índole y factura como *La Virgen de la Escuela, El*

nido, etc. Aun en las obras de su edad madura se advierte la misma persistente devoción, tan pura y fresca como en los romances de la primera juventud, hasta en la *Leyenda de Hernán,* trabajo reflexivo y de taracea, el más vasto de cuantos ha producido pluma tan fecunda.

El *marianismo,* o sea el culto a la Vírgen María, es un curioso aspecto de la poesía cuencana, tan ingénua como rebelde a las novedades literarias que llegan de fuera. Cuántos en la feliz ciudad de orillas del Tomebamba han hecho versos, han comenzado dedicándolos a la Virgen; y dicho culto, hábilmente sostenido en los colegios de régimen eclesiástico y método confesional por los maestros de humanidades y pastores de almas jóvenes, es tema poético de certámenes escolares, nota de buena conducta, muestra de ingenio y objeto de aplauso. Cada año, por el mes de mayo, se publican cuadernos de prosas y versos sobre ese tópico, con el nombre de *Flores, Guirnaldas,* etc., en los que la multitud estudiantil versificante ensaya el canto y luce su piedad.—Y mayo está saturado de devoción *mariana*: en las iglesias hay dos funciones diarias, con himnos y panegíricos, a las que concurre la población en masa; cada aula tiene en el Colegio su altar enflorado al pie del cual los alumnos rezan antes y después de la labor, bajo la voz de austeros preceptores; en la mayor parte de las casas se celebra el *Mes de María,* grata reunión de familia, agrupada como en un nido al rededor del ara que la piedad sencilla improvisó. Siempre que calamidades públicas afligen a la ciudad—hambre, peste o guerra,—se hacen grandes rogativas a Nuestra Madre del

Rosario—la cantada en fabla antigua por Honorato Vázquez;—y Nuestra Madre del Rosario sale a la calle en procesión popular, a hombros de caballeros devotos, cuando suena la hora de levantar bandera y dar comienzo a la guerra civil contra gobiernos liberales que suprimen el presupuesto eclesiástico, rompen el Concordato y dan abrigo al horror de las logias masónicas y a las tenebrosas ligas de librepensadores.... Y florece la campiña en perpetua primavera, bajo un ambiente azul y un cielo de admirables esplendideces, por donde se dilatan la bendición de María y su divina sonrisa..... Cuenca es la ciudad de la Virgen: quitadle esa devoción elevada a un cariño sincerísimo, y la habréis arrebatado una de sus más curiosas características.

De esta manera se comprende que tal *marianismo* sea un nervio de la poesía de las comarcas azuayas e influya tan directamente en la inspiración de los poetas ingénuos. Entre los mayores que han visto en ellas la luz, acaso fué el ilustre Cordero el único que no corrió por esa senda, no obstante la invocación en la elegía a su primera esposa.

Poesía íntima y casera, desde luego; algo femenil e insustancial, que gira en el círculo vicioso de la adoración y las imágenes repetidas. Se necesita un talento adoctrinado en amplia lectura y una facilidad artística con alguna novedad en el fondo y en la forma, para que pueda interesarnos algo con sus vaguedades de ensueño a los que hemos perdido no pocas convicciones al paso de los años en las ansiedades y quebrantos de la lucha de la vida; y es lo que ocurre en el caso del señor

Crespo: podemos no dar mayor valor a las visiones místicas; pero cedemos al encanto del poema, a la música de la rima y al brillo de las imágenes; y, al cerrar el libro, el alma torna blandamente a la primera edad en alas del recuerdo, y se consuela con dolorosas evocaciones..... Y también esto es poesía: el lector se ha puesto en contacto con el poeta, y el triunfo es de éste, puesto que ha logrado producir la emoción, uno de los fines trascendentales del Arte puro. De ahí a las fútiles copias de Eucologios y ramilletes de divinas flores, va un mundo; porque no siempre la devoción es signo visible de religiosidad: ya Menéndez Pelayo dijo de Leopardi, que sólo le faltó creer en Dios para haber sido un santo. Paradoja, desde luego; pero se comprende.

Y esta edad es menos descreída de la que se la supone. Puede la ciencia atea haber llenado todas las cumbres y llegado el espíritu de investigación hasta el secreto de lo Infinito: en el fondo palpita la fe, como un fuego latente, pronto a surgir con fuerza centrífuga en los grandes momentos de la historia. La fe se perfecciona y ya no es ciega; la rebeldía no arrastra prosélitos; y en los campos meramente literarios es señal de nobleza y de cultura intelectual rendirse a las sugestiones ultraterrenas, aunque sea cantando a Luzbel el ángel caído, cuya desgracia demuestra la superioridad de quien le lanzó a los abismos.

VI

EL SABOR DE LA TIERRUCA

No son de hoy las tentativas para introducir la nota nacional en la labor poética ecuatoriana.

Sólo que todas esas tentativas han fracasado, o poco menos, ya por el errado concepto que de dicha nota se ha tenido, ya por la falta de aptitud y fuerzas artísticas, o simplemente de constancia, de los que a tal empeño han arrimado el hombro.

Unos se aficionaron a la bombástica patriotería, y tales cosas dijeron de Bolívar, Sucre, la guerra de la Independencia y los siglos de la Colonia, que era para echar a un cuerno a Caliope, Melpómene, y aun al mismo Apolo y toda su larga descendencia, y para renegar de héroes, semidioses, tiranos e inquisidores. El ejemplo de Olmedo soliviantó a no pocos, y la Musa del canto heroico se puso roja de tanto soplar odas a la libertad y ditirambos contra los déspotas sangrientos. Algunos ensayaron la sátira social con las epístolas *A Arnesto* por delante, y siguiendo servilmente los modelos de la literatura castellana, desde la sátira de *Jorge Pitillas* hasta las ristras de tercetos de D. Manuel Bretón de los Herreros. Pero quedó

demostrado una vez más que no es fácil inflar perros ni con la trompa épica de Homero ni con el agudo pito de Momo; y todos esos ensayos se refugiaron en la sombra modesta, esperando el inmediato olvido que los había de tragar rápido, implacable, justiciero.... La poesía nacional no consistía en *eso;* porque para hacer *eso* se había echado mano de viejos y deteriorados moldes, y puesto a contribución a clásicos y románticos, desde Juvenal hasta Quevedo y los Argensolas, desde Jovellanos hasta D. Juan Martínez Villergas y los escritores de *La Risa*.... ¿Cuál de esas odas y canciones sobrevivió? Ninguna. ¿Cuál de esas sátiras? Apenas la epístola *A Fabio,* de D. Gabriel García Moreno, con resabios de Jovellanos y Moratín.... y eso, merced al machete de Rayo.

Otros, como casi todos los poetas de mediados del siglo, comenzaron por atacar la tradición y la historia de nuestros antepasados los Shyris y los Incas, forjando lamentables leyendas de amor y guerra, con asuntos entresacados del P. Juan Velasco y los historiadores de Indias, y detalles *ad libitum,* que era una gloria. Entre esa clase de composiciones la que, como es sabido, más llamó la atención de los contemporáneos por sus dimensiones y su fábula, fue *La Virgen del Sol,* del señor Mera; ¿y queda hoy algo de *La Virgen del Sol,* no obstante la segunda barcelonesa edición? Leído después de cincuenta años, con criterio imparcial y desapasionado, ese poema resulta anodino y frívolo, mucho más si se establecen puntos de comparación con otras composiciones en prosa y en verso del mismo género e índole que después se han publi-

cado en América. La fábula es tan endeble, los personajes tan borrosos, con caracteres tan indeterminados; los versos, por lo regular, tan fríos y tiesos, tan prosaicos; la narración resulta tan cansada, que es de admirar, ciertamente, que hombres tan perspicaces y críticos reflexionadores como Fray Vicente Solano y D. Ricardo Palma, lo hubiesen aplaudido incondicionalmente.

Y la nota nacional, la característica, la nuestra, la ecuatoriana, en fin, tampoco parece en aquella leyenda, a pesar de la aparatosa descripción de la cordillera, las figuras del *Amunta* y otros indios, y el número abrumador de palabras quíchuas empleadas en la composición con poco gusto y discernimiento. El drama es nulo, y pueriles los efectos escénicos puestos en juego.

No contento el señor Mera con haber escrito y publicado el libro que tan rápidamente acabamos de examinar, por sí y ante sí erigióse en *poeta indiano,* y se puso a cantar tristezas de la conquista y amores pastoriles y dulces de los aborígenes. ¿Había alguna novedad en esto? De ningún modo. En las melodías indígenas, antes que una imitación más o menos acertada y feliz de la poca poesía primitiva de estas regiones, que hasta nosotros ha venido aumentada y falsificada por los conquistadores, se oye un eco de la lira de Arolas y de Zorrilla, y se advierte la influencia de las *Orientales* de Víctor Hugo.

¿Es esto poesía nacional? Tampoco. Porque, al fin y al cabo, por más antecesores nuestros que hubiesen sido, nosotros hombres semi-civilizados, mestizos y cristianos, de otro temperamento, de

carácter y costumbres totalmente diversos, ¿qué tenemos que ver con los indios de Huayna-Cápac, los súbditos de Atahualpa y los soldados de Rumiñahui? ¿Qué se nos da de las Vírgenes del Sol y del gran Pachacámac? Si algo entendemos de *tolas* es para removerlas sacrílegamente, no en busca de documentos históricos y científicos, como los egiptólogos, sino de tesoros, como los *huaqueros*.

Cuando ya viejo el autor de *Cumandá* comprendió que ese no era el camino de la originalidad y el nacionalismo, el astro de su inspiración se había apagado, y su Musa flotaba en el limbo oscuro del más frío clasicismo: *ferebatur super aquas*.... Tomó otro rumbo el poeta, el del idilio campestre, y dió una *cuasi egloga* que nos hace acordar, con la sonrisa en los labios, de la *Arcadia Moderna,* de D. Ventura Ruiz de Aguilera, parodia de parodias, sin el gracejo y la chispeante burla del autor de *Ecos nacionales,* en la obra citada.

Nos hemos detenido un poco al hablar del señor Mera y sus obras, porque el señor Mera, que, durante largos años, fué casi el único representante y sostenedor de la literatura ecuatoriana, tuvo siempre en su fecunda vida de escritor el recomendado afán de propender, con su palabra, sus consejos y ejemplo, a la creación de una literatura propia. Verdad es que nos hemos quedado con las ganas; pero suya no fué la culpa.

Al insigne Mera siguieron muchos que no tenían la versación y constancia del maestro ambateño; y si éste, con toda su erudición e innegable talento, consiguió bien poco en la materia, ¿iban ellos a obtener más?

Y todos salieron derrotados, desde el doctor Miguel Riofrío, buen abogado, buen ciudadano, buen hombre público, buen escritor, pero pésimo poeta, que compuso su infeliz *Nina yacu*, hasta el académico D. Quintiliano Sánchez, que escribió *La Hija del Shyri*.

En medio quedan los hilvanadores de romances y leyendas a estilo de los del duque de Rivas, y los que no han hallado manera mejor de enamorar a sus prometidas que convirtiéndolas en indias, como los imitadores de Zorrilla dieron nombres de moros a cristianos viejos.

En fin, algunos, con mejor acuerdo, dejándose de *Coyas* y *Mamaconas*, de *Corís* y *Cisas*, enviando al diablo a conquistadores y libertadores, burlándose de las mentidas delicias del campo con sus pastores y su majada, contrajéronse a dibujar tipos y costumbres populares, a componer *yaravíes* y villancicos, a escribir coplas y cantares.... Mas, por desgracia, estos tuvieron presente con mayor fuerza visual antes que al pueblo que pretendían retratar, al poeta de las Encartaciones, el excelente señor D. Antonio de Trueba. Y creyeron que el *quid* de la poesía popular y nacional estaba en pintar en romancitos agudos tambarrias de trastienda, camorras de barrio, amores de paletos, usos, costumbres, maneras, de la hez, de la canalla, con una gramática parda y un lenguaje.... pardo también.

Todo era imitación forzada, excepto algunas robustas pinceladas de Miguel Moreno; y aun los cantarcillos que lograron buen éxito entre tunos y serenateadores tenían su abolengo conocido en la antología española..... y olían a Selgas.. *La flor*

del Puyal, por ejemplo, que tan en boga estuvo en su tiempo, no es sino una triste y mala imitación de la *Flor del Zurgén,* de Meléndez Valdés.

¿Qué restaba por decir? Casi todo. Las perspectivas de nuestra inmensa Cordillera nadie las ha descrito poéticamente todavía; pues no se pueden tomar en serio las pecadoras estrofas románticas de Fernando Velarde; nuestra región oriental de la que tantas cosas buenas y bellas acertó a decir el señor Mera en su *Cumandá,* ningún poeta la ha adivinado aún, no como *cauchero* sino como discípulo de Apolo; y de nuestras costumbres campestres, sencillas y patriarcales, de la índole de la gran masa popular, de los usos de la burguesía y la aristocracia, apenas se ha dicho una palabra en novelas cortas y cuadros de costumbres, que no forman siquiera una minoría respetable de la literatura ecuatoriana. Harto sabemos que todo esto no es de incumbencia de la poesía lírica tan sólo, sino muy principalmente de otros géneros literarios de mayor amplitud y trascendencia, como el drama, la novela, etc., que llevan el pueblo a la vida de arte, revelándole con todas sus virtudes, sus vicios y defectos; pero la poesía lírica tiene también su parte en la tarea, siquiera la meramente descriptiva que idealice las aspiraciones populares y cante las bellezas de nuestra zona, antes inmortalizada por D. Andrés Bello. Y las historias de amor de nuestros campos, las escenas agrícolas, las sencillas costumbres de los labriegos habitadores de la región interandina, los dolores de toda una raza esclava aún a pesar de la ley de la civilización, ¿no son dignos del canto?

Hasta hoy, el arte nacional, en todos sus ramos ha sido embrionario. Nuestros músicos, por falta de escuela, de un medio apropiado, se han contraído a escribir trisagios y letanías sobre motivos ajenos, tal cual paso doble, este o el otro valse, piececillas efímeras, de ninguna influencia en los gustos populares, en los que aún domina el indiano *yaraví*.

Nuestros pintores, a última hora van aficionándose de veras al paisaje como una especialidad, que ejecutan casi siempre de memoria (salvo el recuerdo de Salas y Martínez), más por intuición artística que como fruto de un estudio formal y detenido. Y fuera de esto, apenas pasan del retrato, del asunto religioso copiado de una estampería de importación jesuítica, de las imágenes de santos; aquí donde los cuadros de costumbres se pasean en media calle, donde la inspiración palpita en horizontes ilimitados, y el sol se pone tras cumbres altísimas cubiertas de perpetua nieve.

Pues, ¿y la escultura? Entre nosotros, como labor propia y original, es arte casi desconocida. En la cumbre está Vélez el tallador azuayo, sin escuela ni estudio previo, hombre de inspiración antes que de conocimiento y experiencia, que jamás vió una mediana estatua ni un bajo relieve legados por los grandes maestros de la antigüedad clásica y el Renacimiento. ¿Y qué hizo Vélez? Cristos, Vírgenes, una calavera, una docena escasa de bustos y un medallón; y esa fué toda su obra, la obra de una larga vida.

Estamos, pues, bien atrasados; y en literatura como en las demás bellas artes, nos contentamos

con recuerdos más o menos gloriosos de fecha muy pasada, sin intentar nada por nosotros mismos que no nos haga quedar rezagados en el concierto americano.

Copias, sí, en todos los géneros hay muchas copias, desde la del cromo hasta la de la oda; y algo que caracterice el arte nacional, algo que revele nuestro modo de ser, nuestra vocación artística, nuestra idiosincracia, como pueblo y como familia hispano americana, ¿dónde se halla? En ninguna parte: porque aunque se cite algún nombre y alguna obra, fácil es responder que una golondrina no hace verano. Esa revelación se desprende del trabajo de muchos, de la obra de una.... dos.... cuatro generaciones enteras, de la faena de la multitud, dirémoslo así, y no de los aciertos de uno o más seres privilegiados que formen un caso de excepción en la historia literaria y artística.

Si hay timidez en la juventud, por lo árido del trabajo y lo desconocido del terreno, ahí están los hombres versados en materia de Arte, cuyo deber es no sólo aconsejar, sino empeñarse en dar el ejemplo; y hoy más que nunca, porque un romanticismo extraño, novísimo e importado de contrabando por malos traductores y artistas inexpertos, amenaza a la sana literatura patria con una competencia desastrosa.

Y al dar ese consejo y ese ejemplo, no olviden aquellos hombres que historia, tradición, leyenda, usos, costumbres, panoramas, paisajes, romances, cuentos, el pueblo, en fin, la patria con su pasado, su presente, e ideales y aspiraciones en el porvenir, forman la base amplísima de la literatura *nacional*.

Así lo comprendió bien pronto el señor Crespo; y de ahí que gran parte de su obra, la más extensa y mejor, e indudablemente la más sentida y sincera, rezuma por todos sus poros una savia vital emanada del propio terruño, y sea más que Julio Castro, más que Miguel Moreno, en mayor grado que Mera, Sánchez, Moncayo, Romero, cuantos han cantado los montes y los campos del país ecuatoriano, su historia y sus tradiciones, poeta americanista por excelencia, en el sentido de cantor de esta asendereada patria a quien debemos amar como madre y compadecer por desventurada. Y de cualquier punto que esa obra se contemple; pues si va de historia, ahí están cuatro o cinco docenas de poesías dedicadas al recuerdo de nuestras cosas, desde los mismos días de la Conquista y los rojos esplendores de la Emancipación; si de política, ya queda explicada esta faz de la labor; si de patriotismo puro, exento de prejuicios de bandería y con aspiraciones a la libertad, al progreso, al bien en general, con trabajos de esta índole se puede llenar un volumen; y en cuanto a defensa social, entendida según su propio criterio, dicha obra es casi un enorme alegato republicano, metafísico y teológico puesto en verso para mayor comodidad de los lectores. Será o no legítima inspiración ese conjunto; mas, con las deficiencias y quiebras de factura que fácilmente se pudiesen señalar en un autor tan genialmente descuidado, lo indudable consiste en que es verdadera poesía.

Pero aún hay más: lo que llamaríamos la visión de las cumbres y la sensación del paisaje, que de tal obra forman el fondo imborrable; esto es, la descripción ideal del medio; cuanto la vista

abarca, lo que vive, siente y palpita hasta los confines del horizonte, más allá del horizonte, picachos andinos, montañas de nívea fulgurante blancura, el silencio de los valles oscuros y el misterio retumbante de la selva, el rumor de aguas y el mugir de vientos, la catarata que se precipita desde la eminencia altísima, el torrente que surge de la roca y el estampido flamígero de los volcanes; árboles y flores, la soledad de los áridos peñascales y la vasta heredad amarilla con las mieses en sazón. Arriba, "el cóndor, rey del huracán sacude las grandes alas"; se desbandan "las tímidas torcaces", y pueblan el espacio la innúmera legión de pájaros mayores y menores, músicos de la capilla de Nuestra Santa Madre Naturaleza; y abajo, corre la fauna, también innúmera, relincha el corcel, sueltan sus lamentables mugidos y balidos los rebaños, rujen el jaguar y el tigre en sus escondidas espeluncas, y muere el ciervo derramando lágrimas de angustia en la hora suprema y dolorosa.

Y no es esto sólo: la iglesia campesina, el pueblo oculto en la arboleda, escenas de la granja y de la escuela; la siembra, las cosechas; la plegaria en la penumbra de la alborada y en el crepúsculo vesperal; las fiestas de Mayo y Diciembre; el idilio castísimo bajo la luz del sol y en la plenitud de la campiña en flor, todo esto y mucho más, que es sana poesía y la traslación artística de cosas vistas y vividas, es la esencia, el alma del Numen de nuestro poeta; y bajo tal aspecto, resultan insuperables el dulce *Mi poema* y la triste *Leyenda de Hernán*.

Religión, Patria y Amor; pero, ¿esto constituye la realidad del ideal nacionalista?—Hay algo

que hemos puesto al margen, y, sin embargo, late como un dolor y suena como un gemido: el indio, la raza vencida. A llorar en parte las desventuras de esa raza ha dedicado el señor Crespo una larga colección de poesías, con el título de *Baladas y Romances*. En este caso no son ya la leyenda tradicional precolombina, el cuento aborigen fantaseado a sabor de la imaginación loca, los dolores y afrentas de la conquista y de los siglos del coloniaje, sino algo más humano y sentido: la pulsación—dirémoslo así,—de los padecimientos de los pobres indios, bajo este régimen cristiano y libertario, sus sencillos amores, sus pompas fúnebres, el caos de su ignorancia, el abismo de su abatimiento, y la infinita crueldad que les circunda, esclavos del terruño, siervos de la gleba, con el oprobio de la explotación agrícola sobre sus hombros, obreros que sacan el alimento y el metal de las entrañas de la tierra, y, sin embargo, se mueren de hambre y languidecen de inopia: todo un vasto poema sollozante, una elegía en la que a veces luce la sonrisa como un rayo de sol entre la destemplanza de la lluvia....

¿Qué es poco todavía? *La Leyenda de Hernán* os dirá también el horror de nuestras fraticidas contiendas junto al horror más grande de las inclemencias del cielo que en las comarcas andinas producen la sequía y el hambre; las ansias del ostracismo, los dramas del corazón, la caída final de los traicionados por la suerte..... "Oh triste, oh santa tierra ecuatoriana!"

Obra dispersa y aplicación de toda una vida a un mismo propósito. Es lo sustancial; lo que quedará flotando sobre idealidades místicas, ensue-

ños y simbolismos, homilías métricas y ediciones del Syllabus puesto en versos endecasílabos. Y por eso, al llamarle al señor Crespo *poeta nacional* críticos incipientes y gacetilleros empedernidos en la perpetuidad del solecismo, no sospechan siquiera la exactitud y fuerza del cognomento empleado; pues *si nacional,* en el sentido expresado, es quien comprende en su labor, y en elevado concepto, cuanto es y cuanto significa la Nación, como país y como pueblo, como patria y como raza, inclusive la historia y el ensueño de la ilusión y la esperanza, el progreso y el sentimiento, apenas conocemos poeta en la literatura moderna que merezca a boca llena tal calificativo en grado superior y tan completo como D. Remigio Crespo Toral. Acaban de coronarle sus compatriotas, en pública solemnidad y con representación de todos los poderes del Estado y la asistencia de tres obispos, concediéndole en vida honores que no suelen darse sino ante la majestad de la tumba; y diremos que pocas veces se ha ejercido en el Ecuador un acto de más trascendental justicia.

VII

AMOR DE AMAR

Quienes no conocen de la labor poética del señor Crespo sino los raros poemas y fragmentos que, de treinta años a esta parte, andan esparcidos en folletos y periódicos, más como correspondencia a determinadas circunstancias y urgentes peticiones que como anhelo espontáneo de publicidad, se figurán que el autor es un poeta sabio, de frialdades académicas, siempre en *pose*, con la lira de resonancias heroicas o el salterio de función religiosa, sin pisca de afecto verdaderamente humano, de pasión sincera, ni aun de dolor legítimo, que canta sólo para afuera, esto es, para la admiración de las gentes y la vanidad del aplauso, cuando no para la ganancia de indulgencias y la salvación de su propia alma.

Y, no obstante, pocos, muy pocos de los poetas ecuatorianos tienen la intensidad afectiva, honradamente cariñosa, con dejos de alegría y fuego aun no bien apagado de pasiones juveniles, de nuestro autor.

Es que hay el amor ideal, el amor de amar, el amor de amores y las lágrimas de las cosas, que dijo Virgilio, cuya expresión varía según el tempe-

ramento del poeta y las historias que de sus intimidades tenga que referirnos.

Por lo demás, ya se sabe que sin el sentimiento de amor, tal como lo comprendemos, desligado de toda perturbación psíquica que lo volatilice en ansias ascéticas, o lo enerve en vago panfilismo, o lo adultere en patrioterías próximas a lo inconveniente, apenas puede concebirse legítima poesía, como una prolongación del espíritu emocionado del autor en el corazón de las multitudes. El amor a Dios es bueno sobre toda ponderación, y de él irradian el amor a la Religión, a los santos y al culto en general, con un fondo moral casi docente, y la aspiración a lo sobrenatural y eterno, conforme a las varias teologías. El amor a la Patria, aun en su exageración doctrinaria y de partido político, es Numen, que ha inspirado a grandes vates, desde Tirteo hasta el señor Quintiliano Sánchez, en la República del Ecuador. El panfilismo, o sea el amor a la humanidad, la glorificación de las razas y de los pueblos, la interpretación de los momentos solemnes de la historia, es alta y suprema poesía. Y el leal cariño al terruño, a la familia, a los vecinos, es como una fuente de Hipocrene de chorro perpetuo. Pero, ¿qué nos dicen ustedes de las muchachas?

Es el amor por excelencia; para la generalidad del mísero rebaño humano, el único verdadero, el origen de la vida, de la renovación de las especies, el impulso ineludible que creó Dios en los seres al decir a las primeras parejas: creced y multiplicaos: llenad la tierra: *replete terram.* No es ya manantial de Poesía: es la poesía misma en todas las ma-

nifestaciones del arte, en todo el palpitar inmenso y fecundo de la próvida Naturaleza, desde el polen de las flores que lleva por el jardín la brisa celestina, hasta la savia que crece pujante dentro de la corteza de los árboles: el trabajo enorme, incesante, que es Vida y es Inmortalidad. Quien pretenda vivir al margen de la labor, y, sin embargo, se declare poeta, irá envileciéndose a medida que se aleje de la ley común, y merece ser denunciado—si no es un santo o un loco,—como impotente o como degenerado.

Entendemos que no hay sino una cosa buena para los hombres; las mujeres; y viceversa, naturalmente. De otra manera, ya la humanidad se habría extinguido hace siglos con el régimen de los padres del Desierto y las constituciones y reglamentos eclesiásticos.... siempre, eso sí, que estos últimos no fuesen jamás violados....

Si hemos de seguir a Max Nordau en la averiguación—por otra parte inútil y pedantesca,—de las creencias arraigadas (que no son, desde luego *mentiras convencionales del Siglo*), en las instituciones religiosas y las socialmente domésticas, todo lo dicho arranca del instinto supremo de la propia conservación: así como hemos creado un Dios para nuestro uso particular, con supervivencia y solvencia en las regiones ultraterrenas del misterio, por miedo de quedarnos como quien dice en el aire, y tras ese Dios, hemos inventado, tranquilamente, religiones, cultos, civilizaciones, así elevamos la noción de la familia al más alto concepto, y los varones nos declaramos jefes..... Vivir, sobrevivir y reproducirse. Muy poco poético tal

vez en páginas encomiásticas de un poeta sin escándalo en las celebraciones de la atracción sexual; pero, ¿qué vamos a hacerle?

La forma. Repetimos que en este punto la cuestión estriba en la forma; porque si el Amor es Poesía, hay tantas maneras de expresarlo, que aquello que es inocente y magnífico en una parte, es inmoralidad atroz en otra, según el vario criterio.

En castellano, hasta la invasión romántica, sólo tuvimos pálidas pinceladas clásicas, en el drama como en la poesía lírica, y fué el turbión romántico el primero que humanizó el arte con las vibrantes estrofas de Espronceda y sus imitadores y los cálidos dramas de los próceres de aquel ciclo, principalmente Larra, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch y la Avellaneda. Y la poesía trascendental afectiva que pasa sin novedad a través de García Tassara y muchos otros, se cristaliza en las sencillas *Rimas* de Becquer y en las *Doloras* de Campoamor. Renacía el espíritu de San Juan de la Cruz y de Fray Luis en la poesía española, solamente que en vez de amar a Dios Nuestro Señor se inclinaba decididamente a volverse loco en la mundana adoración de las chiquillas bonitas que suelen ser las peores cristianas de la cristiandad.

Por mucho que se pretenda negarlo, consciente o inconscientemente, Bécquer es un reflejo de Heine. Y si Campoamor pasó como una racha sobre el *servum pecus* americano, todavía tembloroso con las tremendas exageraciones de D. Fernando Velarde y otros vates de la funeraria de amor, Bécquer,—esto es Heine, — aun hace crisis.... Zorrilla está muy lejos, y a los clásicos

antiguos tan expresivos a su modo, se les ha enterrado definitivamente, a pesar de que ellos, modelos eternos y profundamente humanos, no se mordieron la lengua para expresar la verdad del sentimiento y la eternidad de la pasión.

Pero esto era insuficiente; y nuevas modalidades literarias, algunas de ellas más cerca a la Naturaleza que al Arte puro y desinteresado, al través de vaguedades metafísicas e hipocresías insustanciales, pusieron la cuestión rudamente en su verdadero punto de vista, sacando al romanticismo primordial del culto caballeresco a la mujer, y dejando hablar al ímpetu genésico. Como aún permanece esta fórmula sobre la ruina del decadentismo y, por impensados caminos trata de elevarse a doctrina moralizadora en la novela y el teatro, antes cauterio que droga, acre en el drama, de acometividad brutal envuelta en imágenes sugestionantes en la lírica, se pregunta si la orientación es buena o mala, si corresponde al estado actual de la civilización cristiana, de la ética convencional en uso, o es un salto atrás al simple y puro paganismo que creó a Venus desnuda y erigió altares públicos a Priapo.... —¡Vana cuestión! No es la técnica lo que debe buscarse en el campo de la estética, ni menos el propósito moralizador, sino la emoción artística, independiente de prejuicios y la belleza de la copia,—la copia de la Madre Naturaleza; pues lo que en la civilización cristiana es una indecencia inaceptable, puede ser digno de loa en concepto general; que no en vano en el Palacio de los Papas se conservan como joyas de alto valer las estatuas al desnudo del arte antiguo.

Sin embargo, nada más honrado que respetar—comprendiéndolas bien,—las pudibundeces de quienes purifican el instinto, a la manera del castor cuando se ve perseguido, y la lealtad afectiva de los que imitan, en parecida persecución, al armiño, que se revuelca en fango. Cuestión de gustos y de educación, desde luego; lo que interesa, en esta materia, es la ejecución; pues absoluta moralidad, ¿en dónde? ¿Y qué es la moral absoluta? —Volvamos al señor Crespo.

Hemos dicho que éste es un poeta sincero y profundamente afectivo, y no obstante, quienes no le conocen en su integridad lírica le creen un elocuente declamador patriótico y religioso. Para deshacer este prejuicio basta con leerle. Aun considerando el punto de amor de amar, cuantos han saboreado el dulce *Idilio* del tantas veces citado Poema, la extensa *Leyenda de Hernán,* la colección intitulada *El Regreso,* en la cual hay oro de subidos quilates, y muchas otras composiciones, convendrán con el autor de estas líneas, en que esa lira no es de una sola cuerda, que ese poeta, si no es *entero* en el concepto heinano traído a colación por Menéndez y Pelayo en su estudio de Núñez de Arce—porque los poetas de una sola pieza desaparecieron con los tiempos primitivos, y, ahora, quienes se precian de vates no son la cifra, el compendio, el signo de una civilización y de una época histórica,—no desconoce todos los tonos, todas las ocultas armonías, todas las sensaciones, así espirituales como materiales, la gama infinita de la pasión que es como la escala de Jacob por donde sube la humana miseria hasta la región donde Dios habita.

Solamente que dignifica su pasión con la pureza del ideal cristiano, la eleva a regiones inasequibles al vulgo, expresándola con augusta solemnidad ungida por el dolor y el angustioso recuerdo; y al sutilizarla en exquisiteces poco menos que místicas, le da el carácter de un canto litúrgico sobre la vida y sobre la muerte. En sus numerosas poesías amatorias—de género directo o de simplemente simbólico,—no suena el estallido de un beso ni se advierte el resplandor de una caricia; solloza a menudo, divaga casi siempre, pero se diría que escribe versos de amor, retrospectivametne, como para un ideal colegio de Saint Cyr al cuidado de una gazmoña vieja, Maintenon rediviva.... Y, sin embargo, a oídos un poco educados, en espíritus doctos en las altas cuestiones del sentimiento, ¡suena tan bien, tan dulcemente, como una sinfonía oída en sueños, que solloza memorias de tiempos idos y arrebatos juveniles resueltos en elegías!

Tiene este poeta el pudor de la propia alma, y no ha profanado jamás su boca con la salacidad de cantos odiosos a madres y doncellas. No discutimos la moralidad resultante pero hacemos notar con documentos al alcance de las gentes honradas la bondad del propósito y la legitimidad del sentimiento dentro de la impecabilidad de la forma. Hay que leerle; y comparar, después, la solidez de la obra, aun bajo este aspecto, con el fútil tenorismo del guirigay de guacamayos y loras que ahora atruenan la selva cantando a las novias polutas después de haber celebrado a las vírgenes impecables....

Esto quiere decir que en tal faz de su inspiración Crespo no es popular ni logrará serlo, quedando de trobador de *élite* para saboreo de un público menos bárbaro. Ni mejor, ni peor para él, por cuanto no puede ser de otra manera; y sus grandes frases de afecto amoroso, a veces escultu-rales como algunas de la antigüedad clásica greco-romana, madrigales, o de fino conceptismo cual las de un Campoamor menos mujeriego y filosófico, no pasarán al acervo común puestas en fácil música de guitarreros y trovadores de los de *au clair de lune;* ni servirán como un Secretario de los Amantes para desahogo de muchachos entusiastas; pero, ¿qué más da? El sabe de las imágenes descriptivas de la belleza femenil; él dice las ansias vivas de la adoración adolescente, pronuncia las palabras de ponderativa vehemencia en el diccionario del cariño; y así como nos cuenta vagos idilios comenzados en la soledad del campo, a la sombra de la rústica iglesia de apartadas aldeas, rotos por el tiempo y el olvido, de la misma manera que alza el velo nupcial para hacernos entrever la avergonzada sonrisa de los novios, el dolor de las vírgenes que pierden el prometido, nos refiere también historias de plácida tristura repletas de ensueños y traiciones que no alcanzan a borrar la misericordia del olvido ni el consuelo de las ausencias definitivas..... En este punto tiene trozos de suprema emoción cuya cita sería fácil si tratásemos de prolongar nuestro humilde escrito con multitud de transcripciones. Copien otros más felices que no se hallen, como nosotros, apremiados por urgencias de tiempo y espacio; y quien no quiera creernos por nuestra honrada pa-

labra, puede tranquilamente doblar la hoja o, de una vez apagar la vela.

Y conste que al enaltecer, en esta parte, el procedimiento genial del señor Crespo, no pretendemos censurar el de otros autores que se humanizan un poco más y tienen en su manera artística la espiritualidad de la gracia y la placidez de la galante sonrisa, sin faltar en lo mínimo a las leyes del pudor ni hacer enrojecer, por suavemente que sea, las mejillas de las chiquillas honestas. Cada cual en su puesto, y Dios con todos. En la misma pléyade cuencana tenemos dos poetas de leche y miel, poco conocidos en el Ecuador por las hijas de Eva, y cuyo numen casero irradia calor de galantería, chispea delicado y provoca a la copla callejera en tono lánguido de halago humilde y enamoramiento sutil, dentro de los límites de la más estricta pureza: Miguel Moreno—ya muerto para duelo de las Musas,—y el encantador Honorato Vásquez de años pretéritos. Pero el caso es que la inspiración y, en general, el temperamento artístico y las vocaciones literarias no tienen una sola línea como camino y si cada cual es señor de su propio instrumento, es todavía más dueño de la manera de tañerlo. Hay diferencias notables, en ocasiones inmensas, en la manifestación de un mismo género. . . . ¡qué! en la expresión de un mismo sentimiento. Crespo es incapaz de las seguidillas enternecedoras de Moreno y los fáciles y sentimentales romances de Vásquez; mas, a pesar de haber escrito el primero aquel libro de angustia intitulado por antonomasia *Libro del Corazón,* y ser el segundo, no sólo el poeta de *Amor de un ángel,* sino de las *Epístolas* a su

madre y sus hermanas, no les juzgamos capaces de la intangibilidad ideal del *Idilio*. ¿Quién anda mejor encaminado? Me inclino a los fáciles y humildes.

Y, sobre esta cuestioncilla literaria está el rememorado mandato divino: *Crescite et multiplicamini*: *replete terram*. Son la civilización y el progreso los que han corrompido las oraciones; y la necedad de recientes bardos inarmónicos, la que ha echado el ajenjo embriagador de la lujuria en la copa de falerno de los legítimos deseos..... Y aquí nos detenemos, que el resto es escabroso.

Junto a este amor de amar, manifiesto como una reminiscencia dolorosa o una aspiración ensoñadora, lo que los portugueses llaman *saudade*, palpita el afecto francamente elegíaco. El fondo de este poeta es más bien melancólico que triste, y su música suena las más de las veces en *la menor*, sin descender a desolaciones jeremíacas, afeminamientos seudo-románticos, ni subir a la angustia de Job ni al supremo desencanto de Leopardi. Es dulce y sereno. Su lira patriótica violenta en ocasiones el tono, para resolverlo en blandas quejas y desengañadas protestas; su salterio de coro capitular gime más que ruega, como en el final de *Mi Poema* y en aquella violeta de antología intitulada *Humildad;* y la castidad de sus amores es como un misticismo.... laico, puertas afuera del monasterio. Su misma poesía que llamaremos erudita, la comprendida en *Leyendas del Arte, Cuadros* y la colección de sonetos mal apellidada *Genios*, es severa y gusta del claroscuro y la meditación. Como si esto fuese poco, busca resonancias de ultratumba en los *Idilios del sepulcro*, canta en baladas hirvientes de

pena los dolores de la raza vencida, y nos da en *El Regreso* un Heine sin acres sabores epigramáticos. En la elegía propiamente clásica, la de los trabados tercetos es menos feliz, porque casi siempre *hace* un poco de *política* casera; pero el poemita dedicado a llorar *Las ruinas de la Compañía* vale por una carta fúnebre la más famosa, no obstante sus reminiscencias harto visibles de Bello, Quintana y Núñez de Arce; y si las *Elegías de la lira* son un suspiro de final desencanto en la impotencia de realizar el ideal, si *Ruinas humanas* es un treno sollozante de las cosas idas y de los amores muertos, la composición llamada ¡*Acuérdate de mí!* es una expresión de las más elevadas de sentimentalismo puro, mensaje de súplica bañada en lágrimas que el hijo envía a la eternidad para conocimiento de su madre hace años muerta. La poesía fluye de aquellos alejandrinos como un raudal de llanto, y los gemidos, los ruegos, los recuerdos sacuden las fibras íntimas del lector piadoso, en una honda emoción estética: pocas veces se ha realizado en la literatura ecuatoriana con mayor extensión y propiedad que en esas estrofas el *si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi* del viejo Horacio, y sin el más leve aparato retórico. Analizar aquella pieza casi equivaldría a una profanación, porque cada cual es dueño de su pena.

Nos hemos detenido en este punto, con el objeto de deshacer el prejuicio acerca de una pretendida sequedad hierática del poeta Crespo, cuyo estro lírico tiene todas las modulaciones y conoce todos los recursos de la pasión y del dolor, aun en momentos de simple narración: quien escribió *La muerte del ciervo*, *La confesión de Rafael*, *El re-*

quiem de Mozart, El poeta ciego y cien obras más de alta y solemne poesía, doliente y como litúrgica, es el mismo que empuña la trompa épica para celebrar a *América y España* y hace sonar los clarines de la batalla en *La Canción de la bandera.* Si no es completo, no se puede negar, por lo menos, su enorme variedad.

VIII

DE ARTE POETICA

En materia de simple apreciación artística, y tratándose del estudio de personalidades sujetas, más que a la fuerza de la lectura, a influencias del medio ambiente y a razones de educación y carácter que suelen determinar el rumbo definitivo de la vida y su labor, solemos conceder escasa importancia a la vieja cuestión de las escuelas y géneros literarios. La obra es buena o mala *en sí,* independientemente de todo prejuicio; no hay género detestable sino el fastidioso, según el conocido concepto de Boileau, y aun estuviésemos a punto de suscribir la opinión del genial Gonzalo Zaldumbide, diciendo que, en concepto general, no hay poetas sino poemas, si al acudir al olor de la tortilla habláramos sólo de los huevos con injurioso olvido de la gallina que los puso.....

Ahora corren vientos de Fronda en la república de las letras; y multitudes literarias, exentas de preocupaciones retóricas, métricas y hasta gramaticales, se encogen de hombros ante la superioridad de espíritus adoctrinados que no se rinden a las sugestiones de la fácil tarea, ni pierden el equilibrio a merced de plebeyos aplausos, exclamando: —"¡Bah! Es un clásico!"— Pero, ¡Dios bendito! ¿Qué es el clasicismo y en qué consiste? ¿Cómo es posible ser un clásico? ¿Es que hay clásicos y románticos, simbolistas y decadentes, parnasianos y satánicos, cubistas y futuristas, en el año de gracia de 1917? Y si por clasicismo se entiende, muy extrañamente por cierto, la pureza de la dic ción, el giro castizo, el dominio de la forma, y un honrado apego a las antiguas reglas, fruto de la experiencia de los siglos, que comportan la proporción de las partes, las leyes filosóficas y eufónicas del idioma, el conocimiento de las humanidades y la supremacía del sentido común y del necesario decoro,—ser clásico es alguna cosa respetable; por lo menos, un hombre instruído y decente, que puede pecar de obsoleto y arcaico, pero al cual no se le deben negar dotes de persona decente.

Lo que hoy priva, en contraposición, es el modernismo, francamente, un modernismo ya bastante atrasado en el Ecuador, país donde la irrespetuosa juventud de lira en ristre ostenta vestidos cortados según un figurín ya pasado de moda en París. Pero en punto a modernismo nos sucede lo que al ilustre Max Nordau, que no sabemos lo que es, ni en qué consiste, ni hay nadie que caritativamente nos lo explique y haga entender. Pues si

cada época tiene su literatura propia, expresión de los sentimientos generales y del estado de cultura del espíritu humano, sucede que todas las formas fueron modernas en sus tiempos respectivos, y tan modernista fué Homero para los atenienses, como Horacio y Virgilio para los romanos, y Dante para los florentinos..... y Víctor Hugo para los parisienses y el buen Olmedo para los señores guayaquileños.

Ciertamente, la poesía se estratifica en los viejos moldes aristotélicos; y por eso, el romanticismo, que vino a sucederle, nieto de la Enciclopedia y enamorado de los ideales históricos, no fué una reacción sino una revolución de las más definitivas, cuyas resonancias íntimas aún perduran en lo profundo de la nueva fórmula, al través del naturalismo y su resultado, la decadencia. Y el romanticismo fué la característica de un período trágico en el movimiento social de Europa, que tuvo su declaración de principios en el famoso prólogo del *Cromwell* y se glorificó con los nombres que en vano desdeña hoy la tribu casi bárbara que destruye y no edifica: —en literatura, Chateaubriand, Hugo, Lamartine, Musset; Byron y Shelley; Goethe y Schiller; Leopardi y Manzoni; Espronceda, Saavedra, Zorrilla, Hartzenbusch; grandes historiadores; profundos críticos; una renovación filosófica con la izquierda hegeliana y Arturo Schopenhauer; pintores y escultores; un mundo redivivo por la Revolución francesa y el nuevo concepto de nacionalidad y derecho, brotado al través de las bayonetas napoleónicas y de las infames cadenas de la Santa Alianza; una especie de Renacimiento al revés, menos la Reforma, en

que la civilización respiraba, y contemplaban las almas inquietas teñirse los horizontes con los suaves colores de la alborada, y asomar en la distancia, sonreída y triunfadora, a la divina Esperanza. Y traía también la libertad; para los pueblos meridionales, la Revolución de Julio, los primeros espasmos de los patriotas italianos, el fin del tragicómico reinado de Fernando VII de España; para el pensamiento, las doctrinas filosóficas de Fichte, Schelling, Hégel, Schleiermacher, Schopenhauer, Freis, Herbart, Beneke y muchos otros que prepararon el campo de la influencia de Compte, Stuart Mill, Darwin, Mayer, Lotze, Fechner, etc.: para la crítica exegética, a David Federico Strauss y los de su escuela, Ernesto Renán y una multitud enorme, que pasando sobre Lamennais y sus vacilaciones con baño de alcorza, llegaron a las más rotundas negaciones; para las teorías socialistas, el nacimiento mismo del socialismo como cuerpo de doctrina y punto de partida de todas las posibles reivindicaciones; para la literatura, en fin, el rechazo de la vieja espelunca retórica invadida de fríos pólares, en la que se refugiaran, en los pueblos de orígen latino, los últimos imitadores de la antigüedad greco-romana. Los idiomas dieron un paso adelante con terminologías antes condenadas por la vulgar pedantería, y salió la poesía de las férreas prisiones de antiguos convencionalismos de expresión y forma para correr por las humanas vías, menos esotérica, y más amable.

Esto fué el romanticismo que sólo la ignorancia desprecia entre nosotros. Conservó de los antiguos muy poco, por desgracia suya; mas, perfeccionó

el espíritu y puso la marca al despertar de un siglo portentoso. Como sucede siempre, le pervirtió el abuso de los menores, la inmensa, innumerable turba gregaria, y, al perder el compás, perdió la concepción de la Naturaleza y del Arte, y relajó los nervios de la vida. La tumultuosa reacción no fué tradicionalista, sino que sacó fuerzas evolucionistas del mismo gran cadáver, que se descomponía, y, al descomponerse, abonaba el campo de la futura fecundación; y fué así como los primeros novelistas franceses, Daudet y el mismo Zola, confesaban su cepa romántica, y romántico abolengo se les puede descubrir a los poetas sucesivos, inclusive el propio Verlaine: en el fondo, es la verdad del dolor y la sinceridad de la pasión, que pasa al través de las crudezas de la extraña psicología naturalista de la *bestia humana,* del simbolismo y el decadentismo, y triunfa, con lealtad, tanto del principio reaccionario en sentido escolástico como del crudo materialismo: en habla castellana, se pone sobre el tomismo de Balmes y el Cardenal Ceferino y el retardatarismo declamatorio del Marqués de Valdegamas, tanto como encima de la jerga con que llenan los ámbitos los discípulos de Krauze.

América, país de imitación y trasplante, entró en el movimiento, exagerando como siempre; y así como en el siglo XVII hubo culteranos, en el XVIII seudo-clásicos, a comienzos del XIX imitadores de Horacio, de Virgilio, y, luego, la legión victorhugiana, espronceciana y zorrillesca, así en los comienzos del XX hace crisis el *modernismo*.

Pero, ¿qué es el modernismo? No alcanza a ser una evolución literaria, ni apenas tiene nombre

glorioso y obra definitiva que ofrecer en su abono; no trata de significar una modalidad, una fórmula retórica, por lo mismo que su propósito declarado es la ruptura de todas las retóricas, de todas las reglas, de la tradición literaria íntegra en el tiempo y en la historia; y es lo curioso que sus principales representantes, vuelven cada vez con mayor insistencia a los viejos cánones, como en el caso de Juan Moreas, por ejemplo, que escribe una *Ifigenia*, desde el punto de vista de Eurípides, así como compuso una *Santa Teresa* inverosímil y profanadora Catulle Méndes con resabio de exagerado romanticismo; del mismo modo—para nosotros,—que Rubén Darío escribe robustos endecasílabos a la manera tradicional, y alejandrinos con hemistiquios y acentos de los del tiempo de Zorrilla....

En otras partes, el advenimiento de esta singular *escuela* (?) producirá acaso algún beneficio digamos léxico, con el aporte de términos nuevos o resucitados al lenguaje literario: en América ocurre que su invasión trae consigo un neologismo inútil y bárbaro, que tiende a corromper el idioma, reduciéndolo a una especie de *argot* para uso exclusivo de la canalla literaria.

El único favor acaso que a la actual tendencia quedamos a deber, es la soltura métrica, en cuestión de acentuación, ni más ni menos que lo que hicieron los románticos franceses del año 30 con el alejandrino de Rostand. Hoy privan mucho los alejandrinos pareados, en la métrica castellana, por prurito de imitación afrancesada; pero es indudable que al quitarles las antiguas cesuras, los acentos obligados y casi las condiciones prosódicas a los metros con-

sagrados, se ha ganado en facilidad y fluidez lo que se ha perdido en solidez ortológica; ya la armonía no depende de acentos y hemistiquios, sino que se advierte como una nota interior, de exquisita factura, que ondula a lo largo de las frases, como una melopea íntima, las más veces melancólica, encantadora y suave, del todo ajena al martilleo de la cantidad silábica y al sonsonete de la obligada rima. Es un ritmo peculiar que desconoce las leyes del contrapunto, y no se apura por la cuestión de las terminaciones. Es verdad que se abusa espantosamente, y que los más hacen versos sin ordenación ni medida, en mezclas inícuas, en las que lo menos sensible es la falta absoluta de sentido común, de gramática, de simple ortografía; por donde se ve, que la exageración en esta materia, si llega a imponerse y predominar, puede conducirnos a balbuceos como de afasia y hacer retroceder el Arte a la infancia, con el proceso de un irremediable cansancio cerebral. Sin regla ni medida, sin ideas ni gramática, sin instrucción ni miedo, cualquiera puede ser poeta; y un día y otro leemos en diarios y revistas atroces adefesios, en los cuales son de uso común las ridículas repeticiones y los versos según el molde de los criticados por el inmortal Larra: "Y era tan fuerte el viento—que se apagaban las velas de los que por purísima devoción acompañaban al Santísimo Sacramento"....

¡Y si fuese esto sólo! Pero en el rechazo de toda sujeción y conveniencia, se ha incluído el de la dignidad artística: y al romper el velo de la sagrada Psiquis, se deja que, sobre un cauce de necedad áspera, corra un chorro atroz de lujuria, de

expresiones indecentes, de imágenes sugestionadoras, las mismas que el paganismo envolvió en la majestad suprema de formas impecables, al calor de una moral, de una civilización completamente distintas de la moral y la civilización cristianas. ¡Lejos de nosotros toda gazmoñería! Pero una cosa son los faunos y los sátiros virgilianos que persiguen a las fáciles ninfas que van dando chillidos y se les rinden en la espesura de la selva, y otra las brutales declaraciones sexuales con que *houran* sus liras los modernistas de esta tierra.... que, desde luego, no han leído a Virgilio.

Y son éstos los que le han condenado al silencio y a injurioso olvido a Crespo Toral, porque Crespo Toral.... es un clásico.....

¿Pero, es un clásico Crespo Toral?

¡Qué va a serlo! Nos adelantamos a descalificarle, en cuanto poeta de bandería, presentándole fuera de cualquier encasillado retórico. Le conocemos bien; y podemos decirlo, y aun probarlo extensamente a quien la prueba nos exija.

Lo que sucede es que la mayor parte de su obra se halla inédita, y la que se ha publicado—prosa y verso, cuya recopilación daría para media docena de gruesos volúmenes,—anda dispersa en folletos y papeles de difícil consecución, y no se la conoce sino bajo un aspecto de declamación y resonancia, y no se le considera sino desde un respetable punto de vista de lo que se llama *saber de clerecía* ..... Y ahí está el daño, que se le juzga sin suficiente conocimiento de causa. Felizmente, de hoy más ya habrá *exhibición de autos,* gracias a la reciente publicación de algunos tomos que si no con-

tienen toda la obra del poeta, sí llevan en sus páginas mucho de lo sustancial y definitivo.

Crespo es un poeta de variadas y hasta contrarias orientaciones, como que ha ensayado diferentes modalidades de forma y seguido las alteraciones del gusto. Lo que conserva incólume es el fondo de seriedad afectiva y religiosa, el respeto por el arte y la irreprochable castidad de las imágenes y de la frase, tanto por carácter y temperamento, como por educación de persona *bien nacida.*

Es romántico en su primer período, el del *Poema,* y continúa siéndolo en el último, hoy mismo, con la *Leyenda de Hernán,* vasta composición que tiene reminiscencias de la *María* de Isaacs, del *Idilio* de Núñez de Arce, y conserva la factura poemática de las *Leyendas* de D. José Velarde..... Y romántico, en la melancolía permanente que suena en su obra como un acompañamiento de doliente flauta indiana en un ritmo sin fin de melopea sollozante; romántico, por la desolación de su alma, que encuentra motivos de dolor en los mismos afectos religiosos y los recuerdos de la primera edad; romántico, por la afición retrospectiva a las cosas de la Edad Media y el culto a grandezas caídas: no tiene nada de Musset, ciertamente, y de Hugo muchísimo menos, pero en algunas líneas hay vagos resplandores de Vigny, y, al través de ciertas nebulosidades seudo-alemanas de recientes escuelas, en su labor poética general hay un sello—lealmente confesado por él mismo,—del viejo y amable Lamartine.... Romanticismo puro, sin las exageraciones pesimistas de *Rolla* ni la soberbia doliente de *Childe Harold*....

Y es un clásico a su manera. El estudio de las proporciones, la sobriedad de la frase, la nitidez de la imágen *descartada* de efectismo de claros de luna, sombras de bosques, movimientos de aguas de lago, y muchachas anémicas y flores exóticas con nomenclaturas todavía más extrañas, le acercan a la solidez estatuaria de la forma y de la línea, con exactitud parecida en el Arte a la matemática, que es la figuración de los grandes, eternos modelos de la antigüedad clásica en la obra sucesiva de siglos sin fe y sin esperanza. Y tiene, además, el peso de la erudición que nunca sobra y sólo es reprochable por parte de los Orfeos analfabetos; y el constante recuerdo de lecturas juveniles, que, al determinar su vocación poética, imprimieron en su alma el estigma del arte antiguo, como un culto, y como una dulce añoranza, que sólo los inteligentes pueden apreciar en las obras de nuestro autor.

Y, habiendo escrito un estudio poco favorable sobre los parnasianos en América, he ahí que compone más de cien sonetos, bajo la fórmula de Teófilo Gautier y con el insuperable modelo de Heredia; y compone *cuadros de arte* que trascienden a la impasible escuela del mármol, y corresponden a la manera—bien lejanamente por cierto,—de Leconte de Lisle.

¿Pues simbolista? No son muchos los símbolos que presenta, ni se ha menester clave para descifrarlos; pero gran parte de las composiciones que forman su citada colección de *Cuadros* tienen trascendencia filosófica; y, a su manera, dentro de las conveniencias de la emoción estética, tiran a docentes.

Y es erudito, de una radiante erudición un poco falsificada al través de la interpretación de autores y caracteres, no tanto en la mencionada ristra de sonetos, a la cual se le podría añadir otro tanto con las piezas que el autor no ha incluído en la colección, sino mucho más en las *Leyendas de Arte,* obra reflexiva que, en su parte principal, tiende a interpretar caracteres de grandes artistas, descubrir situaciones, expresar, en fin, algo como exegético sacado de las entrañas de la historia de la civilización del género humano, en breves síntesis arbitradas a placer.

Y si en *El Regreso* es heiniano por el título.... y a su manera, en los *Idilios del sepulcro* tiene la vaguedad del Poeta de *Ligeya* y otras maravillas, al mismo tiempo que toca un órgano poderoso y suenan en su boca los clarines de combate, en una confusión de Dios, patria, hogar, amor.... e ilusiones de ultratumba, todo ello mezclado con un poquito de lágrimas y cierto aire de suspiros y sollozos que no alcanzan a enturbiar la atmósfera respirable.

Y en cuanto a la forma propiamente dicha, es de goma elástica en toda su abundante labor. Con irrespeto aristocrático de lo establecido, rompe la unidad de los metros; la cadencia del alejandrino desaparece en sus composiciones mayores, y va ascendiendo desde el alborotado serventesio, mezcla de endecasílabos y heptasílabos, a placer, hasta los pareados de catorce, antes imposibles en la versificación castellana; desde los sonetos de seguidillas disfrazadas hasta los solemnes endecasílabos en verso libre, y los metros fáciles que suenan como una canción popular....

¿Qué escuela, pues, la de este escritor tan variado en la forma y en el aprovechamiento de las sucesivas tendencias retóricas?

Tiene un ideal sí, que, desde sus primeros años, constituye para él una como doctrina y la razón de su técnica: la dignificación del Arte, en el fondo y en la forma; esto es, en la elección de los temas y en el empleo de los términos. Quiere el canto bello con tal de que sea bueno: honrada aspiración que no siempre se consigue; anhela que la poesía viva sólo en un ideal templo de Delfos, dando *consultas* sibilinas en versos aconsonantados, y celebrando incesantemente fiestas rituales al progreso, a la inteligencia, al porvenir de la humanidad, en los ratos perdidos en que no celebra el culto del dios y ciñe las ínfulas.—Principió traduciendo *El Salmo de la Vida,* de Longfellow, tan noblemente declamatorio, continuó vertiendo *La nueva Musa,* de Balaguer, y diez años más tarde publicó *Liras nuevas,* que es un eco bastante cercano de esas composiciones. La vida es *trabajo* y lucha; y, sobre las miserias del amor y los quebrantos de humano padecimiento, el Numen debe dedicarse a la glorificación de la Vida como dinámica y al Arte como colaborador del progreso....

Buena cosa, ciertamente; pero incompleta, por cuanto no todo es lucha en la existencia, ni todo peregrinación; y sobre el concepto colectivo de la felicidad y adelanto del género humano se eleva imprescindiblemente la *noción del propio yo,* alma de la poesía lírica; fuera de que se pone rudamente al márgen la visión de la Naturaleza que tan profundamente influye en el individuo.

Más tarde escribió un poema intitulado *De arte poética,* en sentido más generoso y lato; quiere en él la verdad del sentimiento, la ecuanimidad de la pasión, el culto a la Naturaleza y el destierro de cualesquiera exageraciones. Es bella y buena esa obra, y da idea aproximada del programa.... *lírico* de un autor que nunca conoció vallas ni respetó linderaciones.

Este es el hombre y el artista. Bien podríamos añadir capítulos a esta somera exposición; mas, creemos inútil y redundante hacerlo. Si de estas páginas surge, aunque sea en sombra, la imagen del hombre bueno y eximio poeta que hemos querido presentar, nuestro humilde trabajo quedará sobradamente recompensado.

Noviembre de 1917.

Ilmo. Dn.

Federico González Suárez

Ilmo. Dn. FEDERICO GONZALEZ SUAREZ

1844—1917

I

DESDE hace meses era caso esperado como inminente la muerte del señor Arzobispo—tal andaba enfermo el ilustre anciano;—y en Quito como en el resto de la República venía siendo una pregunta diaria entre los católicos y los apreciadores de los méritos del señor González Suárez; "¿Ha muerto el Arzobispo?"

De manera que, cuando esta mañana al amanecer, y ya en momentos de ponerse en circulación el periódico, recibimos de Quito la triste noticia, la acogimos como información ordinaria, por mucha que, realmente, sea su importancia y por hondo el afecto y el respeto que al admirable varón le profesamos.

No es, únicamente, un sacerdote que muere, un prelado que deja vacante su sede, un escritor que de-

saparece, ya terminada su obra y cumplida su misión: es una poderosa fuerza nacional dentro de una situación determinada, fuerza de monición y resistencia, difícil de ser reemplazada por lo pronto,—ahora no vemos con quién,—y una de las más altas representaciones de la intelectualidad ecuatoriana, de veinte y cinco años a este parte, lo que se hunde silenciosamente en la tumba.

Y, en este concepto, si la iglesia ecuatoriana se halla de duelo por la pérdida del principal de sus prelados, no lo está menos la República, que debe llorar al más elocuente de sus historiadores, arquélogo y literato, poeta y orador, polemista y erudito, hombre virtuoso, además, que a una vida ejemplar unió las excelencias de un carácter indomable en la defensa de lo que creyó bueno y justo, y varón desinteresadísimo que nunca se rindió a las tentaciones de la ambición y la codicia, ni conoció la fulgurante sugestión de los rencores implacables.

Su muerte ha sido como un gradual apagamiento de una tenue lámpara exhausta de aceite. Había dedicado más de cincuenta años a la meditación y al estudio; se consumió en las prácticas de la piedad y del ejercicio sacerdotal, secó su espíritu con las arideces de la ciencia, y no saboreó jamás, que sepamos, el florecer de la esperanza, las juveniles fantasías que dejan, en poso de amarguras y añoranzas, estigmas imborrables a través de las penas de la vida; y muere sin remordimientos de conciencia ni quiebras de fe, consumido poco a poco por la vejez y los libros antes que por las tormentas del alma y la tristeza de los ideales inasequibles. Fué cuanto pudo ser en su ministerio; y si todo lo

halló pequeño, el caso no consistió, por ventura, en que su orgullo aleteaba contra las paredes de la ilusión, sino porque, como el Eclesiastés, hijo de David, consideró en la doliente insignificancia de las cosas humanas, y vió que todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.

Es posible que ante su recién abierta sepultura se derramen muy pocas lágrimas sinceras: cuestión de apreciación y carácter; mas, sobre el rencor de su clero y la poca simpatía de su misma grey laica, flotará, insumergible, el pensamiento, la íntima convicción de que, dentro de nuestra heredad y en el círculo de nuestras modalidades, fué un hombre insigne entre los mayores, que supo mantenerse honradamente neutral en el juego de la política partidarista, y no dejó que huyeran de sus labios la voz del consejo y la palabra de consuelo.

Se ha preparado largamente para morir, no sólo como sacerdote, sino como íntegro depositario de una valiosa fortuna perteneciente a las Comunidades, a espaldas de la Ley de Beneficencia; y como humilde Príncipe de la Iglesia, ha querido que su entierro sea como de un pobre, exento de la faramallería de pompas litúrgicas y de la farándula todavía más grande de lujos funerarios y literatura lúgubre, que gastan a los vivos y no sirven de ningún alivio a los muertos.

Y se despide tan indigente, tan limpio de cuerpo y de alma, como cuando vino al mundo, sin despecho ni desdén, talvez sin pena, por cuanto en la sucesión de sus largos años se le fueron concluyendo todas las afecciones que pudieron ligar su corazón a la miseria de un vivir libre de estímulos terrenales:

padres, parientes, amigos, discípulos, y se encontraba al fin solo: solo en su alteza intelectual y su elevación eclesiástica, como un picacho de la cordillera que alzado sobre las profundidades del valle y cubierto de perpetua nieve, solemne y majestuoso, llegase, por extraño modo, a sentir su propia frialdad, su enorme abandono y su elevación abrumadora, en el perpetuo avizoramiento de los cielos infinitos....

Et transivi, et ecce non erat; dixi: ¿ubinam est?

II

Nada más fácil y tranquilo que el transcurrir de su plácida existencia.

Ignoramos si hubo en ella alguna vez la emoción salvadora que dignifica a los humanos al hacernos conocer las miserias pasionales de nuestra conturbada naturaleza. Parece que no. Consagrado al altar desde sus primeros años, tomó la línea recta, la línea infrangible, árida y dura, y en ella se mantuvo, andando no sin ímpetu, presa, en ocasiones, de entusiamos y cóleras como los profetas y los hijos de los profetas de Israel, en términos de constante rebeldía contra los poderes del Estado, protestando, aún en días en que los más valientes se recogían a su tienda de Aquiles y el silencio era la consigna del miedo.

Es la característica; la resistencia indomable, el sacro orgullo eclesiástico ante la oposición liberal; la actitud solemne y desafiante hasta en circunstan-

cias difíciles de la Patria, que él comprendió más que ninguno, y la cólera sombría contra los curas de su jurisdicción, que, creyéndole un tolerante prelado del Renacimiento, si unos eran concusionarios, otros eran concubinarios, los más ignorantes, y hasta espiritistas y ridículos. ¿Quién que tenga algún entendimiento no comprende el proceder de ese sacerdote, a quien Dios concedió el don de mando y negó la divina virtud de la paciencia, de la humildad y la tolerancia, en el gobierno de una grey con pocas excepciones pecadora y torpe?

Digamos algo de esa vida, no como trabajo biográfico, sino como simple información de periódico. Valdrán los datos que van en seguida para manifestar la innocuidad sustancial de una existencia dedicada a los más altos menesteres.

Del matrimonio del colombiano D. Manuel González y la quiteña Sra. Mercedes Suárez, nació D. Federico el 13 de Abril de 1844.

Arriba de esta honrada procedencia, no dicen nada las crónicas; y es verosímil que no haya atrás ningún blasón heráldico. "Nací de honrada madre, dióme el cielo..... paz y fortaleza, luz de mente y dignidad de corazón", decía el mismo Sr. González en un soneto de su juventud que creemos no llegó nunca a publicarse. Pero en su edad provecta, como inocente alarde de carácter, solía hablar de su nobleza, nobleza criolla, por supuesto, y proclamaba su parentezco con los Borreros de Cuenca, Cortázares y Lamares por descendencia, si bien D. Juan Montalvo—que tampoco tenía de qué alabarse,—le llamó una vez *indio* al ingenioso D. Ramón. La cosa no vale nada, y la traemos a colación

únicamente porque un joven escritor azuayo expresa la atrocidad de que el Obispo de Quito no admitió en la tribu de sus levitas al joven González.... ¡por considerarlo plebeyo!... Tal despropósito estaba reservado al obispo León, hijo de honradísimos menestrales, que no se acordó una vez de que los orígenes del cristianismo se desarrollaron entre esclavos.... y fueron pescadores los Apóstoles.

Lo evidente es que la Sra. Mercedes, a quien conocimos en su ancianidad, era una excelente y digna mujer, que, habiendo quedado abandonada desde joven, supo llevar con heroica paciencia y santa resignación la carga de sus penas. ¿Fué Federico hijo único? Dicen que sí. La cosa cierta es que la casa, que nunca conociera un mediano pasar, quedó en un gran desamparo al abandono del Jefe.

¿La pobreza? Algo más: la indigencia; la miseria casi absoluta; hogar sin lumbre, días sin pan, noches sin luz, en situaciones casi inverosímiles en la vida quiteña de ahora sesenta años, tan fácil, tan abundante y barata.

Fué la primera puerta de la pena; acaso, el primer rencor del huérfano contra las crueldades de la suerte, el punto inicial de la adustez de su carácter, que, sombrío, en el recuerdo de las penurias de su niñez y su adolescencia, no quiso recordar el divino verso de Virgilio: *Et non ignara malis, miseros sucurrere disco*....

La infancia no pudo menos que ser triste y hosca.

Cedemos aquí la palabra a persona más informada. Refiriendo bravemente esta época del señor González, decía el señor Luis Felipe Borja en una

conferencia leída en el concierto fúnebre celebrado en el Conservatorio Nacional de Música en honor del Arzobispo, pocos días después de su fallecimiento:

"Nada más conmovedor que la infancia de González Suárez. Su padre, agricultor colombiano, del departamento del Tolima, se casó en Quito con una señora pobre y humilde; pero privilegiada por el talento y las virtudes.

"No había transcurrido dos años desde que nació el único hijo del matrimonio, cuando D. Manuel González, pretextando que se ausentaba por negocios, se alejó definitivamente de Quito, a donde no volvió jamás, a donde nunca envió un recuerdo ni un auxilio para su desolada esposa y su tierno hijito.

"Se hablaba de que González Suárez sufrió los tormentos de la orfandad; pero no fué huérfano, sino algo aun más triste: fué abandonado. Siquiera cuando la muerte rompe los vínculos que unen a los padres y a los hijos, no hay quejas ni inculpaciones, que son tan naturales en el caso de abandono, cuando un padre reniega de su hijo y le deja a merced de los vaivenes de la suerte.

"Pero quizás este abandono, tan vituperable en el padre de González Suárez, fué una felicidad para él mismo y para la patria ecuatoriana. D. Manuel González pertenecía a una familia de agricultores, y algunos de ellos, internándose en nuestras montañas, formaron capitales, fundos valiosos.

"Tal vez al niño Federico se le hubiera conducido a las selvas de la costa para dedicarle a las labores agrícolas, y, en vez del gran ciudadano, el

primero de su patria, habríamos tenido un hacendado rico, pero ignorante.

"El abuelo materno de González Suárez recogió a la madre y al hijo abandonados, y, a pesar de su extremada pobreza, les dió albergue en una miserable casita incrustada en una de las quebradas de Quito. De esta casita no salió González Suárez definitivamente sino para trasladarse al obispado de Ibarra.

"En las atrasadísimas escuelas de la época aprendió González Suárez las primeras letras; y él mismo refería que muchas veces tuvo que recorrer descalzo las calles de Quito para ir a la escuela, y al volver de esta encontraba a su madre llena de aflicción porque no tenía un mendrugo de pan para alimentar a su hijo.

"Mi padre, compañero de infancia de González Suárez, profundamente conmovido refería el aspecto del niño, su pobrísima indumentaria: una blusa de tela ordinaria llamada chamelote, colocada directamente sobre el cuerpo, porque no tenía camisa, pantalón de la misma tela, las pantorrillas descubiertas, y en la cabeza, un ordinario sombrero de paja sin cintilla".

¿Qué escuela fué esa? Otros biógrafos nos dicen que aprendió las primeras letras a inmediaciones del domicilio familiar—en cuyas paredes exteriores puso una lápida conmemorativa, medio siglo después, la admiración de los discípulos;—y esa escuela estaba regida por un Padre José Rodríguez, religioso quiteño, de los antiguos, de aquellos dominicanos de pelo en pecho que laboraban por Dios y por la perpetuidad del linaje humano....

Terminados los estudios de primeras letras, cursó humanidades y el bachillerato en la Universidad Central, en aquella época de plácida enseñanza, cuando todo el afán docente del Estado y de la Iglesia se encaminaba a la salvación de las almas; y, una vez bachiller, pasó al Seminario de San Luis —ya decidida su vocación sacerdotal,—para seguir las asignaturas de Teología, Cánones, Historia Eclesiástica, etc. Eran los días turbios, genesiacos, del movimiento intelectual en el Ecuador, que prepararon el advenimiento de un hosco y sanguinario tradicionalismo, basado en la educación deficiente del pueblo, y del imperio del jesuitismo cada vez más fuerte, en la patria y desde el destierro....

Cuentan que el aprovechamiento del joven González en la escuela y en el colegio, fué sorprendente, por mucho que su carácter sombrío, algo misántropo y a todas luces despectivo, no le hubiesen granjeado mayores simpatías entre profesores y condiscípulos, que le miraban siempre alejado, silencioso y como ajeno al medio en que vivía y trabajaba.

A los diez y ocho años, esto es, allá por 1862, entró en la Compañía. Era casi inevitable. En aquellos tiempos, la Compañía que, luego, con la autoridad de García Moreno, habría de ser un cómplice en la política y continuar como dueño absoluto de almas en la enseñanza oficial y la dirección de las familias, reanudaba su labor de gancho, no bien repuesta del agrio gesto del viejo Urvina. Se atraía a la juventud más brillante de las aulas y desplegábase una esplendidez pedagógica, que duró hasta que el nuevo método experimental puso el dedo encima. Casi por la misma época, también

D. Abelardo Moncayo era jesuita, y con él muchos otros.

Y en la Compañía se mantuvo durante diez años, sujeto a las famosas Constituciones, y dictando, en Quito, Guayaquil y Cuenca, las cátedras de Gramática, Retórica y Filosofía.

En la última de las ciudades nombradas recibió la orden sacerdotal de manos del inolvidable señor obispo Esteves de Toral, y al cabo de los diez años mencionados abandonó, con licencia y beneplácito de sus superiores, los claustros de San Ignacio, para no volver a ellos jamás.

Esta determinación que iba a orientar definitivamente su vida, no fué obra de un capricho, ni muchos menos variación de un pensamiento veleidoso, ya que obedecía a un sentimiento profundo, y acaso el más arraigado en los corazones honrados. Su pobre madre se moría de hambre, y mientras el hijo se ponía en condiciones de alcanzar la vida eterna, ella se encontraba en infinita soledad y absoluta miseria.

No sabemos si para el joven levita fué una violencia a su vocación religiosa lo que le imponía su piedad filial; lo indiscutible era que no le quedaba otro camino; y lo esencial consistió en que esa variación de rumbo determinó su porvenir, su existencia entera. La urgencia de ganar el pan para la desvalida autora de sus días, le puso la pluma en la mano, la palabra contundente en los labios, la fuerza combativa en el corazón; y desde ese momento nacía el hombre nuevo, hábil para las luchas de emboscada en la polémica doctrinaria, con ímpetus de soldado de una ideal legión tebana, la for-

taleza de un apologista de los tiempos de San Agustín y Tertuliano y la exaltada paciencia de un confesor de la fe. La orientación final estaba señalada y he ahí que del pimpollo jesuítico iba a surgir una de las columnas mayores de la iglesia ecuatoriana.

El Sr. Toral no obstante su temperamento aristocrático y la deplorable situación en que encontrara al clero azuayo, viciado y corrompido en un largo período de sede vacante, era un hombre muy benévolo y sagaz, y, desde luego, adivinó los méritos del sacerdote que dejaba la Compañía, con anuencia de sus superiores y como persona decente; y casi de golpe le nombró secretario del obispado.

Esto, ciertamente, era bien poco; mas, ¿qué otra cosa podía concederle aquel excelente prelado?

Una canongía en el capítulo catedral.....; pues canónigo le hizo, casi no bien pasado el prudencial tiempo de prueba.

Catedrático en el viejo Seminario conciliar.... ¡desde luego! Y, una tras otras, le fueron confiadas varias asignaturas, desde las de Humanidades y Retórica hasta las excelsas de la sutil enseñanza del Dogma y la Moral teológica.

Estudiaba y trabajaba más que soñaba; reducíase a la inopia para socorrer a su madre y comprar libros, sin que aquello quiera decir que, sumados todos sus proventos, inclusive el pie de altar y los sermones de paga, alcanzase a los límites del descanso. Desconoció, tal vez, la tentación por falta de tiempo. Peligro doble; por cuanto al ponerse al margen de la debilidad humana desconoció, igualmente, el don divino de la humildad y de

la misericordia. Ser grande e ilustre es una cosa; ser amable es diferente: ¿cuál es lo mejor en la práctica de la vida y para la consecución del fin último?

Su temperamento batallador le llevó bien pronto al terreno político, desde el punto de vista de la democracia católica—aunque parezca una paradoja expresarse de tal manera—y, plantado en el concepto tradicionalista, se enfrentó, en ardientes folletos que brotaban del campo contrarevolucionario, con el Gobierno del General Veintemilla, actitud de franca agresión que le valió ser elegido diputado del Azuay a la célebre Convención de Ambato (1878), a la cual concurrieron personajes notables del bando liberal ecuatoriano que escapara de las gemonías garcianas por las puertas de la traición reinvindicadora de Setiembre. . . .

Lo que en aquella Asamblea hizo, recuérdanlo los viejos patriotas que soñaron con que del movimiento *regenerador*—así se le llamaba,—habían de brotar luz de civilización y calor de libertad.—Llevado por el entusiasmo juvenil y un tanto osado de sus opiniones, tuvo, en un mal día, frases de irrespeto para el venerable D. Pedro Carbo, y acto continuo se concitó la animadversión de las multitudes que se calentaban al sol naciente, y le costó trabajo explicarse y exculparse de modo que con la deferencia debida al anciano meritísimo quedasen impolutas y en pie la fuerza de sus convicciones y la energía de su pensamiento.

Fué un ensayo sin consecuencias. De vuelta de aquella Legislatura, que no alcanzó a cristalizar los anhelos del alma nacional en una fórmula defi-

nitiva, más descontento que antes, continuó la labor de oposición y resistencia que le procuró no pocas dificultades, y cuyo espíritu le sostuvo, en la prensa, en el púlpito, en la cátedra y en la acción social, hasta los días en que le vió derrumbarse al pobre Veintemilla, fatua y criminalmente por el despeñadero de una absurda Dictadura.

Ya, entonces, tenía una gran notoriedad, y algunos de sus primeros libros circulaban, con el común aplauso de los entendidos; pero su situación modestísima no había mejorado cosa mayor hacia 1882, si bien se había independizado del inmediato servicio más oficinesco que de confianza en la casa episcopal. Simple prebendado de escaso sueldo, su cátedra en el Seminario, que le consumía parte principal de la jornada, no le retribuía arriba de cuarenta pesos (aún no había sucres, porque la civilización conservadora y el régimen liberal en el Ecuador, no llegaban en el último tercio del siglo XIX a las alturas del sistema decimal); pero, dentro de su angustioso pasar, ello era suficiente para un hombre que se contentaba con una sotana y un mal pedazo de pan, y no podía vivir sin el aristocrático lujo de libros raros y de una erudición de primera mano.

Y, hastiado de Cuenca, ciudad donde había transcurrido buena parte de su juventud, sin dejar ni llevarse mayores afecciones y recuerdos, regresó al país natal, al nido ha tantos años abandonado, donde le aguardaban ansiosos y temblando de emoción, los brazos de su viejecita madre.

III

Vida sin accidentes, como cualquiera puede advertirlo; vida de un joven que pasa del claustro al palacio episcopal y al capítulo diocesano, con el aditamento de la cátedra y las pequeñas sinecuras eclesiásticas en un tiempo todavía propicio para el objeto, sin la tristeza de la cura de almas en campos y montañas, las dificultades del confesionario ni la obligación de la consulta: trabajo en frío para un sacerdote, que no llega, así, al fondo de su ministerio por experiencia propia, ni sabe de las angustias de los presbíteros menores oprimidos por la ignorancia y la codicia. En el fondo quedan la sabiduría y la inspiración literaria como dignificación suprema de una existencia; pero, ya San Pablo decía algo al respecto en el capítulo XIII de la Epístola primera a los Corintios. Tal vez sean estas palabras un poco fuertes ante la majestad de la tumba de un hombre esclarecido; mas, si ya la Justicia divina está consumada en las regiones misteriosas en que la Religión pone su esperanza y de las que saca su fuerza, el juicio de los hombres comienza ahora.

¿Qué hizo en Quito el señor González Suárez? Vejetar dentro de la modalidad eclesiástica y las prescripciones teológicas,—¿qué más da Cuenca que Quito? Secretario del obispo Toral, en Cuenca,

fué, luego, Secretario del Arzobispo Ordóñez, en Quito; canónigo y profesor en la diócesis azuaya, ¿qué otra cosa podía ser sino profesor y canónigo en la Metropolitana?

El trabajo intelectual, del que luego hemos de tratar, quedaba a un lado; mas, variado un poco el medio, el sacerdote ya considerado un sabio historiador, poeta y polígrafo, orador de primer orden e irresistible polemista, fué alzado a los empleos públicos y a los honores oficiales, interrumpidos por largos viajes a Europa y América, no en *gira* de instrucción y recreo, sino por la necesidad de consultar en archivos y museos los orígenes de nuestra raza mestiza y las curiosidades de nuestra historia. Y así fué como corrió España, Francia, Italia, Portugal, Brasil, Perú, Uruguay, Chile, etc., en un afán nervioso de investigación, arrastrando el bordón del peregrino ,en días en que la esplendidez de los Gobiernos no estaba para aliviar con poca ni mucha decencia las fatigas de los hombres superiores, que ansiaban desinteresadamente hacer obra patriótica y sabia.

La historia del Ecuador se hallaba en telar allá por 1889, y ordenados los apuntamientos y copias en prodigiosa cantidad, cuando pudo dedicarse tranquilamente al trabajo de redacción; tenía el cargo de Arcediano de la Metropolitana, dignidad que le aproximaba un paso a la episcopal, por él ni ansiada ni solicitada.

Mas, cuando el traslado del difunto Sr. González y Calisto, obispo de Ibarra, a la sede arquidiocesana, la promoción del Sr. González Suárez venía tan indicada en fuerza misma de los mereci-

mientos de un sacerdote que no era obispo sólo porque no había obispado vacante en el país de su residencia, que a nadie le admiró que fuesen el Gobierno, la autoridad eclesiástica y los más intransigentes individuos del clericalismo ecuatoriano, quienes la propusiesen con franca y profunda convicción y la aceptasen, luego, con satisfacción.

Ya era obispo el antiguo profesor de Retórica en el Seminario de Cuenca, y, ciertamente, no llegaba a manteles lavados a cargo tan honorífico. La monumental historia se hallaba en publicación, corrían muchos otros libros suyos, y la fama de su ciencia, virtud y palabra le había alzado al ejercicio de cargos oficiales y representaciones de carácter popular, que fueron como los prolegómenos de su elevación en la gerarquía eclesiástica, además de sus antecedentes de polemista católico que le dieron una particular reputación y le concitaron muchas enemistades. Tenía, pues, todo para el arribo a la cumbre: el mérito reconocido y el carácter despectivo, que es fuerza mayor en los hombres ilustres desprovistos del sentido delicadísimo de la gratitud y de la sana alegría de vivir: el orgullo justificado y el aprecio de los suyos: la experiencia y el espíritu de dominio, y, sobre todo, la prueba indiscutible y palmaria de una vida sin mancha, y de una virtud si no amable, a lo menos austeramente ejemplar.

En la carrera de las funciones públicas había sido, además de Convencional en el 78, Director General de Instrucción Pública, miembro del Consejo General del mismo servicio de enseñanza, Consejero de Estado, Senador en los Congresos de 1892 y 1894,

Visitador apostólico de las Diócesis de Cuenca y Guayaquil, Catedrático de Historia en la Universidad Central, etc., etc.

Y también habían llovido sobre él honores y distinciones de otro orden: Individuo correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, declinó a poco el honor del nombramiento; y fué miembro de la Academia de la Historia, de la Real de Buenas Letras, de Sevilla, de la Asociación de escritores y artistas, de Madrid, de la Unión Ibero-Americana, Diputado al Congreso Jurídico Iberoamericano, académico de la Academia de Ciencias y Bellas Letras, del Salvador, etc., etc. Lo suficiente para envanecer a media docena de grandes literatos.... de los nuestros; mas, todo esto, ¡hacía tan poca mella en él!

La vida y funciones episcopales no alteraron en lo mínimo su modo de ser, aunque le llenaron de cuidados que él estaba resuelto a atender y satisfacer por medio de procedimientos ejecutivos, conocidos como le eran el carácter del clero de su jurisdicción y las calamidades de la época. Trasladó tranquilamente su ya rica biblioteca de Quito a Ibarra con la misma serenidad y pausa con que la había llevado de Cuenca a Quito; se puso a escribir pastorales con el antiguo fervor con que antes redactaba sus exposiciones contra el liberalismo veintemillista. Era lo principal.

La labor de obstinada resistencia se hallaba a vuelta de hoja en su faena pastoral, y de ella no queremos decir nada todavía, pues la dedicamos párrafo aparte; pero ahí, precisamente, comienza su vida pública, ya que lo hecho antes no pasa de mero

ensayo y tentativa en un círculo restringido por la escasez de los recursos y la limitación del medio. La obra del polígrafo prosigue sin mayor solución de continuidad, y, si se quiere, con mayores facilidades de publicidad y amplitud de recursos. Mas el caso es que al doblar de la esquina se encuentra con la ya triunfante revolución liberal que asoma por todos los horizontes con ímpetus anticlericales de reforma, y se le hace indispensable oponerse a esa avalancha arrolladora.

En fuerza de tal situación, reaparece el hombre de las *Exposiciones*, de antaño; pero con dejos autoritarios, menos pujos de declamación, y mayor eficacia en la opinión pública. A los actos del nuevo Régimen, a los escándalos inherentes a toda época revolucionaria, opone la pertinacia inconmovible de la protesta; y tiene, en días de escaso respeto por la Iglesia y sus ministros, cuando los obispos tomaban sin mayor novedad el camino del destierro, y se les despojaba a las comunidades religiosas, la audacia del anatema, la violencia de la burla, el desprecio olímpico de condenaciones sin juicio de revisión posible: en el fondo, el sarcasmo, y prescribe como sistema, la resistencia pasiva. Y así, contra el Patronato, el Registro y el Matrimonio Civil, la Ley de Cultos, la de Beneficencia, la de Divorcio, etc., bravío, tenaz, implacable, sin temor a consecuencias. Predica, aconseja, escribe Manifiestos, representa ante los Congresos, y llega a proponer que se le conceda la palabra desde la barra de la Cámara de Diputados (1899) para discutir el Patronato que se elaboraba con fatiga, entre agitaciones y en presencia de las últimas llamaradas de

la revolución conservadora que se agazapa en la otra ribera del Carchi.....

En los intervalos de su férvida actuación, aconseja la paz a los compatriotas (¡como si él a su modo no resultare un agitador!), condena el partidarismo político y prohibe que sus feligreses se metan en ninguna función de discordia intestina.

Esto duró más de diez años. Un día falleció el señor González y Calisto; y, como era natural, en el episcopado ecuatoriano—bastante descabalado por ausencia o muerte de prelados, más o menos meritorios,—no se halló persona mejor para sucederle que el obispo de Ibarra.

Y fué Arzobispo. En un medio más propicio habría sido Cardenal y Primado, acaso Papa, pues ánimo tenía para ello.

Sin la falsa modestia de *nolo episcopare,* midiendo bien la situación del país, y no sin vacilaciones primordiales, aceptó el palio; y aunque el Poder Político le desconoció en los comienzos, llevado de un extraño prejuicio por el que reclamaba los derechos de patrono después de haber desahuciado el Concordato y roto con la Autoridad Eclesiástica, él se irguió en nombre del Romano Pontífice y se declaró Arquidiocesano, contra las reclamaciones del Gobierno que no le había presentado, ni menos aprobado su nombramiento.

Baja el tono, y su oposición toma las agrias notas de una porfía sin solemnidad ni grandeza. Puede escudarse con el silencio, puede volver a la amplia y severa forma de sus mejores días, y lanzar a la frente del liberalismo que se debate en sui-

cidas inquietudes, la piedra de su indignación restallante; y se contenta con frases de porfía, de pueril estilo.

"El Gobierno dictatorial del Ecuador—decía,—desconoce mi autoridad de Arzobispo legítimo de Quito; ¿dejaría, por eso, yo de ser Arzobispo?—Arzobispo y arzobispo de Quito, seguiría siendo yo en el palacio de la Capital de la República, si la venda del sectarismo político se les cayera de los ojos a los hombres de la Dictadura y no se constituyeran en factores de cisma.—Arzobispo, y arzobispo de Quito, he de seguir siendo yo en el fondo del Panóptico, si la mano omnipotente de la Dictadura me sumiera en un calabozo, castigándome por el crimen de no haber obedecido a quien no tenía derecho de mandarme.

"Arzobispo, y arzobispo de Quito, he de continuar siendo yo, si el Gobierno absoluto de la Dictadura me arrancare de mi hogar nativo y me arrojare a playas extranjeras, condenándome a destierro perpetuo, por el delito que he cometido de recibir el báculo pastoral de las manos del Papa, el único que podía dármelo lícita y válidamente".

No era preciso machacar tanto para exponer verdad tan notoria. Pero no era eso únicamente toda la cuestión; pues si nadie podía discutirle el carácter y la gerarquía, en cuanto a la jurisdicción había que oir lo que decía el Estado, puesto que, buena o mala, absurda o consecuente, existía en vigencia una ley de Patronato y la Constitución no se separaba completamente de la Iglesia, por mucho que disposiciones secundarias la maltratasen, en resguardo de la libertad de conciencia y de las nuevas

instituciones que comportaban inicialmente un vasto plan de reforma.

Triunfó en esta porfía. Para el triunfo puso algo el público, ya hastiado de esas enojosas e inconducentes cuestiones, y cedió el Gobierno más que por cansancio, por la necesidad de atender a cosas más urgentes. Pudo continuar la labor episcopal, presionando fuertemente sobre un clero que no se acomodaba a su temperamento unilateral, y al que, por lo demás, le hallara, con raras excepciones, escasamente preparado para la lucha contra el liberalismo, que tendía a invadir todos los antros, por la razón o la fuerza. Los obstáculos que hubo de vencer, las tenaces resistencias que allanó ejecutivamente, procediendo más como dictador que como padre amoroso y rabadán fidelísimo, cuéntenlo las dípticas de las diócesis de Quito, Guayaquil y Portoviejo, a cuyo clerigüicio metió en cintura sin la más leve consideración, dando, en veces, ocasión a rudos comentarios en el campo de los filisteos que no se le rindieran.

Y, trabajando, afanándose, pública y subrepticiamente, por el bien de su diócesis en particular y de la iglesia ecuatoriana en general, con la pluma, con la palabra, con la admonición y el ejemplo, le ha cogido la muerte, anciano y al cabo de muchos meses de enfermedad.

Es la simple historia de una vida sin caídas ni quebrantos; una limpia vida fecundada por el trabajo e iluminada por los gloriosos resplandores de una gran inteligencia, de un poderoso carácter y de un sincero patriotismo.

IV

El principal aspecto por el cual se le contempla al Sr. González Suárez es el de historiador; y, en realidad, así trunca como queda su obra histórica, repleta de excrecencias y no libre de deficiencias que sería fácil anotar, es el más completo de los historiadores que han tratado de las cosas de esta tierra. No llegó a lo definitivo en la narración por escrúpulos y timideces, quedándose en vísperas de la Emancipación, esto es, ante las puertas de la verdadera Patria, propiamente, del Ecuador, cuyos sucesos se proponía referir—*Historia General del Ecuador* se intitula su obra;—pero deja el sólido fundamento de la averiguación de los órígenes, y la crónica detallada de los siglos de la Colonia.

Y esa historia no brotó por inspiración, cual de un simple cuadro sinóptico saliera el *Resumen,* del viejo Cevallos, o de un propósito político de tardías reivindicaciones, el libro de don Pedro Moncayo: correspondió a un espíritu crítico, profundamente reflexivo, que llevó la anotación marginal sobre ajenas páginas, a la extensa redacción de gruesos volúmenes, hecha no sin fatigas y largos estudios.

Oigámosle referir a él mismo la génesis de su obra:

"Cuando hace ya veinte años — escribía en 1890, al frente del primer tomo de dicho trabajo,— salió a luz en Lima el tomo primero del *Resumen de*

la Historia del Ecuador, nos consagramos a su lectura con verdadera ansia, estimulados por el anhelo de saber las cosas de nuestra patria: lo mismo hicimos con cada uno de los cuatro tomos siguientes, devorándolos conforme los iba publicando su respetable autor, ese benemérito de las letras ecuatorianas, el señor don Pedro Fermín Cevallos; pero, confesamos que lo que en el *Resumen* encontramos en punto a las antiguas razas indígenas ecuatorianas no nos dejó satisfechos; echamos de menos, además, la parte que el elemento religioso no podía menos de tener en nuestra historia, en la que no era posible pasar en silencio la participación que la Iglesia había tenido y la influencia que había ejercido en el descubrimiento, conquista y colonización de esas comarcas.

"Con la más viva curiosidad y con el entusiasmo propio de la juventud, nos dedicamos, pues, inmediatamente a la lectura de cuantas obras trataran no sólo del Ecuador sino de todos los pueblos que habían sido antes colonias españolas, a fin de investigar sus antigüedades y adquirir el conocimiento cabal de su historia. Pensábamos que era imposible estudiar a fondo la historia del Ecuador, si careciamos de instrucción en la de los demás pueblos americanos, principalmente aquellos con quienes el Ecuador había tenido estrechas relaciones.

"Estas lecturas, estos estudios, estas investigaciones, continuadas pacientemente por algún tiempo, nos proporcionaron un no despreciable caudal de conocimientos relativos a la historia de América, y muy especialmente a la del Ecuador en particular. Nuestro primer propósito fué aprovecharnos de esas

noticias para escribir notas o apéndices al *Resumen de la Historia del Ecuador;* mas, cuando pusimos en orden nuestros apuntes, vimos que eran tantos, que con ellos podíamos formar un libro aparte.

"El año 1878 dimos a luz el *Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Auay,* como fruto de nuestras investigaciones sobre las razas indígenas del Ecuador. El trabajo que después salió al público con el título de *Historia Eclesiástica del Ecuador* (Tomo primero), fué sólo un ensayo o muestra de la obra, que con mayores proporciones y más vasto plan, habíamos emprendido sobre toda la época de la dominación colonial en nuestra tierra.

.... "Publicado ese primer tomo, resolvimos no continuar la obra, porque conocíamos que aquí en el Ecuador, no existían documentos para continuar escribiéndola concienzudamente. Era necesario ver los documentos originales, leerlos y estudiarlos despacio, a la luz de una crítica ilustrada y severa; pero, para realizar semejante estudio, aunque nos sobraba la mejor voluntad, nos faltaban todos los demás recursos.... ¿Cómo poner por obra semejante propósito? Otro prelado, otro obispo ecuatoriano (*el primero lo fué el referido señor Toral*), vino en nuestro auxilio".

Etcétera. Aquel otro obispo fué el Ilmo. señor Ordóñez, sacerdote docto y entusiasta, a quien no sería justo considerar al través de las tremendas invectivas de la *Mercurial Eclesiástica,* de don Juan Montalvo, del mismo modo que sería odioso juzgar al General Veintemilla con el criterio de las *Catilinarias,* del mismo autor.

Son los generadores de la obra, los Mecenas que le ponen la pluma en mano al futuro historiador, y le facilitan los medios de investigación y estudio. El mismo lo reconoce. "Si algún nombre hubiéramos de escribir al frente de este libro—dice,—ese nombre no sería otro sino el del benemérito y modesto obispo de Cuenca; y si hubiéramos de poner esta Historia General del Ecuador a la sombra de algún Mecenas, ese no sería otro sino el Ilmo. señor Ordóñez, actual Arzobispo de Quito".

Así, pues, conocido el origen, es fácil conocer las tendencias y carácter del trabajo. Comienza con una tentativa de Historia Eclesiástica, algo débil y difusa; es inspirado y llevado a cabo por el mandato y con los auxilios de dos obispos, y quien lo ejecuta es un sacerdote, cuya moral para el juicio de los acontecimientos arranca de la más pura doctrina católica. Tenía, forzosamente, que llevar el sello parroquial, si se nos permite la frase, y abundar en resonancias de coro de catedral, laborando un poco por la edificación de las gentes y la salvación de las almas; y es lo que, efectivamente, sucede en toda la larga y a veces amena relación de los siglos de la Colonia.

Porque, al fin y al cabo, esa obra no es interesante sino bajo ese aspecto, una vez transcurrido el ciclo heroico y bárbaro de la Conquista y del definitivo establecimiento del poder español en América. ¿Qué ocurría en las colonias americanas? Miserias. De cuando en cuando, tremendos escándalos que, en aquellos tiempos, significaba grandes revoluciones, como la intentona de Túpac Amaru y la conspiración de Girón, en el Perú, y la ridícula re-

volución de las Alcabalas en Quito. Gritos ahogados en la sombra, gotas de sangre derramadas en el silencio. En medio, la extinción de una raza: en la antigua Presidencia de Quito, el famoso levantamiento de Quiruba y la explotación de la tierra, abonada con el sudor y las cenizas de sus antiguos poseedores; chismes de casa episcopal y naderías de la Real Audiencia, fausto de virreyes y capitanes generales, y comadrerías de una sociedad incipiente: la ignorancia como ambiente caliginoso, y absoluta ñoñez, uno como infantilismo balbuciente y el egoísmo y la rutina, el aislamiento y el abandono, por toda acción social, por todo movimiento, por toda civilización. ¿Que hacía el Poder Civil? Dictaba leyes, un cuerpo entero de leyes, para reglamentar la Administración; pero la Administración resultaba imposible a causa de la distancia, cuando la Real Orden más apremiante llegaba a las colonias a los cuatro, seis u ocho meses de expedida en la Metrópoli; cuando las guerras europeas que trajeron a mares americanos el filibusterismo y la franca piratería de ingleses y holandeses, eran como un apéndice del sistema absurdamente exclusivista que ponía un Continente al margen del movimiento mundial; cuando la *"Virgen del Mundo"*, en fin, no servía sino para expedir los galeones de oro con que la España de Isabel la Católica procuró su propia ruina, bajo la casa de Austria que la desangró y aniquiló en empresas extranjeras, y bajo los Borbones que no supieron ni quisieron comprender la situación, ni aun para el propio salvamento, cual en días ya más iluminados, la comprendieron y aprovecharon los Braganzas, de Portugal.

¿Qué hacía la Iglesia? Gobernaba plácidamente sobre la turbidez caliginosa de las conciencias, mas como en el goce de una inmensa sinecura antes que con trabajo de parto y cuidados de lactancia. Y establecía la Inquisición, con todas sus consecuencias de tormento y asesinato jurídico. Y también catequizaba a las tribus salvajes; pero, es el hecho que, al cabo de trescientos años, aquellas tribus, ya muy mermadas, no han mejorado en condición ni carácter.

¿Valía esto la pena de la dedicación de una vida y de una poderosa inteligencia para su averiguación y relato? Bien poca cosa, en verdad; pero era indispensable para establecer los precedentes de nuestra corta y alborotada historia, sentar los antecedentes étnicos y buscar los orígenes de la escasa civilización que alcanzamos: que si fuese cosa de tomar al pie de la letra aquella frase de Voltaire—*No digas a la posteridad sino lo que es digno de ella,*—que don José Manuel Restrepo puso al frente de su *Historia de la Revolución de Colombia,* no llegaría jamás a escribirse la historia de los pueblos jóvenes que no tienen mayores sucesos para admiración del mundo y ejemplo de las generaciones venideras.

No se podía hacer sino una crónica llena de amenidad e interés, y es lo que el autor realizó, sin norma, pues los trabajos del P. Velasco, y otros—muy pocos y no muy de confiar,—y algo más disperso en viejos papeles impresos y en archivos ecuatorianos ya medio saqueados por la habilidad peruana y la ratonil e indiscreta diligencia de eruditos apolillados, no podían servir de guía apreciable ni de fundamento lógico: ¿y qué orden metódico en esos archivos? ¿dón-

de los museos? Y de ahí la necesidad de una devota peregrinación por Europa y América en busca de datos y comprobantes.

Y de esa manera fueron saliendo volúmenes y volúmenes de seductor estilo y curioso relato, que no llegan a la majestad de la severa Clío, referentes a aquella época tres veces secular. Se entrelaza la narración de los hechos de la Real Audiencia y sus Presidentes, con los de la serie de obispos, la fundación de las ciudades y la vida de los santos: a veces chispean en el libro fulguraciones de escándalo: ya es un adulterio en la antigua Riobamba, suceso como para una información de periódico moderno; ya el caso espeluznante del ermitaño de Guamote; ya los amancebamientos y palizas entre frailes dominicanos y monjas catalinas; ora el asesinato del buen padre Rafael Ferrer, por los indios cofanes, también y los chismes y agrias menudencias de la casa presidencial y del palacio del señor Obispo, no exentos en su relación gacetillesca de malicia y amable picardía, en muchas ocasiones. El cuadro es amplio; pero las figuras pasan por él en sucesión cinematográfica, algo pesadamente, sin mayor gracia ni movimiento retórico que vuelva hasta el fin tolerable la lectura. Partes hay que parecen un cronicón conventual que trae a las letras de imprenta la diligencia de algún curioso anticuario convertido en editor.

Pero, así, no diremos se rehizo, sino absolutamente se hizo la historia de la larva colonial en esta sección de América; y al través de esas páginas, en una confusa preparación del porvenir, vanse dibujando poco a poco los signos característicos de la futura nacionalidad ecuatoriana, amasijo de mestizos

inquietos y campo de intrigas clericales del color gris de la tradición, que toman calor y nervio al definirse doctrinariamente por el hierro y por el fuego la cuestión de los partidos políticos.

Ciertamente, desde el *Resumen* del doctor Cevallos hasta la extensa y bien documentada narración del doctor González Suárez se había recorrido un mundo. Mas, para honor de aquel inolvidable anciano debe tenerse presente el carácter de su obra, declarado en el título mismo de ella, y no olvidar el hecho mayor de que careció de todo recurso en su benemérita empresa. A medida que el Obispo iba avanzando en su labor, se publicaban en Europa y América centenares de códices, cuya existencia era conocida apenas de oídas a mediados del siglo anterior, y llegaban a manos del común de los mortales en fáciles y baratas ediciones; daba a luz el Jesuita P. Luis Cappa sus veinte y tantos volúmenes reivindicativos de la dominación de los españoles en América que tanto le desacreditaron en estos pueblos a quienes se les culpaba de injusticia y criminalidad al haber sacudido el antiguo régimen; reprimíanse los *Comentarios reales* del Inca Garcilasso y gran parte de documentos olvidados; se formaban sociedades editoriales para la publicación de informes oficiales, crónicas, relaciones de viaje y mamotretos de la época a que nos estamos refiriendo; y la obra de los ahora llamados americanistas, comenzada mucho antes de Humboldt, irradiaba luz en todos los campos, desde los apreciados por simples naturalistas y arqueólogos como Stübel y muchos otros de igual o menor valía, hasta los traginados por curiosos eruditos como Jiménez de la Espada. Si algún obstá-

culo podía empecer la marcha del historiador, no era ya la oscuridad fatigante, sino *l'embarras du choix*, más enervador todavía, cuando, además de una biblioteca especial sobre América, se tiene en cartones clasificados el resumen de notas de los archivos de Simancas, Sevilla, etc., concernientes al asunto de que va a tratarse; una balumba de cédulas, una montaña de copias....

En cuanto a relato, es el de la Conquista y los primeros turbulentos años de la Colonia la parte más amena y mejor ordenada del libro del señor González. Se necesitaba mucho tacto y no pequeña destreza para no abusar en campo tan florido, porque la abundancia de material suele constituir, con su facilidad aparente, uno de los mayores peligros en la composición literaria; y de aquel período se ha escrito ya demasiado y minuciosamente. El escollo fué evitado con valor y habilidad; y, bordeando al infaltable Prescott, a Llorente, Garcilaso, a los mismos conquistadores que escribieron de sus hechos y a los cronistas que fueron testigos de ellos—Pedro Pizarro, Xerés, Cieza de León y otros muchos,—sacó el señor González una relación animada y encantadora, que interesa aun a los que estas cosas saben de memoria y pueden repetirlas de corrido. Es la misma tradición, la misma leyenda, acaso la misma mentira, que unos siglos comunican a los siguientes; mas, ¡cuán bellamente dichas! con cuánto arte de composición!

Lo anterior, lo referente a los orígenes, a lo que conocemos con el nombre de prehistoria y de tradición precolombina es difuso, y las disquisiciones antropológicas al través de las escasas muestras de ci-

vilización incaica y las relaciones verbales de los aborígenes, falseadas por los conquistadores y civilizadores y sobre una base de hipótesis e inducciones, y deducciones, resulta deficiente y no llega a una conclusión satisfactoria; pero, así y todo, el autor resulta admirable; por ser uno de los creadores de la Arqueología en el Ecuador, aquí donde faltan museos, donde la misma tradición se ha ahogado, donde las excavaciones del suelo corresponden al objeto de buscar tesoros, los estudios de historia natural se hallan en pañales, y el estudio de las lenguas comparadas y el de los antiguos monumentos que tanto han servido a las disquisiciones de otros sabios americanos, no han comenzado todavía. El inquiere en la noche de los tiempos para opinar sobre la procedencia de la raza americana; dice los acontecimientos de los primeros pobladores, reservándose el fundamento histórico y sin afirmar la verdad de la narración; cuenta las guerras de los Shyris y de los Incas, presenta situaciones, dibuja caracteres, describe muertas grandezas, con viveza de imaginación y primores de fantasía; y tantea en la sombra, buscando el documento de barro, piedra, madera o metal, sondando en la profundidad de los siglos más que muertos, olvidados y sin historia, batiéndose, sin guía ni antecedentes. No importa que nuevas investigaciones, recientes descubrimientos, vengan más tarde a desautorizar sus dichos o desvirtuar sus conclusiones en muchos puntos de etnografía y crónica precolombina: es la razón de la ciencia y resulta natural y hasta conveniente que así suceda; pero él abrió el camino, señaló el rumbo y enseñó los procedimientos. Bastaría este particular para colocar-

le en lugar distinguidísimo, si otros muchos merecimientos no le hubiesen llevado a la cumbre en alas del agradecido entusiasmo de sus compatriotas y por el justo elogio de las personas competentes que forman el mundo sabio.

Su ensayo sobre los *Cañaris* fué una revelación: la obra que dedicó a los Imbaburas es magistral; y si le hubiesen sobrado salud y tiempo para la prosecusión de monografías regionales de aquella naturaleza, y contado con el recurso de los inteligentes, es posible que habría quedado fragmentariamente escrita la parte sustancial de la antigua historia de este país, o refundídose el *Atlas* que sirve de preliminar a los siete volúmenes de la obra, en posterior edición, en un gran libro de sabiduría y paciencia.

No está dicho todo en la materia; y de las ramas laterales que completan la investigación, como la Paleontología, la Fauna, la Flora, etc., apenas hay indicios en libros muy apreciables sin duda alguna, como los de Jamesson, Sodiro y alguien más, que no comportan una indicación plena. De las razas orientales que demoran a orillas del Marañón y sus afluentes, al otro lado de la Cordillera, se sabe bien poco; y la misma Geografía de aquella vasta región apenas es conocida por el ensayo de mapa debido a la acuciosidad no siempre acertada del P. Vacas Galindo y las amenas referencias del doctor Manuel Villavicencio.

Algunos advierten el esfuerzo del autor en la parte que denominaremos geográfica; y están en lo justo. Fué necesario una poderosa voluntad para hacer algo apreciable en dicha parte, por la falta de datos, suplidos con una vasta erudición. Los tra-

bajos anteriores que pudo utilizar, publicados aquí o acerca del Ecuador, eran bien poca cosa, y no muy dignos de entera confianza, si se exceptúan los folletos científicos de D. Teodoro Wolf; y la *Geografía y Geología* de este mismo autor, que habría facilitado inmensamente la descripción, sobre todo en las cuestiones de hidrografía y orografía, tan necesarias en toda historia general, aún no se publicaba. Y si las amenidades sobre la literatura colonial ya prolijamente estudiada por don Pablo Herrera, en su conocido *Ensayo,* están bien donde se hallan, nadie le ha puesto todavía pie adelante al doctor Cevallos en la presentación crítica de las costumbres de nuestra raza y de nuestro pueblo.

Y habiendo dado cuenta del período épico y del período morboso, languidece el estro, cuando ya vagos resplandores iluminan los lejanos confines del oriente, y comienza a estremecerse algo en la plenitud de la sombra.... ¿Por qué ese desmayo? cuál la razón de aquella súbita parada? La labor se festina y precipita; y la vasta obra se disfumina en delgados volúmenes sobre asuntos que todavía no vienen a cuento. Si el autor no hubiese continuado produciendo abundantemente, con nerviosa exuberancia en otros terrenos de publicidad casi llamaríamos diaria, habría sido de creer que se agotó, o que la aridez del empeño le detuvo, vencida ya la parte más comprometida y difícil de la carrera.

Mas, parece que hubo propósito deliberado para proceder de esa manera, por razones que jamás se nos ha dicho. Sabíamos sí que no se escribiría la historia propiamente ecuatoriana, ya por un espíritu de independencia que se mantuvo siempre lejos de

la miseria de las agitaciones políticas o encima del aire por ellas enrarecido y viciado, ya también por no incurrir en peligrosos recuerdos, que—pues late todavía la arteria de antiguos rencores cristalizados en programas de discordia intestina,—tal vez le habrían acarreado odiosas recriminaciones y responsabilidades personales. Pero todo esto, ¿qué tenía que ver con el movimiento emancipador, sus causas inmediatas, el período de gestación de la *patria boba,* las batallas decisivas de nuestra independencia y la formación de la nacionalidad ecuatoriana, asuntos aún no bien escudriñados y declarados, a pesar de que sobran documentos, referencias y comprobantes?

Y así la historia del Ecuador, esto es, de la República, está por escribirse todavía. Cevallos, actor y testigo, es insuficiente; Moncayo, más actor, y testigo en mayor grado, carece de imparcialidad. Y es el caso que nos importan mucho más los acontecimientos que de 1830 a 1875, se han sucedido atropelladamente, que las *cosas* del Presidente Diguja y las del obispo Solís y los concubinatos de la frailería;.... y *la guerra de los chihuahuas,* las invasiones peruanas, la conspiración del 75, el proceso entero de nuestra vida nacional, las revoluciones que han afianzado o malbaratado nuestra menguada libertad, fecundándola con sangre y lágrimas, imponiendo el sello de nuestro carácter e idiosincracia, empujando el carro del progreso como en las fiestas indostánicas del Jaggernath, con aplastamiento y trituración de devotos, nos emocionan en grado más alto que los escándalos de los frailes relapsos, monjas pecadoras, presidentes ladrones, obispos imbéciles y el tumulto de las Alcabalas.

Es la falta sustancial. Por lo demás, es del caso manifestar que él no manchó jamás, ni con una línea, la severidad del relato histórico, y dijo bravamente las cosas, sin errores de apreciación intencionados por determinado propósito, y que parece que le detuvo, precisamente, el temor de no poder mantener su independencia de escritor en la narración de sucesos que nos tocan más de cerca, y en los cuales andan interesados nuestro intolerante patriotismo y nuestra genial vanidad de criollos y mestizos. Puede decaer; en ocasiones, efectivamente decae y se vuelve un tanto pesado; mas, ¿cómo dar vigor al numen y majestad a la frase, si la pequeñez de los sucesos coloniales requería humilde estilo, y no había otra cosa que referir?

Cuida su propia casa es verdad—la Casa del Señor,—y concede demasiada importancia a las minucias eclesiásticas; pero no podía ser de otra manera, según lo hemos expresado ya; y por lo que hace a plan filosófico en la composición general, es claro que no podía haberlo tratando de historias que fueron casos excepcionales en la civilización de los siglos, y con un tema apurado hace ya mucho tiempo. La moral católica, los puntos de vista eclesiásticos, las relaciones de clérigos y religiosos seglares; dominan buena porción de la obra; pero si cuando el león pinta, el lienzo se llena de figuras de leones, de una tribu leonina con poca variación, no era dable, tampoco, esperar de un sacerdote cosa diferente.

Podríamos escribir muchas páginas en comprobación de lo que acabamos de decir; pero no es el principal de nuestros propósitos fatigar la paciencia del lector.

V

Después del concepto de historiador y de investigador científico en los campos de la antropología y la arqueología ecuatorianas, el más alto que merece el señor González es el de polemista católico.

No era ya muy joven cuando comenzó la tarea; pues el primer trabajo de empeño que de su pluma predestinada a mayores empresas salió a luz, fué impreso en 1874 por don José Antonio Pesantes, en Cuenca. Lleva el título de *Observaciones sobre el poder temporal de la Santa Sede,* y es, editorialmente considerado, un pobre librejo en octavo, en mal papel y de ruin presentación tipográfica. El fondo es cosa más seria, y ahí asoman los resplandores matutinos del *saber de clerecía,* que fué el distintivo del erudito escritor.

Los tiempos eran propicios al empeño; por cuanto esa clase de defensas del Poder temporal de los Papas venían bien en el mundo católico a raíz del hundimiento de tal Poder al ímpetu libertador de la Casa de Saboya, que tres años antes había realizado la unidad política de la nación italiana, rota desde los días de las grandes invasiones que determinaron el advenimiento de lo que llamamos Edad Media.

Tan manoseado era, entonces, el tema, convertido ya casi en tésis escolar de curso de Derecho

Público Eclesiástico, que cualquiera lectura podía ser aprovechada, y bastaba, en la medida de las fuerzas de cada cual, hacer una especie de *Vigil al revés,* para salir airoso de la faena.

¿Qué novedad posible, si la discusión de un derecho tradicional y diez veces secular había apurado ya todos los argumentos, acumulado todas las pruebas históricas y repetido todos los anatemas? Particularmente, para estas naciones tan alejadas del movimiento social europeo a las cuales no pueden interesarles cosa mayor las minucias eclesiásticas y era una redundancia reforzar con citas históricas y teológicas la conciencia de los ecuatorianos en sus relaciones con la Santa Sede, en días en que el férreo Concordato de 1863—que entregara dicha conciencia y buena parte de la libertad política de esta República a la referida Sede, hasta el extremo de que no podía llamarse ciudadano en el Ecuador aquel que no fuese católico,—era ley suprema, más suprema que la Carta, esto es el pacto de asociación y el vínculo moral de los nativos de la Patria...

Sin embargo, el tratadista se lució, por la renovación de argumentos y datos, clara, recta y sencilla ordenación del plan y la abundancia de citas y referencias, en un estilo nervioso y no exento de elegancia.

Pasó inadvertido el libro; pues trabajos de esa clase son para pocos, y esos mismos apenas suelen tomarlos en cuenta, porque se hallan tan informados en la materia como el autor, y huelga la lectura para ánimos prevenidos o total y anticipadamente convencidos.

Como fruto de una literatura impulsiva y ya

cercana a lo popular y a intereses del momento, más apreciadas fueron sus *Exposiciones en defensa de los principios republicanos,* a que ya hicimos referencia, que vieron la luz algunos años después que las susodichas *Observaciones.* La prédica iba contra el naciente régimen veintemillista y sonaba a política de sacristía desde una legua de distancia.

Fué singular la situación de aquel régimen, por su falta de lealtad y pericia. A vuelta de hoja de las clericales peroratas de las *Exposiciones,* de censuras, entredichos y levantamientos a mano armada, se hallaban las atroces invectivas de las *Catilinarias*.... Y es que las timideces de una mediocridad interesada con que, a veces, se quiere completar revoluciones esperadas como definitivas, son absurdas y no contentan a nadie. D. Antonio Borrero cayó de la silla presidencial porque quiso atemperarse traidoramente a la anacrónica y desahuciada Constitución de 1869: ¡quién hubiera dicho que el General Veintemilla, que sacara la parte del león de la ruidosa traición de Setiembre en nombre y representación del partido liberal, habría de comenzar por hacerse conferir certificados de catolicismo y buena conducta por los señores obispos, y concluir su militarista gobierno con una nueva versión del Concordato negociado, en beneficio de la Iglesia y con la intervención de un prelado, por un Secretario de Relaciones fracmasón!....

A Veintemilla, como a Caamaño, como a Alfaro, le pervirtió, exasperándole, la rudeza de la oposición; y puesto en el caso de contentar a cuantos le salían al encuentro, sucedió que desagradó a todos.

Las *Exposiciones,* aunque de ruda elocuencia, no alcanzaron, al fin, un valor político, ni siquiera circunstancial, acaso por su mismo carácter ultramontano y su procedencia eclesiástica; y, aunque bien acogidas por el público y gozando de libre circulación, fueron desdeñadas por el Gobierno, que no se dignó castigar al autor ni con la levedad de amistosas admoniciones. Y eso, que no corrían días de mayor pulcritud y tolerancia.

No era ese el camino; por cuanto si no se presentaba el peligro de ser pasado por la criba de la persecución y los contratiempos personales, sucumbíase en el riesgo de malgastar el ingenio y las fuerzas en inútiles vaguedades y de ahogarse en un dedal. Y los vehementes documentos en cuestión, y los que de la misma pluma, en el mismo estilo y con igual objeto siguieron fatigando las prensas clericales de la diócesis azuaya, pasaron sin mayor novedad, y no sin un poco de burla de los iniciados, que no podían considerar al General Veintemilla como un perseguidor de la Iglesia ni como un Atila que llegaba implacable a las puertas de la Ciudad Sagrada. Además, el carácter sacerdotal del nuevo Tertuliano le empequeñeció un tanto dentro de su propia obra: ya que el menos lince advertía que estaba laborando, antes que por las libertades republicanas y los intereses de la sociedad en general, tan necesitados de toda clase de reformas, protección y defensa, *pro domo sua,* por su heredad eclesiástica y el predominio de los curas en el gobierno de la Nación.

Donde resulta de cuerpo entero es en sus informes y francas discusiones, en las cuales solía poner

la nota personal, más aguda a medida que crecía en su ánimo el conocimiento de su propia valía. Es difícil seguirle en este camino; y no llegaríamos en él a entendernos con sus admiradores incondicionales, colocados como nos hallamos en la mayor parte de las cuestiones, en puntos de vista completamente diversos.

Su método es breve y expedito, desde el momento en que no admite la menor observación a las proposiciones que sienta con una autoridad casi pontificia. No ahonda los puntos controvertidos, ni siquiera se digna explicarlos. Vase directamente contra el adversario, el contradictor, el examinado, y le aplasta con una montaña de citas e ironías, buscándole el lado flaco de la información contenciosa, y procurando no pillarle en contradicción consigo mismo, según las viejas reglas de la dialéctica escolástica, sino en plagio, en petición de principio o ignorancia del elenco. Suele ampararse no con la autoridad de la razón sino con la autoridad.... de los autores. Eleva, a veces, el estilo; y en tales casos, cae en difusas declamaciones en cuyo fondo alienta el desprecio. No discute: censura. El resultado es bien pobre; porque, de ese modo, queda evidente la ignorancia o la mala fe de la parte contraria, pero sin prueba la proposición rebatidora. Fácil ello, como se ve, para un hombre de mucha lectura; pero insuficiente para una verdadera apología, sobre todo, si se toma en consideración la necesidad de establecer doctrina contra las negaciones ajenas.

Y no fué siempre leal en sus procedimientos de polemista; y si bien en sus informes para la conde-

nación de la *Carta a un pastor* del pobre Cornejo Cevallos pudo estar en lo justo al denunciar el franco plagio del alborotado vehemente autor liberal, en la agria discusión que sostuvo con el doctor Peralta faltó a la ley de la verdad y a la otra ley más alta de caridad... ¡porque le insultó! Toda crítica, en aquel deplorable incidente, se basa en la pueril demostración—¡¡¡comprobada con intervención de la justicia ordinaria, ante un alcalde municipal y la declaración de testigos, actuación de escribanos, etc.!!!—de que el contradictor había tomado una cita de segunda mano.... Esto era muy poco para atropellar a un hombre inferior a él en edad, saber y gobierno, escritor de más pompa declamatoria que de verdadera vocación apostólica en los campos de la propaganda liberal. La cuestión no valía un comino, reducida como estaba a puntos de historia eclesiástica, al través de Belarmino, Baronio, Raynal y otros autores medioevales; mas, como la inmensa clerigalla se agrupaba detrás del Orígenes redivivo que hundía a un Celso de pacotilla, Peralta fue aplastado, triturado, pulverizado, y quedó para memoria de las gentes como plagiario....de un autor que no conocía sino en simple extracto. Quien con ánimo desapasionado lea ahora, después de veinte y ocho años, las colecciones de "El Constitucional", de Quito y "La Epoca", de Cuenca, y las *Rectificaciones históricas,* del señor González, no podrá menos de admirarse cómo entonces (1889) se perdía el tiempo en futilezas. Pero había necesidad de arrastrar el Gobierno vacilante y andrógino de D. Antonio Flores al redil eclesiástico, en días en que se *convertía* el opresor y ultrajante tributo del

diezmo, y decrecía el valor político del episcopado. Y ahí estaba el secreto de la acción....

Si no tan erudita y relampagueante, más contenciosa, por la razón que luego hemos de expresar, fué la magistral defensa que de los derechos jurisdiccionales de la diócesis de Ibarra escribió contra las pretensiones y absurdas censuras del obispo de Pasto—República de Colombia,—D. Ezequiel Moreno, súbdito español, en forma de cartas al Director de "La Nación", de Guayaquil, en franco litigio, que lo ganó ante la Santa Sede.

El caso era poco menos que insignificante. Tulcán, ciudad fronteriza aquende el Carchi pertenece al Ecuador y cae dentro de los límites de la diócesis imbabureña; y en Tulcán había un plantel de enseñanza pública. Pasto es la diócesis colindante con el Ecuador por el lado Norte. Ahora bien, un día le informaron al obispo de Pasto que en aquel colegio la enseñanza andaba descaminada por los vericuetos y derrumbaderos de la irreligión y la inmoralidad, y lo censuró, prohibió a los padres de familia, bajo severas penas eclesiásticas, enviar sus hijos a él, lo que equivalía a declarar su clausura.

Acudió al reparo el obispo de Ibarra, protestando contra la intromisión de su colega de Pasto, y probó, primero, que la provincia del Carchi con Tulcán su capital caía dentro de su jurisdicción episcopal, y segundo, que en dicho Colegio no había nada contrario a la moral ni a la Religión, como que para tonificar esa parte del órgano educativo tenía allá un presbítero que enseñaba el catecismo y mantenía la disciplina según el espíritu religioso.

Esto no habría significado sino una pobre riña

de dos eclesiásticos; pero latía en medio el interés más alto y contencioso de la soberanía del Estado, del Estado que al fin de fines, algo tiene que ver en la cuestión, puesto que es quien paga las expensas y repone los vidrios rotos. Pues si la intervención eclesiástica de los curas de la vecina República lograba prevalecer en el territorio nacional, de hecho recortaba esa soberanía, limitando y censurando una de las funciones de los poderes públicos de una Nación completamente autónoma e independiente.

Por eso, al defender su jurisdicción, el Sr. González defendió de hecho la integridad de la soberanía patria, evitando el absurdo de que existan en un país instituciones sujetas a la vigilancia y *control* de las autoridades de otro país, civiles o eclesiásticas. Habría sido sentar un mal precedente el sufrirlo en silencio o el rechazarlo sin altiva indignación.

No mencionaremos la multitud de sus folletos, hojas sueltas y artículos de circunstancias encaminados los más al descrédito del liberalismo y del partido liberal en el Ecuador, con pequeños detalles de erudición y acomodaticia dialéctica, porque la naturaleza de este escrito no consiente enojosas e inconducentes disquisiciones; diremos sí que mayor y más elevado espíritu crítico demuestra el autor en trabajos polémicos de otra índole, principalmente en sus "Estudios bíblicos" sobre puntos de cosmogonía, libro en el cual desarrolló una vasta erudición y un profundo conocimiento de causa.

Este tema no es nuevo, desde luego, pues viene arrastrándose hace siglos como la serpiente del paraíso al rededor del árbol de la Ciencia, y nació de la empolladura filosófica cartesiana, recalentado por

el enciclopedismo irreverente, y fué reforzado más tarde con la creación de los estudios geológicos y antropológicos, que han determinado modalidades impensadas; y, por lo mismo que tanto se ha dicho al respecto, era necesario un tacto supremo de reducción y concentración y una alquitara muy fina para que pasase solamente la quinta esencia de la sabiduría en una obra de vulgarización científica para provecho de la doctrina católica que se traga a Haeckel y a Darwin y a Draper, masticándolos en explicaciones que vuelven concordes las negaciones de la ciencia y las afirmaciones absolutas de la fe, y despedaza la tentativa modernista de Loyzi con la ruda imposición de tremendas retractaciones.

En general, el temperamento batallador del Prelado no corresponde a un vano afán de intolerancia, de dogmatismo doctrinario, ni menos a la soberbia de exhibir las propias opiniones y hacerlas prevalecer sobre las de los demás, adornadas con el oro y el hierro de una sólida erudición y sazonadas con más pimienta que sal, para admiración y ejemplo de las gentes, sino a su carácter sacerdotal, que entorna con entera buena fe e insospechable desinterés, y le pone en las vías de una nueva apologética contra los errores sustanciales que van creando formas de gobierno, programas políticos y otras abominaciones, y trastornando el mundo con la libertad de conciencia de que emanan en irradiación inmensa las demás libertades. Está bien dar contra las herejías que son la fuente envenenada de la civilización moderna; pero se comprende que si no se ha de caer en una de las manifestaciones de los nuevos sistemas, se debe dar principios constitutivos de re-

cientes fórmulas para la vida pública en el medio social en que por fuerza nos agitamos. Y es lo que falta.

De ahí que apenas deje la pluma en frente de los Gobiernos liberales del Ecuador, y que durante el primer período alfarista lleve sus observaciones y protestas al extremo de violentas reclamaciones y sátiras mordaces cuando la expedición de las leyes de Patronato, Registro y Matrimonio Civil y de una pequeña variante en el Código Penal que arrancaba a los sacerdotes el resto del último privilegio o carta de indemnidad en orden a la libre predicación; y de ahí, también sus esfuerzos para procurar una soldadura entre la Iglesia y el Estado con fáciles concesiones en materia política, y la condenación del clero partidarista—labor que constituyó una característica suya en lo más arduo del combate;—él bien sabía que este último gaje de paz no podía aceptarlo el Estado sin la expresa renunciación del régimen establecido y los derechos proclamados, esto es, sin un salto atrás hacia el Concordato con todas sus consecuencias.... Y ello no fué posible, porque equivalía a la aceptación del Syllabus... Así, las *Cartas* al Vicario Pasquel, de Ibarra, el *Memorándum* secreto cuando la fallida misión Guidi, las indicaciones para las Conferencias en Santa Elena, y todo el delicado trabajo de tela de araña al rededor de la mosca constitucional, quedó sin resultados; volvió el clero a la antigua conspiración, y las leyes de Culto, de Beneficencia, de Instrucción y de Divorcio se dictaron con prescindencia de consultas eclesiásticas y de una manera radical, ante cuyo empuje tuvo que ceder el Obispo, en guarda de su propio decoro y de la autoridad de su palabra.

Gran patriota, eso sí, nunca negó a regímenes conservadores o liberales el apoyo que podía darles, con su pluma y su palabra, en el libro, en la hoja volante, en el Parlamento y el púlpito, siempre que grandes urgencias nacionales reclamaban la asistencia de los principales ciudadanos, y fué por eso que, en una época bastante difícil, formó parte en una corporación política y de consulta gubernativa, cuando la diplomacia peruana sostenida por actos de fuerza, nos arrebataba escandalosamente zonas enteras en el territorio oriental. Esa página de su biografía es honrosa, porque demuestra que, en los momentos angustiosos de la patria, supo mantenerse, sobre repugnancias de situación y cuestiones de doctrina, libre, altivo y entusiasta, junto a los Gobiernos y entre los hombres que habían dado una estocada a fondo a la hegemonía eclesiástica en esta República. Por ello mereció que le llamasen *obispo liberal* los curas díscolos que habrían pasado por todas las afrentas de una ocupación extranjera con tal de volver a las ollas de Egipto, que ya olían a podrido....

Estaba en su lugar, y su posición resultaba perfectamente lógica tomados en cuenta sus antecedentes y carácter. Diferenciando el patriotismo y la política—un poco sofísticamente, en verdad,—atacaba en donde podía y como podía los programas y las doctrinas de los partidos disidentes de la Iglesia o alejados de ella, procurando su ruina en la opinión y su derrumbamiento en la historia, sin que ese ataque fuese un impedimento chico ni grande para amparar a los Gobiernos, frutos de esos partidos, su expresión y manifestación representativa, en

cuanto eran defensores de la patria, personas de la Nación, depositarios y ejecutores de la Ley...¡esa misma Ley cuya sustancia y modalidades combatía! Porque, en su concepto, uno era el sedicioso y otro el ciudadano libre en la manifestación de sus pareceres, y sobre ellos debía estar el hijo amante que no quiere por resentimiento más o menos ayudar a la obra criminal de desgarrarle las entrañas. En la época atormentadora que corre de 1882 a 1916, el señor González fué, acaso, el único sacerdote, de los viejos y notables, que no tomó ninguna participación en los levantamientos revolucionaros, y supo condenar airadamente, despectivamente, la locura reaccionaria y sangrienta de los mismos que aparecían por todos los horizontes, espada en mano, declarándose defensores de la fe y campeones de la Santa Iglesia.

El conocimiento de la sinceridad de esta profunda conducta, alumbrada por el único rayo de caridad que iluminó su vida—el amor a la paz,—y la defensa de la integridad nacional, unido al prestigio merecidísimo de perito en muchos ramos de la humana sabiduría, dieron una autoridad pontificia a su palabra casi infalible, y subió de tal modo su crédito en el concepto de las multitudes, que sus admoniciones en política como en Religión se elevaron a algo así como a una sentencia de última instancia, de la cual no hay apelación posible; autoridad reforzada de tiempo en tiempo, a medida que la Imprenta del Clero en Quito, iba echando volúmenes arquiepiscopales de disquisiones científicas y crítica literaria, que, por lo demás, casi nadie leía. Si de tal situación se abusó un poco para consagraciones definitivas en vida, ciertamente de ello no tuvo la cul-

pa un hombre que sintió la exquisita arrogancia del principio aristocrático de impopularidad—no en el mal sentido de la palabra, sino en el desprecio por las muchedumbres ignaras,—y la sustancial soberbia del reflexivo convencimiento de la propia valía, tan ocasionado a exageraciones de vanidad, que la capa de coro cubre magistralmente; sino la turba gregaria, más o menos indocta, que le aclamó el *Unico*....

En resumen: el señor González Suárez, habiéndose trazado un plan de conducta—así lo suponemos,—tuvo que variarlo a merced de las circunstancias políticas, sin declinar un ápice en la cuestión doctrinaria, que para él no era de simple convicción sino de conciencia, y, como sacerdote, de vida o muerte. Bordear el problema era difícil, y él no se entretuvo en pequeñeces, sino que, lealmente, rompió tal problema por el eje, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que al César le pertenece, según su leal saber y entender. ¿Estuvo en lo justo como obispo y como ciudadano? No lo hemos de averiguar; porque si estas líneas no son una oración fúnebre, tampoco aspiran a ser un juicio crítico.

VI

Considerados el carácter y las orientaciones de la voluntad, la situación en la vida, los deberes del estado y la naturaleza de los estudios, no es difícil comprender el fondo de la obra ni descifrar su sello especial. Un individuo, un sabio, sacerdote desde sus primeros años, profesor durante buena parte de su juventud y su edad madura, adoctrinado en las severas enseñanzas de la filosofía y la teodicea católicas; luego, pastor de almas en altas prelacías casi por un tercio de siglo, necesaria y obligadamente había de tender a la defensa de los intereses eclesiásticos, en todo orden y desde todo punto de vista, y habían de trascender sus escritos, cuando no a franca apología, a monición magistral, aun en las horas de dulce esparcimiento. Y es así: en ellos habla el clérigo y dicta la lección el catedrático; su mismo estilo, limpio y diáfano, se resiente del prurito repetidor de aulas estudiantiles.

Su labor propiamente literaria es vasta, casi toda ella crítica y docente, y entra en el campo de lo que llamamos *preceptiva,* aunque no se presente en forma de textos arreglados para uso de los colegios. Es un profesor eclesiástico apegado a las viejas fórmulas aristotélicas, que, no obstante lo nutrido y extenso de su lectura, parece desconocer las modalidades de la crítica moderna, y trabaja únicamente

para gobierno de sus fieles, discípulos de un ideal seminario conciliar—sin admitir contradicción ni réplica,—difusas observaciones sobre Poesía y otros tópicos, con escasa información no por falta de noticias en el autor sino por restricción sistemática dentro del propósito catequizador; impresiones más eruditas que sinceras, análisis a la antigua, que disuenan en estos días de más livianos conocimientos y menores humanidades, pero de libre experiencia, y de crisis revolucionaria en la república del Arte.

En su juventud hizo versos—religiosos, por-supuesto:—cantos a la Virgen y al Niño Jesús, traduciones de himnos de Breviario romano (algunas de tan sorprendente fidelidad como la del *Stabat Mater)*, según el modelo clásico, con vagas reminiscencias de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, los contemplativos y místicos, antes que de los poetas religiosos a lo Manzoni; todos de limpia dicción, rico vocabulario y de una enorme, abrumadora frialdad. Dios no le llamaba por ese camino, y el éxito no correspondió a la esperanza: él mismo lo confiesa en el prólogo de sus *Versos.*

Era lo de menos. Y tampoco resultaba lícito exigirle a un sacerdote piadoso la expresión humana de sentimientos íntimos desligados del amor divino, ni mucho menos sinceridad afectiva, que es calor y nervio de la poesía lírica. Y en cuanto a estilo propiamente poético, es indudable que más poesía contienen ciertas páginas admirables de su *Ensayo sobre la hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella,*—fragmento docente a su manera más que jirón de tratado de filosofía de arte que hubiese dejado tamañito a un padre Jung-

mann redivivo y jugoso,—y en muchas de su historia, y aun de sus relaciones de viaje, y, sobre todo, en las oraciones fúnebres: las pocas flores que alegran las soledades de su alma despiden un casto perfume, que por mucho que huela a incienso es olor y sano y refrigerante.

No todo sabio es un poeta; y es más raro todavía que un poeta sea un sabio. Compensaciones de la madre Naturaleza. Pues si las pianolas minuciosamente arregladas lo tomaran todo para sí, ¿qué quedaría para los inocentes pájaros sin más instrucción que su no aprendida greguería, desde el ruiseñor que trina en las noches primaverales en la placidez del jardín hasta las loras y guacamayos que atruenan el sagrado bosque de Delfos?

Todo es bueno, conducente y útil en este autor: ¡desde luego! Pero en este punto especial convendría averiguar si todo es igualmente bello, en el sentido artístico del concepto, dado caso de que el axioma de San Agustín: "lo bello es el resplandor de lo bueno", y el de Boileau, que dijo que "nada hay bello fuera de lo verdadero" han padecido contradicción y detrimento, y venido muy a menos en los tiempos que corren....después de Hégel, después de Kant, después del mismo Schopenhauer..... Y sometida la faena a un sólo propósito—muy elevado, por cierto,—de lo menos que se le puede tachar es de interesada y monótona. Es necesario una gran vocación e indispensables tiempos más propicios, la tarea de un verdadero apostolado en sentido unilateral y con espíritu de sacrificio, y el *mens divinior,* para que sea posible un poeta a la manera de los vates antiguos, autores de teogonías, cons-

tructores de ciudades, y educadores de razas, pueblos, naciones.

Hemos aludido al lindo libro de los *Recuerdos de viaje*. En él, a lo menos, se podía buscar algo de impresiones personales, de brillanteces a lo Lamartine, a lo Gauthier, a lo Washington Irving, a lo Castelar; observaciones, curiosidades, siquiera declamaciones conmovedoras. Inútil!... Nada! El libro es frío; y en la Ciudad Eterna no se ve sino *la Roma de los Santos*... No discutimos la legitimidad del tema ni el temperamento religioso; pero a falta de una ya imposible novedad, cuán fácilmente podría haberse expresado en él una emoción estética más comprensible, y de tejas abajo.

La literatura del autor que podemos llamar *maciza* está contenida en los ensayos y estudios, trabajo de taracea y de pura crítica... escolar.

El tomito de los *Ensayos literarios* es harto deficiente, como toda tentativa; y no obstante el aparato erudito de las referencias, más se asemejan los artículos de que se compone a notas marginales en libros de autores preferidos que a trabajos ordenados y definitivos. El capítulo dedicado a celebrar las excelencias de la Biblia, por ejemplo, acaso el más desaliñado de todos, hace sonreir a los que se acuerdan del vibrante y elocuentísimo discurso de Donoso Cortés sobre el mismo tema, pronunciado cuando su recepción en la Academia española; su semblanza del P. Lacordaire es un apuntamiento fugaz, que se deja en el tintero las posibles influencias iniciales de Lamennais en el espíritu del gran dominicano; al hablar de Balmes, desde su especial punto de vista, se olvida del estudio del medio de las co-

rrientes filosóficas predominantes en España cuando apareció en el campo de las letras el célebre presbítero catalán, del valor de su *Filosofía fundamental* en el concepto metafísico y del de la obra sobre el *Protestantismo y el catolicismo* en el campo de la crítica histórica. Las líneas que dedica a Chateaubriand, ¿qué valen después del famoso capítulo de Sainte Beuve y las disquisiciones de Zola, que aún se reflejan en el criterio de uso común al contemplar el período romántico francés?—Rasgos, noticias, indicaciones hechas al vuelo. Perfectamente; mas, para expresarlos no había necesidad de páginas enteras de referencias de autores al pie de cada artículo.

Los *Estudios* son más extensos, y en ellos se advierte mayor empeño literario. Tomados como son, en su carácter y tendencia pedagógica, no hay tacha que ponerles. Buena doctrina, análisis leal y escrupuloso, lenguaje clarísimo y elegante estilo. No vayáis a suponer que os hallaréis con un ensayista a lo Macaulay, que generalice las cuestiones, saque el zumo, la esencia del libro o del autor estudiado y eleve el estudio a relaciones de civilización y época: la faena se reduce a aplicación de reglas retóricas consagradas desde Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y Horacio hasta los maestros de la Edad Media y el Renacimiento, de éstos, a Boileau y Hermosilla y los preceptistas españoles de fecha relativamente próxima, Capmany inclusive, al través de Hugo Blair y demás turba matadora. ¡Siempre el catedrático! Es como si no hubiesen existido jamás la filosofía de lo Bello, la historia literaria, la literatura comparada, ni nacido los profundizadores a la manera de Guyau y otros innumerables!...

Retórica pura; buena y recta Retórica, y no otra cosa: ¡precisamente en días en que los moldes antiguos se rompen, salen en derrota las reglas estratificadas en la práctica por el indolente respeto de los siglos, y una reciente concepción de Arte arranca de las entrañas de una filosofía no reconocida por la Iglesia: desde los tiempos de Schiller, desde los días de Lessing, Hégel y Visher! ¡Cuando ya la crítica no es un análisis sino una doctrina, un cuerpo de doctrinas, y la ciencia del método y la majestad del libre pensamiento flotan sobre los convencionalismos de los tratadistas!...

Así, ¿quién podría creer que en su opúsculo *La poesía épica cristiana* consideraría a Dante y a Milton desde el punto de vista de la teología católica? En aquel trabajo se concede mucha importancia al cansado poema del P. Hojeda—uno de cuyos primeros reveladores fué el recordado Balmes, en su periódico *La Sociedad*, que parece no haber conocido el señor González:—y si justamente se deja en olvido *La inocencia perdida*, de Reinoso, no se mencionan siquiera *Los Mártires*, de Chateaubriand, no se hace la menor referencia a la *Jerusalén*, del Tasso y otras epopeyas semejantes por no creerlas estrictamente cristianas, y se relega a incomprensible silencio *La Mesiada*, de Klopstock, que seguramente leyó el tratadista en traducciones francesas y españolas, distracción en que ya se ha fijado la crítica. El autor del *Genio del Cristianismo*, del que la obra citada y varias otras de la misma pluma, son extrañamente una especie de resonancia y vago reflejo, pudo prescindir de la cita y encomio del poema alemán: el señor González no, por cuanto al cabo de un siglo de la publicación de la *Mesiada*

no le era lícito—¡a él que tan informado se manifiesta en todos los asuntos que toca!—alegar desconocimiento.

Ahora, hablar de *épica cristiana*, en general, era muy aventurado si se la iba a encerrar en restricciones retóricas y absurdamente doctrinarias, dejando fragmentos admirables en las varias literaturas europeas amparadas por la Cruz, al tiempo que se concedía noticias adicionales a los versos latinos de San Avito, un poco bárbaros, la verdad sea dicha.

Hemos convenido en que ya no hay poesía épica—tal como en la edad pasada se la entendía;—aun más, que ya no puede haberla; y que la revelación del carácter y los hechos de la época y la civilización de última data en la prosecución de los siglos, la hemos encerrado literariamente en la novela y en el drama: esto significa la hegemonía de la democracia en el régimen democrático del Arte: en buena hora; pero no es posible ya que suceda de otro modo; y un Ramayana, una Ilíada, una Eneida, un *Shah Nameh,* cualquiera de los grandes poemas nacionales, históricos y más o menos simbólicos, resultarían propensos a la vulgar declamación y al ridículo. Pero, mucho más difíciles son todavía las epopeyas casi diríamos litúrgicas, las de mundo afuera, que cantan cosas que la fe acepta sin examen y la ciencia, cuando no las niega, las encierra en los frigoríficos de la duda... Hablar, pues, de poemas teológicos, cuando hasta la lírica devota pierde terreno al servicio de un *snobismo* de diablo metido fraile, temporal e interinamente, es empeño anacrónico, y quien lo acomete corre el peligro de que no le entienda nadie.

¡Poesía épica cristiana! Más cristiana que la *Divina Comedia,* fulguración de odios y sublimidades metafísicas con mayor fuerza de ensueños que de ciencia teológica; y que *El paraíso perdido,* visión bíblica entreverada de recuerdos mitológicos y otras lecturas paganas —son la *Jerusalén libertada* y *Los Lusiadas,* con todos sus defectos, propios de la época, y hasta la pobre *Araucana,* que significan, no el fundamento científico del cristianismo— que no entra, ni puede entrar en las regiones simplemente literarias,—sino el esfuerzo de la nueva civilización, del mismo cristianismo ya por la conquista de Oriente, ya en el descubrimiento y catequización de Tierras, Islas, Imperios, Continentes, antes desconocidos o perdidos en la memoria de los tiempos.— El señor González llevó en esta parte, muy adelante su inspiración eclesiástica, y el volumen en referencia no vale ni para una sencilla consulta de principiante.

Algo más sorprendente sucede en el estudio— otro volumen,—dedicado a Virgilio. No dice una palabra de las *Eglogas,* las admirables *Geórgicas,* ni los poemas menores; no hace la más leve alusión a la vida y a la época del gran Poeta, ni siquiera trata de su influencia en la literatura erudita de la Edad Media; y redúcese a un rápido examen de páginas de la Eneida, singularmente del Libro sexto que canta cosas de la otra vida y dá una idea de la teología del Mantuano... ¡Qué! Ni eso, por completo! Buena parte del tomo se llena con disquisiciones infantiles de clase de Retórica sobre la traducción del difunto señor Miguel A. Caro, que tuvo la ocurrencia de poner la Eneida en octavas reales, pesadas como sillares de cimiento de catedral.

Y ello era inadmisible: primero, porque el simbolismo de Virgilio, si alguno lo tiene,—no alcanza a la expresión de un pensamiento teogónico, como sucede en la Ilíada, limitándose a cantar los orígenes romanos con la intervención del *deus ex machina* de regla común en la retórica griega y latina; y, luego, porque de Virgilio hay una multitud de traductores, escoliadores y comentadores en todos los idiomas europeos—una biblioteca entera,—y un autor tan erudito tenía ancho campo, si no para expresar algo original o nuevo, por lo menos para una pequeña muestra de tentativa de vulgarización metódica.

Por lo demás,—y perdónesenos el atrevimiento,—siempre, en la referida versión, nos pareció el señor Caro el D. José Gómez de Hermosilla de Publio Virgilio Marón, con el ítem más de las octavas aquellas, capaces de descalabrar a los titanes mitológicos....

Años después volvió a tocar el Sr. González el tema virgiliano en el prólogo de una traducción en verso del Libro primero de la Eneida, perpetrada por el señor N. Clemente Ponce, nativo y habitante del Ecuador en la feliz ciudad de Quito; traducción en silvas multiformes con endecasílabos de doce y trece y tal cual desconocimiento del latín, que alabamos en su día como un generoso encaminamiento a los buenos y bellos estudios, precisamente en momentos de anarquía, locura e ignorancia. La nota es erudita; si bien no pasa de las conocidas referencias a los depuradores del texto y a los bibliógrafos ratoniles que se van copiando los unos a los otros: trabajo de una bochornosa facilidad, como habría dicho la señora Pardo Bazán.—Lo admirable es que

no mencione siquiera la edición de D. Eugenio de Ochoa, con su elegantísima y casi interlineal versión en académica prosa castellana; y que, al meterse en tal camisa de once varas— y perdónesenos la vulgaridad de la frase, —el señor Ponce no hubiese tenido mayor noticia de la versión en versos libres y frigidísimos de Hernando de Velazco, y de la de Ventura de la Vega, quien trasladó en verso blanco también, y de un modo insuperable, cabalmente aquel Libro primero del inmortal poema.

Tiene nuestro autor, entre los del grupo de que estamos dando cuenta, un libro intitulado *Miscelánea o colección de artículos,* el mejor y más contencioso de todos (aunque los artículos sean pocos y escaso el volumen), como que sus páginas contienen una desenfadada declaración de opiniones sobre diversos puntos, relacionados los más con el concepto de moral y conveniencia.... moral también? Pero, ¡buen Dios! En la vida como en el arte, ¿qué es la moral? Punto de eterna discusión. Y ya se ha dicho demasiado sobre las Venus negras y del infierno de hielo que temen los habitantes del Sudán y las orillas del Níger y del Zambezi.

Como manifestación de opiniones ese libro es tolerable; como colección de principios, doctrinas, consejos en la práctica y el cultivo de las bellas letras, resulta muy personal para tener un valor extensivo, y de concepto demasiado estrecho, para significar una enseñanza. Nos parece, sí, una de las obras mejor escritas del señor González, al través del conocido y antipático *magister dixit;* y esas páginas—en ocasiones bien vividas y siempre sustanciosas,—nos hacen gratamente olvidar el tratadito sobre Virgilio, las vaciedades pseudo-literarias y

pseudo-religiosas de *Ensayos y de Estudios,* al analizador de las frialdades místicas y métricas del versificador colombiano D. Belisario Peña, al maestro que hace repetir a coro a un sinnúmero de alumnos, sosos y boquiabiertos, las páginas del Coll y Vehí o las del fútil Raimundo de Miguel... Son la manifestación de juicios personales al través del propio temperamento. ¿Qué más da que el cura aparezca en ellas? No podía ser de otra manera.

Para su justificación debemos considerar en que no fué propiamente un esteta, sino un aficionado, más aún, un curioso que necesitaba extraer el jugo de ajenas flores para la fabricación de un panal.... de escuela, si cabe el término.

Y es por ello que más sincero—ingenuo jamás, —se presenta en composiciones de otro género, no inspiradas en deliberado propósito literario, las *Oraciones fúnebres,* por ejemplo, y el *Nuevo Mes de María,* que tiene algo de un popular libro de San Alfonso María de Ligorio, por el propósito, el plan y la erudición, y, como hemos dicho, en muchos pasajes de la Historia y el *Discurso sobre la Iglesia católica en América.*

Sí; no fué un esteta, aunque bien habría podido serlo, ni se propuso hacer declaraciones esotéricas de la Belleza y del Arte: tomó la literatura como un instrumento cualquiera de propaganda en favor de la Religión y de la Moral; y, al escribir, estuvo más atento a los principios de la doctrina y a las reglas de la Preceptiva que a la intuición artística y a los propios sentimientos. Y por querer expresarse con la mayor claridad y sencillez, dió en el extremo poco grato de producirse como profesor de humanidades, sin adelantar un ápice en la exposición y en el

examen crítico. No vale la pena; pero el autor de estas líneas pudiera con sobrada facilidad probarlo en caso de discusión.

Lo declararemos con efusión, porque el énfasis no alcanza a nuestro humilde temperamento literario: el señor González es una *ilustración,*—¿no se dice así?—desde luego una gloria de nuestra historia literaria; pero (salvo, por supuesto en lo referente al punto científico), como literato.... hay quienes reservan su opinión.

No; esos libros, esos cuadernos de vaga literatura no serán el pedestal de su estatua; pero en el basamento de la estatua que sus admiradores le erigirán en plazo próximo, serán la argamasa que una los bloques graníticos del pedestal.

VII

No es la primera vez que evocamos este recuerdo; mas, para nuestro propósito interesa repetirlo, con el objeto de esbozar en breves líneas la figura del señor González Suárez como orador sagrado, uno de sus aspectos más geniales y del cual han hecho poco caso sus biógrafos y admiradores, sujetos siempre al programa de considerarle exclusivamente como historiador, polemista, erudito y patriota.

No fué ni pudo ser un orador popular, y, si no se toma en cuenta su pobre discurso juvenil sobre *la Poesía en América,* tópico de escuela, desprovisto en su exposición de noticias apreciables, no quiso

jamás rendir tributo a la vulgaridad triunfante con la composición de oraciones académicas y de conferencias sobre asuntos literarios, científicos o de utilidad pública. Y en los Parlamentos fué menos orador todavía; y, conocidos su carácter y temperamento, es de creer que su obstinado silencio no encerraba una protesta ni contenía un enigma, como el del abate Siéyes en la famosa Convención francesa, sino significaba la muralla del egoísmo y la soberbia contra las réplicas e irrespetos del común de los legisladores. Y eran días en que Alejandro Cárdenas, Julio Matovelle, Rafael María Arízaga, Adolfo Páez se lucían en las Cámaras con la sal de su ingenio, la fuerza de su dialéctica y la retumbancia de sus períodos. Volvamos al recuerdo.

Era allá por el mes de Mayo de 1882. Lugar de la escena, la vieja Catedral de Cuenca.

El ilustre sacerdote desarrollaba, desde el púlpito de aquel templo, noche por noche, en la época del año dedicada al culto y alabanza de la Virgen, el tema que, luego, expuso ordenadamente en su ya mencionado libro *Nuevo Mes de María;* y un gran golpe de gente, de todo carácter y posición, acudía a embelesarse con la música de la palabra y la magia de la elocuencia religiosa del bien reputado predicador.

Corrían días terribles para las comarcas azuayas.

Dios hizo de ellas un *colmado canastillo,* puso la perpetua verdura primaveral en sus campos, regados por multitud de ríos y torrentes, que los fecundan; dióles la sombra de bosques seculares bajo la inmensidad de un cielo azul y cristalino, y las pobló

de gente laboriosa y humilde, sincera y devota, que se contenta con poco para llenar sus horas de satisfacción y alegría.

Mas, según el miserable juicio humano, fruto del dolor y la desesperanza, Dios raras veces es completo, y no parece sino que busca la aplicación de la ley de compensaciones con el objeto de no labrar en el bajo mundo la plenitud de la dicha de sus pobres criaturas; y Dios, al hacer un Edén esa bendita tierra, se reservó el derecho de afligirla de vez en cuando con las angustias de la sequía y la horrible desesperación del hambre.

¡La sequía!...—El sembrío está en floración espléndida: brota, crece, se expande el germen generoso, abriendo a la esperanza los corazones de ricos y pobres. Las campiñas son inmensas sabanas de verdura, ya medio amarillante con los frutos tempraneros, y el Sol, una bendición del Cielo, que alegra las almas de los creyentes campesinos.

Y sucede que en una noche cualquiera ese cielo misericordioso se pone de un azul profundo, metálico, en cuyo fondo brillan las estrellas con inusitado resplandor. Vuélvese la atmósfera de una diafanidad fatigante, y corre frío, mucho frío, un frío húmedo y enervador.

Inquiétanse los labriegos; los hacendados se enfurruñan; aldeanos y habitantes de la ciudad alzan con angustia los ojos a la altura, y murmuran todos:

—*¡La Lancha!*

¿Qué es *la lancha?*..Díganlo meteorólogos y más hombres de ciencia. No es la nevasca: no hay nieve en aquella zona, sino es en las distantes y altísimas cumbres, extrañas a la vegetación aprovecha-

ble; no es el pedrisco, el granizo, porque este suele venir envuelto en ráfagas de grandes lluvias, y resulta inofensivo; no es la escarcha, porque no cae una gota de mal relente, y apenas el suave rocío vesperal humedece los campos. Es algo peor: un súbito enfriamiento de la atmósfera, una congelación circundante. Y así, en una noche, los gérmenes mueren, las plantas tiernecitas y prometedoras se agostan, se quema hasta la grama de los prados, y caen las flores de los huertos; y cuando amanece, un sol fúlgido en un firmamento sin nubes, de azul turquí, alumbra una vasta extensión amarilla, de color de cadáver.... ¡Con meses de anticipación, se han perdido las cosechas!

Y es lo terrible que el suceso se repite noche por noche, en cientos de leguas de extensión; y a estos enfriamientos suele acompañar el agotamiento de los raudales que bajan de la montaña, que son agua potable, riego, higiene, salud y vida; y cesan las lluvias; y hay en la Naturaleza un gran dolor y un gran silencio.

¿Cuál la obligada consecuencia de esto? El hambre de millares de infelices; la muerte del escaso ganado; la dispersión o fallecimiento de las familias indígenas, siempre las peor libradas. Caen las gentes por docenas, por centenares, en los caminos, en los recovecos ignorados, en las apartadas chozas.

Pues con la sequía, la peste. Los ríos son chorros misérrimos y sucios; la falta perpetua de la más primordial higiene pública, fea característica de las poblaciones serraniegas, multiplica por miriadas de miriadas los gérmenes patógenos; y como los labriegos se disputan con las aves y con los ani-

males inmundos granos verdes y raíces malsanas, no es mucho que la disentería, el escorbuto, el tifus, se propaguen de modo incontrastable.

Y en aquel año fatal había en Cuenca hambre, peste... y el espectro de la guerra civil que llamaba a las puertas; y como ya comenzaba a arder la contienda armada en lejanos ámbitos de la República, el odio político hacía de las suyas, persecutor e iracundo.

Y para que nada faltasen al espanto de los humildes e ignorantes, todas las noches recorría, solitaria, los espacios una estrella de vivo resplandor con una enorme cauda lumínica, que parecía un abanico desplegado en la inmensidad profunda; a cuyo paso ululaban los indios, balaban y mugían lastimeramente los rebaños, aullaban los perros con las cabezas vueltas hacía arriba; y sollozaban los ciudadanos dándose golpes de pecho, de rodillas en calles y plazas. Y de instante en instante se enrojecía el firmamento con súbitas llamaradas que incendiaban con fulgores de meteoro los horizontes perdidos entre el azul del cielo y la negrura de las montañas... ¡Qué días, y, sobre todo, qué horror de noches!

Hambre, peste, guerra.... y cometa: año terrible. —Los fieles cristianos más devotos que nunca acudían en tropel a la iglesia catedral a ofrendar su angustia en las aras de la Madre Piadosísima, ya puesta su última esperanza en la misericordia divina.

El ilustrado sacerdote declaraba secamente la significación del Avemaría, en largos sermones repletos de teología, como extraño a la congoja general, de la que parecía no participar, ni siquiera darse cuenta.

Pero, en una de esas plácidas funciones no pudo más.

Niño era todavía quien estas líneas va trazando a la ligera; pero no olvidará mientras viva aquella escena de emoción suprema.

El gran templo estaba materialmente lleno. En la ciudad de Cuenca de ahora cuarenta años ir a la iglesia era costumbre, un hábito social; y en el caso a que estamos refiriéndonos, había, además, la curiosidad de oir a orador tan aventajado.

¿Qué decía?.... La plática fué corta, y admiróse el auditorio al advertir cuán bruscamente se había interrumpido. Pero en el ánimo de todos estaba la sensación de que algo iba a ocurrir.... Se aumentó, de pronto, la iluminación del altar mayor, y descubrióse el Santísimo, con el acompañamiento coral de los himnos rituales. Entonces se levantó el predicador, que, durante esta mudanza había permanecido de rodillas dentro del púlpito, y ante la postrada multitud comenzó a hablar nuevamente.

Expuso en breves frases la situación que padecíamos, considerándola como una prueba tremenda de la Justicia divina con su pueblo sencillo y creyente; describió las calamidades y ponderó los dolores; y, de seguida, se entregó a una grandiosa impetración.

Iba multitud enorme por los áridos campos de Palestina, pendiente de la palabra del Maestro; y llegó día en que esa multitud, que no hiciera provisiones para el viaje, sintió hambre.

Señor—le dicen los discípulos al Maestro,—compadécete de esa muchedumbre que, tras de la divinidad de tu palabra, no ha considerado en que no sólo de fe se vive....—Y el Maestro realiza el es-

tupendo milagro de la multiplicación de los panes y de los peces.

La voz del orador sonaba con ruido metálico, vibrante y conmovida.

—¡Señor! Ten piedad! *Domine misereor turba*, compadécete de esa grey fidelísima que ha seguido tu camino, y tiene hambre. ¡Señor!

Ardía en luces el retablo,y las anchas naves se hallaban medio hundidas en religiosa penumbra, en el coro sonaban dulcemente, suavemente, las notas del órgano en acompañamiento de marcha fúnebre; y el orador seguía, y seguía impetrando, sollozando, ahogado en lágrimas, y la multitud de abajo lloraba a gritos, en una ululación de angustia suprema, que revelaba todo su dolor, expresaba toda su infinita miseria...

Las luces iban apagándose poco a poco, desfallecía la música en compases casi imperceptibles, y aún el orador sollozaba en lo alto de la augusta tribuna, hasta que no pudiendo más, se cubrió el rostro con ambos brazos, y se dejó caer, rendido, aniquilado por la emoción.

Los fieles salieron en tumulto, llevando sus alaridos por las calles, comunicando su angustia a los demás ciudadanos....

El cielo fué sordo. En el firmamento azul como una lámina bruñida, resplandecían las estrellas, y el cometa continuaba tranquilo su viaje por la inmensidad.

Es el mayor triunfo oratorio que hemos presenciado en nuestra vida. La situación del auditorio favoreció, indudablemente, y algo tuvo que ver en aquel efecto la preparación como escénica del Sa-

cramento descubierto, templo casi a oscuras, acompañamiento de música triste y *pianissima.* Pero, qué emoción, cuán intensa emoción, más honda, más legítima, más humana que las que, después de la muerte de la tragedia griega de Esquilo, Eurípides y Sófocles, puede darnos el Teatro moderno, que es arte, y, a veces, falsificación de la vida!

Y transcurieron años, muchos años; más de quince. Y era en otra población, en otra catedral. La ciudad de Quito a la cual habían acudido millares de habitantes de lugares inmediatos y provincias lejanas, celebraba con inusitada pompa la más extraña de las fiestas: se trataba del hallazgo de unos huesos.

¿Eran verdaderamente de Sucre los sacados, mediante difusas revelaciones, de una cripta del convento llamado *Carmen Moderno?* No está bien comprobado todavía; pero al decidirse a reconocerlos como tales, el Gobierno del General Alfaro, zanjó una cuestión histórica que venía agitándose sin provecho y con fatiga desde hacía cincuenta años. Y, por tanto, el homenaje fúnebre se alzó al carácter de un gran acto nacional de gratitud, reparación y apoteosis, con la concurrencia solemne de la Iglesia y del Estado.

Entonces se pensó en el señor González Suárez, que por esas fechas estaba de obispo de Ibarra, para la oración fúnebre de regla, e hizósele venir apuradamente de su diócesis a la capital de la República.

La iglesia estaba rebosante de una concurrencia distinguidísima. Presidían el duelo, por una parte, el Jefe de la Nación, y por otra, el señor Ar-

zobispo. Ahí esta la grey burocrática, de rigurosa etiqueta; ahí, el cuerpo diplomático y consular, el cabildo metropolitano, las comunidades religiosas, el Seminario, el clerigüicio de esas regiones, en masa, los jefes de las mangas o cofradías de devotos, rabadanes de pías congregaciones de ambos sexos; la oficialidad de la guarnición, resplandeciente de oro, y una gran muchedumbre de señoras y caballeros de lo más florido de la sociedad capitalina. Pocas veces un orador de fama halla un auditorio más brillante ni tan difícil de contentar como ése, que no había acudido a una función religiosa sino a una celebración pagana, o poco menos.... Iluminado el templo con millares de cirios, refulgía la misma negrura de los ricos paños que cubrían sus paredes, pendían en largos cortinajes entre las columnas de las naves, y bajaban desde la bóveda para formar dosel, con franjas y bordaduras de plata, al espléndido catafalco. Hacía un calor horroroso, y la atmósfera volvíase sofocante. Afuera pululaba un pueblo entero; de tiempo en tiempo, sonaban cañonazos, y las bandas de toda una división de ejército formada en la plaza, tocaban músicas apropiadas a la solemnidad. La noche anterior se había efectuado una procesión gloriosa, cual no la hubiese soñado Bolívar para la glorificación de sus grandes tenientes caídos en los campos de batalla, con más de cien mil acompañantes y espectadores.

Hablaba el orador con voz pausada y mesurados ademanes: hablaba, así, lentamente, como buscando en el tema un punto de transición para lanzarse fuera de las amplificaciones retóricas y un tanto forzadas del exordio; y, poco a poco, su voz

iba afianzándose, adquiriendo tonos de solemne gravedad; y llegó a ser, no una música arrulladora y poética en un elogio tan fácil de componer, dadas la importancia histórica del sujeto y las circunstancias de su muerte cruel, que fué un duelo y una vergüenza para la América del Sur en cuya emancipación cooperó como todos sabemos—Sucre, el guerrero de las batallas decisivas, el varón Justo, el prócer inmaculado;—no una melopea arrulladora, decimos, sino una elevada lección de patriotismo, una condenación del partidarismo político que confunde la noción del deber con los estímulos de la ambición, y no se detiene ante el crimen, que perpetra en frío por egoísmo y razón de conveniencia, sin escrúpulos ni remordimientos.

La facción.... Bolívar murió víctima de las facciones; las facciones asesinaron al Gran Mariscal de Ayacucho en la trágica montaña de Berruecos: ¡qué pensamiento tan feliz para solemnidad tan grandiosa! ¡Y en qué tiempo! cuando, cabalmente, las facciones despedazaban el seno de la Patria, y el tumulto revolucionario había ido a buscar la ayuda de los extraños para invadir la heredad sagrada!.... Un orador cualquiera, un predicador mediocre habríase lucido en la labor meramente panegírica, haciendo sonar, con imitaciones de Bossuet en su oración fúnebre del Gran Condé, los timbales heroicos, y evocando los recuerdos épicos del Continente Americano. Era tentador, por lo ingenuamente fácil; mas, en tal derrotero, la obra mejor planeada y dicha apenas habría ultrapasado los límites de la común elocuencia declamatoria con datos al alcance del vulgo. El señor González Suárez

habló relativamente poco de Sucre; y como aquellos días, según acabamos de recordarlo, eran de ruda agitación política, si su improvisado discurso tuvo la oportunidad de la enseñanza, resultó una filípica contra los conservadores de la sangrienta conspiración perpetua y contra los clérigos y los frailes, sus coadyuvantes y aparceros.

El orador continuaba hablando. El discurso era largo y ameno. De pronto—cosa nueva entre nosotros,—estalló en el templo un gran aplauso, como en un teatro. Irresistiblemente extraños a toda idea, a todo sentimiento de lugar sagrado, palmoteaban señoras y caballeros: perdida la noción de las conveniencias oficiales, muchos concurrentes se ponían de pie, y emocionábanse los mismos Plenipotenciarios extranjeros, los más de los cuales nada tenían que ver con Sucre y eran ajenos a las turbulencias de estas infantiles democracias americanas.

Y los palmoteos seguían a los palmoteos; algunas voces de aliento entusiasmados salían de aquí y allá, cuando el orador, con un amplio gesto, impuso silencio, y continuó—triste y emocionado él también,—su poderoso discurso, y llegó a la peroración y al final: fué un triunfo.

Si la oratoria es el arte de convencer y persuadir, ¿quién más orador que aquél que sabe arrastrar las muchedumbres con el prestigio de su palabra, como a los sones de su lira llevaba tras de sí amansadas fieras el tracio Orfeo, o arrastraba piedras automóviles el fabuloso Anfión a la construcción de las ciudades, esto es, a la civilización y a la vida social?

Desde entonces ya no le oímos en el púlpito al

señor González Suárez. Pero nos queda el buen recuerdo de las muchas veces que le escuchamos, desde la plática humilde hasta el sermón de empeño, durante muchos, muchos años de nuestra florida adolescencia y malograda juventud: lo cual importa más para nosotros que la lectura del grueso volumen de sus sermones y la de los folletos de sus admirables oraciones fúnebres.

Acaso no ha habido en el Ecuador un orador fúnebre de la elocuencia y nervio de nuestro referido Arzobispo; y cuenta, que hemos leído la mayor parte de las piezas de aquel género producidas en el país y publicadas por la imprenta. Sobrio en el elogio, castizo en la dicción, severo en el tema, poco dado a peroratas declamatorias, solía elevar el panegírico a grandes síntesis sociales o políticas, y hacía de la muerte de los varones egregios lección para los vivos que le escuchaban.

En esto descolló como ninguno. Sus oraciones fúnebres cuando la muerte del señor García Moreno y la del señor Arzobispo Checa, son una maravilla de composición literaria para los tiempos que alcanzábamos, entonces, en materia de elocuencia sagrada, y la de don Mariano Cueva, con toda la ineludible pobreza del tema, es una improvisación magnífica; y así otras: más o menos, pueden en nuestra literatura pasar como modelos del género.

Naturalmente, era un tanto frío en los sermones de uso común, si se nos perdona el término, aunque uno de *Tres horas* le oímos en que consideraba a Jesucristo en el día de la Pasión como hombre y como sacerdote, que merece ser incluído entre los mejores de su fecundo autor.—Resultaba un poco

seco y difuso en la exposición doctrinal, no moviéndose su oratoria sino en las obligadas peroraciones; y aunque solía llegar a las demostraciones nimias, con dejos de profesor—¡siempre la costumbre del *magister dixit,* como si el púlpito fuese todavía cátedra de discusión y enseñanza a auditorios de antemano convencidos y no tribuna de apasionamientos e idealidad religiosa, carecía de la ingenua claridad de un padre Aguirre (D. José María) y de la vehemencia teatral del poco menos que legendario Padre Salcedo, los más altos oradores eclesiásticos en el Ecuador.

Del orador no tenía la figura académica recomendada por los tratadistas: pequeño, esmirriado, torpe en sus maneras mientras tenía los brazos como enfundados bajo el manteo, vaga la mirada, ceñuda la frente, y con el antipático pliegue despectivo adornadas mejillas y comisuras. Pero ya en la obra, se transformaba. Dicen que lo mismo le acontecía al famoso P. Solano, chiquitín, más narigudo que Ovidio Nasón, un poco ceceoso y de aflautada voz, el cual, sin haber sido jamás lo que propiamente se llama un orador, con la fuerza de su enorme talento y gran voluntad, una vez en el púlpito era otro hombre, crecía embellecido, robustecía su voz y salía su palabra, fácil y poderosa... —Poseía el señor González el don rarísimo de la musicalidad del acento en los casos de declamación grandilocuente; su voz, en tales trances, ora vibraba aguda y estridente, ora fluía profunda, ya se derramaba bañada en lágrimas, ya resonaba serena y acre como en una cátedra —y cátedra es la llamada "del Espíritu Santo". Un aparato armonio-

so de vario registro; y la prédica, cuando llegaba a los momentos del entusiasmo y la emoción, un canto: nadie hubiese podido figurárselo después de tratar un poco al hombre en más humana conversación....

En cuanto a la doctrina, en varón tan sabio y piadoso no podía ser sino la mejor: es posible que con su manifestación no moviese las almas a la piedad y el arrepentimiento; pero era indudable que las encantaba con una música que hablaba de alta teología, de las cosas divinas, en el lenguaje de los pajarillos del cielo o con la voz torrencial de la tempestad. Entonces era poeta, un gran poeta y un gran artista, que no desconocía el poder de los afectos y la fuerza emotiva de las transiciones. Leído, aparece, quizás, ampuloso cuando no árido; pero había que oírle, para admirarle como uno de los más excelsos oradores sagrados de esta tierra, fecunda en hombres de palabra.

VIII

No nos creemos autorizados a juzgarle al señor González Suárez en su actuación pastoral: nos limitamos a decir que dejó en Ibarra buen recuerdo de su prelacía; y que pudo encarrilar con eficacia al clero de la Arquidiócesis, siempre algo rehacio, al mismo tiempo que metía en cintura al de las diócesis de Bolívar, Guayaquil y Portovie-

jo, de las cuales, en sede vacante, por abandono indefinido o las dificultades de la época, fué administrador apostólico.

La gran rectitud de su carácter y la escasez del conocimiento y del personal produjo fuertes resistencias en tan variada grey, porque no todas las índoles se sujetan con facilidad a la línea recta, ni todas las voluntades se atemperan sumisas a los dictados de una ordenación sin consideraciones.

Y de esta resistencia surgieron muchos incidentes penosos. El Obispo fué violentamente atacado, una vez y otra, en periódicos y folletos por sacerdotes de su misma jurisdicción y mando, quienes se quejaban más del acre procedimiento de forma que de sinrazones y agravios sustanciales; y como el Obispo no era muy sereno, ya que mantenía vibrante la cuerda de su propia dignidad y el conocimiento de su innegable valía, más de una ocasión, también, hubo, acaso, de deplorar que la faramallería liberal triunfante en la República, no pusiese a su alcance el santo recurso de la cárcel y del destierro para corrección de sus presbíteros díscolos.

Si le airaba la réplica, no admitía ya discusión en los últimos diez años de su ministerio episcopal, habiendo reflexivamente colocádose —con el beneplácito de la inmensa multitud de sus admiradores incondicionales,— no al margen de la sociedad sino encima de ella, extraño a las miserias humanas, exento de cualquier temor de errar....

Esto era encerrarse en una ideal torre de marfil, inaccesible al mundo, sus pompas y vanidades; y desde allí dictaba las lecciones de buen gobierno; despachaba consultas sobre infinidad de materias, y

lanzaba los rayos de su indignación contra las prevaricaciones del pueblo y los atentados libertarios del régimen imperante.

En los documentos de difusión doctrinal era sencillo hasta la vulgaridad, claro hasta la machaconería y la redundancia, libre de referencias eruditas, en un estilo que hacía gala de rebajar al nivel de la ignorancia de la plebe; y en los oficiales de simple administración eclesiástica, breve, seco, contundente, mostrando el solideo del catedrático, que irremediablemente vivía en él, bajo el sombrero morado y rojo, distintivo de su alta dignidad.

En el fondo, fué una potencia como prelado. Cualquiera otro sacerdote se hubiese anegado en el oleaje revolucionario que batía los muros de la Ciudad sagrada en nombre de la libertad de conciencia, un poco bárbaro, sí, y un mucho iletrado, pero consciente de su fuerza: él no: tenía más ánimo que su predecesor, hombre culto, dulce y tímido, y afrontó resueltamente la situación.

Habría fracasado en su actitud, si a su carácter de príncipe de la Iglesia no hubiese unido el prestigio de sabio profundo, en esta tierra de las geniales ponderaciones basadas en la generalidad de la ignorancia. Y como sabio, fué respetado, consultado, obedecido por los mismos que hacían poco caso del carácter sacerdotal y estuvieron a punto de asesinar al pío y manso señor González y Calisto en una noche de ignominioso recuerdo para los esbirros de Alfaro que aun no se han hundido en la lobreguez del sepulcro, allá por setiembre de 1895....

Y, no obstante tantas luchas, el sinnúmero de vergüenzas nacionales de todo orden que hemos pa-

decido desde el frustramiento de la generosa revolución de Junio, casi a continuación de la cual llegó él al mando episcopal, logró si no imponerse—que ello habría sido absurdo ,hasta en las regiones de la esperanza,—afianzar su personalidad, destacándola con lineamientos precisos, haciéndola objeto de veneración y respeto.

Es claro que más de una vez tuvo que transigir no con las situaciones sino con los hombres que las dominaban; y por eso, como dejamos dicho, le llamaron los suyos obispo liberal.... Pero, ¿qué se entiende en esta tierra por liberalismo?

Y era *liberal* porque se declaró en enfáticas declaraciones para uso del vulgo, *obispo de la paz*.... Pero, ¿cómo entendía él la paz?

Entraría aquí, si tiempo y autoridad tuviésemos para ello, el examen de este gran cognomento: *obispo de la paz*. Pero es innegable que, a pesar de su decisiva influencia, dejó que de 1896 a 1900, fuera su diócesis de Ibarra foco perenne de conspiraciones conservadoras—de las orillas del Carchi a las márgenes del turbulento Guayllabamba;—y que, después de haber intentado procurar una resistencia nacional contra las leyes de reforma por las vías inseguras de una agresiva pasividad, no hizo nada, absolutamente, cuando su acción habría sido decisiva, para salvar a los Alfaros y más víctimas del *masacre* atroz del 28 de enero de 1912 en la muy noble y católica ciudad de Quito. ¿Tuvo miedo? Ah, él no conoció jamás el miedo. ¡Dios nos libre de decir ante su recién abierta sepultura que su alejamiento y silencio equivalieron a una infame complicidad en los momentos mismos—momentos trágicos que recordará

la historia para baldón de este pueblo y de su política,—en que los vencedores y la familia de los vencidos impetraban con angustia su intervención salvadora!....

Nos curamos de las frases, de los gestos teatrales, sin llegar a la sustancia. Pero bueno es recordar que el señor González Suárez, que no tuvo jamás palabras de verdadero anatema contra la facción conservadora en armas, que ensangrentó el país durante cinco años como cinco siglos para el dolor y desventura de la patria, se mantuvo, hasta las boqueadas últimas de aquella conflagración, en un temperamento poco menos que neutro, y que si un día se decidió a condenar doctrinariamente la ingerencia en la política de clérigos y frailes levantiscos, fué porque el General Alfaro buscó subrepticiamente el favor del clero, y a las necesidades urgentes de la pacificación sacrificó traidoramente la recién nacida ley del Patronato. ¡Si sabremos la historia! ¡Si podremos conceder más que un valor circunstancial encerrado en disquisiciones eclesiásticas de escasa resonancia a las famosas *Cartas* al Vicario Pasquel, de Ibarra!...

Empero, justo es reconocer y confesar que fué un clérigo patriota, en el amplio sentido de la palabra, aunque no completamente libre de todo prejuicio doctrinario y de secta: no podía tanto, ni le era, tampoco dable: ¡cuándo llegó a sentar la proposición de que no era lícito sacrificar la patria por cuidar los intereses de la Religión! Lo cual quería decir que en el conflicto de la Iglesia y del Estado, ante el peligro común, debía prevalecer el Estado representante de la sociedad civil, de la nación y su soberanía, del

hogar y la familia...! Esta valerosa declaración no llegó, seguramente, a conocimiento de Roma....

Ello fué una genialidad; tal vez resultado de algún momento de despecho al ver la imbecilidad rayana en locura con que los eclesiásticos del Ecuador se procuraban ellos mismos persecuciones, despojos, etc., luchando con todas sus fuerzas, comprometiendo bienes y personas, en favor de un partido político que suele aprovecharse de sus servicios y cubrirse con el prestigio de su nombre, y significar después para ellos, cuando manda, freno poderoso, látigo siempre alzado, imposición de férrea disciplina, sin que se crea obligado a la más leve gratitud, por cuanto al trabajar con su cooperación, trabajó por el triunfo de Dios y la defensa de su santísima Religión.... De aquel estercolero en que escarbaba la gallina tradicionalista salió el cuchillo que les había de cercenar las alas, si no cortar el pescuezo; y así, Alfaro que tendió desesperadamente a captarse la voluntad del clero, sin pararse en ridiculez más o menos, y Plaza que se habría dado a los conservadores a no ser por la extraña denuncia del Viejo Luchador en 1901, hicieron expedir en los Congresos de su tiempo las citadas leyes de reforma, y no pararon, por odio a la frailecía coadyuvante en la resistencia terrorista, hasta incautarse los bienes de las comunidades.

El patriotismo del señor González era profundo y sincero; pero trabajaba en pro de su ideal religioso. Quería la paz como resultado de la unidad de criterio nacional en cuestiones de orden social y político, y fincaba el concepto de esa unidad en el sentimiento indefinido de las orientaciones y programas

tradicionalistas en el régimen del Estado. Era muy fuerte; pero, ¿era igualmente posible? Porque realizado aquel deseo en su mayor amplitud, nos habríamos podrido en el légamo de rutinas consagradas, y el menor progreso hubiese sido inasequible. Democracia liberal y Syllabus... ¡a buena parte habríamos llegado!

Y se dió el caso de que por este prurito paradojal fuese agriamente reconvenido en la prensa adicta al Gobierno; y ello sucedió cuando hizo el postrer movimiento de resistencia contra nuevas leyes, invocando la conveniencia de no suscitar desagrados de orden interno por la causa religiosa en la hora precisa en que necesitábamos la liga de las almas y la fraternidad solidaria de las opiniones ante la comunidad del peligro peruano. Sofisma: en las horas trágicas, la noción de Patria, que envuelve la de defensa personal y alcanza al fondo de los hogares con el primordial instinto de la propia conservación, priva aun sobre el sentimiento religioso, no diremos ya que sólo sobre la cuestión de los intereses eclesiásticos. Pero se quería sacar jugo aprovechable de la situación y llevar el Arca de la Alianza al campamento de Israel a hombros de escribas y fariseos.

Esto aparte, su política era de nítidos lineamientos; y es de esa manera como se unen y confunden en la historia de su vida las Exposiciones en defensa de los princios republicanos y los principios católicos con las Representaciones contra la Ley del Patronato y los ruidosos Manifiestos contra la de Matrimonio civil y el divorcio; así como laten con la misma inspiración y se mantienen con igual savia los folletos polémicos de su juventud y su edad madura sobre

puntos de Historia Eclesiástica y minucias de derecho canónico y las instrucciones pastorales sobre el pago de diezmos y primicias; y alienta el mismo espíritu en sus admirables oraciones fúnebres de García Moreno y el Arzobispo Checa, y en sus dictámenes patróticos cuando el conflicto con el Perú. No tuvo él la culpa, ciertamente, de que se le hubiese tratado de convertir en consultor general e inapelable, en uno como punto céntrico al cual se quería hacer converger todo pensamiento, toda la conciencia de la Nación, en un culto disparatado capaz de corromper y malear a la Esfinge....

Odió honradamente las dictaduras y los recursos de fuerza; y en ocasiones decisivas de la accidentada historia de los últimos veinte años no tuvo empacho en ponerse a lado de los Gobiernos constitucionales que buscaron el amparo de su prestigio para conjurar las crisis determinadas por la conspiración ultramontana.

Como la mayor parte de los hombres de letras privados de la unción interior de la humildad y rellenos de libros, dicen algunos que íntimamente le trataron que no fué extraño a los desfallecimientos y rebeldías de la duda, y que, de ser laico, habríase convertido en un fervoroso apóstol... en sentido contrario de lo que fué. ¡Quién sabe!

Indudablemente, representó lo que se llama *un carácter*. Con más ductilidad, habría sido un santo; mas, ¿todos los santos fueron humildes y caritativos, tomando la caridad en el alto concepto de amor y no en el de simple dádiva; de dulzura y misericordia, dentro de una vida ejemplarísima y de una pobreza evangélica?

. . . . . .

Tal, a nuestro humilde juicio, fué el hombre, el escritor y el sacerdote. Cuando adolescentes, le tratamos muy de cerca como discípulos suyos, y no, en verdad, de los preferidos y aprovechados; y testificamos según la sugestión de recuerdos lejanos y por la lectura de sus obras.

Pasó por muy pocas contradicciones en el curso de su dilatada existencia, de modo que la sequedad de su índole no se debió a la práctica del sufrimiento. Fué mal correspondido una vez que se metió a protector, y se reservó hasta el final de sus días. La juventud estudiosa no le debió ninguna iniciativa, ni siquiera una palabra de aliento que trascendiese al público en forma afectuosa y benévola, habiendo debido contentarse la parte más escogida de ella con que no le negase el ejemplo de su nombre para colocarle como blasón nobiliario al frente de cofradías estudiantiles de estudios históricos y geográficos.

Su grandeza arranca de su sabiduría; del tesón con que defendió a la Iglesia y a los principios católicos en esta tierra calcinada por el aliento de la revolución liberal, y de la altísima probidad que le hizo árbitro en cuestiones de orden público y privado ajenas a su jurisdicción y competencia; de su absoluto desinterés personal, de la sencillez de su existencia laboriosísima y de la virtud insospechable de su conducta. Su corazón... Pero, en tan sublimes regiones ¿significa algo el corazón?

¿significa algo el corazón?

De vivir en los siglos medios acaso habría sido compañero de Giordano Bruno y Gerónimo Savonarola; en estos tiempos de libertad de conciencia y quiebra eclesiástica, no fué sino Arzobispo de Quito.

IX

He aquí cómo le describe uno de sus recientes biógrafos:

"Era de mediana estatura. Tenía la piel blanca; la nariz larga y fuerte; los ojos, de ligero tinte azulado; los cabellos, finos y, en sus años juveniles, rubios; la boca, grande; el labio inferior, y la barba prominentes; el habla, clara y reposada; la locución, fácil".

Sí; el retrato es exacto: y cuando las rosas primaverales no se habían marchitado todavía en sus mejillas, en su tersura se podía advertir que las viruelas no pasaron sobre él sin dejarle ligeros estigmas.

Pero mirad sus fotografías, vosotros que no le conocísteis, ni personalmente tratásteis con él. Los pliegues de sus carrillos a un lado y otro de su gran apéndice nasal, casi se unen con los que forman en la comisura de su boca de labios delgados: su mirada es adusta y fría, inquisitiva, y de toda esa faz brota la expresión de un desdén profundo, de cierto cansancio esquivo, e irradia la dureza, si así podemos expresarnos, en aquel semblante de pocos amigos.

Nunca le conocimos en la intimidad, ni parece que tuvo grandes amigos en su vida, de aquellos de alma fraterna que son el refugio y el consuelo de los tristes y los aislados. Fué un hombre superior en

todo concepto; pero es verdad que su adustez o su orgullo supieron mantener vivo el culto de su superioridad en cuantos se le acercaban.

"Al recibir a cualquiera persona—continúa diciendo el escritor que acabamos de citar,—levantaba la cabeza y el pecho, para mirarle de frente; gesto que le daba un aire señoril y regio, como de quien no se intimida ante nadie, y que infundía respeto y algo de turbación en cuantos se le acercaban, sobre todo, por primera vez"; y el mismo crítico y biógrafo añade que "de natural era vehemente y colérico", carácter que la educación remedia mal.... cuando lo remedia. De ello pueden dar razón los clérigos de las varias diócesis que gobernó, y los humildes, y los entusiastas, los admiradores que a él solían llegar, en busca de consejos, en solicitud de sonrisas, en petición de algo.

Refiriéndonos a quienes le trataron—pues no hemos de hablar de recuerdos estudiantiles, en épocas en que éramos manejados peor que salvajes en el aula de Retórica por el profesor más adverso a sus discípulos que puede concebirse, aunque algunos había en el curso que merecían siquiera una sonrisa de benevolencia;—refiriéndonos a ésos, repetimos, sabemos que el gesto del Obispo con personas a quienes juzgaba inferiores a él o que algo le pedían, bajaba a la vulgaridad ofensiva, en actitud, términos y tono: era, entonces, el hombre del pueblo, burlón y de lenguaje agresivo, con preguntas, observaciones y modismos faltos de la más elemental caridad. Era un desencanto; a la vez que un motivo de resentimiento: las almas tímidas se replegaban ante ese frío desprecio; los orgullosos salían de la audiencia apretando

los puños; los hombres dignos tenían un aire de desdén y alejamiento. Pero los sacerdotes estaban obligados a pasar por aquella criba, y sucede que la paciencia no es virtud común. Sabemos de muchos que salían llorando de ira y de despecho.

Sin embargo, aseguran que amaba la sociedad de personas distinguidas; especialmente, la de aquellas que, haciéndole el centro de su atención y considerándole como un ídolo, escuchaban, con muestras de profunda deferencia, su palabra clara, abundante, lenta, que salía apretada y silbante al través de sus dientes, como en la expresión de oráculos sibilinos o decisiones dogmáticas. La *pose* fué en ese hombre asunto de dignidad personal; y, habiendo llegado desde muy abajo a las altas dignidades de la Iglesia y el Estado, a fuerza de ingenio, perseverancia y estudio, representó su papel desde muy joven. No se lo tachamos: en circunstancias como las suyas, el temperamento defensivo contra el mundo que busca en la humildad de los encumbrados por sus propios méritos la juntura del arnés por donde meter la espada de la envidia y de la intolerancia, es perfectamente comprensible, casi natural. La agresividad es otra cosa, y, cuando no corresponde al ataque, significa mala índole.

"Era culto e insinuante con las damas—añade el señor Borja, a quien arriba citamos,—con la cortesanía y delicadeza propias de un personaje eminente". Y, "en cierta ocasión—refiere,—la esposa de un distinguido diplomático chileno, fallecido ya, fué a visitarle, y terminada la visita, González Suárez, con el bonete en la mano, cortés y gentil, acompañó a la señora hasta la puerta de calle". Raro momento.

A fines de 1898, Ricardo Cornejo venía con ochocientos pastusos para salvar las instituciones católicas en el Ecuador, y fué tratado como un lacayo insurrecto por el dignísimo obispo de Ibarra: el mismo Cornejo nos refería el caso hace algunos años, admirando ingenuamente que un varón tan sabio se le hubiese manifestado tan vulgar y odioso. Y en cuanto a sus relaciones sociales con las señoras, nada podríamos testificar: nos parece que, hombre de soledad y tímido en sus mismos arranques de orgullo y vanidad, cultivó muy poco esas relaciones que suelen dulcificar los caracteres rehacios a la misericordia. Creció solo y, por lo que a su talento y posición se refiere, en generación espontánea, y acaso desconoció las exquisiteces de las fórmulas sociales con sus sutiles matices y limitaciones: la exagerada atención con la mujer del diplomático parece demostrarlo; porque, al fin, él era un Arzobispo....

La verdad es que gustaba de la soledad; y si amaba un poco la vida de familia era en cuanto los servicios domésticos prestados con minuciosa atención le facilitaban la existencia y le ahorraban tiempo. En Cuenca pasó largos años en una casuca de los arrabales, incrustada en el hogar de unas buenas ancianas que habían hecho de él su dios. Pocas personas podían llegar a su humilde recibimiento amueblado con grandes butacones tapizados de damasco verde y mesas de nogal, sólidas y pesadas, con figuras en las patas. Su cuarto de trabajo, en los anaqueles de cuya librería se alineaban más de cuatro mil volúmenes, habría sido un antro si no hubiese tenido la significación de un templo; y allí, al fondo de un gran patio, sin visitas a la calle, como en una pri-

sión, dejó consumir las horas de su juventud, leyendo, meditando, triste y hosco, escuchando como un rumor confuso el rodar del río entre guijas, al pie de la vetusta casa, y con la música de los vientos de la montaña entre las ramas de los árboles del vecino huerto....

Trabajaba incesantemente; de modo lento, pero seguro: el *nulla dies sine linea* era su lema; pero cada línea era concienzudamente sopesada antes de ser escrita.

Esa preparación era fatigante. Hemos de copiar aquí un párrafo del notable estudio del señor Nicolás Jiménez, publicado en una revista de Quito, que hemos citado ya; párrafo que prueba pintorescamente lo que acabamos de exponer:

"Su modo de leer—dice,—era de una paciencia incomparable. He sido testigo del hecho siguiente: se trataba de un escritor latino. Había que traducir y comentar un párrafo de los ordinarios. Leyó tres veces el texto en su idioma original, con voz clara y pausada. Después lo tradujo verbalmente, palabra por palabra, otras tres veces, con voz igualmente alta y calmada. En seguida escribió de su puño y letra la misma traducción, y lo volvió a leer pausadamente. Al fin, no sólo comprendido sino aprendido de memoria ese párrafo, desentrañó las principales ideas de él, por medio de una serie de preguntas y respuestas que a sí mismo se las hizo, y contestó, acabando, finalmente, por repetir y amplificar esas ideas en estilo propio suyo, con palabras distintas de las del autor".

Así preparado, tomaba la pluma, y con una hermosa letra redactaba muy despacio pero sin detener-

se, casi sin tachones ni enmendaturas, durante largas horas: de cuando en cuando se levantaba con pausa, se acercaba a los estantes, cogía un libro, abríalo con mano segura, consultaba el pasaje cuya averiguación le interesaba, volvía a cerrarlo, colocábalo en su lugar con mucho cuidado, y continuaba en la labor sin revelar mayor esfuerzo.

Laborioso y sobrio: si los manjares ricos jamás pasaron por su mesa, ni gustaba de asistir a banquetes oficiales y actos de sociedad sazonados con el pan y el vino de la amistad y el regocijo, supo mantener estrictamente el decoro de su persona en la parte del indumento, sin rayar en lo lujoso ni caer en el descuido.

Hasta en la hora de la muerte se quejó de sus enemigos, a quienes se sirvió perdonar testamentariamente, dándoles así por libres del rencor que en vida les profesara. Pero estamos por decir que, propiamente, no tuvo jamás enemigos, y que el respeto debido a su persona flotó sobre toda clase de prevenciones y resentimientos. Contradictores, sí, y muchos, y en ocasiones muy impetuosos le salieron al paso; y no siempre con buenas palabras y corteses modales; pero ello era inevitable, ya que la polémica no suele contenerse entre nosotros en los términos de la estricta controversia de ideas o apreciaciones, y declina indefectiblemente por el lado de los ataques personales que agrian toda cuestión. El mismo señor González daba ejemplo, y, en la mayor parte de los casos, era el iniciador. Así, en la discusión con el señor Peralta a que ya hicimos referencia. Peralta, al fin, le faltó al respeto; pero su contendor faltó, primero, para con él a la ley de la caridad, y lle-

gó a burlarse de su persona y nacimiento. ¿Y qué mucho que se produjesen tales exasperaciones, si el sacerdote polemista, desentendiendo el fondo doctrinario, tendía a herir la vanidad ajena, probando la ignorancia de los unos, la mala fe de los otros, el plagio de no pocos, y el absurdo de cuantos como él no pensaban? No podía discutir sin herir, por lo menos con la montaña de desprecio que empujaba contra el adversario; y colocado en esta situación, se hallaba muy expuesto a que le quebrantasen el orgullo, o por lo menos le arañasen en la sensible epidermis de su importancia literaria.

Y si no hemos de mencionar, por desdén y asco, algunas publicaciones de sacerdotes extranjeros—entre ellos dos obispos,—que desde el Sur del Cauca le injuriaban en ruines libelos, por odio político y despecho, publicaciones raramente conocidas en el Ecuador, diremos que al caso de Peralta no hay que añadir sino el del dominicano P. Reginaldo Duranti, un italiano que vivió muchos años entre nosotros, quien, con la más extraordinaria de las defensas de la moral y pudibundez de los religiosos de su orden en el siglo XVII, en la eclesiástica ciudad de Quito, trató de desmentir al historiador valiéndose de argumentos e injurias contenidas en un despreciable folleto. ¿Qué eran los frailes durante la colonia? Realmente, los dominicos apalearon a las catalinas, con los antecedentes y las circunstancias que se refieren en el Tomo IV de la *Historia General del Ecuador?* Punto de mera exposición y crítica retrospectiva que no había para qué convertir en motivo de enojo y protesta. El historiador que podía aplastar a su irritado replicante con una poderosa carga de documentos, no se

dignó mirarle ni sobre el hombro: fué el público quien tomó partido por el sacerdote injuriado; y de tal manera demostró su adhesión, en ruidosas manifestaciones, que éste debería haber sentido alegría ante una ofensa que así era contestada.

Después de todo, esas contradicciones no fueron mayores. Los obispos de Loja y Portoviejo murieron en la inmigración; el prelado de Cuenca se encerraba prudentemente en el campo cerrado de la conjuración política, y era llevado a Quito en calidad de confinado; el de Riobamba, languidecía en Lima; padecían muchos sacerdotes convictos de complicidad en los movimientos revolucionarios; pero nadie se atrevió a tocarle en el pelo de la ropa al señor González, que escribía, protestaba, gritaba incansable contra el nuevo orden de cosas, proclamando la necesidad de la resistencia pasiva y resistiéndose él mismo hasta quedar vencedor en la porfía. Si se cansó, fué porque se agitó demasiado y toda fuerza humana tiene sus límites.

Se ha culpado de ingrata clerofobia al régimen liberal en sus períodos de establecimiento y crisis; y pocas acusaciones más injustas que esa. El régimen liberal nunca ha hecho otra cosa que defenderse contra la acción de los eclesiásticos, fuego latente de conspiraciones políticas, voz de aliento y apoyo moral y material de sangrientas revoluciones, labor de mina y perversión de conciencias....

Y no se diga que el clero tuvo razón al oponerse abierta o subrepticiamente a la hegemonía liberal en esta república, por cuanto tal hegemonía, con su plan de reformas, sustanciales o no, hería los intereses de la fe y menoscababa los de la Iglesia, antigua domi-

nadora; pues si las reformas no hubiesen constituído el espíritu del régimen, no habría valido la pena de realizar la revolución de Junio ni, por tanto, derribar a los conservadores. La secularización del Estado y del individuo, clerofobia; la instrucción laica, la libertad de imprenta, el registro y el matrimonio civil, la policía de cultos, clerofobia; clerofobia el Patronato, la incautación de los bienes de las comunidades para evitar su malversación en manos de frailes y monjas levantiscos y rapaces que los defendían con falsas hipotecas, y ventas simuladas, la limitación del monjío, la expulsión del clero de toda representación en la vida civil, donde hubiese aspirado a un programa de regresiones afrentosas.... Y la libertad política, clerofobia, clerofobia hasta el mismo ferrocarril que fué condenado y maldito desde lo alto de los púlpitos; y clerofobia, la propaganda opuesta a la incansable faena del desprestigio, llevada adelante por consigna episcopal, como un esfuerzo supremo, en nombre de la conciencia católica y para la salvación de las almas... ¿Era, pues, inconducente y perverso valerse de la Imprenta, de la Ley, de la Justicia y de la Fuerza armada en defensa del pobre liberalismo y de la libertad de conciencia, agredidos por la turba sacerdotal con la pluma y con la espada, en el confesonario, en la cátedra, en el púlpito, en la escuela, dentro de los hogares y en odiosos campos de batalla?

Porque el liberalismo valía como reforma, o no significaba nada cuando su advenimiento al poder; y su misión política consistía, precisamente, en deshacer o romper los viejos moldes para dar un poco

de expansión a la libertad civil y al alma ecuatoriana.

Natural era que los sacerdotes se opusieran, ya que ellos resultaban perjudicados, mas, si se hubiese atendido su clamor, marchando por el tortuoso camino de las evoluciones insensibles, ¿se habría hecho la reforma? Los más audaces salieron atropellados; mas, no se puede decir que fué mejor la suerte de los apóstoles de nuestro liberalismo en días de dominación conservadora.

Se ha estudiado mal la psicología de los partidos políticos en el Ecuador, y se le ha presentado peor. En el fondo hay una cuestión doctrinaria que si para los unos es de convicción y conciencia, lo es para los otros de dogma y disciplina. El choque resulta por esto, a poco que sople la ambición en los prevenidos ánimos; y ya empeñada la lucha, se olvidan los principios, o quedan muy lejos, atento cada combatiente a dar y recibir tan fuerte como pueda, y a sacar el mejor provecho posible de la situación.

La guerrilla queda en segundo plano: es la columna de exploración, propensa a toda clase de exageraciones; y no es mucho que los escritores liberales se hubiesen violentado contra los curas, cuando los curas trataban de hacerles lapidar por manos del pueblo.

No hay equidad en este empeño; y es admirable que aún se compongan elegías con tremendas inculpaciones al liberalismo en memoria de los obispos Schumacher, Massiá y Andrade, sacerdotes belicosos, de cerril intransigencia, que tuvieron en los labios palabras encendidas de odio y anatema contra los que buscaban los caminos de su reconstitución po-

lítica y su mejoramiento social: y los dos primeramente nombrados ni siquiera fueron ecuatorianos.

Bien al contrario: nuestro liberalismo ha sido pacato en sus procedimientos, con rarísimas excepciones. En otro librejo de los nuestros hemos anotado ya el hecho curioso de que fué él quien amasó el Concordato de 1863, rompiendo inmotivadamente el plácido temperamento en que vivían los Gobiernos en ejercicio del Patronato colombiano, que no por rechazado por el Papa dejaba de ser ley heredada por el Ecuador de la Gran República de Bolívar; y al régimen concordatorio se adecuó el liberalismo militarista del General Veintemilla; y a él se ligó el mediocre gobierno de D. Antonio Flores, (momento de respiro en la historia ecuatoriana de los últimos cincuenta años) proclamándose moderadamente liberal contra la inquina de toda clase de intolerancias, liberales y terroristas, para vivir al abrigo de la Iglesia. ¿Qué más? El mismo General Alfaro trató de acercarse, afanosamente, a Roma: Roma quiso (dígalo la historia de las misiones Guidi, Bavona y Gasparri) que el Ecador variase su forma constitucional y volviese al Syllabus, y eso era imposible; y a los actos de devoción oficial del Anciano Luchador, correspondió, al fin, el clero quiteño con el hecho de cerrar las puertas de la iglesia catedral en un Diez de Agosto, día de asistencia *de tabla*: debía haberlas abierto a cañonazos el General Alfaro; pero no se atrevió...

Resumiendo, se puede decir que la campaña anticlerical del liberalismo de los últimos treinta años se reduce a una labor de defensa. Considerado el clero como un factor político que tendía a mermar

nuestra libertad civil y de conciencia, por fuerza tenía que salir atropellado; y época hubo en que las campañas preparadas de la prensa se mantenían en una deliciosa controversia sobre obedecimiento de preceptos evangélicos y aplicación de prescripciones canónicas; porque los liberales querían aparecer a los ojos del pueblo más evangélicos y eclesiásticos que los curas de sus respectivas parroquias.

Queremos que valga esta breve digresión final como nota explicativa de la situación del señor González en la política ecuatoriana y con el objeto de que no se tachen como irrespetos atroces contra su persona las obligadas réplicas, de palabra o de hecho, en la prensa y en los Congresos, a la acción que él representaba como paladín más avanzado. El no tuvo por qué morir perdonando a nadie. Bien al contrario: ¡la paz sea con él en el ánimo de todo aquello y en nombre de todos aquellos que fueron víctimas de sus acometidas!

El señor González fué hombre fuerte; eso sí: desconoció la sensación del miedo, y tuvo audacia aun en el fondo del peligro; gobernó sus diócesis con vara de hierro, a guisa de un García Moreno eclesiástico; no guardó consideraciones ni piedad para con nadie, y elevó la probidad y un admirable desinterés personal a la altura de virtudes heroicas. Para ser santo le faltaron la humildad y dulcedumbre evangélicas. En peores tiempos, habría sido un compañero de Domingo de Guzmán o de Simón de Monforte, o bien un agitador como Arnaldo de Brescia: en la revuelta civilización moderna fué un rebelde contra los gobiernos de su patria en nombre de la libertad de su conciencia y por el culto de su verdad,

y no pasó de un sabio, que vulgarizó conocimientos aquí apenas sospechados y escribió las mejores páginas de nuestra historia. Es lo suficiente. Acaso la obra pasará, porque todo pasa en el mundo; pero en los anales ecuatorianos quedará el recuerdo de su gran carácter y de su poderosa inteligencia. Los que no le amaron en vida, muerto le respetan y se enorgullecen con su memoria.

Diciembre de 1917.

Terminaremos estas dispersas gacetillas con un ligero aporte para la bibliografía del señor González.

Escribimos casi de memoria; pues en la Biblioteca Municipal, nuestro primero y único centro de lectura, hay bien poco de dicho autor, y en las particulares no se halla mucho más.

Ni la clasificación ni los títulos van, pues, muy seguros: algunos de los opúsculos que se citan, sospechamos que no han sido coleccionados en volumen, y son menos los que la voluntad de su dueño y la acuciosidad de su curia insertaron en el *Boletín eclesiástico,* de Quito. Y en esta parte no hemos tenido con quién aconsejarnos, porque, en cuestión de bibliografía nacional, aun en la de procedencia eclesiástica, no son innumerables los sacerdotes que andan más adelantados que nosotros. Y de ahí también, que citando de tal manera, no nos sea posible entrar en la descripción de los volúmenes citados. Véase, pues, la muestra:

OBRAS DEL ILUSTRISIMO SR. GONZALEZ SUAREZ

Historia y Arqueología

Historia Eclesiástica del Ecuador.
Historia General del Ecuador.
Estudio histórico sobre los Cañaris.
Los aborígenes de Imbabura y del Carchi.
Discurso sobre la Iglesia Católica en América.
Prehistoria ecuatoriana.
La imprenta en el Ecuador.
La independencia de América.
La conversión de San Agustín.
La poesía y la historia.
César Cantú.
Memoria sobre Mutis.
Memoria sobre Caldas.
Examen de la Cédula de 1802.
Prólogo a los escritos de Espejo.
Atlas arqueológico del Ecuador.
Notas arqueológicas.

Guía para los trabajos de investigación en los museos arqueológicos.

Exégesis y hermenéutica

Estudios bíblicos.
Biblias protestantes.

Oratoria y mística

Obras oratorias.
Oraciones fúnebres.
El nuevo Mes de María.
La devoción a la Eucaristía.
Jesucristo.
La pasión de Jesucristo en el siglo XIX.

Polémica

Observaciones sobre el poder temporal de la Santa Sede.

Exposiciones en defensa de los principios republicanos.

Exposiciones en defensa de los principios católicos.

Informes sobre la "Carta al Pastor", de Manuel Cornejo Cevallos.

Carta de un sacerdote católico a un escritor liberal.

Rectificaciones históricas.

Defensa de jurisdicción contra las pretensiones del obispo de Pasto.

Carta a los soldados del Batallón "Pichincha".
Y otros muchos opúsculos y hojas volantes.

Literatura etc.

Versos.
Recuerdos de viaje.
Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella.
Ensayos literarios.
Estudios literarios: *Virgilio.*
Estudios literarios: *La poesía épica cristiana.*
Estudios literarios: *Un poeta cristiano.* . . . .
Miscelánea, o colección de artículos.

Labor pastoral

I.—Pastorales, instrucciones, alocuciones, etc., como obispo de Ibarra.

II.—Pastorales, moniciones, instrucciones, alocuciones, etc., como arzobispo de Quito.

III.—Manifiestos y representaciones contra las leyes de reforma (Patronato, Matrimonio y Registro Civil, Policía de Cultos, Beneficencia, etc.)

IV.—Instrucciones administrativas al clero de las diócesis.

En esta lista falta algo, indudablemente, acaso mucho y de lo importante; pero a más no alcanza el poder de nuestra memoria, siempre escasa y frágil.

DON LUIS A. MARTINEZ

DON LUIS A. MARTINEZ (*)

ESTA mañana fuí a depositar mi tarjeta de visita y una pobre guirnalda de flores sobre la tumba de Luis A. Martínez.

Entré nervioso y adolorido en el desolado cementerio, cuya ruin soledad y abandono no hubiesen seguramente inspirado a ningún gemebundo Gay la más pequeña y desmañada elegía.

Un vasto campo sin tapias, cubierto de malezas entre las cuales se alzan algunas modestas cruces de madera; de un silencio profundo y pesado.... ¿ahí entierran, pues, a sus muertos los señores ambateños?

En un ángulo se ve una pequeña reja de hierro que rodea un jardinillo tan grande, se puede decir hiperbólicamente, como la palma de la mano, en el cual crecen siemprevivas, rosas y claveles, y en cuyo

(*) Este artículo—tributo de una alma fiel a un recuerdo imperecedero de amistad,—es fragmento de un libro que algún día se publicará con el título de "Ecuador pintoresco", y forma parte del capítulo dedicado a Ambato, lo mismo que el fragmento que sigue.

centro se alza la tumba; un sarcófago de piedras y cemento en forma de ataúd. Sombréalo un moral—así lo quiso quien duerme dentro de él el sueño eterno,—que cubre de hojas y de pétalos la resquebrajada tapa, cuando los vientos de la montaña le mueven plácidamente, y en el crepúsculo y en la alborada le refresca el rocío bienhechor, y las lluvias convierten sus huecos en dedales de agua cristalina, en los que, como en la solitaria tumba del Abenamed fantaseado por un poeta, bajan a beber los pajaritos del cielo....

Paz y misterio. Lloré al ímpetu de mis recuerdos y de mi cariño, de bruces sobre la humilde piedra cineraria; lloré dulce y suavemente, cual se llora en los grandes dolores irreparables. Un colibrí, en disputa con aventureras avispas, chupaba en los cálices de las flores, y caían hojas y hojas, verdes unas, otras marchitas, al soplo de la perfumada brisa venida de lejos. Y era el silencio, era la soledad y era el misterio....

De pronto gorjeó una ave en una rama del moral en que había colgado su nido. Desgranó las notas alegres y triunfales de su repertorio, músico indiferente a los dolores humanos, y, tendiendo las alas, perdióse por la ignorada ruta de las alturas, mientras se oía, allá a lo lejos y confusamente, el ronco pitido de la locomotora que avanzaba resoplando por medio de huertas florecidas y de los agrios riscos de la cordillera.... Y era la paz y era el consuelo entre tumbas cubiertas de malezas.... ¡Oh santa Poesía, alma y vida de la Naturaleza y de los corazones apesadumbrados!..... ¡Cómo me pareció mezquina y ruin la necrópolis ambateña!

* * *

Es una leyenda; una página arrancada a la crónica de las rudas costumbres campesinas.

Era aquel un muchachón alto, musculado, bravío, fuerte como un toro, impetuoso y ágil, rehacio a los estudios y a toda disciplina, el cual tenía una yegua y una bicicleta, arbitrados el diablo sabía de donde. Y tenía, también, un compañero, un amigo formidable, tan fuerte y turbulento como él, y, como él, dueño, asimismo problemáticamente, de un caballejo y de un velocípedo, que se llamaba Manuel Páez, joven inteligentísimo y valiente hasta la temeridad, ya hundido, hace años, en la suprema sombra.

Uno para otro; y los dos juntos, una calamidad por montes y alquerías, aldeas y cabañas, cuando habían decidido efectuar una excursión campestre, en jira de placer.... ¡y qué placer!

Cargaban los aparatos sobre las bestias, y salían silenciosamente de la ciudad, como buenos burgueses que van a visitar sus fincas de las inmediaciones. Ya en las afueras, utilizando alternativamente las bicicletas, y las pobres cabalgaduras, se iban por esos campos de Dios cometiendo, al paso, cuantas locuras y barbaridades se les ponía en el magín.

Ambateñas heredades, históricas tierras de Mocha, y tú desolado Pansaleo, les vísteis correr en alegre jarana, sin perdonar la agreste choza del indio pastor ni la granja de los compadres acomodados! Cuentan que un día entró Martínez semidesnudo y a caballo en el templo parroquial de Mulaló, más enloquecido que el Raimundo Lulio de Núñez de Arce, turbando la solemnidad de una fiesta religiosa! Y cuando esos chicos estaban *en campaña,* cerraban sus puertas, granjas y alquerías, y las vírgenes indias huían a ocultarse en la profundidad de las gélidas punas....

Una vez comprendió Martínez que el camino que llevaba no era bueno, y no, precisamente, porque le disgustase la fácil vida que vivía sino por el razonable temor a consecuencias, y trató de asegurar la posición al amparo de la autoridad; y para obtenerla.... ¡se hizo nombrar *teniente político* de Mulaló, casi ignorado pueblo de indios!!!.... Así, a lo menos, la impunidad de las excursiones en locas carreras atropellantes, estaba garantizada....

¿Cuánto duró tan desastrada y aventurera existencia?—No podré decirlo: acaso algunos años; tal vez muy poco. Aquella vida estaba desorientada; los estímulos de la vocación no asomaban por ninguna parte, pero ya era hora de recogerse y parecer más serio.

Palpitaban en él extrañas sensaciones de arte y de ciencia; comenzaba a florecer en su desequilibrado espíritu el *quid divinum;* cobraban fuerza poderosas inspiraciones, cuyo triunfo final habría de mostrarle la verdadera ruta, que tan alto y a tan lejos le llevó

con la soberana atracción de lo inevitable. Y despertó, al fin de su letargo.

¡Privilegiada familia la de los Martínez ambateños! Hijos de un varón de preclaro talento, noble y austero, no hay uno solo—hombres y mujeres,—que por alguna excelsitud no brille. Ellos son sabios y exploradores, naturalistas, geólogos, astrónomos, ingenieros, artistas; andinistas, todos; y ellas, —aparte de la excelencia de la virtud y la honorabilidad, que no son méritos mayores en gentes bien nacidas—escritoras, pianistas, cantoras de reputación, y muy señoras y muy modestas, a quienes Dios favoreció con su bendición.

Luis se improvisó pintor. ¿De dónde sacó su arte? Qué maestro le enseñó o en cuál escuela aprendió siquiera los rudimentos del oficio? Inútil averiguación. Su loca adolescencia imprimió en su retina la visión de la Naturaleza circundante, sintió la tremenda poesía de los picachos altísimos cubiertos de nieve, que emergen de páramos inmensos, donde crecen pajonales y frailejones, en una pobre vegetación, y al pie de los cuales se arrastran riachuelos que, agregados a otros ciento, a otros mil, forman los espumosos torrentes que, por tierras calcinadas por el cálido aliento del volcán, se precipitan a tributar sus aguas, ya masas enormes, profundas, entre quiebras y cascadas, desde lo alto de elevadas peñas, al distante Amazonas. Paisajes de silenciosa grandeza, en los cuales apenas se levantan aquí y allá míseras chozas pajizas o se extienden agostados campos de amarillosa verdura donde triscan escuálidos rebaños....

Vió, y se puso a pintar lo que viera. Se reve-

laba la primera modalidad de su temperamento: ante todo, el artista; ya vendrá el resto en tiempo oportuno.

De esta falta de escuela se resiente la mayor parte de los cuadros de este gran paisajista, uno de los primeros del Ecuador, a quien hay que estudiar a conciencia para comprender su abrumante, ensoñadora idealidad, dentro de su rudeza acre y su invariable monotonía. Tan poco sabía de pintura decorativa, que allí donde era preciso poner una cabaña, o un pastor indígena vagando entre arbustos, tenía que valerse del pincel de un artista amigo.

Dicen que el paisaje es triste y muy poco significativo cuando no hay en él un grano de idealismo, de arreglo, de *mise en scene* que determina su efecto; y que a la Naturaleza hay que sorprenderla cuando habla e inspira. Los maestros lo aseguran, y así debe de ser. Lo que puedo hacer constar aquí es que las pinturas de Martínez no son *arreglos* ni adivinaciones, sino la cruda expresión de la verdad. Aquel nevado es así—los nevados fueron su fuerte;—y aquellos campos de desolación y silencio son comprobables por cualquier *turista*. Esto es poco; un buen fotógrafo puede sacar una copia más exacta y cuidar mejor los puntos de vista, ahora, sobre todo, cuando la fotografía de los colores tiende a volver exquisito el oficio mecánico y habilidoso de la representación gráfica de las cosas. Pero, en la *manera* de Martínez hay algo que no conseguirá jamás la cámara oscura llevada a su mayor perfección: sobre la copia auténtica, dirémoslo así, del objeto representado, el baño de poesía, de algo indefinible, personal, idiosincrático, que no cabe con-

fundir; lo que le distingue al estatuario, del que saca ejemplares de yeso moldeados en turquesas invariables....

Hay de mi llorado amigo un gran cuadro, de su última época—¿dónde anda? quién lo tiene?—intitulado "Soledad eterna", tremendo poema pictórico, en verdad aterrante. ¿Qué es? Un trozo de cordillera de él conocido, por él trajinado: montañas blancas de nieve perpetua, que se prolongan sin fin, bajo un cielo azul y esplendente, sobre campos plutónicos, verdeados apenas por míseros arbustos y desdichadas briznas. ¡Qué cuadro aquel! Causa frío el contemplarlo, y vienen a la mente extrañas ideas de desamparo y dolor: un poeta no habría cantado mejor, y junto a él parece pálido aquel gran poema de Llona que se llama "Noche de dolor al pie de los Apeninos".... Los Apeninos... la cordillera donde se levantan el Cotopaxi y el Tungurahua, el Chimborazo y el Carihuairazo... Pero, ¿qué más da? Todo es poesía y alta poesía. En mi vida he visto un cuadro más trágico. Una revista de Guayaquil, "Patria", lo reprodujo al fotograbado, hace años.

¡Qué diferencia de estas pinturas casi diría brutales, trazadas, al parecer, con nimia reminiscencia de detalles, hasta pintar el color y la figura de los menores arbustos, con exactitud desesperante, sin recursos decorativos, rudos como copias, y, no obstante, henchidos de tánta idealidad—¡sí!—augustamente religiosa, y la obra de los paisajistas profesionales en esta República, donde, en materia de pintura, sólo se han producido maestros de convencionalismos ridículos, que, en vez de procurar

meter la Naturaleza en sus telas, prefirieron fantasearla a su sabor. Yo conocí y traté mucho al viejo y venerable don Rafael Salas, reputado como el primer paisajista del Ecuador, hombre de diestro y amaestrado pincel, indudablemente; de verba irrestrañable y, como artista pictórico, absolutamente desprovisto de imaginación e ingenio en la composición; y ví de él, en materia de paisaje, su cuadro famoso, su *chef d' oeuvre,* "El paso de la línea equinoccial en Cayambe". No era mala la pintura, y revelaba, desde luego, habilidad de ejecución y cuidado de detalles; pero, tampoco, significaba cosa mayor; y en diez y seis largos años, tanto la tocó, la retocó, la varió su autor, que, al fin, quedó inverosímil. Así era ese buen señor, y así era el príncipe de los pintores ecuatorianos, naturalmente, después de Pinto, Cadena y Manosalvas.

El mismo Martínez escribió y publicó un largo escrito sobre la pintura del paisaje en el Ecuador, repleto de ideas y apreciaciones con las cuales no estoy absolutamente de acuerdo.

Y pintaba.... y pintaba, sin fin, afirmando cada vez más el pincel, solo, triste, desencantado, mientras su famosa yegua aventurera moría en ignorado establo, corroía el orín su antigua bicicleta, en un rincón del desván, y rendía la jornada su amigo Páez, en soledad y tristeza.

Pero él, avanzaba a su destino.

* * *

A todas estas, ya la situación había dado una vuelta, y anunciándose la lucha por la vida con toda su crueldad. ¿Qué le restaba que hacer a nuestro hombre? Lo que nunca se figuró: trabajar para la conquista del pan, y no para las fantasías del Arte que, entre nosotros, no representan una energía, ni mucho menos, un elemento apreciable de triunfo. Y, pobre, dueño apenas de un humilde pegujal, se puso a labrar la tierra, que es, en resumen, el más noble de los trabajos.

Y aquí se presenta otra faz de su estupenda intelectualidad. Sembrando, cosechando, cuidando rutinariamente, como el indio de la montaña y el vecino del frente, vió, observó y estudió, y del mísero y apesarado agricultor surgió de pronto el agrónomo, mediante dispersas lecturas que procuró coordinar y unificar a su propósito, con esa obstinación tan personal y tan suya que, en su grado máximo, ya no era convicción característica, sino una agresión....

Se recogió meditabundo, y trató de sorprender el misterio de la Naturaleza, en la variedad de su posición geográfica y en las influencias climatológicas y atmosféricas. Abrió los viejos y los nuevos textos, balbuceó las clasificaciones latinas del

clásico Linneo; y se acordó de sus viajes, y trabajos por la zona tórrida, y puso el alma en la observación, al tiempo que se empapaba en las lecciones de libros famosos de **a**gronomía.

¿Qué salió de allí? Como siempre, la poesía, la flor de ensueño: no mejoró un solo mojón de las tierras que él labraba penosamente por los métodos primitivos de la madre Ceres y el divino Tripolemo, pero escribió cuatro gruesos volúmenes sobre "Agricultura Ecuatoriana", con detalles curiosísimos y observaciones reveladoras de un extraordinario e intuitivo conocimiento de causa. De ese libro apenas pudo publicar un tomo—¡y por entregas!—bajo la protección de un Régimen que concedía las imprentas oficiales hasta para novelones ridículos y cuadernos de infames versos, y un catecismo o prontuario destinado a las escuelas de instrucción primaria, con ilustraciones de don Juan León Mera Iturralde.

Es muy poco conocida esa obra; y sin embargo, es todo lo que tenemos al respecto. La flora la estudiaron Jamesson, el Padre Solano, el Padre Sodiro, el doctor Luis Cordero, y varios otros, profesionales o aficionados; las comisiones científicas de Francia han determinado matemáticamente la posición astronómica del suelo; Humboldt, Reiss, Stübel, Wolf, los mismos hermanos de Martínez han hablado mucho acerca de la conformación geológica; y si nuestros geógrafos son varios, de Dressel a Menten y Gonnessiat se han ocupado en observaciones astronómicas y meteorológicas; mas, hasta Luis A. Martínez nada se había escrito sobre agricultura; si acaso, algún opúsculo del mencionado Sr. Cordero,

más en relación con las virtudes medicinales de las plantas de las comarcas azuayas, y los folletos "Viajes a la Papaya", del referido Solano, y así, algo más inclusive el raro cuaderno de don Nicolás Martínez, padre de nuestro amigo, sobre la viticultura en el Ecuador.....

Aquel volumen pasó en silencio. La escasa preparación, en el asunto, de los que suelen dedicar sus ratos de ocio a dar cuenta del movimiento intelectual ecuatoriano, lo dejó resbalar al sumidero del olvido; cuando más, el citado doctor Luis Cordero le dedicó algunos reparos en que se probaba que Martínez no sabía latín.... ¡Claro! ¿qué iba a saberlo?—Lo procedente habría sido que se rectificasen o mejorasen los estudios del autor, por competentes informantes de la Sierra y de la Costa, por lo mismo que el nuevo libro no pasaba de un enorme ensayo que podía convertirse en lección definitiva al través de sucesivas depuraciones. Y no a otra cosa aspiraba quien lo escribió.

¿Qué es de él? ¿Se comieron ratones y polillas resmas de papel que llenó de letras, conceptos, ideas, una inteligencia ilustrada y tesonera?....

* * *

Conceder algo a la amena literatura es exquisitez y delicadeza de almas escogidas, cuando la ruda lucha por la vida en campos ajenos a toda

deleitación artística y estudios de orden más disciplinado y seco, absorben la atención y llenan las horas; y de hombres que así lo han hecho entran pocos en libra en nuestra historia literaria, como el señor González Suárez, antes erudito que literato y que así escribe versos como grandilocuentes descripciones de la naturaleza y retóricos opúsculos de crítica literaria, con la misma pluma con que expresa el resultado de sus investigaciones de arqueólogo e historiógrafo y compone documentos episcopales de alto valor moralizador y tagarotea en ardientes y difusas polémicas sobre asuntos de exégesis y hermenéutica, de historia y de política. Ese prelado es único por su mucho saber y la variedad de sus trabajos; pero, ¿qué me decís de aquel admirable don Luis F. Borja, que alternaba los graves y severos estudios de legislación en la más erudita y documentada de las obras que se han escrito en este país, y la difícil, diurna tarea de producirse ante estrados en alegaciones de puro derecho, con traducciones del viejo Esquilo y la traslación de la miel hiblea de Ovidio y Horacio a la colmena castellana? Y fijaos, señores, en Remigio Crespo Toral, que, en primer lugar es agricultor e industrial, lo que no empece que sea al mismo tiempo uno de los grandes poetas nacionales; y, además de jurisconsulto y economista, crítico literario, biógrafo, orador, polemista católico e internacionalista de los buenos en el Ecuador..... Y nada digo del viejo Cordero, que lo fué todo y de una vez, jurisconsulto y lingüista, agricultor y político, poeta y diplomático, militar y comerciante, explorador de la selva y pastor de hombres; periodista y temible crítico, botánico

y preceptista, en grado superior con relación a nuestra cultura, porque las excepciones no se cuentan. ¡A Dios gracias, todavía quedan algunas reputaciones ilustres en la República, en las que ya no muerde la envidia!

En plano inferior (debemos decir la verdad), Martínez perteneció a la pléyade de esos admirables polígrafos, y no subieron a más la fuerza plasmante de su espíritu de asimilación y la variedad de sus aptitudes, porque le faltó el tiempo, y porque su auto educación comenzó muy tarde, muy imperfectamente y de desbaratada manera. ¡Qué hombre habría llegado a ser si el cultivo de su privilegiada inteligencia hubiese comenzado ordenadamente desde los primeros años, con los estudios y disciplina indispensables, en sabia graduación!

Fruto de un loco viaje al través de las selvas occidentales, con dirección a Babahoyo, fué una serie de amenísimas cartas descriptivas intituladas "La Sierra y la Costa", que publicó la antigua "Semana literaria de *El Nuevo Régimen*". Era la iniciación, el ensayo sorprendente, porque aquellos esbozos no sólo tienen la sal del ingenio, el brillo de observaciones atinadas, sino también la pulidez amable del lenguaje y la notoriedad del estilo. Al poco tiempo ya daba a luz disquisiciones críticas sobre la pintura del paisaje en el Ecuador, y emprendía en una serie de cuadros de costumbres, recogidos, luego, en el tomito ilustrado *Disparates y caricaturas*. Con la simpleza que comunica la ignorancia, alguien dijo, hace pocos días, en un periódico guayaquileño, que el artículo de género, esto es, el estudio de costumbres era casi desconocido aquí como producción

autóctona, cuando para demostrar lo contrario bastan los nombres de Cevallos y Espinosa, Mera y Castro, Baquerizo y Martínez, el ya preclaro de José A. Campos, que lleva publicados más de quinientos artículos de ese jaez, el justamente apreciado de Modesto Chávez Franco, y otros, entre los cuales no quiero incluir el mío humildísimo, no obstante haber publicado más de uno o dos centenares de quisicosas de exclusivo sabor local, para que no digan que aprovecho la ocasión de cantar los propios méritos; y sobre el de todos, Montalvo, cuya labor más simpática y menos resonante consiste en breves cuadros, pinceladas maestras, revelaciones fulgurantes, de que están llenos, y aun con exceso, "El Cosmopolita", "El Regenerador", las "Catilinarias", y aun los "Siete Tratados", sin contar con que los, en verdad, desdichados "Sesenta Capítulos" no son al fin y al cabo, sino una larga crítica de usos y costumbres ecuatorianos, con paisajes que se ven a distancia y referencias que, desgraciadamente, huelen a libelo infamatorio contra determinadas personas..... ¿Qué se habrá creído el escritor de nuestra referencia?

Pues bien, después de Cevallos y Campos, yo asevero que pocos escritores del Ecuador que se han entendido en el estudio y revelación de cosutmbres, se hallan tan altos como Martínez. Tiene artículos como el admirable estudio "El Doctor", que sólo cede el paso en materia literaria a "Los hombres de pro", de Pereda, — ¡lo digo a conciencia!—; bosquejos como "Las delicias del campo", de un verismo si se quiere hasta grosero, y así otros muchos escritos.

Pero esto no valía gran cosa. El arte mayor

le esperaba, y he ahí que un día se nos apareció con un grueso tomo en las manos. Era una novela, y se intitulaba *A la Costa*. Por cariñosas solicitaciones del autor, fuí yo el prologuista de la obra, rara planta entre naderías de Cumandás, y Soledades, Mazorras y Plácidos, entre ruindades de imitación, trasplantación y plagio, entre los cuales apenas brillaban con luz de luciérnega, si, pero lúz propia, al fin, "El señor Penco" y la deliciosa e inconclusa "Evangelina" de Baquerizo....

Pero *A la Costa* es más: representa un esfuerzo poderosamente mayor que los pálidos bosquejos anteriores; porque, principalmente, es una revelación y una advertencia. Tiene poco de novela, en cuanto su trama y el desarrollo artístico de su acción; pero, sin la menor duda, es uno de los documentos más admirables de observación respecto de las costumbres de tierra adentro, y, sin lugar a réplica, la descripción mayor que hasta ahora se ha escrito, de las tierras bajas, del paisaje y las costumbres, el campo y los hombres. Dicen que el señor Baquerizo ha ahondado en el mismo terreno con su novela *Tierra adentro;* pero no nos compete juzgar escritos inéditos en vida de sus autores.

El fondo de la novela en cuestión es lo que vale. Significa la plena expresión del malaventurado éxodo de la juventud serraniega, harta de pobreza y de fanatismo eclesiástico, a las tierras bajas, en las cuales no encuentra sino prevención, trabajo rudísimo y casi siempre improductivo, un medio ingrato, y al cabo terribles enfermedades y la muerte....

El libro corrió mala ventura, porque el Ecuador no es un país propicio a la literatura, y, hoy

mismo, habrá pocos que lo conozcan, por cuanto—y tratando sólo de la juventud,—valen más las infames y corruptoras producciones de un desequilibrio modernísimo, antes que el esfuerzo, ya no moralizador, siquiera revelador del estado de nuestra sociedad.... ¿Para qué hablar de ello?

Y la breve y transitoria obra de Martínez, en cuanto a escritos de pura amenidad o de propaganda, se extiende a conferencias sobre la colonización de la región oriental y la necesidad de llevar caminos y ferrocarriles a ella, y se expande en comunicados a los diarios, en agrias polémicas sobre asuntos de idioma y artes, y a una vasta correspondencia. Y sucede que cuando alcanzó el máximum de estas variadas ocupaciones, era ya un inválido, roto por la mitad en plena florescencia juvenil....

* * *

Y esta intensa emoción artística y literaria no constituye la parte más saliente y notable del carácter de Martínez. Empeños más urgentes en la lucha por la vida reclamaron y obtuvieron toda su atención; y el pintor, el novelista, el escritor de costumbres, el agrónomo fué, principalmente, un formidable trabajador del campo y un gran patriota.

Muchacho aún, sienta plaza en las filas revolucionarias contra los Gobiernos conservadores, en el feliz movimiento liberal de 1895, y, mal que bien,

cumple con su deber en unión de sus hermanos—aquel admirable Augusto Nicolás, especialmente,—y de la briosa juventud ambateña. Obtenido el triunfo, se retira en silencio, vuelve al pegujal, y se abisma en la labor, hosco y triste, a veces con algún resabio de su tumultuosa adolescencia.

Y pasan años, y años. No era una inteligencia que se preparaba en la sombra y en el misterio: era un filón desconocido, que no supieron o no quisieron buscar y catear los gobiernos liberales. Y se malograba por completo para el servicio público, cuando una de las muchas felices inspiraciones del Presidente Plaza, en su primera época, le honró con el nombramiento de Jefe Político de su cantón nativo; ya era algo subir de teniente parroquial de Mulaló a ejecutivo seccional de Ambato....

Era otra manera de ahogar tan poderosas facultades en el infecundo y odioso trajín de administración de pueblo chico. Pero aquello duró poco. Caído en desgracia, o desagradado del Régimen, el inteligente, amable y correctísimo don Julio Arias—uno de los muchos caballeros a carta cabal que a Dios gracias, aún quedan en el Ecuador,—fué llamado al Ministerio de Instrucción Pública—como Jefe de aquel departamento, naturalmente,—el nunca bien llorado Julio Andrade, que se consumía de tedio e impotencia en forzoso alejamiento de los negocios públicos, y — con franqueza, no sé por qué,—Martínez tuvo la plaza de Subsecretario de Estado en aquel Despacho. Y aquí comienza la potente revelación de dos grandes aptitudes; pues no debe olvidarse que Andrade, cuyo heroismo proverbial—en cuanto se puede ser héroe a la hora de

ahora,—y que había salvado la fortuna y hegemonía del partido liberal en la campaña de 1899, y Martínez que luego fué lo que todos sabemos, significaron en cierto modo, un oportuno aprovechamiento del General Plaza. Miserias de la política malograron y asesinaron ¡ay! al pobre Julio, tan bravo, tan inteligente y tan espiritual, y llevaron a la tumba a Luis Adriano, en pleno rapto de una extraña misantropía!.... Doblemos la hoja.

Andrade fué luego enviado a Colombia como Ministro Plenipotenciario del Ecuador, y tan bien, con tanta brillantez habíase conducido su secretario en su breve gestión, que, vacante el puesto, se le nombró inmediatamente Ministro provisional, o interino. El señor Plaza expondrá alguna vez las razones que tuvo para no darle el cargo en propiedad: así, no se lo dió nunca.... Puedo andar equivocado en esta información.

Y nuestro hombre se reveló, se demostró, se anunció a sí mismo con una fulguración aplastante. Artista, propendió al decoro del Arte; hombre de bien, tendió a la dignificación nacional, cancelando las becas de una pléyade inverosímil de sinvergüenzas que andaban, avergonzándonos, por el extranjero y a cargo del Fisco; liberal, bajo su régimen se arrebató la enseñanza secundaria a los jesuitas, y se quitó pensiones y prebendas a frailes y monjas educacionistas; fomentador y viejo labrador de la tierra, hizo venir semillas de fuera para mejorar poco a poco la producción agrícola; propagandista, publicó libros propios y ajenos para enseñanza de las aulas; y, sereno en todo, en todo ecuánime, quiso fundar la posible reforma en materia de enseñanza

en la calmada observación experimentada, sin las festinaciones y absurdos que promovieron la caída del Ministro señor Dillon ante una racha incontenible de opinión pública. Prácticamente, la verdadera enseñanza laica comenzó en el Ecuador con Martínez: nadie lo recuerda y lo agradece, porque la ingratitud es regla de vida en la política: lo agradezco y lo recuerdo yo, aunque por una triste y cobarde regresión, todavía esté el rabo por desollar.

Ya lo he dicho: trabajador formidable, y en el Ministerio mucho más que en su pegujal, causaba pena ver ese hombretón pálido, nervioso, cojitranco, torcido—así le dejaron las tristezas de la vida,—laborar diez horas en su despacho ministerial, y andar, vacilante y reciamente apoyado en su grueso bastón, a la pobre—y de veras pobre,—casita para aprovechar los últimos rayos de luz que le permitían un toque en el cuadro en ejecución, y, luego de la modesta cena, encender la lámpara humildísima de aceite mineral para concluir las últimas cuartillas!.... Y el infeliz era ya un vencido!!!....

*
* *

Sin embargo, lo sustancial no es ésto.

Un buen día se acordó Martínez del Oriente.

Porque sucede que los ecuatorianos tenemos el Oriente y por su posesión nos ponemos una vez y otra

en peligro de rompernos el alma con los primos del Sur, pero no hacemos nada por aprovechar, explotar, colonizar y organizar la administración de aquellas inmensas regiones a las cuales ni siquiera podemos llegar sin riesgo de muerte sorteando abismos y esguazando ríos enormes, al través de selvas intrincadas. Hasta aquí, además, de los disgustos internacionales, cuya forma aún se refleja en nuestro plan económico por medio de gravámenes onerosos, aquellos territorios no han servido, en el Ecuador, sino como motivo de literatura patriótica, llena de erudición histórica y jurídica por el un lado—el de las alegaciones en derecho,—balbuciente y vacua, por el otro—el de las descripciones y geografías, conferencias, discursos, artículos de periódico y anhelos de colonización imposibles de realizar.

Martínez tomó la obra con más cachaza. Primero ofreció un programa de reorganización; y cuando fué aceptado y puesto en vigencia cuidó vehementemente de sostenerlo a todo evento, procurando que a los empleados en la montaña no les faltasen sueldo ni víveres. Fué una especie de intendencia la que estableció en una sección de su Ministerio, y él mismo iba a lonjas y mercados para informarse del precio de los géneros, que no compraba sin regatear largamente, y no entregaba a los porteadores sin tomar muchas seguridades.

Bueno era el programa y mejor el orden con que se llevaba a cabo; pero como el Ministro no podía estar a la vez en todas partes, sus resultados fueron escasísimos, ya que la conducción de dinero se prestaba a rudos inconvenientes en los que más de una ocasión sucumbió la probidad de los conduc-

tores, y la cuestión de las cargas al Oriente es un problema hasta ahora insoluble, por cuanto, desde Papallacta, hombres y cosas tienen que marchar a hombros de indios semisalvajes o salvajes del todo, y, además, solemnísimos ladrones. Y si naufragaban en los afluentes del Napo considerables cantidades de dinero, ocurría que el arroz, el maíz, las patatas, las cebollas, harinas, azúcar, carne seca, cereales, hortalizas y tuberosas, se podrían en el referido punto de Papallacta, o eran saqueados por los indios, mientras se desleía la sal en aquel clima húmedo y malsano y se mojaba e inutilizaba la pólvora de caza y se cubrían de orín las armas blancas y de fuego.... Lo peor, que no podía ser de otra manera, y que, por lo mismo, el esfuerzo resultaba pesado e inútil.

Consecuencia natural de todo esto era la revalidación del antiguo ideal de caminos, siquiera de trochas practicables; pero tal es la formación geográfica de aquella comarca y tales los caprichos de la Naturaleza, que pensar en una vía fácil de comunicación, siquiera en un buen camino de herradura ya que no en una carretera, es soñar en algo inasequilible, o realizable solamente a costa de millones y millones que no tenemos. Y es el caso que necesitaríamos muchos caminos y muchísimo dinero para llegar a la conquista del ideal patriótico; camino a Archidona por Papallacta, caminos al Morona, al Curaray, al Bomboiza, al Zamora, a Méndez, a Gualaquiza, un buen número de caminos, una red de caminos ... y de dónde saldrían esas misas aun aplicando a celebrarlas la mitad de los presupuestos nacionales durante quince años?....

Y después, ¿qué utilidad la de esas costosísimas vías si nadie trafica por ellas, si la inmigración agrícola es un cuento, y la colonización un disparate, aquí donde faltan brazos para labrar las mejores tierras de la zona tórrida y los campos de pan sembrar de las altas planicies andinas; qué aprovechamiento si por ellas no podríamos llevar las guarniciones militares, las lanchas cañoneras, la artillería y más elementos de ocupación eficaz y de defensa, que el Perú mete allí mismo con tanta facilidad porque tiene el puerto de Iquitos? ¡Y ni aun así! Todo lo que el Perú ha obtenido es la práctica de inútiles exploraciones y avances de ladrón, que producen quebraderos de cabeza a su Cancillería, el escándalo fenomenal de la casa Arana, que pasará a la historia, y que desde luego era institución inglesa, y la impunidad de crímenes militares consumados en el fondo del bosque.... ¿Y la defensa nacional dónde?

Entonces se le clavó entre ceja y ceja la idea de un ferrocarril que partiendo del centro de la República fuese a dar a orillas de un río navegable. El punto inicial, cosa resuelta, sería Ambato, porque, desgraciadamente, eso del regionalismo, el afecto excluyente y a veces terrible hacia la patria chica, aún es elemento turbador de progreso y motivo de muchos disgustos políticos y sociales..... Estaba bueno lo del ferrocarril; pero, saliendo de un barrio central de Ambato, ¿a dónde había de ir? por dónde había de ir? Era la cuestión.

No se desanimó el hombre. No era un ingeniero, ni mucho menos, pero en el ambiente científico de su familia algo se le pegó de topografía; sus vagancias de chiquillo lo convirtieron en obs-

tinado andariego, y, como sus demás hermanos, acaso con la excepción del respetable y honorabilísimo don Anacarsis, era un tremendo andinista, que había trepado casi todas las cumbres de la Cordillera ecuatoriana, había padecido del mal de las punas, y deslumbrádose, sobre pedestales de nieves milenarias, a miles de metros de altura, con el soberbio espectáculo de la infinita Naturaleza circundante.... Y lo que se le ocurrió fué emprender personalmente en un viaje de inspección allá, lejos, al fondo de la sombría soledad silvestre.

Y marchó. Fué la hazaña de sus últimos años; porque ese hombre herido por una enfermedad terrible, medio tísico, cojo, débil, era el menos a propósito para viajar por quiebras, precipicios, barrizales y bosques imposibles, a pie, machete en mano para abrir sendero entre lianas inextricables; pasando por orillas de barrancos angostos como el filo de un cuchillo, en cuyo fondo, a doscientos, trescientos metros de profundidad se precipita un río, mugiendo y retorciéndose entre peñascos; atravesando por puentes que no son sino troncos de árboles echados sobre abismos de ochenta y más metros de altura; entregándose a la inseguridad tremenda de las *tarabitas,* a veces a hombros de indios; con lodo hasta la cintura, con hambre y sed y sin la esperanza de alguna mala cabaña de salvajes perdida en el confín de la montaña.... y con riesgo de ser asesinado, o, cuando menos, abandonado.

Y, sin embargo, fué. Y, de vuelta, gastado, consumido, reunió sus apuntes, halló que la obra era realizable; pidió que el Gobierno le enviase a Estados Unidos, donde contrató ingenieros; obtuvo

del Congreso que decretase fondos para la nueva empresa, y entregóse en brazos de la ilusión.

Así nació el hasta hoy inconcluso ferrocarril al Curaray. Presentósele como una línea estratégica de defensa nacional a la vez que como un medio de colonización y explotación del Oriente, y en el acto se convirtió en el más poderoso imperativo patriótico del Ecuador. Comenzaron los estudios, acumuláronse los fondos; pero volvió el señor Alfaro en alas de la revuelta, y tomó esos fondos para construir un Palacio de Exposición que no duró cuatro años y es hoy un escombro informe de construcciones derruídas y de pedazos de ridículas estatuas y otros adornos escultóricos y arquitectónicos de puro y miserable yeso....

No vamos a discutir aquí la conveniencia de dicha obra. Pareció óptimo en su tiempo el proyecto de élla, si bien no faltaron quienes hiciesen presente su poquedad como conducto de inmigración y su significancia como línea estratégica, ya que no es en los bosque orientales donde podríamos librar con el Perú las batallas de nuestro derecho; y que si a contener la conquista peruana estaba dedicada, debía con ella nacer la idea de los demás caminos, de los otros ferrocarriles que lleven un excedente de población que no existe y una flota fluvial guerrera aun inasequible, a orillas de los grandes ríos, por Quito, por Ambato, Riobamba, Cuenca y Loja.

No obstante, aun se trabaja en tal obra; y ella es el mayor título de recomendación para la memoria de Martínez, no obstante la enemiga de algunos imbéciles propietarios rurales que quieren sacar grandes fortunas de la cuestión de daños y perjui-

cios.... Cosa cumplida, sólo en la otra vida. Y ni aun así.

Y pasaron los años en estos afanes. Terminó el señor Plaza su período presidencial, y lo primero que se le ocurrió al sucesor, señor García, que mantuvo en la Secretaría de lo Interior a don Gonzalo S. Córdova, como prenda de seguridad para los radicales, fue destituir a Martínez con el objeto de colocar a un sobrino suyo llamado don Fulano Espinosa, a quien casi nadie conocía en el Ecuador. Pasó modestamente Martínez a la Dirección General de Obras Públicas, descorazonado y triste, y en eso sobrevino la revolución de Enero de 1906, que fué el acabóse.... Volvía a cundir la sombra.

* * *

Es la última etapa. Volvió el férreo luchador al silencio del hogar, en completa derrota; pero, ¡en qué situación de ánimo y salud!

Aquí cabría, si estuviese yo haciendo de biógrafo, algún recuerdo de sus intimidades; mas, inútil es remover confusos recuerdos, que, a veces, son tan piadosamente respetables, como los restos mortales que guardan escondidas sepulturas. Sin embargo, alcemos una punta del velo. No temáis indiscresiones, porque podríamos descorrer todo el velo, sin que detrás apareciese nada que amengüe o avergüence.

El trabajo del campo es casi improductivo en la Sierra, donde no se dé la rica caña de azúcar, y las industrias son embrionarias y pobres. —Martínez, casado ya con una bella e inteligente niña, hija del célebre don Juan León Mera, admirable criatura que supo ser para él madre, esposa, hermana, enfermera, amanuense, compañera fidelísima y amante, era ya padre de familia, y consumíase en una labor ineficaz e ingrata, bregando angustiosamente en la conquista del pan cuando tuvo la buena o mala fortuna de que le propusiesen la administración del rico Ingenio Valdez, con buen sueldo y esperanzas para el porvenir. Aceptó; y con los suyos trasladóse a la hacienda donde le esperaban un mundo de trabajo y un espléndido alojamiento.

A quienes han leído la novela *A la Costa* les diremos que, en lo principal y doloroso, el pobre Luis realizó el tipo del Salvador del libro. Trabajó como un gañán, hizo de administrador y tendero, de ingeniero y maquinista, de mayordomo y tenedor de libros, en faena perpetua; y ágil y robusto como era, no dió paz a la mano ni descanso a la espuela, y en breve tiempo consumió sus energías en el contínuo desgaste, en una temperatura ardiente, sobre terrenos pantanosos y palúdicos, en el fondo del bosque inclemente, por llanuras cuajadas de bichos y mosquitos, en lucha con el campo y con los hombres. Reunió algún dinero, no mucho, ciertamente, y veía llegado el día de un transitorio, desahogado descanso.

Allí le esperaba la última prueba. Febricitante, paralítico, incapaz, cayó redondo al lecho. ¿Qué era? *Polineuritis,* dijeron los médicos: des-

de entonces la persona material y física de Martínez no fué sino como una reducción, como una sombra de sí misma. Pasó por todas las faces de la enfermedad terrible, agonizó meses y meses en suelo extraño y para él inclemente, y los pocos miles de sucres que había podido reunir con tan ruda labor, fué a gastarlos en Paita, lugar de su convalecencia; esos, y muchos otros: ahí se abismó toda su escasísima fortuna.

Salvó, al fin; mas, a qué costa! Neurótico y tembloroso, débil y claudicante, torcido el rostro y ya comido de la tisis, ¿dónde el muchachón fornido y elegante que antaño recorría los campos en locas aventuras y le pegaba un sopapo al lucero del alba?

Se entregó por completo a la pintura y al arte de escribir; pero ello no es un recurso de vida entre nosotros, y languidecía tediosamente, cuando entró al desempeño de funciones públicas, según queda ampliamente referido.

A la caída del régimen constitucional, volvió a la faena artística, y en ella estaba, cuando le sucedió la mayor desgracia de su vida. Murió su bella e inteligente mujer, aquella Rosarito ideal y rubia tanto como buena, inteligente y cariñosa, alma de su alma, vida de su vida, compañera en los infortunios de tantos años. Ese golpe le rindió. Entregó los niños que había tenido en su feliz matrimonio a los parientes de la difunta, y él se encerró en una quinta de las inmediaciones de la ciudad, allí donde vivió y murió el autor de *Cumandá,* y se puso a pintar y a morirse.

¡Qué hastío aquél! Qué desesperación más profunda! Presa de extraña misantropía, ya de-

finitivamente tísico, consumía sus días en abandono cruel; por toda servidumbre, una vieja cocinera; por todos compañeros, dos o tres perros y media docena de gatos; por todo amigo, un ruin caballejo sobre el cual comparecía de tarde en tarde en las calles de la ciudad, cuando a ella le empujaban inexcusables y urgentes necesidades. Y hosco, bravío, solitario, pintaba un poco, leía algo más, no escribía nada, y al caer la horrible soledad campestre sobre la tierra llena de ruidos indefinibles y cantos de pájaros retardados, cerraba sus puertas, en tanto que maullaban sus gatos y aullaban lúgubremente sus perros saludando a las sombras implacables y al misterioso silencio que, de momento en momento, se volvía profundo y angustiador....

En tanto, corría sobre el Ecuador una racha de iniquidades.

El viejo Alfaro se convirtió en un castigo providencial de un pobre país que no había delinquido sino como niño en novillos que juega a los soldaditos y a las revoluciones, y ese Viejo, error de los liberales ecuatorianos, que rectificó un tremendo desastre, asoma en la historia ecuatoriana como reformador y retardatario, como libertador y déspota, como verdugo y como víctima, como un enorme factor de progreso y como una piedra de escándalo de infinitas abominaciones; personalmente puro, aparece como amparador de pícaros; austeramente honrado, resulta el padre de defraudadores; ladrones declarados y grandes concusionarios; puro en sus costumbres privadas de bíblica llaneza, son sus gobiernos el templo judaico de crímenes atroces, asesinatos, robos, infamias..... ¡una monstruosidad

que ha quedado sin castigo!; y, finalmente, reformador y popularísimo reivindicador de las libertades públicas, en un empeño tradicional y a veces sangriento de treinta años, fué uno de los tiranos más feroces de nuestra historia. ¿Debemos *bendecir* su memoria, porque, contra la más formal y violenta oposición de los elementos adversos o damnificados, logró realizar o siquiera iniciar el evidente progreso que hemos alcanzado, tocando todos los puntos, atendiendo a todas las necesidades con un espíritu elevadísimo, cual nunca lo tuvo el mismo García Moreno, y con un conocimiento de causa que, en breves años, triplicaron los ingresos fiscales?

¿Debemos maldecirle por cuanto nos ultrajó, rompió el equilibrio social y político, falseó el ideal revolucionario de Junio, y no hubo crimen que no cometiese o en que no consintiese, desde los fusilamientos hasta los pequeños desfalcos?

Es materia compleja, y no viene a cuento. La figura de Alfaro crece a medida de los años. Lo que importa saber es si su estatua debe ser elevada por mano del verdugo, como quería el conde de Maistre se levantase la de Voltaire, o si, en el concepto de un español famoso, referente al benedictino fraile Feijóo, es preciso elevarla..... y quemar al pie sus obras; o bien, por último, si le hemos de alzar un bronce en la plaza aun innominada donde la sombra de García Moreno espera, en vano todavía, un mármol erigido por la piedad y devoción de los suyos.... ¡Quién sabe!

Lo cierto a nuestro propósito es que al solitario Martínez, le importaba un comino la situa-

ción política. El régimen había extendido por todo el país una nube de procónsules y concusionarios de la peor especie, casi siempre de la hez maleante del pueblo bajo, y todos callaban, porque no podían más, habiéndose ahogado la protesta en un río de sangre vertida en las celadas del asesinato y en patíbulo político, cuando al solitario de Atocha se le antojó publicar la más extraordinaria de las hojas: nada menos que un reto a muerte con emplazamiento ante Dios, al General Alfaro!.... Usted es un cardiaco! yo soy un tísico, le decía; y vamos a ver quién primero muere; y también es el caso que usted es un viejo y yo apenas he traspuesto la cumbre de la vida.... Se engañaba; murió él primero; y al infortunado y terrible Anciano le aguardaba, para extinguirle, una de las más feroces y tremendas escenas que recuerda la historia americana.

Al fin, una tarde de Septiembre de 1909 se extinguió plácidamente aquella triste existencia, que él alcanzó a hacer notable, y útil a sus semejantes. En el silencio augusto de la soledad campestre, pasaba el viento con vago silbido, inclinando las copas de los árboles, y en tanto que afuera aullaban fúnebremente sus canes predilectos, en la humilde estancia lloraban con angustia su buena madre y sus cariñosas hermanas..... Tenía apenas cuarenta años. Había vivido un siglo, como él decía, contando por años los meses de dolor y de sufrimiento. Hoy sus paisanos tratan de erigirle una estatua. Ya para qué? (*)

.....

(*) La estatua fué erigida en febrero de 1918.

* * *

Y esta mañana he ido a llorar sobre su tumba, porque solíamos amarnos como hermanos, y más de una vez paladeamos juntos las amarguras de la vida.... Lucía pálido el sol en los horizontes inmensos limitados por las agrias cumbres que él supo comprender tan bien, y en el cielo empañado por nubes de verano mugía a lo lejos el viento en el callejón andino, que recorría pitando, la locomotora; cantaban las aves sobre las cruces del pobre cementerio, e inclinado dulcemente el moral sobre la tumba del artista esparcía en ellas hojas y pétalos, y un rayo de luz se tamizaba por los huecos y rajaduras de la piedra llenos de agua cristalina por el rocío de la mañana, donde como en el ignorado sepulcro de Abenhamet fantaseado por el poeta, hundían sus piquitos sedientos los pajarillos del cielo....

Ambato, Mayo de 1914.

DON JUAN B. VELA

DON JUAN B. VELA

AMBATO tiene dos monumentos: la estatua de Montalvo y el Ciego Vela. La estatua es cualquier cosa dentro de un mal enverjado y sobre un pedestal sin bajos ni altos relieves; al doctor don Juan Benigno Vela no hay quien lo contenga ni encierre, pues, pretenderlo, sería lo mismo que querer encadenar a las brisas y ponerle puertas al campo.

Y el va así por las ambateñas calles, alto, fuerte, erguido, majestuoso, ligeramente apoyado en el brazo de un lazarillo, más conocedor del suelo que pisa que el cura de la parroquia y los ingenieros del ferrocarril al Curaray....

¿Qué a dónde marcha? ¡Vaya usted a saberlo! Se dirige a las escribanías y a las judicaturas de letras para abogar en estrado o presidir la recepción de pruebas testimoniales; a visitar a los amigos recién llegados, a los conocidos que están enfermos, o bien a cumplir con deberes sociales, a tomar aire, y a desvanecerse la cabeza charlando sobre cuanto

se puede enredar en este país de ideólogos y compositores y descompositores de las cosas de Gobierno....

Porque, en primer lugar, el señor Vela es hombre muy político, muy vehemente y absoluto en sus opiniones y simpatías, que no se muerde la lengua en eso de soltarle una fresca al lucero del alba. Antes solía escribir abundantemente y bien: a ello debe gran parte de su reputación; pero hace años que colgó su péñola de la vieja espetera donde puso la suya el imitador inimitable de Cide Hamete Benengeli..... Y no por cansancio, ni porque las nieblas de la edad hayan enturbiado las claridades interiores, único refugio de su atormentada existencia, sino porque, gracias a una beatífica bonachonería, se cree en la plenitud del ideal, y juzga que una vez alcanzado el objeto a que se dirigían las antiguas propagandas, no hay para qué tomarse la molestia de añadir una línea más.... Y sólo trabaja para adentro; es decir, piensa y sueña.

Estas notas de gacetilla no tienen relación alguna con la política, y de ahí que no tratemos de enunciar la menor opinión acerca de la vida pública de este varón digno de los tiempos de la república romana, la de los Gracos y los Catones, la de los Marios y los Silas. Sobre ella se ha escrito mucho, y casi siempre contradictoriamente; porque como Vela ha sido empujado a primera fila en todas las difíciles y sangrientas quisquillas del liberalismo ecuatoriano de los últimos treinta y cinco años, los puntos de vista han sido distintos, según el criterio banderizo y los resentimientos o la gratitud de los individuos.

En mi concepto, hay de todo, y es lícito condensar el juicio diciendo que al Ciego Ambateño han solido engrandecerle y amenguarle el don fatal de una sinceridad imprudente azuzada por entusiasmos de sectario o de niño, y la escasez ineludible de informaciones de primera mano, por culpa de los interesados en engañarle y a causa de su imposibilidad de enterarse de las cuestiones por sí mismo. ¡Es tan fácil precipitar a un temperamento nervioso, a un carácter bravío!

¡Resulta tan hacedero no presentar toda la verdad en asuntos complejos a un hombre valetudinario, y ciego y sordo a la vez!....

De ahí sus equivocaciones; de ahí lo que se considera como su venalidad e inconsecuencia—¡cuando no tiene una peseta ni aspira a otra cosa que al final descanso en el pobre cementerio de su tierra!—Como sus muchos sufrimientos, su constancia en el dolor y el sacrificio y su preclaro talento le han dado autoridad, voz y voto en el juego de las fracciones liberales, a él acuden cuantos trastean al rededor de la silla presidencial, haciendo de potencia o de resistencia, y le encienden el espíritu con la vana poesía de libertad y progreso. Y él se entrega con generosidad; desempeña no pocas veces el triste papel de Aristides sin rumbo; y cuando despierta a la evidencia, confiesa su error y se vuelve iracundo contra los que de tal manera le burlaron. Y así en adelante....

Verdaderamente, don terrible esa ingenuidad, que es honradez y nobleza; pero que cuando constituye un temperamento deja de ser una fuerza para convertirse en una desgracia personal, por cuanto

nada hay más ingrato y aún odioso que la expresión constante de la verdad sin miramiento a las personas ni apreciación de las oportunidades. Y Vela es de la clase de los impulsivos, y como, a fuer de sordo, habla a gritos, y por ciego no ve delante de quien habla, se imponen los vecinos y malquerientes sin necesidad de que las paredes tengan oídos. Y pasa tranquilamente, con un soberano desprecio del juicio de los demás, de una actuación a la contraria, elevando ídolos y rompiéndolos, y recomponiéndolos, y volviéndolos a romper....

Es una desventura de las terribles circunstancias que le acompañan; de ninguna manera una inconsecuencia. Así se comprende cómo el autor de aquel furioso folleto intitulado "La Asamblea Liberal ante la historia", no hubiese dejado pasar una cantidad de años igual a un evo, para gritar en pleno Senado y lo más extemporáneamente, lo más antiparlamentariamente posible: *¡Viva Plaza!* entre la ira y las burlas de los circunstantes....

* * *

A dónde marcha? Su paso no es tardo ni pesado, y quienes no le conocen, al hallarle tieso y sereno en su camino, con la cabeza levantada, el pecho tirado hacia adelante y el ligero bastón bajo el brazo, casi como un dandy, no le creerían un ciego.... La edad ha vuelto amarilla su alta y

noble frente, dándole el color de marfil antiguo; pero aún florecen rosas de otoño en sus no arrugadas mejillas, y si el abundante y marcial bigote de granadero napoleónico está ya níveo, aún es negro su cabello, que apenas grisea sobre las sienes....

Es un guapo viejo, con sus quevedos elegantes, y vestido con pulcritud de muchacho pretendiente... Raras veces la pesada levita amolda su esbelto talle y cubre su cabeza el ridículo cubilete llamado sombrero de copa; prefiere la americana de casimir negro o de color oscuro, y se dá el lujo de usar pantalones de fantasía y guantes de finísimo previl; estrechamente calzado con botines de elástico o botas que hubiese envidiado Eduardo VII, *rex et arbiter elegantiarum,* sobre su venerable cabeza se yergue, puesto coquetamente a medio lado, un sombrero de paño suave, negro o café. Si no encontráis un defecto en los pliegues de esa indumentaria, si no halláis una mota, un grano de polvo en toda élla, y os fijáis en la blancura del cuello y de los puños, que parecen un espejo y en lo bien lustrados de los zapatos, en la corrección, en fin, del individuo, comprenderéis cuánto cuidado tienen de él manos amantes y filiales.... Pero no os deis a engaño desde luego; porque si aquel cariño es un hecho innegable, lo cierto es que él también se cuida como niño bonito.

¿Cuántos años tendrá? He ahí un problema.

Cuando se muera—porque es legítimo suponer que ha de morir algún día,—un Cuvier del porvenir puede reconstituir y estudiar su osamenta para determinar si perteneció a la época ternaria o a la cuaternaria. Es uno de los humanos que no tienen

edad. ¡Setenta, ochenta años? Puede que sí! Cuarenta o cincuenta! Efectivamente, no demuestra más; y es claro que el hombre tiene la edad que representa.

Una noche le preguntaba yo al doctor Adolfo Páez, en una reunión casi solemne que, en casa del doctor Modesto Peñaherrera tuvimos los congresistas de 1912, para repartirnos los empleos del Poder Judicial que en aquel año quedaban en vacancia:

—¿Cuántos años tendrá el doctor Vela?

El doctor Vela estaba hablando a gritos en el sofá de a lado.

—Hombre!— me respondió el señor Páez:— es difícil decirlo. Vela puede tener mil y quinientos años y aun ser contemporáneo de Jesucristo y del Judío Errante....

—Sin embargo, no lo parece.

—Échele Ud. quinientos.

—No bromée.... No demuestra arriba de cincuenta y ocho, y eso....!

—Pues, póngale Ud. treinta y seis, y da lo mismo....

—Entonces?

—Entonces... ¿sabe Ud. mi amigo? Yo siempre le conocí al doctor Vela viejo, ciego...¡y joven!

La información era disparatada; por mucho que viniese de un personaje de tantas campanillas, y acudí al doctor Vela.

—Doctor!—le grité—ahí está el doctor Adolfo Páez que dice que Ud. tiene más de mil y quinientos años de edad, y que, si le apuran, es capaz de aseverar, que Ud. es contemporáneo del Judío Errante.

El hombre se sonrió, y repuso plácidamente:

—Yo tengo la edad que tengo; pero sírvase decirle al doctor Páez que, cualquiera que ella sea, yo me reputo como un hijo suyo en tal cuestión, porque si yo soy del tiempo de aquel Judío, el nació, según el almanaque de Bristol, el mismo año que el Patriarca Matusalén....

El señor Páez soltó la carcajada....

¡Dios! Y ambos estaban tan flamantes, que nadie hubiese sospechado que, juntos, representaban cerca de dos siglos....

De estos hombres de fuerte barro cocido ya van desapareciendo hasta las muestras; hoy somos viejos a los cuarenta y tocamos retirada a los cincuenta, dentro de nuestra impotencia y de nuestro egoísmo. —Lo que puedo decir, es que yo le conocí al señor Vela, allá por 1882, en un viaje de destierro que hacía él, merced a la intransigencia liberal de don Ignacio de Veintemilla y que le traté, por primera vez, en 1894, en una noche inolvidable en que él me guiaba por las calles de su Ambato, que yo no había visitado antes, de resultas de cuya dirección de un ciego a un miope fuimos a golpear en una pared y de la puerta de a lado nos salieron ladrando unos perros, situación engorrosa de que nos sacó su hijo don Cristóbal, que también no atinaba con la casa paterna.... ¡en las sombras de la noche! Y entonces el señor Vela era tan joven, o si queréis, tan viejo como ahora.

Ah, pero en esa época, no se había enzañado la vida con él y, cuando el caso venía, era un alegre compañero, listo a romper un vidrio con aquellos a quienes amaba, decidor, campechano y muy popular

entre los suyos.... Dicen que era de verle con una guitarra en las manos, puntear de lo fino, y entonar unas coplas de suave melancolía, a cuya música se lanzaban al ruedo chicos y chicas más o menos enamorados; y de aplaudirle cuando él mismo cogía su pareja, con instinto de viejo sabueso a quien le gustan las perdices tiernas y las pollanconas de trajecito a medio apear, y entregarse a las dulzuras de la danza, diciendo chicoleos a la compañera como un recién salido del Colegio!....

Pocos años bastaron para enervar el sentimentalismo de aquel carácter; más, ¡en qué forma! con qué golpes tan rudos! mediante cuántas desgracias irremediables!

Y hoy, por la fachenda y el entusiasmo aparente, para el Ciego de los buenos días; de los días de esperanza y despreocupación, aun en la negrura de su pobreza y desaliento; pero inquirid un poco dentro de esa alma profunda, y hallaréis algo espantable; la desilusión, es muy poco decir; el cansancio, nada: una indiferencia letal, vagamente iluminada por relámpagos de entusiasmo, y el infinito desconsuelo por los hombres y las cosas....

Ciertamente, él podrá tener ochenta años; pero sus padecimientos cuentan por un siglo.

* * *

Se ha levantado una extraña y odiosa leyenda respecto de esa vida a la vez tan atormentada y sencilla.

Niño era yo todavía cuando oí, referida por los viejos y por los curas políticos de mi barrio, esa singular historia:

—Ah, el Ciego Vela, el hereje, el impío Ciego!

¿Saben Uds. por qué cegó? Pues sucedió que, como es tan descreído, reunióse un día de Viernes Santo con una turba de amigos tan irreligiosos como él, y fuéronse todos de bureo por aquellos campos benditos del Señor. ¿Para qué?

Para embriagarse y comer carne de puerco.... en semejante día!.... Se hartaron los malditos, y regresaron a la ciudad, dejándole a Vela borracho y en mitad de la vega....

En eso apareció la Justicia divina: el provocador roncaba con los ojos abiertos, y pasó por lo alto una golondrina, y defecó sobre las pupilas del sacrílego....; y, ya ven Uds. ciego se halla hasta ahora....

¿Quién resiste a la oleada de los prejuicios populares? Durante más de treinta años esta absurda e indecente historia ha pasado como un artículo de fe en los bajos fondos del ultramontanismo; y sin embargo, había la verdad de una humilde vida tan a luz, con un cúmulo tal de desventuras y tristezas, con una honradez de tal modo plasmante, que hasta las fieras del bosque se habrían compadecido. Pero la política es más brutal todavía....

Y nada más llano, vulgar y corriente que esa vida. La pobreza y el Dolor le asistieron desde los comienzos; hijo del Pueblo, fué como tal, lleno de interrogaciones y rebeldías; y los primeros años de su labor estudiantil en un colegio de Latacunga, los debió a la protección de generosos valedores.

Creció, fructificó, llegó a momentos históricos en que Montalvo le tomó por su secretario y amanuense, cuando se creía en la posibilidad de reacciones liberales bajo el auspicio de viejas asquerosidades históricas....

Es el comienzo de su vida pública. Montalvo no fué un político: fué un elocuente retórico: de vivir en esta época de mayor difusión de ideas y más grande expansionabilidad de aspiraciones, cuando los menores sabemos, en orden a cuanto nos interesa, más del doble de lo que debemos saber, y leemos tanto como D. Juan leyó en su vida, éste habría tomado otro rumbo y escrito de otra manera.

Hoy es un anacrónico, un clásico....

Ahí estuvo el engaño. Porque el montalvismo como ideal republicano es falso.

Para esta clase de incomprensibles reacciones, basta el solo tipo creador. Montalvo escribió como le dió la gana, dentro de una egregia personalidad: ¿quién puede seguirle por ese camino sin temor a merecidas silbas?

Pero en Montalvo había otra cosa: algo que, por su talento, valor y representación, significa en la historia ecuatoriana de aquellos tiempos, una franca aspiración liberal, civilizadora y progresista. Y ocurrió que los discípulos de aquel indudable e irrechazable Maestro, no se entretuvieron en pequeñeces de vocablos y de construcción y régimen, sino que se le fueron al fondo al Gobierno del General Veintemilla, salido de sus mismas entrañas, y extendieron los hilos de la conspiración al día siguiente de la Convención de Ambato!....

Inconsecuencia notoria, que Veintemilla—un bárbaro de los tiempos de Alarico como era,—castigó con la cárcel y el destierro.

Montalvo salió a escribir en lugar seguro sus atroces *Catilinarias,* y a Vela, ciego ya, le ahuyentaron a Loja, por montes, ríos y tremedales, en un viaje espantoso....

Luego siguió el camino de la resistencia liberal al través de las dificultades de su existencia. Si Veintemilla cometió la imbecilidad de confinarle en la más profunda distancia, Caamaño perpetró la cobardía de recluirle en el Panóptico y reducirle a una vida de tormentos, bajo un régimen inquisitorial, en el cual un rayo de sol y la cara de un amigo, igualmente preso, constituían la felicidad.... ¿Y qué había hecho Vela? ¡Nada!

Escribir, protestar, indignarse!..... —El pueblo podía continuar creyendo en el cuento de su ceguera por venganza divina; él que, desde su edad temprana, se mirara condenado a tinieblas por debilidad del órgano visual, se dedicó a hacer luz para ese pueblo, hablándole de libertad, progreso, bien...

Y ahí estuvo el daño; porque entonces mandaban los curas....

Y en la vida íntima, ¡cuántas angustias!

En el viaje eterno, desfiló primero la buena esposa, dejándole a cargo de una numerosa familia; luego cayó uno de los hijos menores, fulminado en un turbión de fuego en uno de los campos de nuestras miserables contiendas intestinas; y otro día, el alma de su alma, la gentil Antígona, que era su secretario y su lazarillo, la más amante y tierna del vasto grupo doméstico, cayó para nunca más levan-

tarse. La familia se dispersó, y la muerte de su yerno, el conocido y llorado hombre público don Julio Fernández, volvió a enlutar la casa y a entristecerla, como por la ausencia final del padre y Jefe....

Y la pobreza por todo consuelo, la irremediable pobreza; y el trabajo por refugio, en un círculo de inmenso tedio.... A veces le hacen propietario legados de píos corazones: ahora mismo tiene una quinta; la "quinta del eucalipto" en las inmediaciones de la ciudad; y, Cincinato ciego, suele retirarse unas horas a su posesión: ¿sabéis qué es la famosa quinta? Un gran eucaliptus, que no dá sombra ni frescura como todos sus congéneres.... y diez metros de suelo pedregoso, en torno....

***

Pero entremos a verle. Al subir la escalera de la lujosa casa de su señora hija, se halla el estudio: un amplio cuarto entarimado, alto de techo, al que inunda la luz que entra por el balcón. La gran mesa-escritorio está a un lado, y cubre las paredes seis cuerpos de biblioteca curiosamente defendidos por vidrieras y cerraduras con llave. Un sofá de paja, seis u ocho sillas de lo mismo, y junto al escritorio una enorme butaca de muelles. Y nada más: ¿para qué cuadros ni bibelots en la estancia de un ciego? Sobre la mesa un enorme tintero de cristal, dos o tres aparatos de audición para sordos, algunos pa-

peles, y un tomo descabalado del Quijote, de una vieja edición con estampas inverosímiles.

Y en el sillón nuestro hombre. Si hace frío, se pone de cara al sol o se arrebuja en los pliegues de una vieja capa. Permanece pensativo y con la cabeza alzada, atento a los vagos y confusos rumores que le llegan de fuera. Si está acompañado, trabaja: oye leer libros, periódicos y expedientes judiciales; dicta cartas o abogadiles escritos, pregunta, se informa, discute.... ¿Quién le sirve de secretario? Todos sus amigos; por turno....

Es su único consuelo; él dice que así se gana la vida, y en cierta ocasión llegó a asegurarme que si no reuniera lo suficiente en el ejercicio de su profesión para ayudar a su propio sostenimiento.... ¡se suicidaría! Es quizás un espectro; pero no quiere ser una carga para los suyos.

Dicta nerviosamente, copiosamente, sin vacilar ni detenerse, indicando con escrupulosidad la puntuación; y cuando acaba, se hace leer lo escrito, y queda meditando con tristeza. Ello resulta improvisación continua; pues, ¿cómo va a prepararse ni tomar notas?

Se documenta de memoria, porque su memoria es asombrosa, y su instinto, casi infalible. A este respecto quiero referir una anécdota. Andaba hace días con el cuento de unos sucedidos cuando la batalla de Miñarica a propósito de las atrocidades de Otamendi, y se lo narraba a todo el mundo. Me tocó la vez y hube de oirle con benevolencia y placer.

La historia era confusa, con los actores de aquella escena sangrienta, hasta el doctor Antonio Flores, el doctor Constantino Fernández, don Juan

León Mera y la abuela del sastre Chiriboga.... Como se empeñase en que yo había de sacar de la relación una leyenda histórica llena de amenidad y útiles enseñanzas, díjele cortesmente:

—Bueno; será como Ud. quiera; mas, para refrescar la memoria con viejas lecturas y fijar el marco de los acontecimientos, ¿puede Ud. prestarme el tomo quinto del *Resumen* del Dr. Cevallos?

—¡Cómo no! Ahí lo tengo: en aquel estante del rincón de la derecha.

—Deme la llave; yo lo buscaré.

—No hace falta.

Y se levantó, dirigióse con seguro paso al señalado estante, abriólo, y sin titubear, entre los doscientos o trescientos volúmenes que contenía, cogió precisamente el mencionado tomo quinto, y me lo dió.... —Con mi admiración, tentado estuve de rogarle me buscase el capítulo que trata de la revolución de los chihuahuas....., y ¡de seguro! lo habría hallado....

Aquella es una biblioteca curiosa. Están casi todos los clásicos griegos y latinos traducidos al castellano; poetas, historiadores, filósofos y moralistas; ahí Gibbon y Virey y aun creo que Volney con sus *Ruinas* y sus *Lecciones de Historia,* y una romanería que turba.... En esto se advierte la influencia de Montalvo, con sus extrañas aficiones por la antigüedad greco-latina elevadas a prejuicio retórico.... El dueño de esos libros, los ha leído todos, de cabo a rabo, y, acaso, en sus muchas horas de soledad, sueña con las *Vidas Paralelas* del buen Plutarco, se aíra con Suetonio contra los Césares romanos, piensa con Tácito, o sigue a Jenofonte en

su maravillosa retirada por las montañas del Asia Menor....

Caen en derredor las primeras sombras: él no lo sabe, pero se entristece a medida que el día acaba, y se le dilata el rostro en bostezos de enorme fastidio.... Es el poder de la noche de la Naturaleza sobre la oscuridad de una vida condenada a la impotencia y a las tinieblas.

Y he ahí que llaman a comer. Se despereza, álzase trabajosamente y se va derecho al comedor. Sin la menor vacilación avanza a su silla patriarcal, y se acerca el pan y desdobla la servilleta.

Se sirve en silencio y sin ayuda de nadie, cortando con mano segura las viandas, sin equivocar de vaso, sin verter ni mancharse; y, cuando acaba, lo que no tarda en suceder, porque come poco y de prisa, se levanta majestuosamente, así haya convidados de respeto a la mesa; y vuelve a su cuarto; y allí, alza las patas delanteras de la butaca, recuesta el espaldar sobre la pared, y con las piernas superpuestas, la cabeza hacia atrás, permanece horas enteras.... pensando, soñando, recordando y padeciendo.... Las nueve! se levanta, echa la llave al aposento, y con tardo paso se dirige a su dormitorio....

Y así le ruedan los días; desde las cinco de la mañana en que está en pie, llenando la casa con sus gritos.

Se viste él mismo, él mismo limpia su ropa y la guarda, no permite que nadie le toque las prendas interiores del vestido y las cuentas con la lavandera las lleva en persona con un ingenioso medio de contabilidad de su propia invención y factura....

Y cuando no es Concejal es Senador de la República, y en períodos de cesantía, se dedica con ardor a la política, manera como cualquiera otra de matar el tedio.

* * *

Le quieren poco en la ciudad natal, donde los asuntos de la política y el ejercicio de los cargos públicos adquieren siempre las proporciones de querellas de vecindad y familia; pero están orgullosos con tenerle.

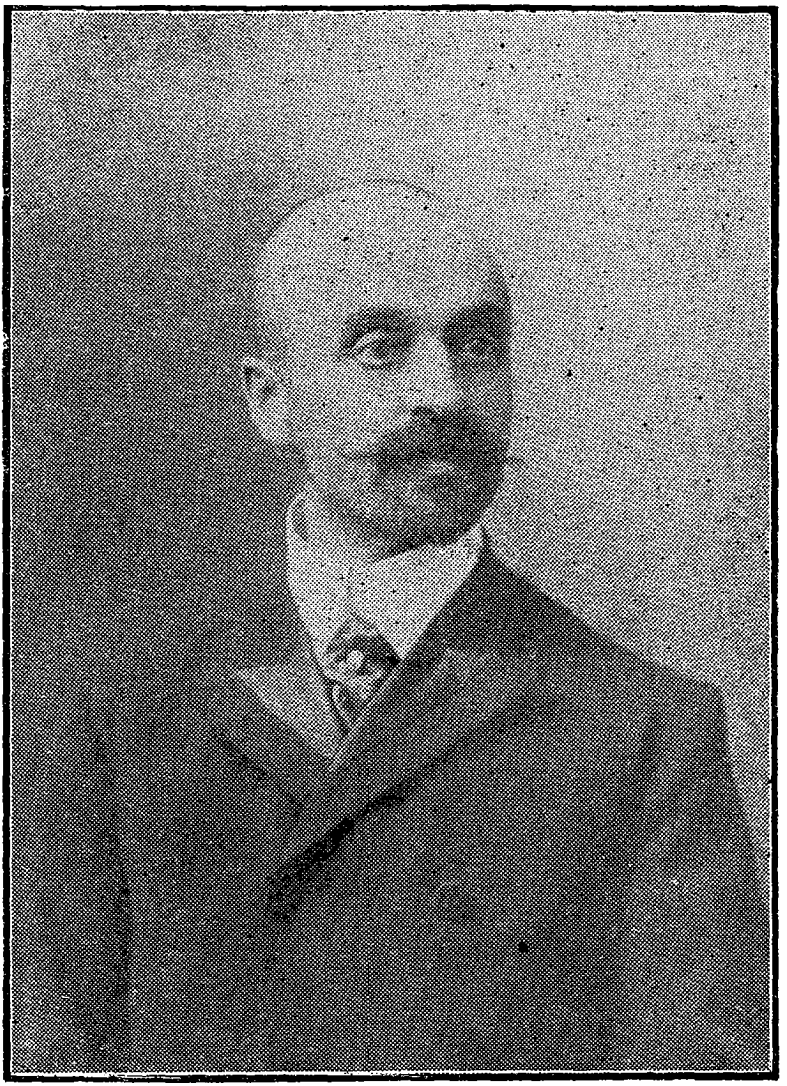
Un ambateño habla con fanatismo de don Juan Montalvo, con unción, de Mera, Cevallos, Urvina, Martínez, Fernández, y acaba por decir:—Y tenemos también al ilustre Ciego....

Vedle: allá va; alto, fuerte, erguido, con la cabeza desafiando al viento de las cercanas llanuras..... Si hace frío, lleva su gabán negro, y cuando no, su americana gris o café; y el palo en el brazo, y sobre los hombros el tubo de su corneta acústica....

¿A dónde se dirige? A matar el tiempo. No morirá: comenzará a solidificarse, estratificarse, y cualquier día amanecerá convertido en estatua de sí mismo, junto a la tumba de sus hijos y a la sombra del monumento de su maestro Montalvo....

Ambato, Mayo de 1914.

DON
HONORATO VAZQUEZ



DON HONORATO VAZQUEZ

(Con motivo de su exposición pictórica)

PARA los que, a lomos de un cansado rocín y sorteando a cada instante espantosos peligros de muerte, caminan en día tempestuoso, ansiosos y fatigados, por las agrias cuestas y profundas quiebras de la cordillera andina, ¡cuán dulce consuelo es llegar, en la mitad de la jornada, a un claro de montaña no más grande que un patio de granja, que la costumbre ha convertido en obligado lugar de descanso! Los viandantes lo llaman *Placer*. Verdea el césped en fiesta primaveral; corre por el fondo límpido y bullicioso, tropezando en guijas, algún alegre riachuelo, cuyo paso facilita un sencillo puente de madera, y reina en él la paz que arrullan rumores de bosques y canto de aguas cristalinas. Si, luego, el tiempo se serena, y asoma el sol, un pedazo de cielo azul y brillante forma como una cúpula de zafir, y entra el ánimo en muelle delectación.

Recostados en la tierra húmeda y olorosa, os sentís adormecer blandamente, y desearíais quedaros allí para siempre. Bien lo sabéis: es un momento, nada más, de reposo: de la terrible senda os llegan los gritos de los viajeros y el guirigay de extraños animales; os reclama la necesidad de proseguir la marcha, sudorosos bajo la lluvia, los nervios en tensión y el cuerpo dolorido: mas, ¡qué calma la de ese instante, en el cual, si sois soñadores, os dais el lujo de un espectáculo interior, función de títeres manejados por la fantasía!....

Algo de esto nos sucede en la ruda caminata de esta aperreada vida periodística cuando alguna información ajena a las miserias de la política, alguna novedad más alta que las vanidades de una literatura que va corrompiéndose o secándose en agraz, solicitan nuestra atención y regocijan nuestro cansado espíritu. —Hablar todos los días de las dificultades de la situación preñada de amenazas, de los quebrantos sociales que nos enervan y postran, de la pobreza que oprime, el escándalo afrentoso, la inmoralidad desenfrenada: tener incesantemente en los labios el grito de alarma o de protesta y en las manos la pluma burlona o fustigadora, en una labor estéril para el bien, sin otro resultado que las contestaciones del odio y de la envidia y el riesgo inminente de turbar la propia tranquilidad, ah! qué jornada tan fatigosa llevada adelante sólo por el amor a la patria en el culto de la sinceridad y la justicia!.... Quienes nos la hemos impuesto como un deber, fuerza es que aceptemos las consecuencias; pero siempre resulta triste ser calumniados hasta en las intenciones.

Ahora hemos llegado a un *Placer*: que siga la recua su camino, en tanto que descansamos una hora, para hablar del Arte.... y de un hombre honrado. Felizmente, aún hay arte en el Ecuador, y también hombres honrados.

Ya reanudaremos la marcha. Del intrincado y profundo bosque nos llegan chillidos de loras, gritos de monos, silbidos de serpientes, el monótono canto del carpintero y el diostedé y mil rumores confusos, amenazantes.... Pero el río murmura apacible, resplandece un pedacito de cielo como un cristal azul sin mancha, y viene el ensueño....

Ay! no es mucho, ciertamente. Apenas se trata de una exposición de pinturas en una de las más tristes ciudades de la República, exposición cuyo valor artístico no se ha declarado ni podemos apreciar; pero ya es algo.

*
* *

Copiamos de "La Unión Literaria" de Cuenca:

"En las fiestas del 3, 4 y 5 de Noviembre, que la ciudad de Cuenca dedicó al aniversario de su emancipación de España, a modo de improvisación se formó un comité para exhibir, en salón especial, los cuadros del Dr. Honorato Vázquez, pintor casi desconocido en la República, por su rara modestia; y no por ello menos digno de celebración y alta recompensa.

"La juventud de Cuenca, agradecida al artista y al maestro, se asoció con el objeto de exhibir sus cuadros y de manifestar a éste su admiración entusiasta. El empeño del comité formado al efecto dió un éxito completo; pues los cuadros, los paisajes sobre todo, del eximio Rector de la Universidad del Azuay, impresionaron vivamente al numeroso público que concurrió a visitar la Exposición Artística y el Salón Vázquez, especialmente.

"Fué una sorpresa para casi todos los habitantes del Azuay que desconocían esta nueva y delicada faz del ingenio que, a los lauros del poeta, a las ejecutorias de publicista y escritor ameno, añadía las de artista del pincel. . . .

"Noventa fueron los cuadros exhibidos: marinas de singular extensión visual en la puesta del sol, paisajes de cordillera, cuadros de parroquia andina, pequeños poemas de la Naturaleza, figuras esfumadas en la visión del ensueño, cuadros de perfecta realidad, y flores y esbozos; todo dentro de un ambiente diáfano y con una técnica original, fruto de la observación; y por lo mismo obra de carácter, de índole sentida y regional.

"La Municipalidad de Cuenca galardonó con una medalla de oro al Dr. Vázquez, y el Comité que lleva su nombre le obsequió una paleta de oro bellamente cincelada y esmaltada, obra de hábiles orfebres azuayos".

El galardón y el obsequio fueron ofrecidos al Sr. Vázquez en acto solemne, en el salón de la Universidad de la cual es Rector, desde hace años, dicho caballero y donde se ha efectuado la exposición. Y en tal acto, además del agraciado, tomaron la

palabra los señores Rafael María Arízaga, Gonzalo Cordero Dávila, Ricardo Crespo Ordóñez y D. Remigio Tamariz Crespo quien pronunció una bonita composición en versos alejandrinos.

Todas esas piezas de elocuencia y poesía las publica la referida revista; mas, habría sido de desear que completase su información con una lista de las obras presentadas; y la noticia sería más redonda y grata, si un somero estudio crítico de pluma autorizada y que no se contenga en los límites del justo elogio, nos diese alguna idea acerca del carácter, inspiración, nexos artísticos—si los tiene,—modo y forma del pintor exhibiente. Porque las breves líneas que al respecto tiene la gacetilla editorial que dejamos copiada, no son aceptables ni como rápida referencia: que si no puede haber marinas de índole regional en una comarca de la cordillera; si no entendemos qué son aquellos "pequeños poemas de la Naturaleza", menos alcanzamos qué serán esos "cuadros de perfecta realidad", ese ambiente diáfano que lo envuelve y domina todo, ni cuáles son las obras de carácter en materia pictórica, ni las de índole sentida.

¿Falta en la capital azuaya quien hable de motivos de bellas artes, con el suficiente conocimiento de causa siquiera para no decir disparates? —No faltan: ya hemos leído crónicas *especialistas* sobre fotografía, y artículos sobre escultura, que no disonaban.

* * *

No cabe esbozar, por ligeramente que sea, la figura de un hombre tal como D. Honorato Vázquez, en estas columnas que resultarían estrechas, cortas e inadecuadas. Obra de más aliento, emprenderán en ella, cada cual por su lado, la historia diplomática y la historia literaria del Ecuador, examinando los méritos del hombre y expresando lo que hizo y lo que pudo hacer, en una vida si modesta hasta ser humilde, no por ello menos laboriosa y aprovechada.

Esa vida, en su acción pública, es de algún movimiento, y no faltan en ella—¿ni cómo habían de faltar?—contradicciones, desengaños y tristezas.

Muy joven, es arrojado al destierro por el General Veintemilla; y tiene que defender sus días dando lecciones de gramática y retórica en tierra extranjera. Parecía haberse truncado su porvenir, porque la carrera universitaria no estaba terminada, y antes de la hora justa ya se hallaba en presencia de un grave problema, el de comer o no comer—él y los suyos; familia de huérfanos.

Cuando pudo regresar, acudió de nuevo a la prensa, para ensayar la oposición contra la dictadura veintemillana ya dominante en el Guayas; y reunióse el antiguo grupo del Liceo de la Juventud al rededor de un vivac, donde se jugaba la libertad y la vida.

Es la segunda etapa. Resueltamente afiliado al partido conservador, que al fin de fines, fué el único beneficiado en el gran drama de la Restauración, entró a la parte con derecho propio; y fué a la Asamblea Nacional como representante de su provincia, y la Asamblea le nombró uno de sus secretarios; y concurrió a otros Congresos, formando en la mayoría ultramontana que le tenía mancornada a la República como el sacerdote a la víctima: al pie del ara.... Para él se abrieron las puertas del favor, y desempeñó el cargo de Subsecretario de Estado, cuando ese cargo significaba algo y se le confiaba a varones de altos merecimientos y de buena posición. De la Subsecretaría al Ministerio no hay sino un paso, y Vázquez fué Ministro. Autor de una espléndida Memoria histórica y jurídica de nuestros derechos territoriales en el Oriente, se le creyó bueno para diplomático, y al Perú fué, donde tuvo que regresar en 1893, empujado por las primeras ráfagas de la tempestad que se formaba y, venturosamente no llegó a estallar. Años más tarde, en el primer período alfarista, vuelve al trabajo, ya olvidado de su misión de cortesía a Venezuela, cuando el centenario de Sucre, cometido que cumplió con rara discresión; y torna a las legislaturas batalladoras que preparan la reacción conservadora y, luego, cantan la misa de difuntos sobre la vanidad del empeño y las sangrientas ruinas de la patria.... Y sucede, después, que el mismo régimen liberal le llama a sus parlamentos, como consejero autorizadísimo, y le pone otra vez en el camino de las representaciones diplomáticas, como al más hábil y profundo de sus internacionalistas; y,

tras el desengaño final, hace para él un Pritáneo la Universidad de Cuenca para mantenerle a expensas de la República, dejando que transcurran en paz los días de su ancianidad en el dulce ejercicio de moldear a la juventud de su tierra en turquesas eclesiásticas....

Y pasa por tantos y tan variados accidentes, invulnerable, imperturbable, manso y humilde, sin que le flaquée un instante la nativa cortesía ni se le altere con una gota de bilis el humor admirable con que le favoreció Naturaleza, que en él es indecible ecuanimidad y alto concepto de tolerancia y caridad cristiana llevada a una práctica a veces heróica. Corren, rugiendo, las revoluciones a las cuales él presta cuando menos el prestigio de su nombre y el crédito de su insospechable probidad: él queda en pie, tranquilo y sereno, entre los liberales, entre los conservadores, respetado y honrado por todos. Dos veces se frustra en sus manos el anhelo nacional del arreglo de límites con el Perú, y en ambas ocasiones tal fracaso es causa de grandes agitaciones que nos ponen a dos dedos de la guerra extranjera: él no se conmueve; no se explica siquiera, entregándose inerme a la opinión, que si le saluda poco menos que como a un vencido, le abre calles entre murmullos de piadoso reconocimiento. Bajo el imperio de la instrucción laica en un período de dominación radical, impone silenciosamente el *Ratio Studiorum* en un gran centro universitario que se le confía, y consagra el Instituto a la Virgen María, *sedes sapientiae,* a la cual erige una estatua en el patio de la noble casa....

Y esa actitud no es obra de un genio dúctil y

sutil que se acomoda a las circunstancias, sino la de un carácter, de una rectitud casi diríamos matemática, que en la propia impasibilidad halla su fuerza de resistencia pasiva, y en la alteza de su indiscutible mérito pone el secreto de las consideraciones que le guardan sus mismos adversarios.

*
* *

En este hombre público que para tantas cosas ha valido, sin dejar en ninguna rastro apreciable de su acción y personalidad, alienta una de las más poderosas inteligencias de la patria ecuatoriana, con una asombrosa facilidad de asimilación, que le coloca en primera línea entre los escritores y estadistas compatriotas nuestros que aún viven. Ha escrito de todo cuanto se halla al alcance de nuestra actual cultura en el arte y las ciencias llamadas públicas; y legislador a veces, profesor a ratos, diplomático en ocasiones, poeta en ocios perdidos, abogado, pedagogo, literato siempre, ataca la preceptiva y la crítica, gallardea ampliamente, en excelsitud ahora por nadie emulada, en materias filológicas; y así compone un cuento en fabla, como tagarotea un tratado de estética, o borronea un texto de literatura comparada.

Le acompañó en sus juventudes el sacro don de la divina Poesía; y fué, con el nunca bien llorado Moreno, el fundador de aquella singular escuela

cuencana, tan poco comprendida y a la cual sólo la imbecilidad de clérigos versificantes ha podido convertir en ridiculamente "marianista" y tontamente retumbante; escuela que, en sus comienzos, muy poco tuvo de devota, ni de "mariana", y se distinguió por el sentimentalismo a lo Selgas (era la época), los romances galantes y el fondo de tristura amorosa con las novias idas, con las novias muertas, con las novias honradamente casadas con otro.... Si lo queréis, un petrarquismo estrafalario, con el soberano timbre de la gracia y la delicadeza, y un vaho de castidad oliente a sahumerio del *Pange lingua* y el *Oh salutaris*.... Poesía honrada y tristona, algo apegadita al templo tal vez; pero correspondiendo en eso mismo al carácter regional de una sociedad de beatitas y un pueblo educado por curas y monjas....

Por la abundancia, la facilidad y el hecho de haber vivido casi siempre pegado al terruño, sintiendo como él y con él las palpitaciones todas del medio ambiente, Moreno fué más popular y dió la nota más amplia; pero es indudable que, sin cederle en inspiración ni lealtad de sentimientos y fuerza de afectos, Vázquez, mucho menos abundante y fácil, le es superior en corrección y hasta en nobleza de frase.

A la generación actual, esclava del prejuicio imitatorio, ya no agrada aquella manera antigua de los poetas azuayos, los primeros e insuperables en la República en el manejo del romance; mas, ¡qué diferencia entre los fuegos de bengala de hoy y aquellas alegres fogatas a cuyo calor se cantaban los amores castos, las coplas a la Virgen María y

los villancicos de Navidad! Revivía el pueblo; se regocijaba la juventud, según las costumbres heredadas y tradicionales, y ello era alta poesía y expresión de sentimientos generales....

Acaso lo ignoren aquí, donde, en materia literaria de casa adentro, nada se sabe: Vázquez es uno de los poetas mayores del Ecuador que aún quedan en pie, de los de la generación que se inclina al sepulcro. Poesía casera e impregnada de sahumerio la suya; mas, ¿eso qué le hace? Su "Epístola a mi madre" no le cede en delicadeza y sentimiento sino a la famosa de Campoamor, y vale más que las de Ruiz Aguilera y José Velarde; sus "Muertos" son una página romántica de la más exquisita factura, y permanecerán sus romances como flores de antología mientras en esta tierra se escriban versos castellanos. El acervo es escaso: tal vez no llene un volumen de trescientas páginas; el tono general de monótona dulcedumbre acaso ya no sea delicioso para lectores estragados; pero ello ¿decrece algo el valor de la obra?

Paralelamente a esta poesía rimada corre la no puesta en verso: cuentos, artículos, notas sueltas, poesía galana y melancólica, de infantil estructura, y honrada y noble hasta no poder serlo más. Casi toda ella es fruto asimismo regional, cosas de la tierra propia, saudades, añoranzas; los cuentos sobre todo, entre los cuales hay algunos como aquel de la *Cueva del Señor de Belén,* que pueden servir de modelos.

¿Qué todo esto es muy poco trascendental; un tanto pueril y ñoño, tal vez?.... Bah! ¿Y qué trascendencia queréis que tenga un arte humilde y

simple, expresión de una alma honrada y digna a un público especial, tan puro y tan creyente como el autor? No aspira a la precisión de las imágenes ni se acerca a los cánones de la observación; pero como sentimiento, hace veinte años no había corazón de quince que no llorase con él. Y esto debe bastarle al poeta.

* * *

Es la flor del ingenio. Sobre ella protegiéndola con sombra amiga, se alzan otros méritos que significan más alta educación del espíritu y mayor dedicación de tiempo y estudios con severa disciplina y propósito determinado. En ellos, el de filólogo.... en los campos de la lengua castellana. Es viejo empeño, como que sus primeros trabajos en esta ingrata materia datan de 1876 y los últimos no hacen quince días que vieron la luz. Define y discute el valor y pureza de modismos y vocablos, alegando autoridades de hecho y derecho; y, lo mismo que D. Ricardo Palma y otros americanos beneméritos, ha llevado sus reclamaciones eruditas en pro de la extensión del idioma, ante ese tribunal de sordos que se llama Real Academia Española.

Atento a la preceptiva literaria en general, ha escrito un libro sobre análisis literario y otro muy documentado de literatura comparada, un texto de estética *ad usum scholarum* y un volumen eruditi-

simo intitulado "Jesucristo en el arte", cuya naturaleza y tendencias es fácil colegir por el título.

Su tomo "Arte y Moral" se compone de discursos y pequeños ensayos sobre lo que llamaríamos la pudibundez católica y la honradez caballeresca de la literatura, escritos con un criterio que resulta ya un poco anacrónico, y un empeño que tiene más de educativo que de artístico. Proclama, desde luego, el arte por el arte, algo exageradamente; y dentro del concepto de moralidad no admite sino lo estatuído y bien definido por las doctrinas de la Iglesia. Libro honesto y bien inspirado, si empequeñece los horizontes y no resuelve la vieja cuestión, es de una ortodoxia a prueba y revela el carácter de quien lo escribió.

Es más vasta su labor literaria, mucho más vasta; pero aquí nos detenemos para recordar que si sus trabajos de erudición y derecho en nuestro debatido asunto de límites son lo mejor que en tal materia se ha escrito entre nosotros, lo que de su texto de Ciencia Administrativa se ha servido publicar como ligera muestra de obras arrinconadas, revela una aplicación provechosa, determinante de un nuevo carácter del autor.

Y este es un recuento incompletísimo de la obra, por falta de información y espacio; pero tal como resulta manifiesta una gran contracción y una formidable variedad de facultades, que recuerda la de otro gran cuencano, don Luis Cordero, que escribió de todo y en alto concepto y hondo saber, y fué también poeta de los excelsos, y abogado, y agricultor, y bibliófilo, y polemista, y comerciante y hombre público en primera fila.

* * *

Y ahora se sabe que el señor Vázquez pica igualmente de pintor, y pintor fecundísimo, constante, casi de oficio, no ya simple aficionado que mata sus ocios embadurnando tela.... Noventa cuadros ha exhibido; es de creer que otros tantos, por lo menos, anden fuera del alcance del autor, en manos extrañas, o no hayan sido reputados por él merecedores de la honra de la pública comparecencia. Y ese número de pinturas demuestra una devota consagración muy digna de ser tenida en cuenta si se consideran la actual edad del señor Vázquez, sus ocupaciones rectorales cumplidas escrupulosamente y las agitaciones de su vida al través de luchas políticas, largos viajes y repetidos empeños diplomáticos.

Su habilidad en este punto no nos era desconocida; pues si ningún cuadro suyo hemos logrado ver, sí hemos visto los dibujos con que ilustrara los tomos de versos de Moreno y Crespo Toral, cuadritos de paisaje campestre, correctos, lamidos, tímidos, con sus bosquecillos frondosos y su correspondiente choza. Antiguos ensayos y tentativas, acaso, en un procedimiento menos conocido, a los que faltan el nervio de la idea, la inspiración propia y la ayuda soberana del color.

Nada podemos adelantar, ya que no vamos a tomar en serio las hipérboles de quienes galardonan aquel trabajo, entre los cuales ha de haber de seguro, personas competentes.

Parece que el señor Vázquez se ha dedicado preferentemente al estudio y traslación del paisaje; y esa preferencia revela ya exquisitez aristocrática de gustos que se van por lo menos fácil y trillado. Después del viejo Salas y Luis A. Martínez—otro ecuatoriano de múltiples aptitudes,—no sabemos de artista ecuatoriano que haya atacado el paisaje; saliendo de la vulgaridad del retrato, de la santería tradicional y de la copia de cromos de a peseta. Y tenemos poco en el género. Salas retocó durante muchos años hasta echarlo a perder, su vista del Cayambe en el paso de la línea equinoccial, que tampoco era cosa del otro jueves, y Martínez se dedicó absolutamente a la visión de las cumbres andinas y alrededores—donde vivió y murió,—con un verismo aplastante y crudo, y, a veces, con inspiración más tétrica que la que le impulsó a Pinto a la composición de su disparatado *Dies irae,* como en el tremendo lienzo intitulado "Soledad eterna", uno de los últimos de su pincel. Y toda esa labor se halla desparramada, perdida, parte en el extranjero, parte echada a perder—así fué devuelta,—en poder de sus hermanas....

Ojalá se sacaran algunas copias de los principales cuadros del señor Vázquez. Felizmente, ellos no serán aventados al espacio en fuerza de la necesidad, como los del pobre Martínez, que, enfermo y baldado, sacó de su pincel el último, amargo pan de su malograda existencia.

* * *

¿Qué más? No sería extraño que, andando los tiempos, ofreciese el señor Vázquez al Comité de su nombre alguna audición musical de su propio cacúmen; ya era aficionado a los instrumentos de cuerda, en su florida juventud; y no sorprendería que así como en un ángulo de su estudio de pintor ha de haber estatuas y modelados, de sus privilegiadas manos, hallen entre sus manuscritos sus ejecutores testamentarios un texto de osteología católica....

.....

Vayan al maestro y amigo estas líneas de cariño con motivo de su último triunfo. Todos compartimos la alegría de su casa, porque al resplandecer como lumbre de hogar y fanal de una honrada familia, irradia sobre todo el Ecuador, que se enorgullece de contar entre sus hijos a hombres como él eminentes y buenos.

Diciembre de 1916.